

José Frèches

La usurpadora

La emperatriz de la seda Vol. III

«Con el esfuerzo, la atención, la disciplina y el dominio de sí mismo, el sabio se crea una isla que no sumergen las inundaciones.»

Buda

38

LUOYANG, CAPITAL DE VERANO

DE LOS TANG, CHINA,

19 DE JUNIO DE 658

Mudo, encárgate de que la niña no se asome a las aguas del río Lě. No quería que, por inadvertencia, descubriera su rostro. Tendría un sobresalto dramático -conminó con voz suave, pero en tono muy enérgico, la emperatriz Wuzhao al gigante turco-mongol.

- ¡Haré todo lo posible, Majestad Wu! -respondió éste escuetamente y con aire desabrido, utilizando para ello aquel lenguaje particular que sólo comprendía la soberana.

Desde que la esposa oficial de Gaozong mantenía una escandalosa relación con el mago indio Nube Blanca, había dejado de lado al Mudo. Éste, por muy esclavo que fuera y debido a que por esta condición estaba obligado a satisfacer el menor de sus caprichos, había acabado por tomar en serio el juego perverso de su amante. Y el hecho es que estaba enamorado de aquel cuerpo flexible y sensual del que ella sabía sacar partido para atraerse a los hombres. Por eso se tomaba tan a mal los numerosos antojos de la emperatriz y de manera particular aquella relación que ya duraba demasiado con aquel personaje de ojos inyectados en sangre, montado siempre en su elefante blanco cuando acompañaba a la soberana, como para indicar así cuál era el sentido de su presencia a toda la corte china.

Para el Mudo, Nube Blanca era su único rival, el único que, al igual que él, aportaba a los contactos amorosos con Wuzhao el sabor inefable de lo exótico y lo salvaje.

Aquella situación dolorosa transformó físicamente al factótum de la soberana. En su rostro enorme, por lo general alegre, sus largos mostachos desflecados pendían tristemente a uno y otro lado de su boca carnífera de gruesos bellos.

El Mudo tenía pensamientos muy negros, pero nadie, ni siquiera la emperatriz de China, lo advertía. Como de momento Nube Blanca vivía retirado en Chang An, donde la soberana lo había instalado en el Pabellón de Recreo, las temporadas que ella pasaba en Luoyang permitían al factótum de la lengua cortada no ya sólo hacer valer sus derechos asumiendo sus deberes, sino sobre todo

dispensar a la emperatriz todo el placer que su enorme vara de jade, cuando estaba enhiesta como el mástil de un navío, era capaz de dar a su valle de rosas.

Cuando estaba en Luoyang, que ella había logrado convertir en «capital de verano» del Imperio por ser esta estación allí más fresca que en Chang An, a Wuzhao le encantaba igualmente, en un registro totalmente diferente, que Pureza del Vacío le «prestase» a los Gemelos Celestiales.

El gran maestro de Dhyâna se mostraba reticente, debido a que los niños reportaban gran cantidad de ofrendas de los devotos, cada vez más numerosos y más fervientes, que acudían al convento del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales para venerar a aquellas pequeñas rarezas divinas. Pero él no podía hacer más que obedecer.

¿No era Wuzhao quien los había confiado al Superior de Luoyang después de la partida de Cinco Prohibiciones y de Umara?

El Mudo se encargaba en tales ocasiones de ir a buscar a los niños y de llevarlos al Palacio de Verano, la suntuosa residencia de mármol blanco coronada de tejas barnizadas de azul y verde de sutil armonía que la emperatriz había mandado construir al fondo del Parque de las Peonías Arborescentes.

Allí Wuzhao disponía de todo el tiempo del mundo para mimar como ella deseaba a aquellos a quienes llamaba sus «principitos».

No había nada que fuera bastante dulce, bastante sedoso, bastante precioso ni bastante entretenido para los Gemelos Celestiales, a quienes hacía servir la repostería más selecta y los pasteles de frutas más sabrosos antes de dejar que jugaran en un rincón del parque inmenso donde había hecho instalar una casa de fieras en miniatura.

En medio de ocas, patos mandarines y puercos de la India, era un gran placer para la emperatriz de China contemplar a Joya y a Loto, maravillados, sin saber dónde mirar, corriendo de aquí para allá con sus piernecitas y lanzando gritos de alegría.

Aquella tarde, por vez primera, la emperatriz Wu decidió llevar a los pequeños de paseo por la orilla del río, lo que suponía atravesar el prado que descendía suavemente hasta el agua, que discurría algo más abajo.

En aquel lugar preciso, allí donde el río se ensanchaba formando una especie de embalse, debían de reposar las famosas piedras grabadas en las que, desde su primera visita a la obra de Longmen, no había dejado de pensar.

No se apartaban de sus pensamientos las palabras de Pureza del Vacío confirmando la existencia de aquellas rocas míticas cuyas inscripciones no había leído nadie porque nadie las había visto.

Según las informaciones que, con toda discreción, había recogido sobre aquellos monolitos, una sola cosa era segura: se trataba de rocas divinas que tenían grabadas unas frases proféticas relacionadas con la historia de las futuras dinastías de China.

Al principio no fue más que una idea vaga, pero sus contornos fueron precisándose poco a poco. ¿Y si aquellas piedras se convertían en aliadas tuyas? ¿Y si anunciaban la subida al trono de China de la propia emperatriz Wu? ¿No sería entonces un signo inequívoco de que aquel sueño que ella acariciaba podía convertirse un día en realidad?

En China, el futuro siempre estaba escrito en alguna parte.

Además, los primeros escritos chinos eran en esencia adivinatorios, puesto que los primeros caracteres arcaicos de la lengua Han eran una copia de las extrañas resquebrajaduras que aparecen en los huesos ilíacos de los corderos y los caparazones de las tortugas cuando los adivinos o agoreros los calientan al fuego para descifrar su sentido.

Algunas tardes de verano, cuando se atenuaba la luz cegadora del sol que reverberaba en el río y una levísima brisa hacía temblar las lánguidas ramas de los sauces llorones, Wuzhao gustaba de pasearse por las orillas del río en cuyo fondo yacían aquellas inscripciones proféticas.

Tenía conciencia de que sólo un hecho sobrenatural podría ayudarla a subir el último peldaño de la escalera cuya ascensión emprendiera el día que llamó la atención del viejo emperador Taizong y que había de conducirla a la función de emperador de China con todos los derechos, a la misma altura que un varón a quien el Cielo hubiera conferido el mando.

Hasta ahora había conseguido librarse de todos los obstáculos y desbaratar todas las conspiraciones

dirigidas por el prefecto Li y el general Zhang, así como por todos aquellos cortesanos imperiales que aspiraban a acabar con ella, ofendidos por la ascensión al poder de aquella plebeya cuya alianza con los budistas constituía, además, un grave peligro para las instituciones políticas del país.

En este aspecto, la traición de Aguja Verde le había complicado un poco la tarea.

A fuerza de informes circunstanciados encargados a diferentes servicios de policía, sus enemigos habían conseguido inocular la duda en la cabeza de Gaozong. Acusaban a su esposa de proteger a los traficantes de seda y de entregarse a actos contrarios a la ley al acoger en el palacio imperial a personas que eran buscadas.

Y así fue como un día, con semblante sombrío y aire enfurruñado, el emperador acabó por abordar esta cuestión.

- Querida mía, os reprochan graves hechos desde todos lados. ¿Tenéis algo que decir? Por lo menos así podría cerrar la boca de vuestros enemigos, cada día más numerosos.

Comprobó Wuzhao con alivio que el emperador trataba más bien de defenderla que de dar crédito a aquellos rumores que, a su modo de ver, lo que querían era derribarla.

Aceptó, pues, el envite y protestó con presteza pretextando que se trataba de inmundas hablillas por parte de quienes querían separarla de su esposo y asegurándole que estaba dispuesta a entregarse a la policía si él lo juzgaba necesario.

- ¡Mi esposa querida, ni pensarlo! ¡Es una orden del emperador! ¡No son vuestros enemigos los que dictan las leyes! -le aseguró el emperador del Centro, ante quien, con gesto útil en todos los aspectos, su esposa se había arrodillado teniendo buen cuidado de situar la boca en el lugar preciso, delante mismo del bulto que provocaba la vara de jade en la tela de los calzones.

Terminada la operación con gran satisfacción de su esposo, éste cambió de actitud, como si su clemencia no tuviera otro objetivo que recibir aquel homenaje de la lengua experta de Wuzhao al florón terminal de su augusta lanza imperialmente enhiesta, gesto que enloquecía a Gaozong y que ella sólo raras veces le concedía.

Pareció, en efecto, como si el emperador ya estuviera al corriente del medio que utilizaba el tráfico de seda clandestina para llegar a la China, puesto que se había valido a este efecto de los oasis de Turfan y Dunhuang y había precisado, sin equivocarse, los papeles respectivos de maniqueos y nestorianos.

Cada vez más inquieta, Wuzhao pudo comprobar que el prefecto Li, Zhang y los demás, que siempre destilaban amargura, habían facilitado a Gaozong los elementos de un expediente de cargos contra ella.

- Me han contado que habíais protegido a una muchacha llamada «Dübara» y a un joven de nombre «Ocho Prohibiciones». ¡El palacio imperial no puede albergar a personas culpables de atentar contra la ley! Salvo, naturalmente, si yo lo decidiese -le espetó, entre bromas y veras, abrochándose los calzones.

Una vez más, como siempre que se encontraba ante una situación particularmente delicada y peligrosa, Wuzhao consiguió superarse a sí misma: tuvo el descaro -o quizá el genio- de declararse culpable.

- Pues sí, Majestad. Trato de procurarme seda, pero si lo hago es también por vos y por vuestro destino. Bendigo este momento que me obliga a confesároslo. Guardar un secreto como éste me pesaba cada día más -le afirmó, deshecha en llanto, antes de pasar a explicar al emperador que si había obrado de aquel modo, lo había hecho para ofrecer a la Iglesia del Gran Vehículo seda para las pinturas ante las cuales los monjes practicaban la meditación sentada.

- ¿Qué papel tiene el Gran Vehículo en todo este asunto, amada mía? ¿No os parece que esa Iglesia, cuyo presupuesto supera al parecer con gran diferencia el del Ministerio de los Ejércitos Imperiales, es ya bastante opulenta? -preguntó Gaozong con cierta desconfianza.

- Los monjes me prometieron, a cambio, años de oración e invocaciones ininterrumpidas delante de las efigies de Buda y de sus principales acólitos. Esas oraciones y esas invocaciones, Majestad, se hacen todas a vuestra intención y a la de vuestra descendencia...

- El imperio del Centro se ha construido con guerra y con sangre, no con obras de santurrones -exclamó él, molesto.

- No deberíais desdenar hasta ese punto al Bienaventurado Buda. En el seno del pueblo, es mucho mayor el número de sus adeptos que el de los confucianos, cuyos fieles proceden de las élites. ¿No tiene acaso el soberano mucha más necesidad del pueblo que de las capas sociales superiores, que siempre son favorables a su causa por el simple hecho de que sacan partido del sistema? -replicó ella a su imperial esposo.

- ¡Sí, por desgracia! -admitió el emperador, aturdido por la exposición.

- Aquellos que os sucedan deberán tenerlo en cuenta -concluyó ella.

Gaozong, convertido de nuevo en miel y azúcar, la abrazó con avidez, en la esperanza de que consintiese en renovar la hazaña de dar placer a su vara de jade, que los años y la enfermedad hacían cada vez más inerte.

Una vez más, de las bazas conjugadas de sus encantos y su fe la emperatriz Wu había extraído las fuerzas necesarias que le habían permitido salir bien librada del mal paso al que sus enemigos habían conseguido arrastrarla.

Aquel delicado episodio, del que ella había salido airosa ante las mismas narices de sus detractores, locos de rabia al comprobar que, una vez más, sus ataques habían fallado el blanco, no había hecho más que reforzar su convencimiento en relación con la importancia de apoyarse en Buda y en su Noble Verdad.

Cuanto más tiempo pasaba, más necesidad sentía Wuzhao de apelar a su divina ayuda. Tenía tal necesidad de su indefectible apoyo que acabó por convencerse, como buena y sincera devota que era, de que éste le llegaría a través de aquellas piedras adivinatorias que reposaban en el fondo de las aguas, a pocos pasos de donde se encontraba.

Por eso se sentía muy emocionada al acercarse al río Lě de la mano de Loto y de Joya, precedida por el Mudo, cargado con un gran cesto de mimbre que contenía la merienda de los Gemelos Celestiales.

La tarde de aquel principio de verano, particularmente cálida y húmeda, propicia a todo tipo de flores cuyos deliciosos efluvios embalsamaban el aire, se anunciaba radiante.

- ¡Agua! ¡Agua! ¡Quiero agua! -gritaron a coro los niños así que vieron el río, sobre cuya dorada superficie revoloteaban y zumbaban las abejas.

Wuzhao les apretó con fuerza la mano para evitar que la pequeña Joya se acercase demasiado al río y, por inadvertencia, contemplara su rostro cubierto a medias de vello.

En el monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales, la emperatriz de la China exigió y obtuvo de Pureza del Vacío que los pequeños se alojaran en un pabellón especial del que se habían eliminado todos los espejos. Wuzhao se había ocupado también de que todas aquellas superficies que pudieran reflejar la luz, como parquet, mesas y biombo lacados, se recubrieran con alfombras o tapices. Los monjes que atendían a Joya y a Loto habían recibido la orden estricta de no acercarse ningún cuenco cuyas dimensiones permitieran que los niños observasen en su interior el reflejo de su rostro.

Era curioso que Wuzhao estuviera obsesionada con la posibilidad de que Joya descubriera inopinadamente aquella peculiaridad que le había concedido la naturaleza y que la convertía, pese a la finura y a la deslumbrante belleza de sus rasgos, en un ser diferente de los demás, una criatura de esencia divina cuyo borde del vestido soñaban ahora con tocar miles de devotos.

- Majestad, parece que amáis a Joya como si fuera vuestra propia hija -le decía a menudo Pureza del Vacío cuando la emperatriz de China se extasiaba ante él hablando de los progresos de la niña, que comenzó a andar y a hablar un poco antes que su hermano Loto.

- Es muy especial y muy sensible y a buen seguro que necesitará mucho amor -solía responder al austero Superior, en quien aquella reflexión tenía la virtud de provocar una sonrisa.

Joya, por su parte, irradiaba felicidad en cuanto aparecía su augusta protectora.

Había que verla, ataviada como una princesa, cómo batía palmas y profería exclamaciones de alegría así que veía aparecer a Wuzhao en la galería del Palacio de Verano, no lejos del lugar donde un monje depositaba a los pequeños cuando los llevaba a visitar a la soberana.

Puesto que Joya no llevaba la existencia de una niña como las demás.

Cuando la instalaban junto con su hermano gemelo en un pequeño estrado del patio del monasterio

del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales y se formaba delante del tablado la inmensa cola de portadores de ofrendas, solicitando todos ellos curaciones, milagros y otros favores, se quedaba muy seria, contristada casi, como si le repugnase hacer aquel papel de reliquia viva.

Pero, a pesar de su tierna edad, desempeñaba la función con la seriedad de un adulto mientras los monjes, sin grandes miramientos, canalizaban a bastonazos los arrebatos místicos de los devotos, sin apenas darles tiempo a prosternarse un momento a los pies de la niña y murmurar en voz baja qué gracia esperaban que les concediese.

Sin embargo, para aquella a quien daba el cariñoso nombre de «tía Wu», Joya, que pasaba la mayor parte de sus días cubierta de oro y sedas, se convertía en una niña como las demás.

Tía Wu ordenó al Mudo que desplegara sobre el césped una estera de paja de arroz trenzada, sobre la cual dispuso los dulces y zumos de naranja que pensaba ofrecer a los pequeños para merendar.

Desde su última visita al Palacio de Verano, habían experimentado un cambio.

Ahora sabían sostener correctamente la varilla de bambú que ella les había procurado y servirse de ella como de un estilete en el cuadro de arena excavado en el jardincito de la granja en miniatura donde les encantaba hacer flanes de arena.

Después del paseo por el río, tenía intención de enseñarles el trazado de algunos caracteres de la lengua escrita.

La última vez que habían ido a visitarla, los niños ya habían demostrado que estaban capacitados para sostener un estilete.

- ¡Yo redondo y tú cuadrado! -había farfullado torpemente la niña hablando con su hermano antes de añadir, con su sonrisa más seductora, dirigiéndose a la emperatriz, que todavía se había derretido un poco más delante de su preferida: ¿Verdad, tía Wu?

- ¡Yo redondo! -exclamó Loto, que era algo más robusto que su hermana, decidido por una vez a no dejarse embaucar.

Delante de los Gemelos Celestiales, inclinados en el suelo, donde se aplicaban en dibujar con esa mezcla de esmero y brusquedad tan habitual en los niños, a Wuzhao le sorprendió pensar en su propia descendencia.

Había sido madre cuatro veces; todavía le vivían dos hijos, pero los otros dos, que eran niñas, habían nacido muertos.

Había dado a luz a la primera sólo un año después del nacimiento de Lihong, el mayor de los varones engendrados por Wuzhao, que se convirtió en príncipe heredero en febrero de 656, en el puesto de Lizhong, el heredero escogido por Dama Wang, la emperatriz desposeída.

La segunda era aquella que su vientre había expulsado hacia catorce meses, cuando le faltaban tres para llegar a término, en presencia de la gorda partera del palacio imperial de Chang An, quien sin ninguna consideración le había anunciado que de su cuerpo había salido un cadáver arrugado y azul, pero que no había mucho que lamentar, «ya que no era más que una niña»...

Desde aquel aborto espontáneo, Wuzhao se creía estéril, lo que le permitió todavía mayor libertad en el uso que hacía de su cuerpo en su relación con los hombres.

[1]

Para Wuzhao, que ni siquiera pudo llevar luto por aquella niña que había muerto en su vientre y cuyo padre no era Gaozong, sino probablemente un seductor fangshi, brujo taoísta del que ella estuvo encaprichada unas semanas, que era el tiempo suficiente para valorar sus hazañas sexuales, la presencia de Joya constituía un verdadero consuelo.

Era inevitable que viese en la Gemela Celestial, con su extraordinaria mitad del rostro peluda, una reencarnación de la carne de su carne que, por desgracia, no había sobrevivido.

En cuanto a su progenitura viva, jamás habría osado confiar a nadie que sus hijos Lihong y Lixian distaban mucho de colmar las esperanzas y ambiciones que había cifrado en ellos.

Había acabado por despreciar a Lihong por presentir en aquel muchachito de poco carácter y naturaleza soñadora que terminaría igual que tantos otros: más aficionado a la caza y a galopar por el campo que a las intrigas de la corte y a su sutil ejecución; en cuanto al príncipe Lixian, su hermano pequeño, con respecto al cual eran muchos los cortesanos que ponían en duda la

paternidad de Gaozong, todavía no había cumplido los dos años, lo que hacía que todavía fuera muy pronto para juzgar si aquel retoño cuyo nacimiento sumió al clan de sus enemigos en la ira y la consternación sería o no digno sucesor de su madre.

¡Cómo le habría gustado que Lihong, pese a ser mucho más joven, se pareciera a Cinco Prohibiciones! También deseaba ardientemente que su pequeño Lixian, llegado el momento, poseyera el mismo carácter enérgico y la misma viveza espiritual que el antiguo ayudante de Pureza del Vacío.

Por otra parte, desde que este último abandonó Chang An por el país de Bod, siempre pensaba en él con nostalgia.

Desde la negativa categórica que le había dado Pureza del Vacío cuando ella le habló de su antiguo ayudante, Wuzhao ya no se atrevía a hablarle del caso de Cinco Prohibiciones, aun cuando se decía que, apenas se le presentase ocasión, volvería a plantear la causa del joven y acabaría por conseguir que su Superior le perdonase sus faltas.

No había día en que no pensara en Umara, la joven cristiana que, antes de verse obligada a huir de Chang An, le confesó de forma tan encantadora que se consideraba algo así como la madre adoptiva de aquellos Gemelos Celestiales que en aquellos momentos veía corretear de aquí para allá, ante sus ojos, junto a la orilla del río Lě.

No se negaba a admitir que aquella joven pareja a la que profesaba una gran ternura le había pasado la antorcha del destino de aquellos niños divinos.

¿Qué habría sido de aquellos jóvenes, el budista y la cristiana, con todo su encanto, inteligencia y especial capacidad para dirigirse a los demás y confiar en ellos?

¿Habrían conseguido llegar al Tíbet? ¿Se dispondrían a entrar en la China central ahora que el comercio clandestino de la seda parecía haber cesado? ¿Esperaría la dulce Umara un hijo de aquel amante que parecía tan enamorado de ella? ¿Concedería finalmente Pureza del Vacío su absolución a Cinco Prohibiciones y lo relevaría de sus votos de monje? Y si fuera así, ¿sería, como soñaba Wuzhao, gracias a ella?

Todas aquellas preguntas se apelotonaban en su cabeza y la arrastraban a su propio terreno: el de su particular destino.

¿Qué le reservaba el porvenir?

¿Conseguiría sus objetivos?

No lo sabía nadie, salvo quizá aquellas piedras sumergidas a pocos pasos de allí en el limo del Lě... aquellas piedras divinas de superficie rugosa en las que ella ya no dudaba que estuviera escrito su porvenir... aquellas piedras que la esperaban allí desde tiempo inmemorial.

La vocecita de Joya arrancó a la emperatriz de sus ensueños.

- ¡Quiero ir al agua, tía Wu! -repetía la niña dándole unos golpecitos en la espalda con la mano.

- ¡Oh, sí! ¡Ir agua! ¡Ir agua! ¡Tía Wu, ir agua! -exclamó en seguida Loto, que había alcanzado a su hermana.

- ¡El agua está fría, niños! Y si os mojáis, no tengo ropa para cambiaros -respondió, firmemente decidida a no dejar que Joya se acercara al Lě.

- ¡Ir agua! ¡Ir agua! ¡Tía Wu, ir agua! -gritaron a coro los dos niños suplicando a la emperatriz que accediera a su petición.

Había que verlos agarrándola por el cuello, cubriéndola de besos como si fuera su propia madre, convencidos de que, a fuerza de insistir, acabaría por ceder.

Pero la emperatriz no estaba dispuesta a dejarse doblegar. Para distraer su atención, les propuso que comiesen una de las deliciosas tartas de harina de arroz y miel preparadas por el repostero jefe de las cocinas imperiales.

Pero los Gemelos Celestiales, soliviantados como pulgas y excitados ante la simple idea de mojarse las manos en aquellas aguas revueltas cuya dulce música oían por vez primera en su vida, se negaron a catar aquellas exquisiteces sobre las cuales de ordinario se abalanzaban golosamente.

- ¡Ir agua! ¡Ir agua! ¡Tía Wu! ¡Agua bonita!

La súplica de los niños se hacía más acuciante, hasta aporrear, llenos de rabia, los árboles con los puños, por lo que Wuzhao vio que no tardaría en llegar el momento en que romperían en sollozos.

Wuzhao no quería ver llorar a los Gemelos Celestiales como si fueran niños corrientes a los que la nodriza niega un favor. Lo que ella más quería era halagarlos.

¡Veneraba tanto a aquella encantadora Joya cuyos hermosos y brillantes ojos, a punto ahora de llenarse de lágrimas, la tenían arrobada!

Por eso cedió a la conminación.

- ¡Pero no debéis soltaros! ¿Está claro? -objetó levantándose del banco donde estaba sentada.

Conscientes de la victoria que acababan de conseguir, los dos niños lanzaron gritos de alegría y se lanzaron al cuello de la emperatriz, totalmente incapaz de resistirse al encanto de los Gemelos.

- Mudo, guarda la comida en la cesta para que los pájaros no den cuenta de ella. Los Gemelos Celestiales apenas la han tocado y tendrán hambre cuando volvamos del río -ordenó al gigante turco-mongol, que seguía enfurruñado, sentado a la sombra de un serbal, entreteniéndose en pulir una rama con su navaja.

- Así lo haré, Majestad -murmuró, en la jerga que sólo ella comprendía, el antiguo prisionero de guerra con la lengua cortada.

Seguidamente Wuzhao cogió a cada niño con mano firme para impedir que se escaparan y se dirigió lentamente a la orilla del Lě.

En el curso de la semana anterior habían caído en la región de Luoyang intensas lluvias de verano que habían provocado la crecida del río. Sus aguas verdosas arrastraban troncos de árboles y hasta cuerpos de animales muertos que la crecida debió de sorprender aguas arriba de la capital de verano. La alfombra ondulante que desfilaba ante los ojos de Wuzhao y de los Gemelos Celestiales hacía que el río pareciera el cuerpo de un dragón inmenso que bajara desde la montaña a la llanura y desplegara sus escamas para reptar.

Era la primera vez que los Gemelos Celestiales contemplaban aguas tan bravas y tumultuosas, con la superficie irisada por mil gotitas convertidas de pronto en vapor bajo los efectos dispersores de los rayos de sol.

- ¡Yo caminar allí! ¡Yo caminar por gran alfombra! -exclamó la niña, fascinada por el elemento líquido desbocado a toda velocidad.

- ¡Eso no, cariño! ¡Eso no es una alfombra! ¡Eso es agua! Si te caes dentro, te ahogas -exclamó la emperatriz, un tanto inquieta.

Si el ímpetu de la corriente hacía improbable la formación del menor reflejo en la superficie del río que permitiera a Joya observar su rostro, por otra parte no ofrecería posibilidad de salvación al imprudente que cayera en ella.

Pero Joya, fascinada por la líquida alfombra, estaba emperrada y tiraba con fuerza de la mano de la emperatriz. Loto, menos temerario que su hermana y aterrado por el extraño mugido de las aguas verdosas, acabó por arrojar al suelo para no acercarse al elemento desconocido, que no lo atraía ni de lejos.

- ¡Yo ir allí! ¡Yo ir allí! -gritaba la niña señalando con el dedo los sauces llorones alineados en la orilla opuesta, mientras su hermano, agazapado en la hierba, esperaba obediente a que Wuzhao lo cogiera en brazos.

Sin saber a cuál de los dos atender, la emperatriz, al tratar de levantar a Loto, soltó a Joya.

Y cuando echó a correr enloquecida detrás de la niña gritándole que se parara, ya era demasiado tarde: una avalancha de agua, junto

con un grito penetrante, le indicaron que acababa de producirse el hecho irreparable. Joya, la Gemela Celestial de rostro inaudito, la niña que engendrara la monja tibetana Manakunda al mismo tiempo que a su hermano, la pequeña que Cinco Prohibiciones y el ma-ni-pa habían transportado a través del Tíbet y China, acababa de ser engullida ante los ojos de la emperatriz de China por las escamas de aquel Gran Dragón que bajaba de la montaña a la llanura...

Alcanzada por el Mudo, que lo había visto todo, Wuzhao, jadeante, se detuvo en la orilla de la alfombra verdosa de reflejos plateados que, vista de cerca, desfilaba a alucinante velocidad. Ante la mirada desesperada de su dueña, cuyos ojos color esmeralda hacía aún más grandes el horror que la poseía, el gigante turco-mongol, sin concederse siquiera tiempo para quitarse la ropa, se arrojó a las aguas tumultuosas e, impulsándose con un golpe enérgico de los pies, desapareció de la superficie y

se lanzó a explorar el lecho del río.

Los instantes que transcurrieron se convirtieron en siglos para la emperatriz de China, que, despavorida, apretaba a Loto entre sus brazos hasta casi ahogarlo. Su hermosa mirada afligida, tan diferente de la que era habitual en la implacable soberana, estaba clavada con desesperación en la zona donde el Mudo acababa de tener la valentía de lanzarse al agua.

- ¡Oh, Bienaventurado, concede a esa niña la gracia de la vida! ¡Que no vaya tan pronto a tu lado! ¡Todavía no se ha terminado su tiempo aquí abajo! -murmuró al borde de las lágrimas.

Wuzhao rezaba en voz alta y con todas sus fuerzas con los ojos entrecerrados y las manos juntas, pese a no soltar a Loto, al que seguía apretando contra ella, expresando así su furioso deseo de ver reaparecer al gigante chorreando agua y emergiendo del limo, como una grandiosa estatua de bronce, con la niña sana y salva en sus poderosos y tatuados brazos.

¡Tenía tanta necesidad de Joya!, le gritaba al viento, a los árboles, al sol y hasta a aquel maldito río. Por eso invocaba a Buda y también, por precaución, a los diferentes bodhisattvas más accesibles a los hombres y también más atentos a sus desgracias debido a que, camino del nirvana, tenían siempre un pie en la condición humana.

Así pues, para empezar imploró a Guanyin, la de los Mil Brazos Compasivos. ¿Acaso no disponía de suficientes manos para sacar a la niña del seno del limo? Le tocó después el turno a Guanyin, el que asía la «cuerda infalible» que unía los hombres al Gran Ser, el que era capaz de conceder todo cuanto desearan los seres humanos con la condición siempre de que fuera algo justo. Llegó incluso a sondear a Guanyin el Agua-Luna, que permitía que los devotos meditasen sobre el concepto de reflejo de la luna en el agua, testimonio de la irrealidad sobre la que los hombres a menudo se engañaban.

Suplicó después a Maitreya, el Buda Futuro, que reinaba en el cielo de Tusita, y a su compañero Manjusri, montado en un león, y hasta a Puxian, conocido por su «Sapiencia» y sobre todo por su «Bondad Universal», sólo invocado por los devotos particularmente instruidos debido al carácter esotérico de sus enseñanzas.

Enloquecida, pasó revista a todos y llegó a invocar incluso al Panteón de los Mil Budas hasta que de pronto, con un nudo en la garganta de tanto recitar mantras e invocaciones, contempló por fin lo que tan ardientemente deseaba ver.

De las aguas color de jade, veteadas de líneas cobrizas, el Mudo, que salió con el cráneo curiosamente recubierto por una envoltura de algas a modo de larga cabellera, acababa de surgir como una aparición divina que sostenía, apretado contra el pecho, el cuerpo inerte de la niña.

El factótum gigante, al borde del síncope, había recuperado a Joya.

La emperatriz de China no tuvo ocasión de plantearse mucho tiempo la pregunta atroz de si Joya estaba muerta o viva: los alaridos de la niña, así que recuperó el aliento y estalló en sollozos, fueron el regalo más hermoso que podía ofrecer a Wuzhao.

Profundamente agradecida a las divinidades que habían escuchado sus oraciones, la emperatriz de China se precipitó sobre la niña para cubrirla de besos y en aquel momento tuvo ocasión de observar que el curioso nevo que cubría su rostro era ahora mucho menos rojo que habitualmente gracias a las virtudes descongestionantes de las frías aguas fluviales.

- ¡Ay, cariño, me has dado el susto de mi vida! Menos mal que hay muchos Budas que velan por ti... -murmuró mientras restregaba a Joya de pies a cabeza tras haberla desnudado para poderla secar.

- ¡Miedo agua! ¡Miedo agua! ¡Agua mala! -gritaba Loto acariciando los brazos de su hermana, contra cuyo cuerpo apretaba el suyo.

- ¡Tía Wu, prometo! ¡Nunca más caminaré en agua! ¡Agua no es alfombra! -murmuró la niña en tanto Wuzhao, después de envolverla en un cobertor de muletón de seda, la mecía como hacen las madres.

Sin perder un instante más, Wuzhao hizo al gigante turco-mongol la pregunta que ya le quemaba los labios.

- Dime una cosa, Mudo, ¿te has fijado si, en el punto donde te has zambullido para recuperar a Joya, había rocas?

Con respiración jadeante, aguardó su respuesta.

- ¡Sí, Majestad!

- ¿Te has fijado si en ellas había palabras escritas? -le espetó, batiendo palmas muy excitada.

- Majestad, el limo enturbiaba el agua y yo sólo buscaba a la niña... -respondió el Mudo en su lenguaje peculiar.

Sirviéndose una vez más de sus encantos con el gigante, cuyos puntos flacos conocía muy bien, le dirigió una mirada elocuente antes de rozarle los labios, que respondieron estremeciéndose bajo sus largos bigotes caídos.

- Me gustaría que te volvieras a zambullir en el sitio donde se encuentran esas piedras de que te hablo. En ellas están grabados unos escritos que podrían resultar muy importantes para nuestros intereses... ¡No sé si comprendes lo que te quiero decir! -le musitó la emperatriz al oído.

Con gran astucia, había utilizado la palabra «nuestros» para hacer creer al Mudo que él formaba parte integrante de los proyectos privados de la emperatriz.

- Comprendo, Majestad. Vuestros deseos son órdenes para mí -repuso con presteza el gigante tatuado, inmensamente feliz de contentar a su dueña, antes de precipitarse hacia la orilla y, desde allí, lanzarse majestuosamente a las aguas glaucas del Lě con intención de inspeccionar la superficie de las rocas míticas.

Al salir, después de asomar la cabeza un mínimo de diez veces a la superficie, Wuzhao vio en su mirada contrariada que algo había fallado.

- Majestad, hay ocho piedras cúbicas talladas por mano humana. Pero no tienen nada escrito. De todos modos, para mayor seguridad, habría que sacar las piedras del agua... -suspiró algo contrariado y sin resuello.

- Sin duda tienes razón. ¿Qué tamaño tienen exactamente?

- Son enormes. A duras penas he conseguido mover una después de mucho apuntalarme en ella -se lamentó.

- Tía Wu, quiero dulces. Dulces muy buenos -se dejó oír la vocecita de Joya, en quien la emoción que había seguido a su baño forzado había despertado el apetito.

Wuzhao se apresuró a distribuir a los Gemelos Celestiales los bollos y golosinas de la merienda. Se quedó contemplando, pensativa, las tumultuosas aguas del Lě, que continuaban arrastrando su carga de animales, troncos y árboles arrancados de raíz de la orilla por la violencia de la crecida. Bajo aquel elemento líquido, espeso como un puré de verduras, dormían apaciblemente las ocho rocas que eran, en potencia, sus mejores aliadas... siempre que le fueran accesibles.

Wuzhao sabía que era absolutamente necesario conseguir que aquellas piedras cúbicas, agazapadas en el fondo del limo, pudieran hablar. Si continuaban donde estaban, seguirían mudas y, por tanto, serían inútiles.

Sumida en un abismo de perplejidad, ya se disponía a ordenar al Mudo que recogiera los restos de la merienda de los Gemelos Celestiales y los guardara en la cesta de mimbre cuando notó una presencia detrás de ella.

Se volvió con viveza.

Era Pureza del Vacío y venía a su encuentro.

- Joya ha caído en el agua. Por suerte, el Mudo ha conseguido sacarla. Ha sido más el susto que el daño -se apresuró a explicarle, todavía bajo los efectos de la emoción, así que lo vio aparecer.

- Espero que la niña no haya visto su reflejo en el agua -dijo el gran maestro de Dhyâna observando a los Gemelos Celestiales, que jugaban en la hierba con unas mariquitas haciéndolas subir por unas ramitas.

El gran mahayanista tenía la misma obsesión que Wuzhao y por nada en el mundo habría querido que la pequeña Joya descubriera demasiado pronto el curioso regalo con que la había obsequiado la naturaleza.

- ¡No, por fortuna! Se ha acercado a la orilla y ni siquiera le ha dado tiempo a asomarse cuando ha caído en el agua fangosa. Está bien lo que bien termina -añadió.

- ¡El Bienaventurado en persona vela por los Gemelos Celestiales! -murmuró entonces el Superior del monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales antes de dejar que el Mudo se

fuera con los niños.

- ¡Así es, maestro Pureza del Vacío!

La emperatriz encontró extraña aquella visita inesperada, ya que Pureza del Vacío tenía por costumbre hacerse anunciar, si bien no tuvo que esperar mucho tiempo para enterarse del motivo de la aparición del gran maestro de Dhyâna.

- Vuestra Majestad, quisiera haceros una pregunta. ¿Qué clase de mujer era esta Umara, la hija del obispo nestoriano de Dunhuang, de la que mi antiguo ayudante Cinco Prohibiciones se ha enamorado tan perdidamente que ha llegado a renegar de sus votos? -le preguntó a bocajarro, aprovechando que se encontraban uno al lado del otro, mucho más atrás que los niños a los que conducía el factótum de la lengua cortada.

El corazón de la pobre Wuzhao se puso a palpar desordenadamente.

Además del trastorno que le había provocado la caída de la niña en el río, sabía que las palabras del Superior mahayanista eran una entrada en materia que tenía por objeto recordarle su promesa de proporcionarle seda para la fabricación de los pendones votivos.

- Que yo sepa, Umara es una jovencita encantadora y con muy buen carácter. Pero ¿por qué me lo preguntáis? -dijo, alarmada, fingiendo que le sorprendía aquella pregunta hecha de manera tan directa, lo que no entraba en las costumbres de Pureza del Vacío.

- Parece que uno de mis colegas la sorprendió robando unas santas reliquias en el escondrijo de libros de su convento...

- No me parece el estilo de Umara, cuyo comportamiento conmigo ha sido siempre irreprochable. ¿Estáis seguro de que vuestro cofrade se refería a la misma persona? -inquirió la emperatriz, que no había creído ni una sola de aquellas palabras.

- ¡Addai Aggai, el obispo nestoriano de Dunhuang, no tiene dos hijas con el mismo nombre! Y mi colega tampoco pertenece al grupo de los que ven visiones. Pues bien, él me aseguró que la había visto con sus propios ojos revolviendo el escondrijo de libros del monasterio de la Salvación y de la Compasión, ya que de este convento se trata -explicó el Superior, a quien las dudas manifestadas por Wuzhao habían tocado en lo más vivo.

- Tal vez descubriera por casualidad ese escondrijo o la sorprendieran mientras desenrollaba uno o dos de los manuscritos que allí se guardan. En las entrañas de las montañas donde están excavados los monasterios trogloditas abundan las cuevas llenas de libros. En la Ruta de la Seda no hay convento que no cuente con ese tipo de escondrijos. En lo tocante a apoderarse de reliquias, considero que hay que excluir totalmente de la conducta de esa muchacha un gesto de ese tipo.

- Y sin embargo se trata de un hecho cierto.

- ¿A qué reliquias os referís? -preguntó Wuzhao, que no disimulaba su irritación.

- Majestad, no se trata de reliquias de segunda categoría. Centro de Gravedad, que es el nombre del Superior, me aseguró que ella había robado la santísima reliquia de los Ojos de Buda conservada en el muy venerable monasterio de Peshawar, la ciudad india del santo relicario del muy piadoso rey Kaniska.

- Maestro Pureza del Vacío, hay que desconfiar de los chismes, especialmente si se hacen planear sobre cabeza ajena -le replicó en tono tajante Wuzhao.

Le parecía imposible que Umara, de la que se sentía cómplice, le hubiera ocultado aquella acción.

- Jamás me permitiría hacer caso de esas acusaciones si las considerara infundadas. Majestad, sé de qué hablo -replicó Pureza del Vacío sin alterarse en lo más mínimo.

Ante tal aplomo, la emperatriz no pudo por menos de considerar necesario un tiempo de espera.

Sumida en profundas cavilaciones, observó a los Gemelos Celestiales, que correteaban por el césped del Parque de las Peonías Arborescentes, donde acababan de entrar junto con el Mudo.

La firmeza de Pureza del Vacío la había impresionado: era imposible que al jefe espiritual del Mahâyâna chino le diese por mentir y, si se había desplazado expresamente al Palacio de Verano para hablar de aquel asunto, era porque se trataba de algo serio.

Y entonces, poco a poco, como el veneno instilado en el brebaje de la víctima, la duda se insinuó en su ánimo.

- ¿Cómo se encontraba una reliquia tan importante en un monasterio del Gran Vehículo de

Dunhuang? -preguntó finalmente.

- Majestad, he aquí el enigma principal que me gustaría resolver...

- En tal caso, ¿no habría que plantear la pregunta a la interesada? Enviad un emisario a Samyé. Después de todo, ya lo hicisteis en el caso de Cinco Prohibiciones -replicó la emperatriz con sequedad.

- Majestad, si mi monasterio pudiese exponer esa santa reliquia de los Ojos de Buda, supondría un gran beneficio... Incluso podría convertirse en triunfo decisivo para nuestros proyectos comunes. Me refiero a los del Gran Vehículo, pero sobre todo a los vuestros, Majestad... -repuso Pureza del Vacío, quien se guardó muy bien de responder directamente a las palabras de la emperatriz. Conociendo la manera de ser de Wuzhao, se había situado en el único terreno adecuado y, por el cambio de expresión de la soberana, donde la curiosidad había sustituido a la desconfianza, comprendió que había dado en el blanco.

- ¿A qué proyecto común os referís?

- Estoy hablando de vuestra gloriosa carrera al frente de la China. Todo lo que refuerce al Gran Vehículo servirá para favoreceros. ¿No he sido siempre claro en relación con este punto, Majestad?

- Si he entendido bien, lo que estáis insinuando es que así sería en el caso hipotético de que vuestro monasterio se convirtiese en propietario de las reliquias de los Ojos de Buda, ¿no es así?

- No exactamente en «propietario» en el sentido absoluto del término, Majestad, ya que se trata de una reliquia del Pequeño Vehículo que, llegado el momento, tendrá que volver a Peshawar, donde se construyó expresamente para ella la alta y venerable torre de Kaniska. Ser el depositario, en cambio, me interesaría enormemente... Hablo, por supuesto, en nombre de mi Iglesia... -repuso en tono confidencial Pureza del Vacío.

- Estoy empezando a entender la intención de vuestras palabras -murmuró Wuzhao, pensativa de pronto.

La sugerencia que Pureza del Vacío acababa de hacer a la emperatriz le abría horizontes insospechados.

- ¿Por qué me favorecéis de ese modo si me es imposible proporcionaros los banderines de seda que os he prometido en repetidas ocasiones? -añadió ella, sinceramente abrumada.

- Todo el mundo sabe que la penuria de seda sigue existiendo, Majestad. Y en cuanto al convento que tengo el honor de dirigir, los Ojos de Buda son una apuesta mucho más importante que unos simples pendones -se apresuró a responder Pureza del Vacío, decidido a aprovecharse al máximo de su situación ventajosa.

- Comprendo muy bien que el hecho de disponer de los Ojos de Buda podría reportar mucho dinero al monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales.

- ¿Estaríais dispuesta a ayudarme dadas las condiciones, Majestad?

Wuzhao reflexionó un momento antes de volver a hablar, como si pensara en voz alta delante del gran maestro de Dhyâna.

- Habría que hacer lo posible para que regresaran Cinco Prohibiciones y Umara. Para mí es posible, sobre todo si es a Luoyang, siempre que contribuyáis a alojarlos. Allí, en el país de Bod, corren menos riesgo que aquí, donde los agentes del Gran Censorado siguen rondando a mi alrededor, al acecho del menor de mis gestos, convencidos de que tarde o temprano haré volver a mi lado a aquella joven pareja que consiguió escapárseles -murmuró igual que una niña cogida en falta.

- Reconoced, Majestad, que no andan equivocados del todo. Teniendo en cuenta, además, que vos no habéis dudado en darles cobijo de incógnito nada menos que en el mismo palacio imperial de Chang An -exclamó en tono jovial el mahayanista, decidido a halagarla para metérsela definitivamente en el bolsillo.

- Así es, lo que por otra parte no os he ocultado en ningún momento. Y debéis saber también que no lo lamento en absoluto, porque esos jóvenes merecían de sobra mi apoyo. Si supierais lo amables que fueron conmigo... -exclamó con una triste sonrisa Wuzhao, a quien la evocación de aquel periodo ponía siempre nostálgica.

- No será necesario buscar a Umara en Samyé, Majestad, puesto que la muchacha se encuentra actualmente a pocos pasos de aquí. Está en el monasterio del Reconocimiento de los Beneficios

Imperiales -anunció Pureza del Vacío mirándola directamente a los ojos de manera un tanto teatral y seguro del efecto que producía.

Faltó poco para que Wuzhao, al oír aquellas palabras, cayera de espaldas.

- ¿Está con ella Cinco Prohibiciones? -preguntó la emperatriz, anonadada ante aquella confidencia.

- No, mi antiguo ayudante no está con ella. De hecho, no sé dónde se encuentra -confesó el gran maestro de Dhyâna.

- ¡De modo que Umara está separada de su amante! Pues es una triste noticia. Esos jóvenes no se lo merecían. Son como la pareja de pájaros Biyiniao, que sólo pueden volar emparejados porque no tienen más que un ala -dijo la emperatriz.

- Ya sabéis qué pienso al respecto. Ese monje está en pecado mortal y se precipita directamente al Avici. De quien se trata ahora es de Umara, no de Cinco Prohibiciones, Majestad.

El Superior de Luoyang jamás se había permitido entregarse a tal violencia verbal en presencia de la emperatriz de China.

- Pues yo no me imagino a uno sin el otro -replicó ella.

- Si Umara se dignase cooperar un poco más, vos y yo podríamos hacernos con los Ojos de Buda. Wuzhao decidió por fin plantearle la pregunta clave.

- Maestro Pureza del Vacío, no entiendo muy bien adónde queréis ir a parar. ¿Sois mi amigo o mi enemigo? -estalló, furiosa, al comprobar que el Superior de Luoyang no se desviaba un ápice y deseosa de cortar por lo sano sus maniobras.

- ¿Es que mi presencia a vuestro lado no revela mi indefectible apoyo? -protestó el mahayanista.

- ¡Sed más explícito! ¿Qué pretendéis, exactamente?

- Majestad, si me ayudáis a interrogar a Umara sobre la suerte de los Ojos de Buda, es indudable que la lengua de esta muchacha se desatará como por ensalmo. Seguro que ella os confiará más fácilmente a vos que a mí lo más hondo de sus pensamientos. Pese a las graves sospechas que pesan sobre su buena fe, se niega obstinadamente a explicarse...

- Maestro Pureza del Vacío, tanto vuestras palabras como vuestra actitud son inaceptables. Umara es una joven de bien. No es ninguna ladrona de reliquias. En cuanto al juego de los interrogatorios, conmigo no tenéis nada que hacer.

La expresión descompuesta y la mirada de incredulidad de la emperatriz de China revelaban claramente el profundo disgusto que sentía. Ella, que odiaba tanto engañar como ser engañada, se sentía ofendida por la desfachatez de Pureza del Vacío, cuya hipocresía y capacidad manipuladora estimaba ahora en su justo valor.

- Aquí hay un malentendido. Había creído obrar bien acudiendo a vos para hablar de ese tema -replicó el Superior mahayanista, ofendido, antes de eclipsarse, mientras Wuzhao rompía con rabia una ramita que acababa de desprenderse de un árbol.

Para calmar el desasosiego en que la habían sumido las palabras del Superior del monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales, la soberana se precipitó hacia Joya y Loto, deseosa de estrecharlos contra su corazón, pero ya no estaban.

La silla en la que un novicio transportaba a los niños acababa de desaparecer de delante de la puerta del Palacio de Verano, seguida por la alta figura del gran maestro de Dhyâna.

Como siempre, en los momentos difíciles, Wuzhao se encontraba sola frente a su destino.

A la hora del crepúsculo, sentada en un elegante banco de piedra bajo el quiosco de mármol al que había dado orden de que acudieran cantantes y danzarinas, tuvo ocasión de comprobar que la música no conseguía hacerle olvidar los acontecimientos ocurridos durante aquella jornada, desde la desaparición de Joya en el agua del río Lě y la existencia de ocho rocas inamovibles en el lecho del mismo hasta la increíble noticia que le había dado Pureza del Vacío sobre que tenía secuestrada a Umara.

Ni siquiera había tenido arrestos suficientes para ir a ver a la nodriza que atendía a su último hijo, el pequeño Lixian, al que prestaba menos atención que a los Gemelos Celestiales, como si la intuición le dijera que su descendencia la decepcionaría y no le sería de gran ayuda en la realización de sus proyectos y, lo que era peor, que sus hijos contribuirían poco o mucho a obstaculizarlos, hasta el punto de obligarla a apartarlos de su camino con gesto despiadado...

OASIS DE TURFAN, TALLER CLANDESTINO DE LOS MANIQUEOS

Bravo, Punta de Luz! Compruebo con placer que no tardarás mucho tiempo en volver a levantar lo que derribaron tan alegremente los tujüe. La actividad maniquea del hilado de la seda está a punto de ponerse de nuevo en marcha...

El cumplido procedía del monje budista Puñal de la Ley, que contemplaba con mirada codiciosa el retal de seda verde que Punta de Luz acababa de tenderle con orgullo.

El tejido de brocado relucía al sol como el agua de un lago gracias a la utilización oportuna, en el telar, de una lanzadera suplementaria provista de hilo de plata.

- De momento, no se ha puesto en contacto con nosotros ni uno solo de esos tujüe para hacerse con el más mínimo corte de nuestra seda -respondió el kucheano con rostro cariacontecido.

- ¡Un poco de paciencia! En cuanto tu producción adquiera un ritmo regular, el boca a oreja se encargará de propagar la noticia a lo largo de la Ruta de la Seda. Puedes creerme si te digo que es el mejor procedimiento para que una información llegue indefectiblemente a su destinatario...

-concluyó el monje de Peshawar.

Puñal de la Ley aludía al argumento decisivo del que se había servido para convencer a Punta de Luz, el joven kucheano de religión maniquea, de que se quedase en Turfan en lugar de lanzarse como un loco en persecución de su Luna de Jade, sin grandes probabilidades de darle alcance debido a la celeridad con que se desplazaban las cuadrillas de bandidos en sus corceles, rápidos como saetas.

De hecho, el monje de Peshawar no había tenido grandes dificultades para disuadirlo de que corriera a la ventura en pos de un destino del que apenas conocía el nombre.

A pesar de que el capitán de los raptos de Luna de Jade hubiera proclamado, tras el secuestro de la joven, que iba a trasladarse a «Bagdad, a orillas del río Tigris», Punta de Luz no habría sabido afirmar si se trataba o no de una baladronada.

Apurando sus conocimientos de geografía, había llegado a la conclusión de que Bagdad se encontraba en el otro extremo del mundo, a pesar de que dicha ciudad estaba situada antes de Palmira y mucho más acá del término occidental de la Ruta de la Seda, que terminaba -según le habían enseñado en la escuela- en el puerto de Beirut.

Así pues, al joven maniqueo le había parecido más prudente tomar en consideración la perspectiva que el monje de Peshawar le había sugerido, que consistía en rescatar a Luna de Jade del poder de los tujüe a cambio del peso en seda de la muchacha.

Se trataba de transacciones entonces muy habituales entre los Tang y los tujüe, gracias a las cuales se hacía el intercambio de rehenes.

La amabilidad de los dos monjes del Pequeño Vehículo había acabado por convencer al esposo de Luna de Jade de que era, en efecto, más prudente no salir de Turfan, donde había dedicado lo mejor de sí mismo y, por la cuenta que le traía, volver a poner en marcha la producción de la seda.

- ¡Un poco de paciencia! ¡Estoy seguro de que esos facinerosos acabarán por venir aquí! ¡El Bienaventurado vela por ti! -no cesaba de repetirle el primer acólito de Peshawar cuando, en el rostro del inconsolable esposo de Luna de Jade, observó los signos precursores del desánimo.

Aquel final de tarde, en el invernadero de las moreras de Turfan, cuidadosamente restaurado después del saqueo y plantadas otra vez en jarras nuevas las moreras dañadas, eran cinco las personas que estaban enzarzadas en conversación -el ma-ni-pa, Punta de Luz el maniqueo, Puñal de

la Ley, Santa Vía de los Ocho Miembros y Cinco Prohibiciones- mientras degustaban zumo de albaricoque. El antiguo monje mahayanista Cinco Prohibiciones lo servía de una jarra en la que había machacado algunos frutos maduros ofrecidos por el propietario de un vergel y añadía después menta fresca al zumo. Tumbada a sus pies, la perra Lapika, amodorrada por el calor, no se movía ni una pulgada.

Era particularmente agradable poder descansar, en pleno verano, a la sombra de las hojas dentadas y relucientes de las moreras y más en aquel momento de la jornada en que el calor empezaba a mermar un poco en el invernadero de la Iglesia de la Luz.

Esto permitía que todos pudiesen comprobar que la calidad del hilado y tejido de la seda progresaba de día en día gracias a los buenos oficios y a la tenacidad de Punta de Luz.

- Sin ser un experto, creo que la calidad de este brocado de seda verde alcanza el nivel de las cumbres del país de Bod. La primera sorprendida, cuando el ma-ni-pa le lleve el primer retal de seda, será la emperatriz Wuzhao -exclamó, entusiasmado, Cinco Prohibiciones pasando a Punta de Luz el trozo de tela que había sometido a su examen.

Con sus estanterías repletas de capullos, cuidadosamente prendidos de ramas secas de brezo, el invernadero con sus macetas de moreras era el corazón de la fábrica clandestina de seda que ahora, gracias a una veintena de turfaneses que Punta de Luz dirigía como un verdadero ejército, funcionaba a pleno rendimiento.

Los tres telares sabiamente manipulados por el persa Azzia Mogul, rústicos pero flamantes, emitían un repiqueteo de la mañana a la noche. Instalados en un edificio adyacente cuya construcción acababa de terminarse, iban escupiendo una seda de día en día más tupida, más suave al tacto y más tornasolada a la vista.

Sin duda no era aún aquel moaré deslumbrante que salía del Templo del Hilo Infinito de Chang An, pero sí un brocado de alta calidad, susceptible de ser comercializado en China central sin el menor problema.

- ¡Sabes muy bien lo que te traes entre manos! -bromeó el maniqueo-. ¿Acaso no somos los dos unos monjes-soldados de la seda que hicieron el voto del hilado y el tejido? No ha de sorprender a nadie, pues, que dadas las condiciones obtengamos tan buenos resultados.

- Puedo asegurarte, como observador, ¡oh, Punta de Luz!, que muy pronto vuestra seda será digna de los tejidos chinos más hermosos -añadió en tono amable Puñal de la Ley.

- No puedo hacer más que suscribir las palabras de Puñal de la Ley -intervino Santa Vía de los Ocho Miembros, que tenía la costumbre de confirmar todo cuanto decía su compañero.

- Si Cargamento de Quietud logra convencer a Wuzhao de que nos envíe un ingeniero chino capaz de instalarnos un telar para tejer moaré, habremos ganado la partida -concluyó Punta de Luz.

En efecto, tres meses antes, el Gran Perfecto de la Iglesia de la Luz de Turfan había partido hacia Chang An. A pesar del saqueo del invernadero por obra de los tujüe y de su posterior reinstalación gracias a Punta de Luz, a quien había decidido conceder absoluta confianza, el Gran Perfecto había proseguido su viaje, confortado por el decreto imperial que autorizaba expresamente el maniqueísmo en China Central.

- En cuanto al teñido, a quien hay que felicitar es a Cinco Prohibiciones -replicó el joven maniqueo-. Mezcla tan bien los colores como los maestros coloristas del Templo del Hilo Infinito de Chang An. Sin él, no habríamos salido nunca de aquellos tonos indefinidos que no había forma de abandonar...

Era un hecho que, para ahogar la angustia y la tristeza en que los había sumido la desaparición de sus respectivas esposas, el budista y el maniqueo se habían concentrado en el hilado de la seda, que ahora ocupaba la mayor parte de su tiempo.

Uno y otro consagraban horas enteras a la supervisión de las operaciones necesarias para la transformación del hilo bruto, salido del capullo y devanado, en un tejido suave cuyo reflejo tornasolado procuraba a la mirada un inigualable placer y a las manos que lo tocaban por vez primera una suavidad que sorprendía siempre.

La seda les hacía olvidar sus desgracias personales y les permitía pensar en algo que no fueran sus mujeres desaparecidas...

Hacía seis meses ya que Cinco Prohibiciones había llegado, tras conseguir arrancarse in extremis de los brazos lascivos, manos expertas y sobre todo lengua ardorosa de la hermosa Yarpa, la joven sacerdotisa bonpo.

Le había costado lo suyo.

Entre el momento en que decidió partir y aquel en que lo consiguió por fin, habían transcurrido unas cuantas semanas, en el curso de las cuales la bella tibetana había recurrido a todos sus encantos para retenerlo a su lado.

Allí hubo de todo.

Los sortilegios de los que se había servido la mujer habían superado los límites de todas las conveniencias y obligado al pobre Cinco Prohibiciones a posponer cada vez para el día siguiente su irrevocable decisión de partir...

La mujer se reunía todos los días con él en su jergón, completamente desnuda y, con sus gestos precisos y elocuentes posturas, sabía encender en un momento aquel fuego inextinguible que en él no estaba nunca más que adormecido.

Así pues, ofreciéndole sin evasivas ni reticencias la puerta trasera debidamente suavizada con manteca de yak y forzándolo a posar sus manos en la punta dura y estremecida de sus senos, al tiempo que hacía ondear con furia la grupa antes de rendirse a un breve pero fulgurante éxtasis, conseguía siempre que él no quisiese arrancarse de ella.

Y haciendo caso omiso de cualquier asomo de vergüenza, decidía siempre quedarse un día más para consumir un nuevo y postrer abrazo, al tiempo que se juraba que aquél iba a ser el último.

Y al día siguiente se repetía la misma maniobra, más tórrida aún que el día anterior...

Hasta el día en que, finalmente, un acontecimiento hizo que Cinco Prohibiciones comprendiera que, como no se fuera en seguida, terminaría sus días al lado de aquella mujer.

Embrutecido por el placer que le había proporcionado el inefable y último abrazo de Yarpa, sumido en una media somnolencia, tenía los ojos fijos en el techo de troncos que cubría el jergón donde la bella tibetana, tan extenuada como él, estaba dormida en sus brazos.

En aquel momento vio aparecer, orlado por una aureola de deslumbrante claridad, el dulce rostro de Umara.

Su bien amada, cual una apsara, lo miraba sonriente.

Feliz, él la miró a su vez y murmuró:

- ¡Umara!

Le pareció ver en sus ojos una sombra de sorpresa, quizá de tristeza o a lo mejor de nostalgia, como si sospechase algo.

Los dedos de Yarpa, que seguía medio dormida, se posaron inadvertidamente en su vientre y volvió a sentir aquel hormigueo que ya anunciaba la erección de su vara de jade.

Levantó de nuevo los ojos al techo.

Pero el rostro de Umara ya se había esfumado.

Aquello le hizo comprender que, como esperara mucho, la perdería para siempre. Ese era, sin duda, el significado de la desaparición del hermoso rostro de ojos bicolores de la hija de Addai Aggai.

Entonces, Cinco Prohibiciones hizo subrepticamente el esfuerzo de arrancarse de sí mismo, se deslizó fuera de la cama, recogió sus cosas sin hacer ruido y dejó al lado de la tibetana dormida una flor de genciana que fue a coger fuera, en plena noche. Y como un ladrón, el antiguo ayudante de Pureza del Vacío abandonó de puntillas el antro de la sacerdotisa bonpo sin volverse, con el corazón en un puño. Le seguía la perra Lapika, feliz de lanzarse de nuevo a las inmensas praderas recorridas por mil arroyos.

Una vez fuera, libre ya de las zarpas de terciopelo de aquella mujer tan hechicera, se puso a caminar empeñado tan sólo en poner un pie delante del otro, convencido de que no existía otra manera de escapar de Yarpa.

La idea de llegar a Turfan y tratar de encontrar allí a Punta de Luz, aquel joven kucheano de religión maniquea con quien se había tropezado el año anterior en las inmediaciones de la Puerta de Jade, no lo disgustaba del todo.

Cinco Prohibiciones había empleado algo menos de tres meses y medio en recorrer la ruta entre el

pueblo de Yarpa, en pleno Tíbet, y el oasis de la Ruta de la Seda donde se habían establecido los maniqueos.

El adepto de las artes marciales, siempre en plena posesión de sus medios físicos, tenía tanta prisa por llegar que había decidido adoptar el método infalible utilizado por los soldados de infantería de ciertos regimientos de élite, que consistía en alternar la carrera con la marcha a pie...

Cuando el antiguo monje del Gran Vehículo llegó finalmente a su destino después de interminables jornadas de recorrer aquellas extensiones que, como gigantescos peldaños de escalera, conducían al viajero desde la inhóspita montaña del Techo del Mundo a la risueña corriente de vergeles y viñas surgidas como por milagro en pleno desierto de Turfan, estaba más flaco que un galgo.

Llegado a Turfan, no le costó mucho dar con el invernadero de las moreras, donde encontró a Punta de Luz ocupado en regar sus árboles plantados en macetas.

Así que descubrió el rostro del joven maniqueo, Cinco Prohibiciones se dio cuenta de que algo andaba mal. En cuanto a Punta de Luz, observó lleno de curiosidad la silueta cubierta de andrajos cuyos contornos se recortaban en el vano de la puerta. Como estaba a contraluz, inicialmente no distinguió su rostro, si bien no tardó mucho en reconocer sus ojos oblicuos, su mirada afable y su sonrisa franca.

- ¡Pasa, Cinco Prohibiciones! ¡Bienvenido a Turfan! ¡Vaya sorpresa! Alabado sea Mani, que te ha permitido llegar hasta aquí, amigo mío -exclamó apenas lo reconoció.

Supuso para los dos una gran alegría volverse a encontrar después del único encuentro que habían tenido, dos años antes, en los parajes de la Puerta de Jade de la Gran Muralla, donde se juraron que volverían a verse.

- ¡Om! ¡Qué sorpresa tan grande, Cinco Prohibiciones! ¿Qué has venido a hacer aquí? ¡Te creía en Chang An con Umara! -exclamó a su vez el ma-ni-pa, que había acudido desde el fondo del invernadero, donde estaba ocupado ordenando por colores los cortes de seda.

- Es una larga historia. Y triste, además. Umara no está, desapareció en Samyé. Desde entonces la he buscado sin resultado... -gimió el amante de ésta antes de deshacerse en llanto.

- ¿Qué ocurrió?

- No lo sé. Salí a pasear con Lapika y, cuando volví, Umara ya no estaba.

- ¿No será que se fue por propia voluntad? -inquirió Punta de Luz.

- Sé con absoluta certeza que no es así. No sólo estoy convencido de que la secuestraron, sino que incluso tengo una idea concreta con respecto a la identidad del pillo de su secuestrador -gritó Cinco Prohibiciones cerrando los puños.

No cabe duda de que, de haber tenido a Bruma de Polvo a su alcance, lo habría reducido a migajas, tan seguro estaba de que él era el autor de aquel acto funesto.

- Pues yo no estoy en mejor lugar que tú. Unos tujüe me raptaron a Luna de Jade hace seis meses y desde entonces no tengo noticias tuyas -le comunicó, desesperado, Punta de Luz.

- ¿Adónde se la llevaron?

- A Bagdad, junto al río Tigris. Ése, por lo menos, era el punto de destino del que hablaba el que tenía pinta de ser el capitán de aquellos malhechores.

Entonces, como dos amigos abandonados que se encontrasen después de larga separación, cada uno se puso a contar su historia al otro con todo lujo de detalles. Sus miradas estaban veladas por aquella sombra de tristeza de la que no llegaban a librarse desde que habían perdido a sus esposas.

- Estoy sinceramente apenado por ti. El destino nos ha castigado con la misma suerte y en el mismo momento. Ha ocurrido todo como si nuestras vidas fuesen rigurosamente paralelas -comentó el maniqueo al borde de las lágrimas.

- ¡Y yo que esperaba poder ver lo feliz que vivías en pareja! No sabes lo que me apena verte de esta manera -añadió Cinco Prohibiciones mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas-. Pero me siento muy feliz de encontrarme junto a ti. En ti encontraré el valor y el consuelo que me han faltado hasta ahora. La compasión del Bienaventurado sigue inundándome con su dulce luz.

- Estoy tan contento como tú. El profeta Mani se ha apiadado de su pobre hijo -replicó gentilmente el joven kucheano.

Entonces, sin añadir una palabra más, se dieron un afectuoso abrazo, emocionados y algo

desorientados.

Poco después de que Punta de Luz empezase a mostrar las instalaciones a Cinco Prohibiciones, éste tuvo la agradable sorpresa de ver aparecer, en los umbrales del invernadero, la silueta del primer acólito de Buddhabadra.

- Tengo el gusto de presentarte a Puñal de la Ley, monje del Pequeño Vehículo, llegado del convento del Único Dharma de Peshawar. Él me convenció de que me quedara y de que diera nuevo impulso a la producción de seda después del saqueo de los tujüe -explicó Punta de Luz, que se ocupó de las oportunas presentaciones.

Cinco Prohibiciones no aguardó a que el maniqueo terminara la frase para arrojarse en brazos de su antiguo compañero de infortunio, quien había aceptado tan generosamente permanecer a su lado cuando los bandidos parsis lo tenían prisionero junto con el ma-ni-pa y los Gemelos Celestiales.

- ¡Pero si no conozco a otro! Puñal de la Ley es un amigo muy querido. En Dunhuang me ayudó a escapar de las garras de los bandidos parsis, que pretendían llevarse a Persia a los Gemelos Celestiales debido a que en aquel país es corriente el casamiento entre hermanos -dijo el mahayanista, a quien la presencia de su amigo había llenado de repentina alegría.

- Es un hecho que el Bienaventurado tenía decidido que se cruzaran nuestros caminos. Te presento a mi hermano Santa Vía de los Ocho Miembros, quien me ha acompañado hasta aquí desde Peshawar y no está en tierra desconocida porque es turfanés de nacimiento -exclamó, en el colmo de la sorpresa, el primer acólito de Buddhabadra antes de hacer un ademán a Santa Vía de los Ocho Miembros para que se le acercara.

- Jamás olvidaré que aceptaste abandonar la búsqueda de Buddhabadra para acompañarme. Fuiste mi infatigable compañero en mis días malos... Sólo espero que, después de tanto tiempo, tengas por fin noticias de tu Superior -murmuró Cinco Prohibiciones con voz temblorosa.

- ¡Ni la menor noticia! Pero no abandono la empresa. Al fin lo encontraré. Lo único que espero es que su salud sea buena -dijo Puñal de la Ley.

Cinco Prohibiciones, que conocía la funesta suerte de Buddhabadra, no tardó mucho en decidir si debía decir la verdad a su amigo o esconderse.

No era cuestión de mentir a Puñal de la Ley y menos aún de darle falsas esperanzas abonando su actitud.

- Por desgracia, hermano mío, Buddhabadra murió. Fue asesinado vilmente por un tal Nube Loca -dijo, con voz preñada de emoción, tras hacer de tripas corazón.

- ¡Imposible! -exclamó el monje del Pequeño Vehículo, cuyo rostro se había quedado tan blanco como un capullo de gusano de seda.

- Lo supe por boca del único testigo que asistió a la horrible escena.

- ¿De quién se trata? Tengo que ver inmediatamente a esa persona... Tengo necesidad de conocer todos los detalles de lo ocurrido. Pese a que el Bienaventurado recomienda la no violencia y la ausencia de venganza, no puedo admitir que un crimen de esa naturaleza quede impune.

- ¡Se trata de Umara! La desgraciada fue testigo de toda la escena.

- ¿Umara conoció a Buddhabadra antes de su muerte? -gritó, en tono incrédulo, Puñal de la Ley.

- Sí, y conservaba del hecho un recuerdo lacerante. Espero que un día pueda explicarte de viva voz cómo ocurrió todo... -había respondido Cinco Prohibiciones antes de exponer las circunstancias que habían llevado a la joven hasta aquella pagoda en ruinas de los alrededores de Dunhuang donde Nube Loca había cometido lo irreparable con el Inestimable Superior del Único Dharma en el curso de un ritual sanguinario que había terminado en condiciones atroces.

- Acabas de pronunciar un nombre que me dice algo -intervino Punta de Luz al final de la explicación de Cinco Prohibiciones.

- ¿También tú viste a Buddhabadra? -lo interpeló Puñal de la Ley.

- Recuerdo que en este mismo lugar me abordó un indio que llevaba ese nombre antes de que yo partiera con rumbo a Chang An... Chocó conmigo cuando yo salía y se hizo una herida en el arco superciliar. Yo mismo le curé la herida.

Aquella escena que, en el momento en que ocurrió, apenas había llamado su atención, volvía ahora a su memoria.

- ¿Era un hombre de piel oscura? ¿Llevaba un aro de plata en la oreja izquierda? -añadió, febril, el primer acólito.

- Ahora que lo dices, recuerdo perfectamente que aquel hombre tenía la piel muy oscura, llevaba la cabeza rapada y tenía una oreja perforada.

- ¿Qué te dijo? ¿Adónde iba? ¿Qué hacía aquí? -inquirió Puñal de la Ley, cuyo corazón latía ahora de forma descompasada.

¿Cómo se había odiado, en aquel momento, por su actitud demasiado prudente, dictada entre otras cosas por su repugnancia a considerar nuevamente la inexplicable desaparición de Buddhabadra, así como todos los demás interrogantes suscitados por aquel hecho en relación con la lealtad y la integridad del Superior del monasterio del Único Dharma de Peshawar!

Y así fue como Puñal de la Ley había omitido hasta entonces -y contra todo lo esperado- citar el nombre de Buddhabadra delante de Punta de Luz.

Pero en el punto en que se encontraba y teniendo en cuenta la terrible noticia que acababa de comunicarle Cinco Prohibiciones, no era momento para el arrepentimiento. Lo único que le importaba era la respuesta a la pregunta acuciante que acababa de plantear al joven maniqueo.

- ¡Él quería lo mismo que tú! ¡Seda! Me aseguró que no lo lamentaría en caso de proporcionársela. Ésas fueron, en todo caso, sus palabras, antes de que volviera a partir... con aire satisfecho, después de haber visitado a fondo mis instalaciones. Para terminar, me precisó que volvería dentro de poco - explicó el joven maniqueo, aturullado al recordar lo que acudía a su memoria con respecto a aquel encuentro fortuito.

- ¿De modo que Buddhabadra quería volver aquí? -insistió el monje Santa Vía de los Ocho Miembros.

- En efecto. Pero, desde entonces, no lo he vuelto a ver. Ahora recuerdo que me hizo jurar que no hablaría con nadie de nuestro encuentro -concluyó Punta de Luz.

- Antes de ser asesinado por Nube Loca, ¿acaso Buddhabadra no habría tratado, como nosotros, de obtener una reliquia santa a cambio de tejido de seda? -preguntó Santa Vía de los Ocho Miembros para llenar el denso silencio que se había instalado entre ellos.

Las palabras del monje turfanés habían llevado a Puñal de la Ley a revelar a Punta de Luz y a Cinco Prohibiciones el intercambio que deseaban proponer al Superior del convento mahayanista de Turfan, Favor Atestiguado. Éste retenía la reliquia de la Santa Uña del Bienaventurado, que pensaban obtener a cambio de la seda necesaria para fabricar pendones votivos ante los cuales los monjes practicaban la meditación sentada...

- Ahora comprendo mejor por qué te importa tanto que produzcamos la seda más hermosa posible. ¿Por qué no me lo habías dicho antes? -exclamó el maniqueo experto en seda.

- No me atrevía a exponerte mi proyecto por miedo a parecer presuntuoso y hasta un poco ridículo... -había respondido, algo molesto, el primer acólito.

- Si he entendido bien, entre la emperatriz Wuzhao, Pureza del Vacío y, ahora, Favor Atestiguado, vuestro libro de pedidos está repleto -añadió, complacido, Cinco Prohibiciones, cuyas palabras habían conseguido disolver la densidad del ambiente.

Y la caída del ma-ni-pa al chocar con la maceta de una morera, acompañada de un «¡Om!» sonoro al levantarse para ir a echarse en brazos de Cinco Prohibiciones, incapaz de refrenar por más tiempo su alegría por haber encontrado a su compañero de ruta, acabó de regocijarlos.

Así fue como el invernadero de las moreras de los maniqueos de Turfan se convirtió en lugar de reunión de destinos extraordinarios que unas circunstancias que no lo eran en menor grado habían hecho converger en aquel punto, contribuyendo a crear entre aquellos hombres tan diferentes tanto por la raza como por la religión una solidaridad que no se desmentiría frente a la adversidad.

No era mucho decir, en efecto, que aquellas grandes desgracias que los habían maltratado de forma tan injusta obligándolos a todos y cada uno a abandonar el camino trillado, los había acercado a la manera de unos hermanos de armas unidos por los combates.

¿Qué había, en efecto, en común entre Cinco Prohibiciones, Punta de Luz, Puñal de la Ley, el ma-ni-pa y Santa Vía de los Ocho Miembros como no fuera que todos estaban allí, en el invernadero de las moreras de Turfan, cuando, en una vida normal, sólo habría debido estar uno de ellos...?

Ahora, como ocurre con los dedos de una misma mano, los cinco hombres trabajaban juntos en aquella fábrica de seda improvisada, totalmente dirigidos hacia el objetivo que se habían asignado: la producción de una seda digna de las mejores manufacturas de China central, una tela de tal calidad que rivalizaría con los cortes reservados para uso exclusivo del emperador del Medio. Pasados unos meses de estancia en Turfan, Cinco Prohibiciones acabó por convertirse a su vez en experto en seda.

Aprendió el modo de entrecruzar, en el marco de madera apropiado, los hilos de seda, verticalmente para la urdimbre y horizontal-mente para la trama, y sobre todo la manera de montar la urdimbre en el propio telar al objeto de obtener una calidad de tejido particular que pudiera producir, a partir de los mismos hilos, telas de aspecto muy diferente, desde el tafetán a los crespones, cuyos hilos tienen una torsión particular, pasando por las muselinas y los organdíes y satenes, en los que quedaban cubiertos los puntos de cruce de los hilos, sin olvidar naturalmente los shantungs, que seguían siendo patrimonio de los tejedores chinos y eran extraordinariamente difíciles de imitar.

A pesar de la atención sostenida que requería aquel nuevo oficio, el antiguo monje del Mahâyâna no llegaba a expulsar de su espíritu la imagen de Yarpa, aunque se esforzaba en pensar lo menos posible en la hermosa tibetana y en la reacción que habría tenido al comprobar que él se había desvanecido dejándole como único recuerdo aquella flor de genciana sobre la almohada.

¿Habría dejado el sol para entrar en la sombra? Cuando le corroía esa duda insidiosa, Cinco Prohibiciones hacía todo lo posible para no sopesar los pros y los contras de sus actos. ¿No eran los pesares lo más destructor para los seres humanos? ¿No era el más inútil de los ejercicios imaginar a qué se parecería su vida de haber optado por algo diferente? ¿No era mucho mejor mirar el porvenir de frente en lugar de entregarse a lamentaciones e hipótesis descabelladas para que el mañana compensara los malos recuerdos que había dejado el ayer?

En todo caso, éstos eran los principios a los que Cinco Prohibiciones intentaba aferrarse para no hundirse en la desesperación.

A menudo, antes de acostarse, se aislaba en compañía de Punta de Luz para hablar de la mujer que amaba. Así se daban mutuamente esperanzas al entregarse a confidencias acerca de sus respectivas esposas, demostrando con ello, si hubiera sido necesario, que seguían enamorados de ellas. Eran momentos en que removían el mundo y trazaban mil planes encaminados a encontrar a las mujeres de su vida.

En este sentido, no tardaron en ponerse de acuerdo sobre el hecho de que lo mejor era esperar que la calidad de la seda producida en su taller bastase para ofrecerla a la emperatriz Wuzhao. Tenían intención de comparecer ante la soberana y explicarle, con las palabras más conmovedoras posibles, la situación en la que se encontraban.

En efecto, ¿quién mejor situado que ella para ayudarlos a encontrar a Luna de Jade y a Umara?

¿No bastaba con que diese órdenes a su policía secreta para obtener informaciones sobre la suerte de las jóvenes? Distaban mucho de sospechar que Wuzhao, lejos de disponer de los ojos y oídos del Estado, era objeto de estrecha vigilancia por parte del Gran Censurado Imperial. Estaban convencidos igualmente de que, en un país policial como la China de los Tang, no había nada que pudiera escapar a su todopoderosa emperatriz.

Según ellos, pues, no era más que una cuestión de meses, sólo el tiempo necesario para alcanzar la perfección requerida para tejer y teñir la seda.

Pero sus locas esperanzas quedaron burladas la mañana en que, poco antes de la llegada de los obreros a la hilandería clandestina, irrumpió en el invernadero una escuadra de hombres armados que vestían el uniforme de la policía china, los cuales revolvieron la larga mesa en la que el ma-ni-pa acababa de dejar, para su examen, la última muestra salida de los telares del taller.

Los ocupantes del invernadero de las moreras tardaron unos momentos en hacerse cargo de que estaban a punto de sobrevenirles serias dificultades.

El hecho no podía presentarse en peor momento, ya que estaban reunidos los cinco y, antes de que tuvieran tiempo de efectuar el menor gesto, ya estaban todos maniatados.

El ma-ni-pa, que intentó desenvainar su puñal ritual phurbu, fue obsequiado con una soberana bofetada que lo derribó en tierra.

- ¿Qué significa todo esto? Hace años que vivo en Turfan y tengo todos los papeles en regla. ¿Con qué derecho habéis entrado aquí? -Punta de Luz fue el primero en protestar con vehemencia.
- Llevamos una orden de detención extendida en debida forma y firmada por el gobernador Hong el Rojo -anunció el que tenía todo el aspecto de ser el jefe de la cuadrilla, al tiempo que ponía ante las narices del maniqueo un papel muy largo cubierto de sellos en el que Cinco Prohibiciones tuvo ocasión de descubrir que se citaban sus cinco nombres...

- Estáis en los locales de la Iglesia de la Luz, que está provista de una autorización legal para actuar en el territorio chino -añadió, ahora muy pálido, el esposo de Luna de Jade.

- Estáis haciendo una actividad prohibida. Hace bastante tiempo que os estamos espiando. Por eso os hemos podido identificar a todos. La denuncia inicial afectaba tan sólo a los individuos Puñal de la Ley y Santa Vía de los Ocho Miembros -explicó, con alegre semblante, el capitán, cuya sonrisa expuso las pésimas condiciones de su dentadura a pesar de su joven edad.

¡Los habían denunciado!

¿Quién podía ser el autor de semejante felonía?

A juzgar por la rabia perceptible que dejaba traslucir la mirada de Puñal de la Ley, era seguro que el primer acólito del monasterio de Peshawar tenía sus sospechas acerca del punto del que había partido aquel golpe bajo...

Cuando los arrojaron como sacos de harina a los pies del gobernador, un hombre bajo y gordo con el pelo recogido en una trenza grasienta, repantigado en un inmenso sillón de ébano, que masticaba semillas de girasol, Hong el Rojo les declaró sin ambages:

- Estáis detenidos acusados de producción y tejido de seda ilícita. Son actividades prohibidas por las leyes del imperio del Medio. Un monje indio llamado Joya de la Doctrina, que ha venido expresamente para esto desde Peshawar, os ha denunciado.

- ¡Menudo cabrón! Sabía que un golpe así tenía que venir de él. Se merece el Avici -exclamó Santa Vía de los Ocho Miembros.

La intuición de Puñal de la Ley, que ahora se arrepentía de haber desvelado a aquel traidor el motivo y el destino de su periplo, por desgracia había dado en el clavo: su rival, despreciando la regla de la samgha, se había transformado en delator.

- ¡Si aquí hay un culpable, gobernador Hong, soy yo! Que el profeta Mani me transforme ahora mismo en un montón de cenizas si estos hombres han tocado nunca un solo hilo de seda -protestó Punta de Luz refiriéndose a sus amigos, decidido a cargar con todas las culpas para salvar a sus compañeros.

- ¡Os han detenido a todos juntos y os trasladarán a todos juntos! -le cortó en tono seco el gobernador.

La captura de aquellos cinco era su único hecho de armas desde hacía meses y una hazaña particularmente bienvenida, teniendo en cuenta su categoría.

- ¿Adónde van a trasladarnos? -inquirió Cinco Prohibiciones con voz angustiada.

- A Chang An, ¿dónde va a ser? Hay que enviar a todos los culpables de atentar contra los bienes del Estado a los servicios centrales del Gran Censurado -le replicó el gobernador Hong, que acababa de escupir con aire negligente una cáscara de semilla de girasol a los pies del mahayanista.

- ¡Andaos con mucho cuidado, mi señor Hong, porque estáis a punto de cometer la peor de las injusticias! -clamó de nuevo el maniqueo, que se debatía con todas sus fuerzas mientras, por orden de Hong el Rojo, les trababan los pies con pesadas cadenas para mayor seguridad.

Después de languidecer ocho días en la minúscula celda de un campo de retención administrativa donde a duras penas conseguían mantenerse de pie, los introdujeron sin miramiento alguno en una jaula móvil tirada por tres mulos.

Entonces comenzó un verdadero calvario para los cinco.

Sería quedarse muy corto, en efecto, afirmar simplemente que en aquel final de verano el recorrido de la Ruta de la Seda desde Turfan hasta la Puerta de Jade de Jiayuguan, en la Gran Muralla, al pie de los grisáceos contrafuertes de las montañas Mazong, equivalía a una verdadera tortura comparable a la pasión de Mani para los maniqueos o a la de Cristo para los cristianos, si se efectuaba en aquellas condiciones, sujetos con ataduras sin poder moverse ni una pulgada,

expuestos a la violencia de los vientos, tan pronto bajo los rigores del sol como bajo los de lluvias diluvianas.

Apenas si podían volver la cabeza cuando su convoy pasaba por delante de las minúsculas plazas fuertes del desierto, otras tantas prisiones de las que nadie conseguía escapar. Advirtieron, sin embargo, en ellas a los mandarines deportados, que lanzaban con todas sus fuerzas, tal como lo exigía una espantosa costumbre, una piedrecita sobre la muralla occidental de la fortaleza donde permanecerían encerrados hasta el último de sus días. ¿No se decía acaso que, si la piedra rebotaba, el proscrito podía esperar obtener algún día un juicio de clemencia que le permitiría volver a su madre patria y recogerse en la tumba de sus padres?

- ¡Cómo me gustaría poder arrojar unas cuantas piedras contra esos muros! -exclamó Puñal de la Ley cuando descubrió los curiosos manejos de los altos funcionarios caídos en desgracia.

- Si pudiera, las arrojaría a la cabeza de nuestros guardianes -dijo con rabia Punta de Luz, cuya combatividad seguía intacta a pesar de las deplorables condiciones del viaje.

Las rechiflas, insultos y escupitajos que les dedicaba la chiquillería de los pueblos que atravesaban hablaba con elocuencia de la suerte que les esperaba al final de su viaje. Es innegable que las pancartas que llevaban colgadas del cuello, que los identificaban como criminales pendientes de juicio, comportaban el oprobio y la desconfianza de las poblaciones aterrorizadas tanto por los facinerosos como por los policías. La gente sólo veía en esos hombres que estaban de pie, aferrados con las manos a los barrotes de bambú de la jaula rodante, con los pies inmovilizados, los rostros enjutos y mugrientos y los ojos cercados por las costras blancas provocadas por el sudor, nada más que vulgares ladrones cuyas cabezas no se sostendrían mucho tiempo sobre sus hombros, ya que de los quinientos artículos que contaba el Código Penal de los Tang, la mitad como mínimo preveía la pena capital para los infractores.

Convencido de que sería una excelente baza para la promoción de su carrera administrativa, el pequeño gobernador chino Hong el Rojo vigilaba personalmente la escolta de aquella presa providencial. Preveía que, de este modo, podría pavonearse delante de Hanyuan, el Gran Canciller del Imperio, una de cuyas atribuciones consistía en administrar las carreras de los ciento ocho prefectos y gobernadores de provincia. Aquellos altos funcionarios cuidadosamente escogidos constituían el armazón principal de la división policial y administrativa erigida sobre el conjunto del territorio desde el nombramiento del primer prefecto imperial por el primer emperador Qin Shi Huangdi. La rivalidad existente entre ellos era implacable, ya que nadie pensaba en otra cosa que en obtener un cargo más importante.

Era el caso del gobernador de Turfan, que se las arregló para ser recibido por Hanyuan al día siguiente de su llegada a Chang An.

Le había bastado con manifestar al secretario particular del Gran Canciller del imperio de los Tang el motivo preciso de su petición de audiencia, así como el nombre de los individuos cuya captura había conseguido.

- Señor gobernador, habéis hecho una presa inesperada. Hace meses que la policía del imperio busca a Cinco Prohibiciones, antiguo monje del Gran Vehículo, y también al maniqueo Punta de Luz -declaró, encantado, el gordo Hanyuan al pequeño Hong el Rojo.

- Tenía conmigo el espíritu del maestro Kong.

[2] La detención de esas cinco personas es resultado de una oportuna denuncia -exclamó, algo intimidado, el gobernador de Turfan, después de lo cual se mordió los labios por temor a que su torpeza hubiera reducido los méritos que le permitirían acceder a un cargo en una ciudad más próxima al centro del poder.

- Cuéntame cómo lo conseguiste -prosiguió el Gran Canciller, cuyo trasero, semejante a un enorme cojín de seda, desbordaba del sillón tallado en que estaba sentado.

- Un día recibí la visita secreta de un monje indio llamado Joya de la Doctrina, quien vino a informarme de que los maniqueos de Turfan se dedicaban a tejer seda clandestinamente. En un primer momento me figuré que tenía que habérmelas con un mitómano. Pero el hombre insistió tanto que acabé por poner vigilancia en la Iglesia de la Luz. Al cabo de varios días, mis hombres

descubrieron el invernadero de las moreras, delante del cual mandé colocar a tres confidentes. Después me fue preciso aguardar a que los cinco hombres estuvieran juntos para poder atraparlos, lo que conseguí cuando estaban examinando un retal de seda. Creedme, mi señor, no fue cosa fácil... -explicó Hong el Rojo dándose importancia.

- ¿Qué se ha hecho del monje traidor? ¿Lo mandaste capturar?

- Pues no.

- ¿Por qué? Por lo visto no sabes lo que prevé nuestro reglamento: no hay que dejar nunca que salgan libres los confidentes -exclamó el Gran Canciller, a quien no disgustaba poner en vilo a aquel prefecto.

- Como precio de su confianza, fue él quien exigió partir. Turfán, la cárcel del gobernador, con su celda única, es para desengañar a cualquiera -farfulló, taciturno, el interesado.

- Aquí retenemos siempre a los delatores. No merecen ninguna consideración -añadió Hanyuan antes de afirmar, medio en broma, como si quisiera mantener la duda en cuanto al sentido de sus palabras:- ¡Has hecho un buen trabajo!

- ¿Debo tomármelo como un cumplido o como una reprimenda? -acabó por murmurar el gordo gobernador, desorientado ante el proceder de aquel ministro cuyo sadismo era patente.

- ¡Tus prisioneros son valiosos! -exclamó el Gran Canciller Imperial estallando en una carcajada.

- En tal caso, ¿no merece un pago un esfuerzo así, mi señor? -se apresuró a inquirir Hong el Rojo.

- Hablas de promoción. Consideras culminado tu cargo en Turfán, ¿no es eso lo que quieres decirme?

- Mi señor es un ministro dotado de gran intuición acompañada de profunda perspicacia -exclamó, muy serio, Hong, contento de salir del paso con una lisonja.

Pero el gordo Hanyuan no hizo ademán de apreciar lo que le pareció una fatuidad por parte de un prefecto de quinto grado, es decir, el nivel más bajo en la jerarquía administrativa de ese cuerpo.

- ¡Lo veremos más adelante! El emperador del Centro establece la lista de promociones en la última luna del invierno. Llegado el momento, tendrás que ocuparte de ver si estás en ella -dijo como de mala gana, para mortificación del funcionario a quien le pareció que se desvanecían sus sueños de grandeza.

- Espero que Su Majestad estará satisfecho de la tarea que he tratado de cumplir lo mejor posible...

-farfulló, sin embargo, este último en el momento en que un ujier le indicaba con el gesto que había terminado la audiencia y que era hora de dirigirse a la puerta del gabinete de trabajo del Gran Canciller del Imperio.

Al día siguiente, los cinco prisioneros fueron conducidos ante el prefecto Li, en la sala de los interrogatorios del Gran Censorado, una estancia de muros tan gruesos que los gritos de los torturados no los atravesaban nunca.

Cuando comparecieron ante él, sujetos por el cuello con un collar de hierro, el jefe de la policía secreta china no escondió la profunda alegría que sentía.

Por fin contaba con algo capaz de derrocar a la emperatriz Wuzhao, por lo que le costaba muy poco imaginar el alegre semblante del viejo general Zhang, ante el cual pensaba comparecer aquella noche, en cuanto se enterase de la noticia.

Su plan era sencillo: se trataba de hacer confesar a Cinco Prohibiciones no ya sólo que se había alojado en el palacio imperial con el consentimiento personal de la soberana, sino que además ella había favorecido su huida en el momento en que los agentes del Gran Censorado se aprestaban a proceder a su detención. Y después, sobre la marcha, no le quedaba más que arrancar por medio de la tortura al maniqueo Punta de Luz que él era el asesino del mercader de seda llamado Rojo Vivo. Esta vez, sin embargo, no estaba dispuesto a que Wuzhao desbaratase sus planes sirviéndose de su influencia sobre Gaozong. Y para prevenirse contra las inevitables reacciones de la emperatriz de China, procuraría que se enterara lo más tarde posible de que sus servicios se habían apoderado del monje Cinco Prohibiciones y de su compañero Punta de Luz. También explicó al Gran Canciller que convenía no divulgar la hazaña del gobernador Hong el Rojo.

Con mirada codiciosa, pues, los ojos del prefecto Li, finos como rendijas, examinaban a los cinco individuos encadenados que tenía ante él.

- Que cada uno de vosotros se presente y cuente brevemente su vida. Un escribano transcribirá todas vuestras palabras, que podrán convertirse en acusaciones contra vosotros. Así es el Código Penal de la China de los Tang -anunció mientras hacía entrada en la estancia un secretario. Era un hombre con rostro de garduña, totalmente vestido de negro, que llevaba colgada del cuello una bandeja sobre la cual podía escribir con el estilete en el rollo de papel que acababa de desenrollar.

El interrogatorio comenzó con Puñal de la Ley y Santa Vía de los Ocho Miembros.

Los dos monjes indios declararon su identidad y seguidamente el prefecto Li, para cumplir con las formas, preguntó al primer acólito el motivo de su presencia en el invernadero de las moreras de Turfan.

- Buscamos seda para cumplir con nuestras actividades religiosas. Esa noble tela está fuera de nuestro alcance, por su precio, en Peshawar -se limitó a explicar al Gran Censor Imperial.

- Ya entiendo. Continúa... -dijo este último con aire distraído.

Era evidente que el prefecto se moría de ganas de interrogar a Cinco Prohibiciones y a Punta de Luz, a los que vigilaba con el rabillo del ojo.

- ¿Es la primera vez que venís a China central? -añadió dirigiéndose a Puñal de la Ley y a Santa Vía de los Ocho Miembros.

- Así es. De Peshawar aquí, el camino es muy largo. De ordinario acostumbran a ser los monjes chinos los que vienen a vernos a nosotros para seguir después las huellas del Bienaventurado Buda y peregrinar a los Santos Lugares donde él vivió

[3] -respondió escuetamente el primero.

- En lo que a mí concierne, soy turfanés de nacimiento... -indicó Santa Vía de los Ocho Miembros.

- Dicen que, en Turfan, basta con dejar la carne en el suelo para que se ase con el calor ambiental... ¿es verdad? -inquirió el prefecto Li.

- Por algo la llaman Turfan «Cuenca de Fuego». Los niños, sobre todo los más pequeños, tienen que ir siempre calzados. De no ser así, se quemarían la planta de los pies -precisó el compañero de viaje de Puñal de la Ley.

Pero el Gran Censor, que tenía prisa por interrogar a los otros dos prisioneros, que eran los que le interesaban realmente, no lo oyó siquiera.

- ¡Guardias, soltad a esos hombres! Aquí no tienen nada que hacer. Y que les faciliten los salvoconductos necesarios para que pasen las barreras de consumos -les gritó de pronto el prefecto Li, para pasmo de los interesados, que se sintieron aliviados pero también contrariados al ver que debían abandonar a sus compañeros de infortunio y que los conducían sin miramientos fuera del despacho del Gran Censor, del que se alejaron a grandes zancadas.

No permanecieron, pues, ante el prefecto Li más que el ma-ni-pa, que no dejaba un momento de contemplar sus pies, Punta de Luz, que lo miraba fijamente, y Cinco Prohibiciones, que, con mayor arrogancia todavía, lo desafiaba con la mirada.

- ¿Quién eres? -preguntó con aire desconfiado el Gran Censor Imperial al ma-ni-pa.

- ¡Om! ¡Un monje budista errante del país de Bod! -farfulló este último, impresionado por el tintineo de las espadas de los guardias que acababan de invadir la estancia.

- ¡Tú no te muevas de aquí! Tratando con tibetanos, hay que desconfiar siempre... -balbuceó el prefecto con semblante enfurruñado.

Con el gesto, ordenó a los guardianes que sujetasen al ma-ni-pa y se lo llevasen por una puerta falsa.

Correspondía ahora, pues, a Cinco Prohibiciones enfrentarse al Gran Censor Imperial, quien, para impresionarlo, se había levantado y se paseaba de un lado a otro entre aquellos hombres de aspecto patibulario que eran sus agentes.

- Dispongo de lo necesario para enviarte directamente al patíbulo: participación en una banda dedicada a sabotear un monopolio del Estado; estancia ilícita en los aposentos del palacio imperial reservados a la familia soberana; conspiración contra la seguridad del Estado... Tengo donde elegir, pero quiero que sepas que no tengo prisa. ¡Lo que yo necesito es una confesión escrita!

- ¿Y si os la niego?

- Los prisioneros del Fuerte del Perro acaban siempre por desmoronarse, pese a que los testarudos de tu especie requieren más tiempo... -dijo el prefecto con aire de misterio.

- ¡Pues va a ser mucho el que necesitarán para que yo me acuse de crímenes que no he cometido! No soy conspirador ni traficante. Todo lo más, un antiguo religioso del Gran Vehículo a quien su Superior confió una misión que se reveló algo más complicada de lo previsto -replicó el amante de Umara, nada intimidado por cierto.

No se hacía ilusiones sobre su suerte y, a partir del momento en que los policías de Hong el Rojo lo hicieron montar en la jaula rodante, puso su vida en manos del Bienaventurado y lo único que le suplicó fue que concediera a Umara, si por ventura él tenía que desaparecer, la gracia de olvidarlo. No quería en modo alguno que se convirtiera en una de esas viudas desconsoladas que consagran su existencia, vacía y triste, al luto y al recuerdo único del hombre amado.

- ¡Eso ya lo veremos! -le soltó en tono seco el prefecto Li.

Unos guardias agarraron a Cinco Prohibiciones por el collar de hierro que lo sujetaba y lo llevaron al exterior de la sala de los interrogatorios.

Apenas había tenido tiempo de dar ánimos a Punta de Luz cuando lo levantaron y encerraron bajo doble llave en un minúsculo palanquín privado de todo tipo de aberturas.

- ¡Al Fuerte del Perro! -exclamó uno de los guardianes dirigiéndose a los dos porteadores, que levantaron la caja en la que Cinco Prohibiciones estaba prisionero como un pájaro enjaulado.

En toda la China central, el Fuerte del Perro era un lugar célebre y temido no sólo por los criminales sino también por los numerosos inocentes que se enviaban allí por mera arbitrariedad.

Perforadas por angostas troneras, las altas murallas de aquella cárcel reservada a los más terribles criminales se erguían en plena campiña, a una hora larga de camino a pie del centro de la ciudad.

El lúgubre color de la piedra daba perfecto testimonio de la fama que gozaba de lugar siniestro, un sitio del que sólo se salía con los pies por delante. La cárcel del Perro estaba construida con una roca volcánica negruzca que daba a los que descubrían ese símbolo del totalitarismo de Estado de la dinastía de los Tang la impresión de que un incendio acababa de devastar el edificio.

Era rigurosamente imposible acercarse a aquel mausoleo del sufrimiento, la tortura, la enfermedad y la muerte, porque estaba rodeado de fosos alimentados por un río subterráneo donde, al parecer, nadaban enormes carpas antropófagas pero de carne deliciosa. A todo lo largo de dichos fosos, en los que los pescadores de las inmediaciones no dudaban en probar suerte, patrullaban permanentemente cuadrillas de guardianes armados con largas picas. De noche se veía la danza luminosa de sus antorchas iluminando la mazmorra.

Era necesario, para penetrar en aquellos lugares malditos, franquear un puente levadizo que conducía a la única puerta, donde un puesto de guardia vigilaba las menores idas y venidas. Cinco Prohibiciones, una vez sacado del palanquín, tuvo la sorpresa de verse acogido por un guardia joven de rostro afable.

- ¡Bienvenido a las fauces del Perro! -le dijo a modo de saludo.

Aquella frase pronunciada con voz sonora, a la que infundió además un tono de broma, tuvo el efecto de provocar una gran carcajada de la soldadesca sucia y ruidosa que velaba sobre aquella portería de mal agüero.

Cuando el joven guardián lo empujó a un oscuro pasillo situado detrás mismo de la portería, Cinco Prohibiciones detectó un intenso olor a humedad, que se intensificó aún más cuando bajó la escalera de caracol que llevaba a las celdas de los prisioneros más celosamente vigilados.

Éstas, situadas en la parte baja del edificio, muy por debajo del nivel del suelo, daban a uno y otro lado a un foso lleno de agua negra y brillante a la luz de la llama temblorosa de la vela sostenida por el joven guardia.

- ¡Ahora comprendo por qué hay tanta humedad! -exclamó el nuevo prisionero mientras avanzaban junto a una pared interminable recubierta de musgo y roída por el moho.

- El Fuerte del Perro se construyó sobre un río subterráneo; los geománticos del emperador Taizong le explicaron que esta agua no es más que el sudor de un gran dragón que dormita debajo -le dijo el joven con la mayor naturalidad del mundo.

Su voz traicionaba, por otra parte, el miedo a aquel monstruo cuya existencia en las profundidades de la tierra no ponía en duda ni por un instante.

- Ese río debe de alimentar los fosos -dedujo el mahayanista.

- ¡Exacto! ¡Mira esa carpa! Ha salido de los fosos para poner los huevos en lugar fresco... Como yo metiera el dedo en el agua, correría peligro de que se lo zampara -dijo el guardia señalando un enorme pez que coleaba en la superficie de las negras aguas.

Cuando la puerta de su celda se cerró con violencia tras el carcelero, Cinco Prohibiciones tardó un tiempo en percibir el haz de luz procedente del único tragaluz, situado junto al techo de la misma, donde era imposible tenerse de pie debido al bajo techo.

Sumido en aquella noche húmeda y glauca, no pudo evitar un estremecimiento al pensar en la suerte que le esperaba.

Sobrevivir sin luz era lo que más le repugnaba.

Si por lo menos hubiera sabido meditar, su vida habría sido mucho más llevadera, a la manera de la que vivían aquellos eremitas capaces de permanecer todo un año sin ver a nadie, en una cueva aislada en el corazón mismo de una montaña inaccesible, de donde salían renovados y animosos asegurando que no habían sentido pasar el tiempo gracias a que habían hecho el vacío en su interior. ¿Cómo sería su futuro?, se preguntaba el mahayanista, cuyo primer reflejo consistió en abandonarse a la oración del Bienaventurado Buda y suplicarle que le concediera una migaja de su inmensa compasión.

¿Qué otra cosa podía hacer en aquel momento en la oscuridad húmeda y desesperante de su siniestro calabozo?

LUOYANG, MONASTERIO DEL RECONOCIMIENTO DE LOS BENEFICIOS IMPERIALES

Desde que estaba allí encerrada, era la primera vez que Umara oía que alguien arañaba en la puerta. Al principio decidió que no respondería. Tenía demasiado miedo para atender a llamadas.

Además, ¿no estaba ya a punto de caer la noche?

Así pues, hundió la cabeza en la almohada para no oír aquel ruido y esperó a que cesase.

Pero la persona que estaba detrás mismo de los tablones de madera mal ajustados de la puerta seguía arañándola sin darse por vencida.

Pensó entonces que si al individuo en cuestión le daba por derribar la puerta, le habría bastado con empujarla con el hombro para conseguirlo.

Acabó, pues, por levantarse y abrió la puerta con el corazón alborotado.

- ¡Bruma de Polvo! ¿Cómo es eso? ¿Qué haces aquí? -exclamó la joven cristiana nestoriana al reconocer al chino a pesar de que llevaba el cráneo rapado e iba revestido con el hábito de color azafrán propio de los monjes.

El bello rostro de ojos bicolores de la hija del obispo Addai Aggai revelaba una mezcla de estupor y de tristeza ante aquella irrupción súbita de su antiguo compañero de juegos en la celda donde Pureza del Vacío la tenía encerrada en secreto.

- Me ha costado mucho venir hasta aquí sin que detectaran mi presencia.

- ¿Cómo has conseguido localizarme? -le preguntó ella, desconfiada de pronto.

El casi imperceptible temblor de las manos del muchacho delataba su emoción.

En el elegante edificio destinado a usos administrativos, en el último piso del cual estaba encaramada su celda, no se admitía nunca público ni visitantes importantes.

Hacía meses que vivía allí, aislada del mundo, languideciendo sin ver nunca a nadie salvo a aquel religioso de largas orejas colgantes conocido por el nombre de Primero de los Cuatro Soles que Iluminan el Mundo, que se encargaba de traerle la comida.

Ni que decir tiene, pues, que la llegada inopinada del antiguo compañero que la había acompañado en su huida tenía que ser por fuerza una sorpresa para la reclusa.

- Para llegar hasta ti me tuve que disfrazar de monje. Después me bastó con mezclarme con toda la barahúnda de peregrinos y religiosos que entran en el monasterio cuando, en el momento de levantarse el día, se abren sus puertas. Nadie reparó en mí -le explicó, todo sonrisas, Bruma de Polvo mostrándole la toga color azafrán que se arrollaba al brazo.

Era verdad que no era nada difícil pasar inadvertido entre los diez mil monjes del monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales si uno se había afeitado el cráneo y llevaba el mismo hábito que ellos.

- Desde que Pureza del Vacío deja que los peregrinos acudan a tocar los vestidos de los Gemelos Celestiales, la muchedumbre que aquí afluye todos los días es inmensa -murmuró la cristiana, que seguía incrédula ante aquella visita inopinada.

- Ese Superior ha dado con el método para llenar las cajas del convento -exclamó Bruma de Polvo, medio en broma.

- Pero ¿cómo has sabido que yo estaba aquí? El maestro Pureza del Vacío mantiene en secreto mi llegada y la única persona que veo es ese religioso orejudo que me secuestró cuando yo estaba con Cinco Prohibiciones y ahora me trae todos los días un cuenco de arroz regado con sopa de verduras.

- ¡Te juro por las Islas Inmortales que mis ojos no se apartaron de ti un momento desde Samyé! ¡Seguí todo el tiempo a tus raptores! En las montañas hay muchos caminos que serpentean y rocas bastantes para ocultarse detrás de ellas e impedir que un convoy no advierta tu presencia sin que dejes de seguir su avance muy de cerca. Y eso fue lo que hice.

- ¡Tampoco yo te descubrí! -dijo la cristiana nestoriana, que como es lógico estaba estupefacta.

- Más de una vez he dormido a la serena, detrás de un peñasco, muy cerca de vosotros.

- Si hubiera sabido que estabas allí, quizá habríamos podido huir juntos -dijo la muchacha con un suspiro.

- Ellos eran tres veces más en número... y llevaban colgadas del cinto unas espadas totalmente disuasorias...

Pero en esto Bruma de Polvo mentía con gran descaro. Si no había intervenido durante el periplo seguido por la joven había sido sobre todo a causa de su resentimiento y de los celos que sentía. Tras asistir boquiabierto y casi con alegría al secuestro de la muchacha por obra de aquellos tres desconocidos vestidos de paisano, empujado por una curiosidad malsana decidió que la seguiría, puesto que estaba convencido de que era víctima de unos salteadores de caminos.

Pero pasados dos días, al ver que los raptores de Umara cambiaban tranquilamente de indumentaria y se revestían con la túnica de color azafrán, descubrió que aquellos chinos eran, en realidad, monjes del Mahâyâna.

Y cuanto más se iba alejando Umara de Cinco Prohibiciones y más se iba deteriorando su aspecto, el gusto amargo que él notaba en la boca por el desaire que había sufrido iba aderezándose día tras día con un delicioso perfume de venganza.

La desesperación de la joven, que pasaba sus días llorando de dolor, era una bendición para el enamorado desatendido y nada en el mundo lo habría empujado a mitigarla.

Se contentó, por tanto, con seguir los pasos de Umara y de sus secuestradores hasta Luoyang.

Además, éstos no se volvieron ni una sola vez ni dieron muestras de desconfianza alguna.

Bruma de Polvo los había seguido muy de cerca, había dormido junto a ellos, se había alimentado de los restos de su comida hasta que llegaron todos juntos a la China central. Y al final, la pesada puerta del monasterio de Pureza del Vacío se había cerrado bruscamente en sus narices aislándolo de aquella muchacha de ojos bicolors a la que seguía amando con todas sus fuerzas y cuyo único defecto era que no le correspondía.

Y así fue como el muchacho chino se encontró solo en Luoyang, aquella inmensa ciudad donde, con razón, jamás había puesto los pies.

A fin de sobrevivir, como no tenía ningún deseo de convertirse en vagabundo, gracias a lo cual se habría beneficiado, sin embargo, de la sopa diaria que distribuían el centenar de monasterios budistas que tenía la capital de verano de los Tang, encontró trabajo en una lavandería de ropa, regentada por toda una dinastía de lavaderos de la ciudad.

En la familia Agua y Golpes, tal como indicaba su nombre, se dedicaban desde hacía varias generaciones a lavar la ropa de las familias acomodadas y nobles en uno de los dos grandes lavaderos municipales de Luoyang.

Al cabo de unos meses, los brazos y el torso de Bruma de Polvo, antes más bien cenceños, se habían vuelto musculosos a fuerza de golpear y escurrir los tejidos multicolores y golpearlos de nuevo, desde la mañana a la noche, sobre las piedras planas de las pilas del lavadero.

Si aquella actividad no era atractiva, le permitía por lo menos concentrarse en ella y no pensar en otra cosa, al tiempo que canalizaba la rabia que le roía el corazón.

Al principio se había alegrado al ver la suerte que el Gran Vehículo reservaba a Umara, pese a que entonces ignoraba cuáles eran sus incalificables razones.

Después de todo, se trataba de un acto de justicia después de la afrenta que la cristiana nestoriana le había hecho, teniendo en cuenta que él abrigaba hacia ella unos sentimientos amorosos como mínimo tan sinceros como los de Cinco Prohibiciones.

Después, con el tiempo, solo y desamparado, roído por el remordimiento, el chino comprendió que no podía ser feliz si Umara no lo era. Seguir apaleando ropa mientras la muchacha languidecía en un monasterio no tenía ningún sentido. Al llegar la noche, extenuado después de una dura jornada, se sentía igual que la ropa que había pasado largas horas retorciendo y apaleando.

Alegrarse de la desgracia ajena equivalía, en cierto modo, a perjudicarse a sí mismo.

Por eso, una mañana, no aguantando más, Bruma de Polvo decidió que ayudaría a Umara a salir de la cárcel donde, por misteriosas razones, la tenía encerrada el maestro Pureza del Vacío.

Se las arregló para engañar a un novicio del convento del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales tras haber descubierto en él una curiosa propensión a robar golosinas en los puestos de los pasteleros. Después de haberlo seguido discretamente, lo abordó en el momento en que acababa de robar un mango a un vendedor ambulante de frutas y verduras.

- Acabo de ver tus manejos. Eres la vergüenza de tu comunidad. Vas a seguirme hasta tu convento y allí pondrás esa fruta en manos de tu Superior -exclamó tras agarrar al joven novicio por el cuello de la túnica.

- ¡Si haces lo que has dicho, estoy perdido! El Superior de mi monasterio, el maestro Pureza del Vacío, es un hombre implacable y de una extrema severidad. Te suplico que tengas piedad de mí -gimió el otro porfiando por desasirse.

A cambio de su silencio, Bruma de Polvo exigió al novicio que le prestase su túnica monástica. Después se hizo rapar el cráneo por un barbero antes de deslizarse hacia el incesante vaivén de los religiosos y peregrinos que pululaban en torno al inmenso convento cuya puerta estaba abierta desde que se levantaba el sol hasta que se ponía.

Una vez en el interior, a fuerza de escudriñar el convento gracias a manejar una escoba de paja de arroz para que los demás creyeran que se encargaba de la limpieza, acabó por localizar el sitio donde estaba recluida Umara.

Al día siguiente, a última hora de la tarde, se personó en el lugar en cuestión vestido de amarillo y decidió llamar a la puerta de la celda donde estaba encerrada la muchacha.

- Hace tiempo que me planteo una pregunta para la cual no tengo el menor atisbo de respuesta. ¿Por qué te tiene secuestrada el maestro Pureza del Vacío? -le preguntó sin ambages.

- Lo ignoro. Sólo he visto una vez a ese hombre y fue la noche de mi llegada.

- ¿Qué te dijo?

- Se contentó con asegurarme que no me harían ningún daño y, pese a mis protestas, la conversación se acabó ahí. Desde entonces no lo he vuelto a ver.

Umara, que desconfiaba, se guardó muy bien de revelar a Bruma de Polvo las circunstancias precisas de su llegada al monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales.

La verdad era que la cristiana no se había limitado a protestar cuando Primero de los Cuatro Soles

que Iluminan el Mundo la condujo, enteramente cubierta de velos, al despacho del gran maestro de Dhyâna.

En realidad, Umara se había entregado a una verdadera explosión de desesperación y de cólera. Después de varias semanas de marcha ininterrumpida, durante las cuales el monje Primero de los Cuatro Soles que Iluminan el Mundo apenas había despegado los labios, ya que se había contentado únicamente con decir a Umara cómo se llamaba, ésta ya no podía soportar tanta angustia y furor. Llegó a Luoyang extenuada por el agotador periplo y anonadada por la repentina separación de su amante, cuya inmensa desesperación no le costaba mucho imaginar, a buen seguro igual de grande que la suya propia...

Entonces, frente al impresionante asceta, la hija del obispo nestoriano Addai Aggai, furiosa ante el trato de que era objeto, soltó sin traba alguna todo lo que agobiaba su corazón.

- Me habéis arrancado del hombre de mi vida como si yo fuera un vulgar rehén o un botín de guerra sin que exista motivo alguno que lo justifique. ¿Consideráis que éstos son métodos dignos de un monje budista? Vuestro Bienaventurado Buda, dondequiera que esté, os juzgará con extrema severidad -exclamó Umara sin llegar a sospechar que estaba dirigiéndose con aquellos términos al jefe espiritual de la Iglesia china del Gran Vehículo.

- ¡No se trata de un secuestro! Obedece a la necesidad de proceder a ciertas comprobaciones. Por otra parte, seréis tratada con todas las consideraciones... En cuanto al juicio de mis actos por parte de Buda, no sois quién para hablar de esas cosas. Tampoco yo pretendo ponerme en el sitio de vuestro Dios Único -respondió fríamente Pureza del Vacío, totalmente indiferente ante la violencia de las palabras de la joven.

- ¡Un religioso no rapta ni secuestra a una inocente!

- Sé muy bien lo que hago.

- Pues yo sé muy bien lo que haría si estuviese libre de movimiento: iría a reclamar ante la policía de vuestro país. ¡Ya veríais el escándalo! -le replicó ella mientras sentía que su cólera iba en aumento después de tantos meses de agotadora caminata durante la cual había tenido que callar y reprimir su indignación.

El Superior de Luoyang consideró prudente batirse en retirada y posponer para más tarde el interrogatorio al que deseaba someter a aquella muchacha rebelde cuyo temple acababa de descubrir.

Así pues, cortó la conversación y ordenó que la condujeran a aquella minúscula celda situada en la parte más aislada del monasterio, lo que no fue óbice para que Bruma de Polvo la descubriera.

Entonces, los nervios de la amante de Cinco Prohibiciones se vinieron abajo brutalmente.

Se derrumbó en su jergón y, por primera vez desde que había abandonado Samyé, derramó todas las lágrimas que tenía dentro.

¡Le sobraban motivos!

Se acordaría durante mucho tiempo del momento terrible en que se habían presentado ante ella aquellos hombres espantosos, surgidos de pronto en el umbral mismo de la cabaña donde vivía días de felicidad con Cinco Prohibiciones.

Había hecho lo imposible para escapar y se había debatido como un animal salvaje, lo que los obligó a sujetarla con fuerza como si fuera una gavilla de leña para transportarla a hombros los dos días primeros, durante los cuales no cesó de gritar el nombre de Cinco Prohibiciones, que el eco de las montañas repetía, en la esperanza de que él pudiese oír su demanda de ayuda.

Pero por desgracia no tuvo respuesta.

Entonces, con el ánimo por los suelos, optó por seguir a sus raptos cuando ellos revistieron sus hábitos de monje, aunque sin conseguir arrancarles la más mínima confidencia. De todos modos, no tardó en darse cuenta de que el itinerario que seguían, el mismo que había recorrido con su amante, los conducía a China central.

Como era habitual en aquellos tiempos, la túnica de los monjes se había convertido, en los territorios controlados por las autoridades chinas, en el mejor de los pasaportes, por lo que pudieron atravesar sin la menor dificultad todos los controles antes de llegar a las inmediaciones de Chang An, población que rodearon para ir directamente a Luoyang, la soberbia ciudad donde eran

innumerables las pagodas enclavadas en los parques. Ya allí, Umara había descubierto que sus secuestradores eran miembros de la comunidad del convento budista más importante.

- ¿Qué puedo hacer por ti, Umara? Si ahora me tienes delante es porque he decidido ayudarte.

La sinceridad con que Bruma de Polvo acababa de pronunciar aquellas palabras no podía ponerse en duda.

- Pues ayudarme a escapar de este lugar siniestro o avisar a Cinco Prohibiciones de que estoy aquí. ¡Tienes donde elegir! Pero para conseguir tus fines, lo primero que debes hacer es marcharte. El monje orejudo no tardará en traerme mi ración habitual de arroz con verduras.

- ¡Cuenta conmigo! -le replicó misteriosamente Bruma de Polvo antes de eclipsarse.

Cuando apareció Primero de los Cuatro Soles que Iluminan el Mundo con su cuenco de arroz regado con sopa de coles y zanahorias, le anunció, para gran sorpresa suya, que Pureza del Vacío tenía intención de recibirla. Unos minutos más tarde la introducía en el despacho del gran maestro de Dhyâna.

- Hace mucho tiempo que tengo deseos de sostener una verdadera conversación con vos. Pero mis ocupaciones me lo han impedido... Espero que ahora estéis más tranquila -dijo éste a Umara después de invitarla a que se sentara ante él en una silla estrecha y más bien incómoda.

La reacción como mínimo explosiva de la cristiana el día de su llegada había movido a Pureza del Vacío a dejar transcurrir todas aquellas largas y solitarias semanas sin dar a Umara la menor señal de vida.

El gran maestro de Dhyâna sabía muy bien que no había nada como el tiempo y la soledad para hacer entrar en razón a los espíritus sediciosos y rebeldes.

Cuando algunos novicios ingresados en el monasterio por sus padres en contra de su voluntad se rebelaban y se negaban a realizar los trabajos obligatorios o, peor aún, dejaban entrever que no pensaban llegar a viejos vestidos con la túnica de color azafrán, el mejor remedio era una cura de aislamiento en una de las pequeñas ermitas de montaña de Longmen, donde sus únicos compañeros eran los escasos brujos taoístas que meditaban al pie de los árboles y peñascos frecuentados por los espíritus.

- Me complace que por fin me deis la explicación que me debéis -dijo Umara esforzándose en dominar sus nervios.

- ¿Habéis oído hablar de los Ojos de Buda?

Por lo menos esta vez el Superior de Luoyang no se andaba por las ramas.

- ¿Por qué me hacéis esta pregunta? -le espetó Umara, decidida a plantarle cara y sobre todo a enterarse de las razones exactas de su presencia ante él.

- ¿Habéis oído hablar del mandala del Vajrayana? -siguió él, imperturbable.

- No pienso deciros nada sin que me expliquéis con todo detalle las razones de mi secuestro. Me habéis arrancado del hombre que más quiero en el mundo y esto para mí es intolerable -le escupió Umara, demostrando con sus palabras que no tenía la más mínima intención de que la trataran como a una niña pequeña.

- Cinco Prohibiciones era el mejor de mis ayudantes y estaba destinado a sustituirme cuando llegara el momento. Si vos habéis perdido a vuestro enamorado, yo me he quedado sin el único heredero espiritual digno de sucederme.

- Podéis tener la seguridad de que no hay nada que pueda destruir el amor que Cinco Prohibiciones y yo sentimos el uno por el otro -exclamó la muchacha desafiándolo con la mirada.

- Umara, vuelvo a preguntaros si sabéis algo sobre los Ojos de Buda y el mandala sagrado del Vajrayana -insistió con firmeza el gran maestro de Dhyâna.

- Quiero volver a ver a Cinco Prohibiciones. ¡Lo amo! Sin él, mi vida no tiene sentido.

- Si os dignáis responder a mis preguntas, consideraré la posibilidad de convocarlo... y podremos hablar de la hipótesis de su reducción al estado laico... Entonces podríais casaros oficialmente sin que la unión supusiese pecado mortal para él... -fue el cebo ofrecido por el gran maestro de Dhyâna, que trataba por todos los medios de tranquilizar a la joven.

- Pues seguramente me está buscando. ¿Cómo vais a encontrar a mi amado, a menos que también lo hayáis secuestrado? -lo fulminó ella.

- Al igual que vos, ignoro qué caminos recorre actualmente Cinco Prohibiciones. Sin embargo, si me decido a activar la red de todos los monasterios mahayanistas del país, es indudable que no tardaré en localizarlo.

- Debe de andar, errante y desamparado, por el país de Bod -gimió Umara.

- Estoy convencido de que tenéis en vuestro poder los divinos Ojos de Buda y el mandala sagrado del Vajrayana. No es conveniente que un adepto del Dios Único o un adepto del Bienaventurado Buda caiga en la mentira -le dijo él, esta vez en tono amenazador.

Pero Umara, la rebelde, sentada en su sillita y con los brazos cruzados, igual que una colegiala terca, tenía firmemente decidido que persistiría en su mutismo.

- ¡Que venga el monje Centro de Gravedad! -ordenó el gran maestro de Dhyâna al novicio al que acababa de llamar.

Al oír aquellas palabras, la hija de Addai Aggai comprendió de pronto cuáles eran las razones de su presencia en aquella habitación, ante el jefe espiritual de la Iglesia china del Gran Vehículo.

¡Centro de Gravedad!

El nombre correspondía al del infame Superior del convento de la Salvación y la Compasión de Dunhuang, con quien había caído en la ingenuidad de tratar de obtener dinero del contenido del corazón de sándalo... y que había intentado hurtárselo.

Ahora todo estaba claro para la cristiana.

Era él, pues, quien se había ido de la lengua con Pureza del Vacío, quien a su vez la había hecho secuestrar creyendo seguramente que seguían en su poder las preciosas reliquias.

- ¡Sois un sinvergüenza! Habéis abusado de la candidez de una muchachita ignorante. Intentasteis robarme porque conocíais perfectamente el valor de lo que os mostré -gritó Umara dirigiéndose al Superior de Dunhuang apenas entró en la habitación.

- Parece que vuestros recuerdos se despiertan con la rapidez de una flecha... -exclamó con ironía Pureza del Vacío.

- Creí ayudar a mi padre al proceder a la venta de objetos preciosos que, debido al más grande de los azares, habían caído en mis manos, pero acerca de los cuales lo ignoraba todo. Ese monje se guardó muy bien de decirme de qué se trataba. Por desgracia no supe hasta mucho más tarde que eran las reliquias más sagradas de las Iglesias del Pequeño Vehículo y del lamaísmo tibetano -protestó la muchacha entre sollozos.

- No es eso exactamente lo que me contó Centro de Gravedad sobre vuestro trato con él -dijo, irritado, el gran maestro de Dhyâna mirando directamente a los ojos al Superior de Dunhuang, cuyo rostro dejaba traslucir un evidente malestar.

- ¡Os he dicho la verdad! ¡Os lo juro por la cabeza de mi querido Cinco Prohibiciones! Ese religioso tuvo conmigo el comportamiento de un estafador. Para librarme de sus garras tuve que inventar que mi padre estaba al corriente de mi visita. De no haberlo hecho, se habría quedado con los tesoros que le mostré. Incluso llegó a convencerme de que, si revelaba la existencia de esas reliquias a terceros, atraería sobre ellos la mala suerte.

- Centro de Gravedad, ¿me puedes confirmar las palabras de esta joven? Si he entendido bien, no la sorprendiste mientras robaba esas reliquias del escondrijo de libros de tu convento. No debes de ignorar que una mentira te conducirá indefectiblemente al infierno frío del Avici -advirtió con voz atronadora y tono severo el gran maestro de Dhyâna.

- Maestro, ante los Ojos de Buda y el mandala sagrado de Samyé, ¿acaso otro religioso hubiera obrado de distinta manera? Vuestro humilde servidor creyó proceder bien y en interés de nuestra Iglesia -gimió, apenado, Centro de Gravedad.

- Para mí, contrariamente a vosotros, la gente de Iglesia, el fin no justifica nunca los medios -exclamó Umara.

Esas palabras tuvieron el efecto de una ducha fría en el Superior de Luoyang, que no se abstuvo de bajar la cabeza.

- Lo ocurrido en Dunhuang es profundamente lamentable, pero lo que más me importa ahora, querida Umara, es saber dónde se encuentran esas santas reliquias. Basta que me lo digáis para quedar en libertad al momento -concluyó con voz más suave Pureza del Vacío, después de hacer un

ademán tajante a Centro de Gravedad indicándole que saliera.

- Pues no vais a saber nada mientras no obtenga noticias de Cinco Prohibiciones.

- Umara, las cabezonerías son malas consejeras.

- ¡Me importa poco! Ya podéis tenerme encerrada porque, sin el hombre que amo, la vida no me interesa en absoluto.

Confundido al ver tal resistencia, Pureza del Vacío, de ordinario tan dueño de sí, pero contrariado también por las circunstancias que la mentira de Centro de Gravedad había complicado de tal modo, no paraba ahora de ir de un lado a otro delante de Umara igual que un oso encerrado en una jaula.

- Cometéis un error al no ceder. Yo no os deseo ningún mal -acabó por decirle.

- Dejad que vuelva a la cárcel donde me habéis encerrado... -murmuró la muchacha al cabo de unos instantes.

- Veo que no conseguiré nada de vos. Espero que os volveréis algo más locuaz cuando os conduzca delante de la emperatriz de China en persona. Veo que la tenéis en alta estima -dijo, no sin arrogancia en la voz, Pureza del Vacío.

- Creo que el sentimiento es recíproco. Ya os prevengo que pienso revelar a Wuzhao todo el mal que creo que me ha reportado la actitud que habéis tenido conmigo. La emperatriz de China sabrá juzgar vuestros actos. ¡De eso podéis estar seguro! -le replicó Umara con vehemencia.

- La emperatriz está enterada de que estáis aquí.

- ¡Mentís! De ser así, habría venido a buscarme.

- Los Ojos de Buda supondrían una inestimable ayuda para sus empresas. Si se los entregáis, tendréis a cambio todo cuanto queráis -le dijo arriesgándose a farolear.

- ¿Con qué finalidad se serviría Wuzhao de esas reliquias?

- Ella misma os lo dirá cuando la veáis.

- ¿Acaso Cinco Prohibiciones obtendría vuestro perdón si entregase los Ojos de Buda a la emperatriz de China? -replicó Umara devolviendo golpe por golpe, deseosa de demostrarle que no estaba dispuesta a dejarse manipular.

- ¡Seguro! Me comprometo a ello. Os lo juro sin temer el juicio del Bienaventurado Buda. Tenéis dos noches para reflexionar sobre todas estas cosas -concluyó el jefe espiritual de la Iglesia del Gran Vehículo de Luoyang cuando, furiosa y agobiada, Umara salió del despacho guiada por Primero de los Cuatro Soles que Iluminan el Mundo.

Al día siguiente, Umara contó a Bruma de Polvo, que se presentó de nuevo ante ella, lo ocurrido la víspera.

- Aunque parece que se ha dejado engañar por ese innoble Centro de Gravedad, la conducta de ese gran maestro es escandalosa. No duda siquiera en salpicar a la emperatriz de China con sus tejemanejes -exclamó el chino tras escuchar lo que le contó Umara.

- Es el jefe de una institución y se sirve de los medios que estima necesarios para defender los intereses de los que es garante. En lo tocante a Wuzhao, confieso que no sé qué pensar de ella...

-murmuró, cavilosa, Umara con voz triste.

- ¡Pues vaya! ¿Quieres decir con estas palabras que tu padre, en circunstancias similares, habría actuado de la misma manera? -protestó, indignado, el chinito.

- Quizá no habría llegado tan lejos... aunque me permito dudarlo, puesto que no vaciló a entregarse, en nombre de los intereses supremos de la Iglesia nestoriana, a una actividad prohibida expresamente por la ley china -respondió Umara aludiendo al tráfico de seda clandestina del que Addai Aggai había sido uno de los más importantes pilares.

- En el caso de Wuzhao tiene un pase. Es una mujer poderosa que probablemente tiene la obsesión de escalar la fama, la gloria y el poder. Pero en lo tocante a las Iglesias, ignoraba que ocurriera lo mismo -exclamó, indignado, Bruma de Polvo.

- Las instituciones, incluidas las que tienen finalidad divina, son también organizaciones que, por desgracia, son profundamente humanas -murmuró, soñadora, la cristiana nestoriana, en quien el amor que sentía por Cinco Prohibiciones era mucho más fuerte que su fe en su Dios Único.

- Si jamás he abrazado una religión concreta, no voy a hacerlo mañana -concluyó el chino.

- Recuerdo muy bien que declaraste delante de Ramahe sGampo que tú no tenías ni dios ni amo...

¡A lo mejor estás en lo cierto! -suspiró Umara.

- Cuanto más avanzo, más convencido estoy.

La hija del obispo Addai Aggai se acercó a Bruma de Polvo y puso con dulzura la mano en su hombro. El muchacho, al notar el contacto, no pudo evitar un estremecimiento.

- Desde Samyé, he tenido tiempo para reflexionar... No había calibrado hasta qué punto te había herido al dejar Dunhuang sin avisarte, Bruma de Polvo. Habría debido ser más atenta contigo... habría debido tener presente todas las cosas que hicimos juntos -dijo Umara.

- También yo he tenido ocasión de reflexionar, Umara. Al final he dominado al león que dormitaba en mi corazón y lamento profundamente mi conducta contigo. Fue fruto del despecho. De un cierto despecho... amoroso -confesó el chino entre lágrimas tras ponerse de rodillas ante la muchacha.

- Me gustaría mucho que continuáramos siendo amigos, sobre todo ahora que atravesamos tan malos momentos -dijo Umara, que pasó por alto la última observación de su amigo.

- Estás secuestrada y te han separado del hombre que amas, Umara. Yo no he sufrido tal desgracia. Tengo libertad de movimientos...

- Eres muy amable, Bruma de Polvo, al pensar así y formularlo con esas palabras. Lo que acabas de decir me ha llegado al alma -murmuró Umara cogiéndole la mano.

- Tus palabras son el mejor bálsamo para mí, querida Umara, y curan del todo mis sufrimientos...

-dijo en voz baja el chino sonriendo a la persona a la que por fin había dicho lo que él deseaba oír.

- No te inquietes por mí. Si ese Superior comete el error de permitirme revelar sus artimañas a la emperatriz de China, puedo decir que estoy Salvada... porque estoy convencida de que Wuzhao me aprecia.

- Creo que Pureza del Vacío no nació ayer.

- En tal caso, tengo cárcel para tiempo -gimió la muchacha.

- No será así si consigo arreglar los desaguisados provocados por el fracaso de la reunión de Samyé... Los mahayanistas te han hecho prisionera porque creen que estás en posesión de las reliquias de las otras dos Iglesias, lo que viola el pacto de no agresión establecido por el concilio de Lhasa.

- ¿Cómo te atreves a pensar que estás en condiciones de restablecer la paz entre unas corrientes religiosas cuando ni siquiera eres creyente? -preguntó ella un tanto molesta.

- He estado reflexionando sobre esto toda la noche. Hay un hombre que tiene el poder de anudar nuevamente los hilos sueltos o rotos...

- ¿Quién?

- ¿Quién va a ser? ¡El reverendo Ramahe sGampo! Sólo él, de hecho, dispone de la autoridad y sabiduría necesarias para hacer que Pureza del Vacío proceda a tu liberación... Bastaría con un nuevo concilio que sellase la reconciliación entre las Iglesias budistas para que los Ojos de Buda dejasen de ser un envite de poder.

- Es cierto que ese viejo ciego, a diferencia de Pureza del Vacío, está dotado de moderación y de una gran sabiduría...

- Así pues, no te inquietes si no vuelves a verme durante un tiempo, Umara. Voy a Samyé para avisar a Ramahe sGampo de que el maestro Pureza del Vacío te tiene prisionera. Estoy seguro de que no se quedará con los brazos cruzados.

- Pero Samyé está en el otro extremo del mundo, tan cerca del Techo del Universo que subir a él quiere decir quedarse sin fuerzas. Además, son muchos los que optan por quedarse allá arriba... -murmuró ella.

A Umara le daba mucho que pensar la idea de las jornadas interminables de caminata agotadora necesarias para trasladarse desde la China central hasta el país de Bod a través de caminos angostos y escarpados, los mismos que tal vez recorría Cinco Prohibiciones, sin saber exactamente adónde ir, en busca siempre de su amada...

- Mis piernas todavía no han cumplido los veinte años y estoy en la fuerza de la edad... ¡Voy a partir mañana mismo! Ese Gran Superior lamaísta debe saber mejor que nadie lo que quiere decir ser compasivo con los demás. Seguro que no dejará que la injusticia cometa tantos estragos...

- ¿Por qué haces tantos esfuerzos? -preguntó Umara, cada vez más consciente de las heridas que

infligía a su amigo chino desde que habían dejado Dunhuang...

- Si pudiera decir que te he ayudado a encontrar tu felicidad, sería el más feliz de los hombres, Umara... Gracias a ti, he hecho las paces conmigo mismo... y para mí eso es algo que no tiene precio -concluyó Bruma de Polvo.

Ahora, al mirarlo, creía ver de nuevo al muchacho con la cabellera cubierta de polvo que, encaramado a un árbol del vergel del obispo nestoriano de Dunhuang, la había llamado por vez primera.

Volvió a ser aquel muchachito travieso y juguetón, libre de segundas intenciones, que había conseguido la hazaña de hacerle atravesar los muros del obispado, hasta entonces infranqueables, que se erguían ante ella, no aquel ser herido cuya mirada se obstinaba en no cruzarse con la suya en Samyé, donde el destino, por un increíble concurso de circunstancias, los había reunido.

Bruma de Polvo volvía a quererla.

- Recuerdo perfectamente lo que dijiste delante de Ramahe sGampo: que creías en la felicidad y en la desgracia... Pues bien, suscribo tus palabras. Te deseo, Bruma de Polvo, que seas totalmente feliz -dijo Umara, emocionada hasta el borde de las lágrimas.

- Veremos con el tiempo qué me reserva el porvenir en este aspecto... -le dijo él con una sonrisa, en un tono que intentaba ser lo más jovial posible.

- Suplicaré a Dios que guíe tus pasos hacia todo lo que te mereces, Bruma de Polvo.

- Si cuento contigo, dispongo de un buen intermediario para obtener de él un lugar en tu paraíso... - bromeó, desencadenando con sus palabras la hilaridad de la joven.

Pero en el momento de la despedida, cuando Umara posó sus labios en la mejilla de Bruma de Polvo, el chino volvió a estremecerse y no pudo evitar pensar que la enfermedad de amor tal vez fuera la única incurable.

Y al acurrucarse sollozando contra su pecho, la cristiana experimentó una extraña sensación mezcla de angustia, tristeza y compasión, como si su subconsciente le musitase que no volvería a ver nunca más a Bruma de Polvo, aquel chinito que estaba solo en el mundo, que no pertenecía a parte alguna y que, como acababa Umara de comprender quizá demasiado tarde, se consumía de amor por ella...

PALACIO IMPERIAL DE LUOYANG. I DE OCTUBRE DE 658

Wuzhao estaba excitada como una niña antes de ponerse a jugar al escondite con su mejor amiga. Tenía la seguridad de que aquella jornada de otoño, casi estival gracias al sol restallante que no había dejado de brillar desde hacía una semana, iba a ser un día señalado.

La emperatriz de China no había convocado jamás a Nube Blanca a la capital de verano de los Tang, a la que ella seguía acudiendo pese a que se acercaban las primeras heladas.

La razón de que así fuera era precisa e imperiosa y ella pensaba comunicársela apenas finalizara el ejercicio sexual al que habitualmente se entregaban. Por eso deseaba contar con su presencia en el Pabellón de la Orquídea, elegante edículo octogonal situado en un lugar retirado del Parque de las Peonías Arborescentes que, debido a su alejamiento, permitía a Wuzhao recibir a su visitante con absoluta discreción.

- Me complace que hayas accedido a venir a Luoyang y espero que el elefante blanco no haya tenido excesivos problemas para efectuar el trayecto -dijo la emperatriz con voz aflautada a su interlocutor a guisa de bienvenida, después de lo cual cubrió con un pañuelo de seda la jaula del grillo para hacer callar al insecto.

El elefante sagrado del convento del Único Dharma de Peshawar, que se había convertido en inseparable compañero de Nube Blanca, tenía fascinada a la emperatriz de China, quien soñaba en secreto con montarlo a fin de experimentar la deliciosa sensación de encontrarse en la cima de aquella montaña de carne cubierta de rojiza pelambrera que su amo no dudaba en espolvorear de blanco cuando se disponía a causar sensación en las arterias principales de la capital de los Tang. Sin embargo, la estricta etiqueta a la que estaba sujeta la soberana se lo impedía por completo, aparte de que el paquidermo se albergaba de ordinario en una granja situada en las afueras de Chang An, lo que imposibilitaba a Wuzhao poderlo visitar de incógnito.

- El elefante blanco está alojado en la cuadra del palacio de los Huéspedes de Paso, donde los palafreneros imperiales le prodigan los más atentos cuidados -le informó el indio con una sonrisa.

- He pedido a los criados que nos dejasen tranquilos durante toda la jornada -le espetó Wuzhao enlazándolo y metiendo la mano en los holgados calzones del hombre que ostentaba la palabra «Tantra» escrita en el vientre.

- La unión del lingam y el yoni puede practicarse tanto en la capital de verano del imperio del Medio como en la de invierno -dijo en tono de broma este último.

Hacía ya veinte meses que Nube Loca, alias Nube Blanca, había llegado a China central con la intención de poner sus ojos en la emperatriz.

Había aprendido suficientes palabras chinas como para hablar correctamente la lengua, aunque no conseguía dejar de pronunciar las palabras a la manera india, es decir, a sacudidas y acentuando determinados sonidos.

Sería quedarse corto afirmar que Wuzhao se había encaprichado de Nube Loca desde su primer encuentro. Un año antes había convocado al palacio imperial de Chang An a aquel adepto tántrico, cuya fama se había propagado por la ciudad como un reguero de pólvora. La curiosidad y la atracción que sentía la emperatriz por los individuos que se apartaban de las normas la incitó a conocerlo.

Hacía semanas que circulaba el rumor de la próxima llegada a Chang An de un individuo dotado de extraordinarios poderes y rodeado de una fama extraordinaria que lo situaba a medio camino entre un mago y un médico, sin contar los éxitos que, junto con su maravilloso paquidermo blancuzco, conseguía entre las inmensas multitudes que se agolpaban a su alrededor para obtener una gracia, una curación o un simple favor.

Era la primera vez que oía hablar de un hombre en términos tan absolutos. Para unos era el diablo y el Mal en persona, mientras que para otros, en cambio, encarnaba el Bien en la tierra.

Después de todo, ¿acaso arriesgaba algo aventurándose a juzgar por sí misma?

El interesado, que había preparado cuidadosamente el golpe de efecto, hizo una entrada memorable en el saloncito de Wuzhao: llevaba como único atuendo un taparrabos, lo que permitió que la soberana pudiera contemplar a placer las sorprendentes marcas que decoraban su cuerpo, así como los dos aros de bronce que le perforaban las tetillas.

- Da la impresión de que os gusta sufrir -le dijo Wuzhao medio en broma, fascinada ante la lúgubre belleza de aquel cuerpo de asceta.

- ¡El sufrimiento y el placer son parientes próximos! Especialmente cuando son llevados hasta sus extremos -respondió él con lentitud.

Seguidamente pasó a explicarle sin más preámbulos que la unión del lingam y el yoni procuraba una sensación de éxtasis que no se parecía a ninguna otra.

Asombrada ante la libertad de sus palabras y desconfiando de ellas en un primer momento, Wuzhao le pidió que expusiera su pensamiento; su interlocutor, medio desnudo, se contentó con cogerle suavemente la mano y ponerla sobre su vientre plano, musculoso y adornado con extraños signos que ella aún no sabía que formaban la palabra «Tantra» y después le hizo rozar con ella sus tetillas taladradas con dos aros que, como en el caso de todos los yoguis iniciados, testimoniaban su capacidad de controlar el dolor.

Wuzhao todavía recordaba los estremecimientos que había sentido apenas la palma de su mano tocó la piel casi negra de aquel extraño personaje indio. Estaban solos frente a frente y el brillo de los ojos inyectados en sangre de aquel hombre la traspasó de parte a parte.

- Os propongo que probéis y así podréis comprobarlo, Majestad. Basta para ello con que deis orden a vuestros servidores de que no nos molesten durante dos horas. Os prometo que no lo lamentaréis - le dijo Nube Loca mientras deslizaba el índice izquierdo en el círculo formado por el pulgar y el índice de la mano derecha.

Estupefacta ante aquel gesto obsceno, consciente de que tenía que habérselas con un ser fuera de lo común y temiendo caer bajo el influjo de sus encantos, Wuzhao, pese a sentir aún aquel curioso y a la par delicioso hormigueo en la mano, a punto estuvo de pedir a uno de sus chambelanes que acompañara inmediatamente a aquel hombre hasta la puerta del palacio imperial.

Pero entonces el hombre hizo algo inimaginable: delante de aquella mujer a la que veía por vez primera en su vida, apartó el taparrabos y le mostró un sexo oscuro y turgente, enhiesto como una cobra frente a su presa.

- Majestad, este lingam tiene el poder de proporcionar a la mujer la felicidad de una diosa si le permite penetrar su yoni -murmuró clavando sus ojos terribles, rojos como rubíes, en los de Wuzhao, límpidos como esmeraldas.

Era muy cierto que aquel mago no se parecía a ninguno de los hombres que Wuzhao había seducido hasta entonces. No cabía la menor duda de que era el más extraño de todos los personajes, más o menos estafalarios, con los que se había tropezado en su vida, la mayoría de los cuales habían pasado por su cama. Pero aquél era el primero que tenía la osadía de dar el primer paso.

Fascinada ante su presunción, no tardó mucho en llegar a la conclusión, al captar la apariencia de aquel lingam presto a actuar, de que se encontraba delante de una criatura que estaba ya medio fuera de este mundo y que, por consiguiente, merecía su atención. Como una lanza enhiesta antes del ataque, el sexo del indio no se parecía a ninguno de los que había tenido ocasión de acariciar y lamer. Aquél era un auténtico puñal ritual capaz de infligir la más dulce e inefable de las heridas. Pero al mismo tiempo le daba miedo...

Por eso había dudado un poco antes de decidir qué conducta adoptar.

Fue entonces cuando advirtió que, como por arte de magia, su dolor de cabeza se había desvanecido por completo.

Y la brusca desaparición de aquel terrible dolor que desde hacía dos días le martirizaba el cráneo sin darle un momento de tregua, justo en el momento en que el indio le había mostrado su sexo erecto, indujo a la soberana a querer llevar las cosas más lejos.

¿Acaso habría dejado de hacer algo para impedir que cesaran los atroces alfilerazos que irradiaban por toda su cara cuando sufría una de sus crisis?

Así pues, Wuzhao ordenó rápidamente al Mudo que impidiera entrar a nadie en su salón privado bajo ningún pretexto hasta el final de la tarde.

Seguro, pues, de estar a solas con la emperatriz, Nube Loca la condujo a través de los caminos del éxtasis del Tantra por la vía más directa. Empezó sus extraños oficios como quien sigue el libro de los oráculos divinos y lo primero que hizo fue desnudarla por completo con gestos lentos y precisos dignos de los más sagrados rituales. Ella se dejó hacer, extasiada ante tal seguridad: he aquí que aquel hombre llamado Nube Blanca, a quien no conocía sino desde hacía unos minutos, se comportaba con ella como si fuera uno de sus más antiguos amantes.

Wuzhao, a quien lo que más le gustaba era qué la sorprendieran, quedó sobradamente satisfecha. Sin andarse por las ramas, el indio la penetró de inmediato con su lingam, hinchado y turgente, como si se tratara de un arma.

Apenas si le dio tiempo a pasar dos dedos por el sexo de la emperatriz de China, abierto y húmedo ya, antes de hundir en él la punta del suyo, duro como una piedra, para que el placer que sintió al momento Wuzhao, apenas se produjo el contacto entre su cuerpo y el de su nuevo amante, la enloqueciese hasta el punto de abolir en ella, al llegarle el primer orgasmo, el mismo concepto de espacio y de tiempo.

Fue algo mucho más intenso, y sobre todo mucho mejor, que lo que pudiera haber sentido con los otros hombres, aun siendo éstos muy numerosos -incluso con el fangshi taoísta cuyo sexo, pese a todo, le produjo un placer tan salvaje-, que habían precedido a Nube Blanca entre los muslos hambrientos de la emperatriz de China, cuya piel era ahora tan suave y ardiente como las colinas de

arena del desierto de Gobi cuando esperaban la lluvia que las haría reverdecen.

Felizmente, la puerta del saloncito donde se encontraban estaba acolchada, lo que permitió que Wuzhao rugiera como una leona cada vez que el lingam nudoso de Nube Blanca, erecto como una columna votiva que arrancara de la oscuridad de su bajo vientre, liso y musculoso, la penetraba con ímpetu.

Aquella primera sesión tan concluyente fue seguida de otras a cuál más extravagante y cada vez las sensaciones fueron más intensas, como si la apoteosis se renovase al estar en brazos de aquel ser que no se parecía a ningún otro y que, cada vez que se encontraban, le enseñaba nuevas posturas del Sutra del Amor.

[4]

Una de las preferidas de Wuzhao consistía en pasar sus dedos índices a través de los aros de bronce que traspasaban las tetillas de Nube Loca y, agachada, ponerse a horcadas sobre su lingam erecto, para sentir mejor el placer que ella misma se procuraba.

Le bastaba entonces subir, y bajar apenas el cuerpo para provocarse una primera oleada de placer y otras a continuación hasta la explosión final en la que todo lo que retenía en ella se liberaba de pronto como si toda la fuerza y la energía encerradas en el fondo de su alma saliesen de golpe sólo para provocarle el deslumbrante placer que sigue al despliegue de la serpiente de la kundalinî cuando subía con la boca abierta desde la zona situada entre el ano y los órganos genitales hasta el Loto de los Mil Pétalos situado en el sahasrara, el centro de la energía corporal que coincide con la parte superior del occipucio.

Porque ése era el momento preciso en que la Kundalinî «engullía» la energía encerrada en el cuerpo humano y la transformaba en «felicidad suprema»...

El ayer parecía entonces insulso, muchísimo menos intenso que el presente, y la vez siguiente todo sería con absoluta seguridad mucho más intenso todavía...

Wuzhao no se cansaba de aquel cuerpo descarnado y cubierto de perforaciones y costuras cuyo sexo, más oscuro que el resto del cuerpo, enhiesto ante sus ojos, parecía la efigie de un dios al que ella hacía la ofrenda de su boca cuando, salvajemente, se tragaba aquella espada de carne desprovista de cualquier ornamento pero suministradora del Placer Supremo cuya lenta ascensión a través de su cuerpo ella esperaba con una impaciencia que difícilmente conseguía disimular.

A fuerza de copular con Nube Blanca en todas las posturas imaginables, incluidas las más raras, Wuzhao tenía la impresión de dominar a aquel amante como si le perteneciera por entero.

Pero la realidad era muy diferente.

Lo que había ocurrido era exactamente lo contrario, ya que era el tántrico quien había conseguido apropiarse del cuerpo de la mujer desde la primera vez que habían hecho el amor, hasta el punto de que ella ya no podía prescindir de sus caricias.

En la pareja extraña de relaciones extáticas que no habían tardado en formar, era sobre todo la soberana quien se había convertido en dócil adepta del yoga de la Kundalinî e incluso, en ciertos aspectos, en esclava de su yogui.

Es cierto que, para llevar a la emperatriz de China al descubrimiento de lo que era el punto culminante del éxtasis sexual, Nube Blanca no se había andado con chiquitas. Cada vez le hacía descubrir un ritual diferente cuando los dos amantes se unían secretamente al cerrarse la puerta almohadillada del saloncito privado de Wuzhao.

Era para ella una delicia sacrificarse al lingam de Nube Loca.

Antes del acto sexual, Wuzhao se complacía en observar, bajo aquella piel fina, las venas prontas a dilatarse, testimonio de la excepcional propensión del lingam de Nube Blanca a enderezarse cual si fuera un naga furioso pronto a abalanzarse sobre su presa.

Pero lo que ella consideraba con el mismo interés que la más preciosa de las reliquias de Buda era la punta terminal de aquella lanza musculosa, rosada como un capullo de peonía, pero dura y fina como el interior de una concha, cuando se disponía a aplicarle, con agobiante fiebre, la receta infalible que suponía la acción de la lengua.

Desde relaciones desbocadas a placeres compartidos y finalmente a éxtasis comunes, el miembro de Nube Loca se había convertido en una especie de estilete capaz de escribir en letras de fuego en la piel de la emperatriz el texto esotérico del yoga de la Kundalinî y el dominio que predicaba del conjunto indisociable de cuerpo-espíritu.

Así fue como el espíritu curioso de Wuzhao no dejó de impresionarse ante lo que le explicó Nube Blanca acerca de la utilización ritual de la sexualidad que ellos sabían llevar tan bien a la práctica. Aun sin pretender, como Nube Loca la habría incitado a ello de buen grado, aplicar al budismo el ritual tántrico con el fin de aportar a la Noble Verdad del Bienaventurado un suplemento de fuerza, Wuzhao deseaba simplemente domesticar la extraordinaria potencia que nacía de la unión entre la energía roja de la vulva femenina, a la que Nube Blanca daba el bello nombre de «yoni», y la energía blanca que salía del lingam de su pareja.

Para la emperatriz de China, ni la época ni las circunstancias, más bien favorables, eran propicias para refrenar tales ardores. Gracias a la confianza que tenía en el indefectible apoyo a su causa de las comunidades chinas del Gran Vehículo, al influjo que ejercía sobre su esposo, cada día más inválido a causa de la progresión de su enfermedad, y a su habilidad para refrenar los incesantes ataques de sus enemigos, Wuzhao se sentía cada vez más poderosa.

Aquel día, pues, consideró que estaba disponible para intentar aquella experiencia con Nube Blanca, al tiempo que permanecía fuera del alcance de los ataques que aquel nuevo capricho no dejaría de atraerle.

Transcurridos unos meses de práctica, la exaltación de sus sentidos provocada por el ejercicio sexual semanal al que se libraba la dejó más serena que nunca.

El único grano de arena que turbaba tan dulce euforia tenía, en realidad, un nombre: Umara. La emperatriz de China juzgaba sobremanera nefasto e injusto el secuestro de aquella cristiana tan seductora.

- ¿Por qué no me la confiáis a mí? La mantendré en lugar secreto al igual que hacéis vos, pero el marco por lo menos será diferente. Podría pasearse por el Parque de las Peonías Arborescentes -sugirió a Pureza del Vacío en el curso de una de sus conversaciones.

- Esta muchacha sabe muy bien dónde se encuentran las santas reliquias necesarias para nuestros proyectos comunes. Mientras no hable, queda totalmente descartado que pueda dejarla salir de su encierro -declaró el gran maestro sin ambages.

- ¿Y si yo os proporcionase cortes de seda para confeccionar vuestros pendones? ¿Haríais entonces ese gesto? -le preguntó ella, algo molesta ante su rigidez.

Gracias a la reciente erradicación de la epidemia que afectaba al bómbrice, se había reanudado lentamente la producción de seda en las manufacturas imperiales chinas, lo que había atenuado la penuria y hecho menos crucial, para las empresas de la soberana, la llegada a la China central de la tela clandestina fabricada por los maniqueos. Wuzhao sabía, por tanto, que podría mantener sin excesivas dificultades la promesa que había hecho a Pureza del Vacío.

- El viento sopla a vuestro favor, Majestad -murmuró con una sonrisa el gran maestro de Dhyâna, con la expresión de quien se dispone a dejar siempre las puertas abiertas.

Una vez más, Wuzhao había puesto en juego tesoros de habilidad para conseguir sus fines.

A fuerza de hacer presión en el Ministro de la Seda, Virtud de Fuera, utilizando el nombre del propio Gaozong y arguyendo que era para uso vestimentario personal del emperador, procuró al Superior de Luoyang unos soberbios cortes de moaré de seda rojo y blanco que él envió de inmediato a los talleres de bordado y pintura del monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales, de donde no tardarían en salir una decena de pendones votivos... mientras que, sobre la marcha, se apresuró a convocarlo y a pedirle nuevamente si por fin estaba dispuesto a confiarle a Umara.

- Majestad, no os digo que no -se limitó a responderle el interesado-. Y, dicho esto, deberíais reflexionar... -añadió con voz dulce y su inimitable tono impávido, que tan bien sabía utilizar.

- La suerte de esta joven es injusta. ¿Cómo podéis estar seguro de que sabe dónde están esas reliquias si tenemos en cuenta que la cueva donde estaban escondidas fue saqueada?

- ¡Una reliquia santa como ésa no desaparece nunca! El Bienaventurado vela sobre todo lo que deja

en manos de los hombres.

- Creía que la doctrina del Gran Vehículo ponía más bien el acento sobre la meditación sentada al objeto de alcanzar la vía de la liberación que en la adoración de las santas reliquias según la practican los monjes de la India...

- La potencia del Gran Vehículo se asienta en el número de sus monjes; la formación y sustento de dichos monjes son cada vez más onerosos. De modo que cada día necesitamos más dinero, Majestad...

- Si he entendido bien, vuestro objetivo consiste en organizar una peregrinación más. Ya no os basta con los Gemelos Celestiales -le lanzó ella en tono de broma.

- Desde que expongo esos niños a la multitud de devotos, el dinero afluye como nunca. Si, además, pudiera añadir los Ojos de Buda, nuestro monasterio podría adquirir inmensos terrenos muy bien situados en pleno centro de la ciudad.

- ¿Para qué los queréis?

- Pues para revenderlos al Estado. Y aquí, Majestad, vuestro precioso concursó sería decisivo -le replicó con viveza el jefe del Mahâyâna chino.

- Si he entendido bien, contáis conmigo para obtener, llegado el momento, la máxima plusvalía... - murmuró Wuzhao, asombrada al ver tanta marrullería y maquiavelismo.

- Exacto. Os mentiría si lo negase.

- ¿De qué modo facilitaría tal cosa mi ascensión al trono de China? -exclamó, con un nudo en la garganta por haber osado por vez primera en su vida formular con palabras de manera explícita aquel designio suyo.

- Es muy sencillo, Majestad: gracias a un texto apropiado fijad en las puertas de diez mil pagodas chinas, es indudable que el Gran Vehículo tomaría partido oficialmente por vos.

- ¡No bastaría con una simple declaración! Hacedos cargo de que habría que conseguir que la corte admitiera que el emperador de China, el que recibe en el Mingtang

[5] la orden celestial de presidir los destinos del pueblo chino, fuese una mujer... -exclamó la emperatriz, jadeante al pensar en los innumerables obstáculos que se interpondrían en su camino antes de que pudiera convertir su sueño en realidad.

- Sin duda, pero creo que tengo la solución... -añadió misteriosamente Pureza del Vacío.

Fue preciso que Wuzhao insistiera enérgicamente para que su interlocutor se aviniera a precisar sus sibilinas palabras.

- Ciertamente más instruido que los demás entre los que acuden todas las mañanas a besar el vestido de los Gemelos Celestiales, al saber que vos erais la protectora oficial de esos dos niños, pretendió que erais una prefiguración del Buda del Futuro Maitreya. Lo cual hizo que se me ocurrieran ciertas ideas...

- ¡Explicaos! -soltó ella, excitada por la loca esperanza que hacía nacer en su corazón.

- La hipótesis de ese hombre es difícil de desmentir debido a que se trata del Buda de mañana, sobre el cual no sabe nadie ni cuándo vendrá ni bajo qué forma... Mi prestigio intelectual me permitiría, pues, corroborar esa idea sin correr el riesgo de que vuestros enemigos jurados desmintieran mis palabras. Me bastaría, por ejemplo, con escribir un sutra que serviría para desarrollar esta hipótesis y que acabaría por conferirle validez. En él, sin necesidad de citaros, figuraría el retrato de vuestra prefiguración, en la que todo el mundo os reconocería sin esfuerzo. Incluso tengo idea del título. Podría llamarse perfectamente el Clásico de la Nube Importante

[6] -declaró, con aire de persona enterada, Pureza del Vacío.

- ¡Qué extraño! Soñé que yo era una reencarnación de Maitreya, el Buda del Futuro -exclamó la emperatriz que, aunque se trataba de un sueño recurrente, jamás se habría atrevido a hacer a nadie partícipe del mismo.

Pero si la emperatriz había descubierto hasta dónde estaba dispuesto a llegar el Superior de Luoyang para disponer de los Ojos de Buda, por lo menos la conversación la había tranquilizado en

su voluntad de sacar del Lě las piedras premonitorias que dormían en su lecho.

Así pues, aquel día tenía una idea precisa cuando comenzó a acariciarse lentamente el yoni en el momento en que Nube Blanca la penetraba con su turgente lingam.

Wuzhao contaba con que el elefante blanco la ayudaría, ya que ésta era la única razón que justificaba que hubiera pedido a Nube Blanca que se reuniera con ella en Luoyang. Necesitaba la fuerza colosal del paquidermo para sacar del agua aquellas rocas que el Mudo apenas había conseguido mover al lanzarse a las aguas del río para salvar a la pequeña Joya.

Ahora, pues, conseguida su dosis de placer, lo único que le urgía era dirigirse a las orillas del Lě.

- Tengo necesidad de los servicios de tu elefante blanco -murmuró al oído de Nube Loca cuando éste, sumido en éxtasis tras haber ingerido subrepticamente una de sus píldoras, se echó a dormir en el suelo de la habitación.

- No tengo más que ir a la cuadra, Majestad. El animal está a vuestra disposición, por supuesto -dijo Nube Loca bostezando después de levantarse, extenuado a causa del ejercicio sexual practicado con Wuzhao.

- ¡Ve a buscarlo, entonces!

Unos instantes más tarde, conducido por Nube Loca, el inmenso paquidermo de piel rosada cuyas grandes orejas abanicaban el aire se contoneaba delante de la emperatriz de China, que había salido expresamente a recibirlo en el umbral del Pabellón de las Orquídeas.

Wuzhao se acercó al animal y puso la mano sobre su inmensa frente recubierta de pliegues.

Situado al lado de la enorme bestia, Nube Blanca le hizo pensar en Puxian, el bodhisattva Samantabhadra, que también tenía un elefante por montura. Y se dijo para sus adentros que si Nube Blanca poseía aquella aura especial seguramente era porque muchos devotos budistas debían de estar convencidos de que Puxian y el indio de las tetillas perforadas eran una misma persona...

- ¿En qué puede servir este elefante, Majestad?

- Quiero que saque ocho grandes rocas que están sumergidas en el lecho del río. Son demasiado pesadas para las fuerzas humanas, ¿verdad, Mudo? -dijo Wuzhao dirigiéndose al gigante turco-mongol, cuya expresión aviesa daba testimonio del odio profundo que le inspiraba Nube Blanca.

- Busca tres gruesas cuerdas de cáñamo -añadió la emperatriz sin prestar la más mínima atención a la mirada furibunda que su factótum dedicó al hombre que llevaba la palabra «Tantra» escrita en el vientre.

Cierto es que, hacía apenas unos momentos, el gigante los había visto haciendo el amor como dos bestias en celo, loco de celos y embriagado de deseo, desde la galería del Pabellón de las Orquídeas donde se había escondido con disimulo.

Wuzhao no se había abandonado nunca en sus brazos como en los de aquel indio de ojos inyectados en sangre que pasaba el tiempo ingiriendo a hurtadillas unas píldoras oscuras que llevaba en una bolsita de cuero escondida en el bolsillo.

El Mudo también había comprobado, no sin amargura, que aunque el sexo de Nube Blanca no era ni tan grueso ni tan largo como el suyo, la emperatriz parecía gozar diez veces más con su rival que con él.

- ¡No saber dónde encontrar! -dijo a la emperatriz con su inimitable jerga.

- Encontrarás rollos enteros en el cobertizo. ¡Anda, date prisa! Sabes que no me gusta esperar -le replicó ella secamente.

El factótum encargado de transportar el grillo obedeció de mala gana y acabó por aparecer unos momentos más tarde con los brazos cargados de pesadas cuerdas del tipo de las usadas para arrastrar los buques que navegaban por el canal imperial que unía Chang An con Luoyang.

Después, al ritmo lento y majestuoso del paquidermo sagrado del convento del Único Dharma de Peshawar, se encaminaron los tres en procesión hacia la orilla del río. ¡Había que ver la transformación de Wuzhao!

Convertida en una especie de capitán en plena batalla, daba a los dos hombres órdenes precisas que éstos ejecutaban dócilmente, tan pronto comprobando cómo estaban atadas las cuerdas en el pecho del animal como inspeccionando la zona donde debían depositarse las rocas después de izadas o, en fin, haciendo cálculos en relación con la pendiente y la altura de la orilla cubierta de hierba.

El bello rostro de la soberana tenía ahora la dureza propia de un general en jefe que pretendiera poner orden en sus tropas antes de la batalla.

- Mudo, tú te zambullirás y atarás con una cuerda la primera piedra y después el elefante tirará de ella para subirla a la orilla -ordenó al interesado.

- Majestad, ¡agua muy fría! -se lamentó el infeliz tras mojarse en ella el dedo gordo del pie.

- Haz lo que te he mandado -insistió Wuzhao al Mudo, que obedeció de mala gana.

Mientras Nube Loca se eclipsaba detrás de un árbol para ingerir la indispensable píldora, el gigante turco-mongol se sumergió en las aguas heladas color de jade.

Wuzhao tenía los ojos fijos en los círculos concéntricos bajo los cuáles su factótum de la lengua cortada acababa de desaparecer y vigilaba su salida de las aguas. Cuando reapareció por fin con el cráneo cubierto de algas tras algunos minutos que a la emperatriz se le antojaron siglos, ésta quedó pasmada al oírle anunciar con aire contrariado:

- ¡Demasiado difícil! ¡No es posible!

Wuzhao intuyó de pronto que pretendía extorsionarla.

Aprovechando que Nube Blanca se mantenía aparte, se agachó al borde de la orilla y, acercándose al gigante turco-mongol, rozó con la lengua su boca entreabierta en el momento de tomar aliento.

- ¡Si consigues atar las rocas con la cuerda, serás recompensad a partir de esta misma noche!

-murmuró ella recurriendo a su sonrisa más seductora.

Desde el escote de su corpiño se le ofrecían los senos firmes de Wuzhao, cuyos pezones con sabor a mango tanto le gustaba chupar al Mudo. Sin vacilar un momento, volvió al fondo de las aguas y reapareció asiendo, triunfante, con la mano los dos extremos de la cuerda que, por milagro, había logrado deslizar debajo de una de las enormes piedras.

El paquidermo rosado ya estaba preparado para tirar de las cuerdas atadas alrededor de la roca que, a la manera de arnés, rodeaban el pecho del animal.

- Nube Blanca, ¿quieres dar orden al elefante de que tire de la cuerda? -dijo la emperatriz a aquel de sus amantes que llevaba escrita en el vientre la palabra «Tantra».

Bastó que éste acariciase suavemente la parte trasera de la oreja derecha del elefante blanco para que el animal avanzase unos pasos sin esfuerzo alguno, uncido a las gruesas cuerdas que se hundían en el Lē. No tardaron en ver aflorar en el agua una primera roca de tono verdoso.

La emperatriz de China no supo reprimir un grito de alegría al contemplar aquel enorme cubo de piedra recubierto de musgo. En seguida sacó un plátano de una bolsa que llevaba y lo introdujo en la boca del paquidermo, que levantó la trompa en señal de agradecimiento.

Al cabo de un momento podían verse alineadas en el césped que bordeaba el río ocho rocas cúbicas de dimensiones parecidas.

Mientras los dos hombres, extenuados por el esfuerzo, se desplomaban al pie de un árbol ante la mirada divertida que parecía dirigirles el elefante sagrado de Peshawar, Wuzhao se precipitó hacia aquellas piedras venerables que a partir de ahora serían sus aliadas decisivas.

Con el corazón latiendo descompasadamente, pasó la mano por encima para quitarles aquella extraña gelatina verde que las cubría, lo que reveló diversos puntos de su superficie. No era difícil eliminarla, bastaba con el borde de la mano para retirarla.

No tardó mucho en comprobar que en las rocas no había inscripción alguna ni nada grabado.

Entonces, precipitadamente, después de comprobar que sus compañeros seguían durmiendo, volvió a colocar sobre las piedras la masa de algas que acababa de retirar.

Ante ella, ahora, aquellas enormes piedras verdosas, vírgenes de cualquier tipo de escritura y, de hecho, absolutamente banales, restos probables de una arquitectura desaparecida -¿un puente, tal vez?-, sumergidas en aquel lugar por razones que sin duda alguna nada tenían que ver con la leyenda, parecían desafiarla.

Se sentía decepcionada y aliviada a un tiempo: ya que las piedras estaban desprovistas de cualquier inscripción, por lo menos dispondría de tiempo para hacerlas grabar.

Recordó las palabras de Pureza del Vacío sobre una posible reencarnación del Buda Maitreya en su persona; recordó la intransigencia del gran maestro de Dhyâna con respecto a los Ojos de Buda; había oído el rumor, llegado desde las profundidades de la China, que aseguraba que Nube Loca era

la reencarnación del bodhisattva Puxian; pensó en el respeto, la reverencia y casi el terror que suscitaban los Gemelos Celestiales cuando los paseaba en su palanquín por la ciudad.

¿Acaso todos esos hechos no demostraban lo mismo?

Cuando lo sagrado y lo irracional irrumpían en el espíritu de los hombres, no había nada que pudiera oponerse.

¿Tenía Wuzhao necesidad de Pureza del Vacío y de su Sutra del Clásico de la Nube Importante?

¿No le bastaba con poner hábilmente en escena el descubrimiento de las rocas, previamente decoradas con los caracteres adecuados? Sin duda que entonces la noticia de que la emperatriz Wuzhao era una posible reencarnación de Maitreya se propagaría por toda China como un reguero de pólvora...

Ya veía qué papel desempeñarían en todo aquello los Gemelos Celestiales: gracias a su milagrosa mediación ella habría descubierto la existencia de aquellas famosas piedras adivinatorias, sumergidas en el fondo de las aguas glaucas.

Todo sería posible entonces y conseguir aquel mandato del cielo no sería más que una formalidad.

De pronto pensó con nostalgia en Umara, la cristiana nestoriana. ¡Hubiera dado cualquier cosa para que aquella joven a la que sentía tan próxima, sin duda porque seguía el camino inverso del suyo, estuviera allí, ante ella, junto al Lē!

Wuzhao encontraba en Umara muchos ecos de su propia voz: la misma deslumbrante belleza aliada a la inteligencia; la misma tenacidad y el mismo carácter apasionado y resuelto; la misma búsqueda de un absoluto aparentemente inaccesible.

Pero a diferencia de la emperatriz de China, la muchacha cristiana había puesto todas sus cualidades al servicio de la búsqueda de la felicidad, mientras que Wuzhao, que estaba mucho más sola en el mundo que ella, perseguía su sueño loco en pos del último peldaño del poder supremo.

Sólo el porvenir separaría sus caminos. ¿Qué posibilidades tenían de alcanzar sus objetivos respectivos? En este aspecto, ni una ni otra estaban al final de las penalidades que encontrarían ni tampoco al final de las sorpresas...

- ¿Puedo pedirte un favor, Nube Blanca? -murmuró Wuzhao al interesado, sacudiéndolo para despertarlo.

- Decid, Majestad.

- Todavía tengo que pedir un favor más al elefante blanco.

- Os escucho.

- Deberá transportar esas ocho piedras a un rincón del parque del Palacio de Verano, procurando que nadie, absolutamente nadie, esté al corriente de los hechos.

La mirada de Wuzhao se hizo en aquel momento tan implacable que hasta el mismo Nube Loca tuvo dificultades para sostenerla.

CIUDADELA DE PALMIRA

Necesitáis alguna cosa, princesa? Ésa fue la frase pronunciada por una gruesa y vulgar gobernanta, una mujer que tenía más pliegues en la piel que un elefante y a quien se le escapaban las loras del vientre por encima del holgado pantalón de algodón negro ceñido al talle.

Para asegurarse de que a Luna de Jade no le faltaba nada y seguramente para tenerla más vigilada, la matrona hacía frecuentes irrupciones en la habitación pavimentada con losas de mármol donde la joven china pasaba sus días encerrada bajo doble llave.

La esposa de Punta de Luz, con aire cansado, le hizo comprender que una bebida, aunque fuera tibia, le sentaría muy bien.

Debido al calor agobiante que transformaba el ambiente de la habitación en el de un baño turco, la china no soportaba el olor de los granos de incienso y las semillas de jazmín que todas las mañanas esparcía sobre el pavimento multicolor la misma mujer que ahora le ofrecía un vaso de té de cardamomo que se apresuró a beber.

El sol era tan intenso que Luna de Jade, pese a no tener nada que hacer, descartó asomarse a la ventana de la suntuosa cámara que le servía de cárcel.

Desde la fortaleza de Palmira donde estaba recluida, alucinante castillo que, cual araña, se encaramaba en lo alto de un abrupto espolón rocoso al que se accedía a través de un angosto sendero rematado por una escalera tallada en la roca, la vista de la antigua Tadmor, que entonces llevaba el bello nombre de «Ciudad de las Palmeras» o Palmira, era extraordinaria.

Luna de Jade se recreaba en ella durante horas desde la mañana a la noche sin cansarse nunca de aquel increíble espectáculo creado por los hombres hacía milenios.

Entreveía a lo lejos las hermosísimas ruinas del mundo romano envueltas en la neblina bajo el sol implacable de aquel final de verano: el teatro, donde tantos actores habían declamado durante siglos a los grandes autores latinos y griegos para deleite de la alta sociedad mercantil que había hecho las riquezas de la ciudad, así como el templo del dios Baal, de origen babilonio, que reinaba sobre el sol, la luna y los planetas, pero que también era considerado el gran maestro del destino de los hombres... y sobre todo la célebre columnata que era ornato de la calle principal de la ciudad y que, contrariamente a las calles adyacentes, no estaba empedrada a fin de impedir que los camellos resbalasen al circular por ella.

Al final de aquella importante calle, en medio de un batiburrillo de tiendas y edificios más precarios, se encontraba el célebre mercado del incienso, punto de arribo de la ruta procedente de la «Arabia Feliz», centro principal de producción de la «goma arábiga».

Palmira no sólo estaba perfumada por el incienso y las especias, sino que allí se encontraban también las mejores frutas y verduras, las confituras y repostería más refinadas, así como la carne de cordero de mejor calidad de todo el Medio Oriente, la cual era asada por unos vendedores ambulantes que rellenaban con ella unos panecillos ácimos calientes recién salidos del horno.

Pero la pobre Luna de Jade jamás había podido pisar la «Ciudad de las Palmeras» ni disfrutar de sus innumerables perfumes y delicias culinarias.

Ya que, aunque los muros de su habitación eran de mármol rosa y las baldosas que cubrían el suelo estaban recubiertas de alfombras persas a cuál más suntuosa, la esposa de Punta de Luz era prisionera de un sultán.

Cuando, el día mismo de su llegada, fue presentada al soberano por vez primera, pese a su intención de causarle buen efecto temblaba de pies a cabeza.

Pero la concupiscencia que dejaba traslucir la mirada de aquel hombre obeso y peludo como un mono la llenó de horror y de asco. Tras mucho mirarla y evaluarla, el grueso sultán velludo, que no hablaba una sola palabra de chino, reclamó la presencia de un intérprete.

- El sultán Rashid quería que le indicaseis de qué ciudad de China sois originaria -fue la primera pregunta del intérprete, un sogdiano de rostro picado de viruelas que hablaba como mínimo seis lenguas, entre ellas el árabe y el chino.

Los labios de Luna de Jade, con gran riesgo para el bienestar del jefe tujüe que la había negociado con el sultán Rashid a cambio de una suma exorbitante, no se movieron siquiera.

Éste había dado entonces unas órdenes breves y unos guardias la condujeron a aquella cámara embaldosada de mármol donde, apenas la encerraron, se desplomó sobre la mullida cama de la alcoba.

Sola por fin, Luna de Jade derramó todas las lágrimas que retenía en su cuerpo.

Esperaba aquel momento desde hacía semanas para poder lavar su espíritu y su corazón de aquel dolor inaudito que se había instalado en ellos desde que perdiera al hijo que llevaba dentro.

Hasta entonces, encerrada en su sufrimiento, apretando con fuerza los dientes como buena luchadora que era, había conseguido no abandonarse al llanto.

De hecho, sería quedarse corto afirmar que el viaje de la joven se había iniciado en circunstancias dramáticas, ya que, después de cinco días de cabalgar sin descanso en el infatigable corcel del jefe de los tujüe, pegada a la espalda de éste, había abortado en plena noche, mientras el convoy estaba acampado al pie de un peñasco.

Sola, mordiendo un pañuelo para no gritar, había expulsado el feto muerto junto a la salida de una anfractuosidad de la muralla natural, después de obedecer el reflejo de alejarse del grupo para no despertar sospechas y mientras todos los demás roncaban a más y mejor, muy lejos de sospechar que tenía un aborto.

A la mañana siguiente estaba tan débil a causa de la hemorragia que apenas pudo hablar cuando el jefe de los tujüe, al verla tan pálida, le preguntó con grandes gestos si no se encontraba bien.

- No es nada. El canto de una lechuza me ha turbado el sueño... -se contentó con responder la muchacha.

Para la desgraciada Luna de Jade, el resto del viaje se convirtió en una pesadilla.

¡Tenía que ser fuerte para no desfallecer! El camino de Turfan a Bagdad fue interminable. Como una autómatas, crispada a consecuencia de los sufrimientos morales, Luna de Jade atravesó numerosas ciudades-oasis. Después de Yarjoto, cuyo nombre chino era Jiaohe, encaramada en una colina de loess en la confluencia de dos ríos a pocos días de marcha de Turfan, tuvo que cubrir etapas mucho más largas para atravesar Korla, al norte de la cuenca del Tarim, y seguir los Montes Celestes Tianshan, cuyas peñas estaban perforadas por cuevas en cuyo interior había ermitaños del Gran Vehículo rezando.

Con el corazón en un puño por ser la patria de Punta de Luz, descubrió la ciudad de Kucha, agazapada entre huertas de albaricoqueros cuyos frutos tenían la piel suave de los bebés y ciruelos de frutas rosadas que crecían en los surcos de los viñedos.

De buena gana habría burlado a sus raptos, pero estaba bien guardada, vigilada por el jefe tujüe, sobre el cual había averiguado que se llamaba Kaled Jan, un hombre que no la perdía un momento de vista.

Después del memorable «corredor de arena», larga franja desértica en la que sólo crecían raquíticas plantas espinosas que se tardaba dos semanas en atravesar, aparecieron los primeros contrafuertes del Pamir en una región donde persistía una cruel carestía de agua. Llegaron después a Aksu, donde se preocuparon de llenar las jarras y odres de cuero tras haber pagado el escote correspondiente al jefe de las fuentes de la municipalidad.

Fue entonces cuando descubrió aquel inmenso cafarnaún de Kashgar -Kashi, en chino-, la ciudad más alejada del mar de todo el mundo, donde el sector de los mercaderes de seda estaba rigurosamente vigilado por hombres armados que se encargaban de actuar como filtro de entrada. Kashgar representaba entonces para la cultura y el comercio del mundo lo que la línea divisoria de aguas representa para los ríos: a uno y otro lado de aquel oasis mercantil actuaban fuerzas de atracción e influencia, de un lado hacia Oriente y del otro hacia Occidente.

Rebasada esta ciudad profundamente cosmopolita y, para un chino, tan occidentalizante, las huellas de la cultura china, ya escasas, iban disminuyendo poco a poco como disminuyen las gotas de agua al cesar la lluvia, no ya sólo en los rasgos fisionómicos de las personas sino también en la forma de los tejados y en las costumbres alimentarias.

Únicamente la seda, esa materia excepcional, seguía testimoniando el refinamiento de una extraordinaria civilización tan remota como desconocida.

El convoy de los secuestradores de Luna de Jade había tenido que afrontar después llanuras áridas y desoladas en las que se abrían enormes fallas rocosas bajo los cascos de aquellos pequeños caballos ferghaneses que sudaban sangre

[7] y a los que se calificaba de «celestiales». Gracias a su agilidad y a pesar de sus locas galopadas, aquellos corceles evitaban romperse las patas, ya que esto habría obligado a sus jinetes a matarlos sin piedad para que no se convirtieran en presa de las garras terribles y picos acerados de los buitres, que los habrían despedazado vivos.

Tras semanas de cabalgar durante toda la jornada, la pobre chinita ya no se sentía el vientre, las

piernas ni la espalda cuando, después de dejar a la derecha la ciudad de Bujara, atravesaron el río Amu-Daria y, habiendo pasado jornadas tan largas como monótono era aquel paisaje desolado, acabaron por llegar a Meched, en Bactriana, y a continuación a Ispahán, en Persia.

Luna de Jade entonces, contra su voluntad y pese a que la separación de Punta de Luz continuaba atormentando sus días y sus noches, entró en un mundo cuya existencia ni siquiera sospechaba. No había nada que se pareciera a lo que ella había visto en época pasada: desde el color del cielo, donde ni una sola nube turbaba la intensidad del azul, hasta la blancura de las colinas y montañas que se confundía inextricablemente con la arena del desierto.

Era un paraje donde la Ruta de la Seda se convertía en una pista barrida por el viento cargado de arena que borraba las huellas de las raras caravanas que la atravesaban, obligando al viajero a estar siempre al acecho si no quería extraviarse en algún valle perdido donde nadie habría encontrado nunca su cadáver momificado.

Después de tanta aspereza y desolación, la súbita visión de la ciudad de Bagdad, primero como una imagen temblorosa, tuvo que fascinarla por fuerza. Bulbos contruidos con ladrillos rosados coronaban los innumerables palacios de aquella majestuosa ciudad acurrucada entre dos bucles del río Tigris, que conservaría durante largo tiempo su condición de capital orgullosa e independiente. En Bagdad, que todavía se llamaba Baudac porque allí ya se fabricaban suntuosos «baldaquines» de «nasidj», palabra árabe que designaba el brocado de seda, los precios eran desaforados, ya que la población de aquella ciudad refinada y casi tan hermosa como Chang An, encrucijada comercial inevitable de la zona occidental de la Ruta de la Seda, estaba habituada al lujo.

Apenas llegó, unos esbirros de inquietante catadura, cuyas espadas largas y curvas les golpeaban los flancos, condujeron a Luna de Jade al harén.

El ambiente que reinaba en el palacio de aquel reyezuelo la desanimó y más aún el del harén, donde una vieja cortesana china, olvidada hacía lustros por un embajador de los Tang, la puso al corriente de la suerte que la esperaba con todo lujo de sórdidos detalles.

- Tienes que saber que el rey es muy aficionado a la puerta de atrás. Te conviene prepararte untándotela con grasa de cordero antes de ir a parar a sus brazos... -le susurró con aire de entendida aquella vieja desdentada cuyo fétido aliento la obligó a retroceder un paso.

En el Templo del Hilo Infinito de Chang An, en los tiempos en ¡que era la favorita de los obreros, se había negado siempre a darles paso a aquella puerta a pesar de las súplicas de sus pretendientes, algunos de los cuales estaban dispuestos a pagar un alto precio por aquel favor.

- Como se me acerque, le rompo ese jarrón en la cabeza... -exclamó la muchacha señalando una soberbia pieza de cerámica multicolor de la que parecía brotar un inmenso lirio.

- En tal caso, será tu cabeza la que rodará por los suelos. Yo que tú me preguntaría si vale la pena ceder en una cuestión secundaria cuando está en juego una cosa esencial... -concluyó con la misma voz dulzona la cortesana desairada, a quien la perspectiva de ver rodar a los pies del verdugo el bello rostro de aquella muchacha parecía complacer en gran medida.

Para alivio de la interesada, la salida en dirección a Palmira resolvió tan espinosa cuestión. En realidad, sus secuestradores no tenían intención de dejar a Luna de Jade en Bagdad, que sin embargo era el término previsto del periplo, porque el reyezuelo local había torcido el gesto al enterarse del precio que pedía el jefe tujüe por aquella chinita de tan extraordinaria belleza. Tras una conversación más bien viva con aquel potentado tan avaro, Kaled Jan decidió que prolongaría hasta más lejos su recorrido a través de la Ruta de la Seda y ofrecería a Luna de Jade al sultán de Palmira.

- ¡Tendrás que ser muy amable con el sultán Rashid! -se contentó con ordenarle el jefe de los tujüe cuando entraban en Palmira y pasaban debajo del arco de triunfo formado por ramas de olivo para internarse en la calle principal flanqueada por la célebre columnata romana de capiteles corintios cuya longitud superaba un kilómetro, ponderada por todos los viajeros.

Apenas había tenido tiempo de deleitarse con el frescor del inmenso palmeral que separaba la ciudad de la fortaleza del sultán Rashid cuando fue conducida ante este último acompañada del jefe tujüe, que tenía prisa por presentar a su cliente la innegable calidad de la «mercancía» prometida. Al día siguiente de su llegada a la fortaleza de la «Ciudad de las Palmeras», después de una noche en la que por fin consiguió dormir y aliviada por haber podido llorar a sus anchas, compareció de

nuevo ante el sultán en presencia de otro intérprete cuya prestancia, desde el primer momento, no la dejó indiferente.

- El sultán me manda que pregunte a la princesa si ha dormido bien -inquirió el hombre.

Su barba y su bigote, cuidadosamente recortados, destacaban en la piel mate de su rostro de nariz fina y ojos negros, resaltados con el khol.

- La cama de mi habitación es bastante cómoda, desde luego -se limitó a responder, para alegría del gordo sultán, encantado de comprobar que la muchacha había abandonado su mutismo.

- Vuestra Señoría, la princesa Luna de Jade se encuentra en inmejorable disposición; creo que ya es hora de volver... Desde hace varias semanas, me esperan mis superiores en la prefectura de Kang.

[8] Creo que la calidad de la mercancía no os decepcionará... -manifestó hábilmente al sultán Rashid el jefe de los tujüe Kaled Jan.

Aquella mentira oportuna no tenía otro objetivo que obligar al sultán, a quien el precio exigido por la posesión de la chinita hacía titubear un poco.

El guapo intérprete tradujo fielmente las palabras del tujüe, que tenía prisa por cobrar el dinero que pedía por Luna de Jade antes de que se produjera un incidente ulterior que comprometiera aquella transacción excepcional.

El soberano, con los ojos fijos en el cuerpo esbelto de Luna de Jade, que se adivinaba espléndido bajo la túnica de finísima seda con la que, como una nube, la había vestido por la mañana la gorda gobernanta, dejó oír unas frases dirigidas al tujüe.

- Se acepta. Pasa a ver al ecónomo, que te pagará lo que se te adeuda. El sultán desea que, cuando se presente la ocasión, digas a tus superiores que sus tarifas de compra de rehenes son elevadas en exceso tratándose de reinos dignos y orgullosos pero desprovistos de riquezas como el suyo.

Kaled Jan se puso en camino con presteza sin olvidarse de hacer las tres reverencias protocolarias, mientras la chinita maldecía al culpable de que ahora se encontrara frente a aquel hombre gordo y repugnante, velludo como un mono.

De modo que la pobre Luna de Jade se descubría ahora rehén y princesa a un tiempo.

Cuando el intérprete que le parecía simpático la acompañó a la suntuosa cámara de aislamiento, no pudo evitar preguntarle la razón de aquel tratamiento de favor.

- Dado vuestro rango, el trato es el normal. La corte china se aviene al intercambio de rehenes para mantener la paz con los reinos que todavía no están bajo su tutela. Un príncipe sogdiano o sasánida a cambio de un príncipe chino, como se ha visto muchas veces. Como princesa, cuando llegue el momento también seréis objeto de intercambio. La corte de Chang An retiene actualmente prisionero a un embajador árabe bajo el pretexto de que ese hombre no pudo satisfacer el derecho de entrada en moneda china y en cambio iba seguido de una mula cargada con un saco lleno hasta los bordes de monedas de oro puro.

- O sea, que debo servir de moneda de canje -murmuró, llena de alarma.

- Pues es muy posible... Todo dependerá de la decisión del sultán Rashid... Si alguien proviene de una de las más nobles familias chinas, su peso es fuerte en las relaciones diplomáticas.

- ¿Cómo es que conocéis mis orígenes? -se aventuró a preguntar la muchacha con voz temblorosa.

- El jefe tujüe nos ha puesto al corriente con todo detalle. Tranquilizaos, aunque el sultán no parece insensible a vuestros encantos, conoce demasiado bien lo que valéis en dinero para arriesgarse a tocar uno solo de vuestros cabellos -le dijo el intérprete con una gran sonrisa.

- ¿Quién sois vos para abrigar tales certidumbres?

- Mi nombre es Firuz y desempeño la función de Embajador Extraordinario y Plenipotenciario del sultanato de Palmira y de Bagdad. No trato de impresionaros, querida princesa, sino sólo de informaros.

- Sois muy amable, Firuz -se limitó a responderle la joven mientras seguía maldiciendo para sus adentros al jefe tujüe que no había dudado en hacerla pasar por princesa Han de encumbrada estirpe cuando, en realidad, era hija de unos campesinos chinos, abandonada por sus padres y obligada a trabajar como obrera.

- Habladme un poco de vuestra familia. Yo también provengo de un linaje de calidad, aunque dista

mucho de igualar al vuestro.

- Pues... en Chang An... la ciudad más populosa del mundo, abundan las familias nobles -le respondió la muchacha, azorada.

- Sois modesta. Lo cual me parece un signo de excelente educación.

- Sé de personas humildes que tienen la elegancia de la modestia -no se abstuvo de replicar la joven.

- Vuestras palabras dan prueba de la altitud de miras de la noble familia de la que procedéis...

Luna de Jade acabó por encontrar encantador a Firuz; era afable y espontáneo a un tiempo y daba la impresión de que no ponía en duda ni de lejos sus orígenes principescos tal como los había descrito a las autoridades de Palmira aquel fullero jefe tujüe.

Luna de Jade tuvo la prudencia de no desmentir sus palabras.

- ¿Cómo se enteró el jefe tujüe de mi presencia en Turfan? -le preguntó ella en un intento de saber a qué atenerse.

- Fue pura coincidencia, según nos dijo. Parece que un persa de nombre Majib le reveló, a cambio de una fuerte suma de dinero, la existencia en Turfan de un taller clandestino donde se fabricaba seda. El tujüe quiso apoderarse de la preciosa mercancía, pero cuando descubrió que el taller no había tejido nada desde hacía meses, se centró en vos. A juzgar por la suma de dinero que ha conseguido del sultán Rashid, no habrá perdido con el cambio...

De modo que lo que le había ocurrido a Luna de Jade no era más que la última consecuencia de la venganza del jefe Majib después de la humillación que había sufrido en el curso del desgraciado episodio de aquella fuente nestoriana seca que no había conseguido desatascar pese a sus supuestos talentos de mogmart.

No contento con haber saqueado el oasis de Dunhuang sirviéndose de intermediarios tujüe, se ensañó con el oasis de Turfan, donde el obispo Addai Aggai había cometido la imprudencia de revelarle la existencia de un taller clandestino de producción de seda.

Deslumbrado ante la «montaña de seda» que el jefe Majib le mostró, el tujüe no descubrió hasta más tarde que se trataba de un modesto taller en fase de arranque. No tuvo más remedio que desquitarse apoderándose de Luna de Jade, a la que hizo pasar por una princesa china de elevado linaje, lo que le permitió transformar en excelente negocio el fracaso de aquella patraña evidente.

- Así pues, estoy aquí por azar... -prosiguió ella, pensativa y un tanto desengañada.

- A veces el azar hace bien las cosas... -le replicó su interlocutor con una sonrisa.

La muchacha no dejó de reparar en la blancura deslumbrante de sus dientes, acentuada por el color oscuro de su piel, que confería a su sonrisa un innegable encanto.

- Preferiría estar en otro sitio... -suspiró la joven cuando él la saludó con deferencia antes de marcharse.

Firuz la visitó los días siguientes y la colmó de flores y frutas, además de obsequiarla con aquellas curiosas piedras que los camelleros conocen con el nombre de «rosas del desierto».

Luna de Jade comenzó a apreciar la compañía de aquel hombre refinado de vasta cultura que contrastaba de manera singular, tanto por sus maneras como por sus palabras, con los bárbaros que no había dejado de frecuentar desde su secuestro.

Su historia no era en absoluto banal.

Después de haberse formado en la universidad diplomática de Bagdad, ciudad en la que había nacido, gracias a su laboriosidad y a su astucia Firuz se había convertido en una especie de embajador itinerante al servicio de los monarcas de aquellos reinos del desierto que acabarían siendo federados por la poderosa dinastía de los omeyas, a la que su familia prestaba lealtad. Mientras esperaban esos días gloriosos, aquellas micronaciones que no poseían instrumento diplomático alguno sólo conocían la fuerza en materia de relaciones con sus congéneres. Sin embargo, Firuz había conseguido convencer a aquellos reyezuelos de que confiaran en él y le otorgaran poderes para representarlos ante las potencias extranjeras.

Así fue como aquel a quien también llamaban «el Omeya» decidió dividir su actividad anual en cuatro partes iguales que consagraba a los cuatro Estados para los que trabajaba, y quiso la suerte que la llegada de Luna de Jade coincidiese con el momento en que él estaba al servicio del sultanato de Palmira.

Pero una mañana, en lugar de aquel hombre tan interesante que era Firuz, Luna de Jade tuvo la desagradable sorpresa de ver aparecer al intérprete sogdiano de rostro picado de viruelas que la había conducido por primera vez en presencia del soberano.

- El sultán Rashid nos espera, princesa de China. Cubrios con una capa los hombros desnudos y seguidme, por favor -dijo el sogdiano.

La hicieron entrar a través de una pesada puerta de cuero repujado a la sala donde ya la esperaba el sultán, arrellanado en un sofá. La joven observó que la cámara octogonal estaba recubierta con las mismas losas de mármol multicolor que adornaban el pavimento de su propia habitación. Como es evidente, no podía saber que se trataba de placas de travertino romano que los constructores de la fortaleza habían desprendido de las fachadas de los monumentos más bellos de Palmira.

A juzgar por el repugnante olor dulzón que invadía la minúscula habitación sobrecalentada, el sultán debía de haberse rociado el cuerpo con pachulí. Llevaba unos holgados calzones de color escarlata y una sencilla camisa blanca abierta generosamente sobre el pecho cubierto de largas cerdas negras.

- El sultán Rashid desearía que os pusierais cómoda... -explicó el sogdiano a Luna de Jade así que el anfitrión hubo pronunciado unas pocas palabras acompañadas de una gran sonrisa dedicada a la joven china.

La chica observó con espanto en la mirada del sultán, al tiempo que unía el gesto a la palabra y abría generosamente y con gesto lento su camisa sobre la negra pelambreira del pecho, el brillo malévolo del vicio y la concupiscencia.

- Decid al sultán que hoy va a ser difícil. Tengo el periodo... -farfulló Luna de Jade.

Así que el sogdiano tradujo sus palabras, observó una mueca de decepción en el rostro del potentado.

Al día siguiente, cuando Firuz la visitó, Luna de Jade estaba tan trastornada que se arrojó llorando a sus brazos.

- ¿Por qué no vinisteis ayer? -le espetó la chica, con los nervios en tensión, antes de pasar a explicarle la lamentable escena ocurrida el día anterior.

- Tuve que consultar en la biblioteca de Palmira unos relatos de viajes relacionados con las rutas orientales. Es probable que, en mis misiones futuras, me vea obligado a viajar a China. Mejor, pues, saber qué me espera... No me gusta que la realidad me sorprenda. Aparte de que, para no ocultaros nada, nadie me pidió que os sirviera de intérprete...

Firuz parecía sincero y era evidente que le contrariaba ver a Luna de Jade en aquel estado. Las ojeras de la muchacha demostraban a las claras que se había pasado toda la noche llorando.

- ¿Debéis ir a China? -le preguntó Luna de Jade, anhelante y súbitamente esperanzada.

- Hace meses que el sultán Rashid insiste en que haga el viaje. Sospecho que quiere proponer al soberano del país de la seda un canje de mercancías: él le proporcionará incienso y el emperador, a cambio, aprovisionará sus establos de «caballos celestiales». Dicen que son los corceles más rápidos del mundo. Nosotros aquí sólo tenemos asnos y dromedarios...

- Llevadme con vos, Firuz, y no os arrepentiréis -le suplicó ella arrojándose a sus pies.

Azorado, el embajador itinerante no sabía qué responder a la que seguía tomando por una princesa china de alto linaje cuyas finas manos se aferraban con fuerza a sus brazos.

- Sería preciso que el sultán Rashid lo aceptase. Por lo que decís, está muy interesado en vos.

- Podríais convencerlo de que enviara una embajada a China y decirle que le traeríais el precioso regalo ecuestre en el que tiene puestos los ojos. En ese caso, mi presencia a vuestro lado sería lo más natural de este mundo. Sería para vos una gran oportunidad y el testimonio de que vuestra misión se vería coronada por el éxito. En cuanto mi familia vuelva a verme, estoy segura de que os acogerá como a un héroe -le dijo ella con entusiasmo, como si todo lo que le decía estuviera ya a punto de realizarse.

- Palmira, sin embargo, es una de las ciudades más bellas del desierto. Y su sultán sabrá ser generoso con vos. A este hombre le gustan mucho las mujeres.

- Pero a mí no me gusta él.

- ¿Sabéis que acabáis de pronunciar unas palabras imprudentes?

- Estoy convencida de que no las repetiréis.
- ¿De veras lo estáis? -le preguntó él medio en broma.
- ¡Os suplico que me llevéis a China! -dijo la joven entre risas y lágrimas.

Estaba dispuesta a todo con tal de convencer a Firuz de abogar en favor de aquel viaje ante la máxima autoridad. Incluso se sentía con arrestos suficientes para seducirlo, es decir, para engañar a su esposo Punta de Luz.

¿Qué no habría hecho para que aquel embajador de Bagdad la llevase a China, donde seguramente la esperaba su esposo, quizá en Turfan, en el invernadero de las moreras donde habían vivido días tan felices?

Sin casi apercebirse de lo que hacía, se acurrucó en los brazos musculosos del embajador itinerante y aspiró el perfume a canela y almizcle que emanaba de su piel suave y cobriza.

Era un aroma delicioso pero que mareaba a la vez y que provocó en Luna de Jade una irreprimible oleada de nostalgia y tristeza, como si, de un solo golpe, todo lo que había tenido tanto empeño en reprimir desde su secuestro subiese a la superficie.

Los sollozos que estremecían su cuerpo la liberaban y le hacían bien mientras Firuz iba acariciando suavemente su cabellera.

Después de tantas semanas de abstinencia y soledad, la chinita, lejos de su esposo, tenía tantas ganas de abandonarse que se dejó hacer sin oponer la menor resistencia al tiempo que las caricias de Firuz iban haciéndose cada vez más precisas.

Poco a poco se dejó flotar en una dulce nube mientras se cerraban sus ojos. Se le apareció entonces, en el momento justo en que se tocaban sus párpados, el afable rostro de Punta de Luz.

Vio sus ojos de un azul fulgurante, brillantes de ingenio, su cabellera rizada, espesa y negra como el pelaje de ciertos corderos que había visto en los mercados de la Ruta de la Seda: un rostro que le sonreía afectuosamente.

¿Dónde estaba ahora aquel marido tan amado que el jefe tujüe había arrojado fuera del convoy?

Era curioso que, en medio del calor sofocante que reinaba en aquella habitación donde el sultán Rashid la tenía prisionera, el olor a almizcle y canela del hombre que ceñía a Luna de Jade entre sus brazos reavivara el recuerdo de su esposo.

No llegó a advertir siquiera que el embajador omeya, con gestos de infinita suavidad, acababa de tenderla en la cama como si creyera que estaba profundamente dormida y tuviera miedo de despertarla.

Al dejarla tiernamente en el jergón, Luna de Jade abrió los ojos.

Todo se mezclaba inextricablemente en su ánimo como un gigantesco torbellino al que se veía arrastrada por el cansancio extremo que sufría y el golpe moral del drama que había vivido a consecuencia del aborto: allí estaban Turfan y Palmira, el desierto de Gobi y el de Taklamakan, la seda de los chinos y el sayal de los bárbaros, Punta de Luz y Firuz, los Gemelos Celestiales y el feto muerto que había envuelto en un paño antes de enterrarlo en la arena, su deseo de volver a Oriente para encontrar a su marido y la atracción física que le inspiraba aquel embajador de gestos tan lentos, tan precisos y, sobre todo, tan sutiles.

¿Acaso ella estaba realmente allí?

¿O estaba en otro sitio?

Le importaba poco.

Lo que sí era seguro, en cambio, era que aquel Firuz que acababa de desnudarla era el primer hombre amable y considerado que encontraba en su camino desde el momento en que los tujüe la habían arrancado de manos de su Punta de Luz.

Se puso, pues, a su merced, decidida a conseguir de él aquella misión en China.

Se dispuso a desvincularse de su cuerpo, aquel cuerpo que el embajador itinerante, hombre experimentado en mujeres, conmovido hasta las lágrimas al contemplar tanta belleza e incitado por la falta de reacción de la muchacha, pretendía explorar ávidamente hasta los últimos rincones.

Pero entonces, para gran sorpresa suya, unos hormigueos y los primeros estremecimientos que anunciaban oleadas de placer comenzaron a cosquillearle el vientre.

Así que ofreció la lengua al Omeya a éste le faltó tiempo para acogerla en su boca, acostumbrada a

besar a las lascivas cortesanas de los harenes a cuyos soberanos tenía la costumbre de asesorar con sus consejos expertos. Luna de Jade tuvo que admitir que besaba de maravilla y que a buen seguro todo lo demás rayaba en él a la misma altura. Hacer el amor con Firuz en la esperanza de volver al lado de Punta de Luz le pareció, pues, un programa perfectamente aceptable.

Esta impresión favorable se confirmó cuando, con las prisas para contemplar el instrumento dispensador de placer de Firuz, le descinó los calzones e inmediatamente apareció la lanza, ya enhiesta y pronta a infligirle las más dulces heridas.

Tal vez fuera por el estado en que ella se encontraba, pero el hecho fue que el sexo hinchado del Omeya se parecía tanto al de Punta de Luz, pese a ser ligeramente más oscuro, que habría llegado a confundirlo con él.

Con los ojos entrecerrados, Luna de Jade ofreció entonces a aquel arma tan atractiva y tan extrañamente familiar el febril homenaje de su boca sedienta de placer, habiendo llegado a un punto en el que ya no sabía muy bien si hacía el amor con su marido o con un nuevo amante...

La lanza de Firuz comenzó entonces a vibrar desplegándose como una columna de carne y músculo ya en la linde del templo íntimo de Luna de Jade.

- ¡Punta de Luz... te amo! -murmuró la muchacha.

- ¿Qué has dicho? ¿A quién acabas de nombrar? -preguntó Firuz.

- Tu punta de luz me acaricia el vientre de maravilla -se apresuró a responder la joven para morderse inmediatamente los labios.

Su vientre ondulaba como la vela de una barca cuando el consejero diplomático de los reyezuelos del desierto se cogió el miembro con una mano y se sirvió del mismo como de un pincel, resuelto a escribir sobre toda la piel de su cuerpo los poemas de amor que murmuraba al mismo tiempo a su oído.

Luna de Jade se dejó llevar de buen grado a los mundos que Firuz-Punta de Luz le describía bajo el bello nombre de «país del Amor».

Abajo, lagos de azur se escalonaban en cascadas argentadas al pie de montañas refulgentes que parecían de oro; inmaculadas palomas vigilaban las expansiones de los amantes que hacían el amor durante mil y una noches seguidas; la miel de las abejas tenía el sabor incomparable del cielo y la hierba de los prados era tan dulce y profunda como las alfombras más hermosas de Shiraz; en cuanto a la arena de los desiertos, se podía endulzar con ella la leche de las cabras... Pero sobre todo, en el país del Amor, los hombres no podían prescindir de las mujeres de la misma manera que las mujeres no podían prescindir de los hombres, puesto que en aquel país mirífico todo era lujo, calma y voluptuosidad...

- ¡Sigue! ¡Sigue! Sigue contándome, Firuz, todo lo que sepas del país del Amor -no cesaba de murmurar Luna de Jade, mientras su amante la hacía vibrar como la cuerda de un laúd.

- Ése es el país donde yo querría terminar mis días, hermosa Luna de Jade -le dijo en voz baja en el momento en que introducía en el templo sagrado de su amante, dulce y cálido como un baño turco, su turgente columna votiva.

Ella se mordió los labios para no gemir de placer. Su nuevo amante iba y venía dentro de ella arrancándole suspiros cada vez más profundos hasta llegar al espasmo final, alarido casi, que lo obligó a taponarle la boca con la mano para no llamar la atención de la gorda criada que seguramente no andaba lejos.

Cuando Luna de Jade sintió que se acercaba a su cuerpo la inmensa vibración del orgasmo, quiso asegurarse de que también él estaba en el mismo punto. Procuraba que siempre fuera así cuando estaba con su esposo: esperaba el momento en que él se derramaba en ella para dejar que sus deseos subieran sin trabas hasta escalar el último nivel del placer.

Para terminar, y como amantes expertos y habituados uno a otro, consiguieron unirse en un largo éxtasis común.

- Se diría que estamos hechos el uno para el otro -exclamó, impresionado, el Omeya.

Luna de Jade, desnuda como una flor, estaba acurrucada entre las musculosas piernas de Firuz, cuya piel cobriza contrastaba con la carne, resplandeciente de blancura, de sus bien contorneadas piernas. Como no quería mentir a un hombre tan solícito, cuya ciencia amorosa igualaba a su cortesía y a su

elegante delicadeza, la china, turbada hasta lo más profundo de su ser al ver que se había entregado con tanta facilidad, pero también que había experimentado tanto placer con otro hombre que no era Punta de Luz, prefirió abstenerse de responder.

Bastante sorprendida por lo que acababa de vivir, Luna de Jade no sabía aún que había descubierto la diferencia existente entre amor y sexo.

Se sucedieron doce noches de amor parecidas hasta que un día apareció en la puerta de su habitación el intérprete con el rostro picado de viruelas, que vino a turbar el sesgo agradable que parecían tomar los acontecimientos.

- Su Excelencia el sultán de Palmira desea veros -anunció el sogdiano a la chinita, a quien se le heló la sangre en las venas.

Así que estuvo en presencia del gordo soberano del desierto, la joven comprendió que éste no admitiría de ella la más mínima negativa. Pues apenas entró en el pequeño saloncito octogonal, le dijo:

- Seguro que ahora el campo está libre -haciendo alusión con estas palabras a la regla que la muchacha había pretextado en la entrevista precedente, ocurrida hacía quince días.

¡Había caído en la trampa que ella misma se había tendido!

El brillo lúbrico con que la miraba y la postura que había adoptado, con las piernas muy abiertas y la camisa desabrochada sobre el vientre velludo y abultado, eran por demás elocuentes.

Hizo sentar a la joven a su lado, en su sofá habitual, delante del cual un servidor había colocado una bandeja de cobre con unos vasos llenos de té a la menta y unos cuencos de pistachos. Seguidamente el hombre puso sus manos regordetas y ensortijadas en los hombros de la muchacha.

- ¡Si te he comprado es por algo! -le escupió sin que ella acabara de comprender el sentido de sus palabras, ya que el sogdiano, prudentemente, se había esfumado.

El sultán la apretaba con fuerza.

Arrellanado en su sofá y con el cuerpo rezumando sudor, el sultán Rashid descargó todo su peso sobre el cuerpo de Luna de Jade, que apenas podía respirar.

La muchacha se defendía como una loca mientras el gordo soberano trataba de introducir la lengua en la boca que ella por nada en el mundo consentía en entreabrir. Pero el sultán de Palmira no lo advertía, ya que no estaba acostumbrado a que ninguna mujer le opusiese resistencia y menos después de haber desembolsado tanto dinero por ella. Viendo que la rebelde no abriría la boca así como así, sus dedos gordos y grasientos estaban ahora centrados en su corpiño.

Aunque gritó, no le sirvió de nada, porque el sultán Rashid, cada vez más febril, consiguió poner una mano en sus pechos. Aquel contacto horrible tuvo la virtud de desencadenar un pánico irrefrenable en Luna de Jade, que estaba a punto de vomitar debido al asco que le provocaba el hombre.

Haciendo un último esfuerzo, como el animal acorralado que consigue in extremis librarse del cerco del cazador, Luna de Jade logró ponerse en pie.

Y al mismo tiempo le dio una sonora bofetada.

Puso toda la energía de la desesperación al proyectar violentamente la palma de la mano contra la mejilla izquierda de Rashid, al tiempo que se estrellaban, rotos en mil pedazos, contra las losas polícromas del saloncito los vasos llenos de té a la menta.

- ¡Estás completamente loca, desgraciada! ¡No sabes lo que haces! -gritó, ofendido, el sultán Rashid dirigiéndose a la chinita, que estaba deshecha en llanto y no comprendía una sola palabra de sus vociferaciones.

Un servidor de rostro contrito la acompañó inmediatamente a su cámara, donde Firuz, informado del escándalo, fue a reunirse con ella a hurtadillas.

- Corres el riesgo de que el sultán Rashid te lo haga pagar muy caro... -murmuró, sinceramente preocupado e inquieto.

- Razón de más para irme contigo a China. Tienes que meterle en la cabeza que yo soy muy testaruda y que antes moriré de hambre y de sed que accederé a acostarme con un hombre como él. Aparte de que, a partir de esta misma noche, pienso dejar de comer y de beber -exclamó, desconsolada pero absolutamente decidida.

- Te prometo que haré todo lo que esté en mi mano para convencerlo. Pero me temo mucho que va a ser muy difícil.

Cuando Firuz pidió audiencia al sultán Rashid para hablarle del problema de Luna de Jade, hacía ya varios días que la muchacha estaba tumbada en la cama, delgada y devorada por la fiebre, negándose obstinadamente a ingerir alimentos y hasta el más mínimo vaso de agua.

- Esa princesa china, príncipe, languidece en su habitación y va debilitándose a ojos vistas. Hace una semana que se niega a comer y a beber -se lamentó el Omeya.

- ¡Que se vaya al diablo! Es una retrasada mental que no tiene ni idea de dónde está -le gritó el sultán Rashid, que todavía sentía en la mejilla izquierda el humillante recuerdo de la bofetada con que lo había obsequiado la muchacha.

- Dado el precio que habéis pagado por ella, convendría que no se muriera. Ello supondría una gran pérdida para las arcas de vuestro reino y para vuestras esperanzas de convencer al emperador de China de que os proporcione «caballos celestiales».

- ¿Crees que eso sería posible? -preguntó Rashid, algo inquieto.

- Me cuesta imaginar lo que sucedería si me presentase allí con un cadáver entre cuatro tablones, mi señor. Y con este calor, me temo que es algo que no es sino cuestión de horas. La pobre desgraciada está loca. Lo mejor que se puede hacer es devolverla a su casa y obtener a cambio una sustanciosa contrapartida -aconsejó Firuz, que no las tenía todas consigo.

Era perfectamente consciente de que se trataba de un lo toma o lo deja y de que el sultán era de los que se predisponen contra alguien y toman ojeriza a cuantos pretenden hacerles cambiar de opinión. Pero era evidente que las argumentaciones habían tocado su cuerda sensible, porque el sultán acabó por conceder a regañadientes:

- En tal caso, hay que actuar con rapidez. ¿Cuándo partes?

- Si vos lo decidís así, puedo partir mañana mismo. Me basta con disponer de buenos camellos y de unos cuantos guardias armados como escolta. La princesa china viajará cubierta de velos para que nadie sepa que se trata de una Han de privilegiado linaje. Es sabido que en la Ruta de la Seda pululan los bandidos, dispuestos siempre a secuestrar a los viajeros ilustres para poder cobrar importantes rescates -se apresuró a responder el Omeya, feliz de haber dado en el clavo.

El sultán Rashid llamó inmediatamente a su secretario particular, un hombre cenceño cuya larga y vaporosa barba blanca remataba un rostro de rasgos afilados, acentuados por una nariz aguileña.

- Prepara ocho camellos de guerra, uno de ellos provisto de una nacela protegida. Elige a los camelleros más valientes y proporciónales las espadas más afiladas. ¿Cuántos toneletes de incienso tenemos en la reserva?

- Cuatro, príncipe, uno bastante mermado ya... -respondió el secretario.

- ¡Da uno a Firuz! Y también un barril de pimienta.

- Pero, príncipe, eso es mucho dinero. En nuestras arcas no queda nada que permita reponer esas existencias... -se lamentó el hombre de la barba blanca y la nariz aguileña, una de cuyas misiones esenciales consistía precisamente en vigilar como a la niña de sus ojos aquella preciada mercancía, única riqueza que poseía Palmira, que el sultán hacía llegar a costa de grandes dispendios desde la región que llevaba el nombre de «Arabia Feliz».

- Firuz debe tener el campo libre. Si su misión con el rey del País de la Seda da buen resultado, todo el pueblo de mi reino saldrá beneficiado, ya que entonces dispondremos de caballos capaces de vencer a nuestros enemigos. ¿Me has entendido?

La voz del sultán de Palmira había adquirido un tono amenazador.

- Vuestras órdenes serán ejecutadas al pie de la letra, mi señor. Firuz se llevará los barriles de pimienta y de incienso de Arabia -dijo su secretario particular.

- ¡No espero otra cosa! -le espetó el gordo y velludo soberano.

Tres días más tarde, para gran consuelo de Luna de Jade, el convoy del Embajador Extraordinario y Plenipotenciario Firuz, enviado especial a China del sultán Rashid, se puso en movimiento.

El embajador era portador de un memorándum firmado por el sultán y dirigido al «soberano del País de la Seda» -puesto que, en Palmira, era desconocido el nombre de Gaozong-, en virtud del cual el rey del desierto se comprometía a devolver al emperador de China, «en prenda de amistad y

cooperación entre los dos países», a la princesa china de alto linaje de nombre «Luna de Jade». Cuando desapareció del horizonte la última columna romana de la arteria principal de Palmira, la esposa de Punta de Luz, cubierta de velos de cabeza a pies, experimentó un extraño sentimiento en el que se mezclaban la loca esperanza de encontrar a su esposo y cierto asco de sí misma. La perseguía la imagen del feto muerto, que le había dejado en el bajo vientre una herida que le dolía de continuo. Y estaba convencida de que de aquel mal terrible, de aquel atroz sabor a muerte que tenía en la boca, sólo podría curarla otro hijo de Punta de Luz. Pero ¿se le presentaría la posibilidad de tenerlo?

43

EN LA MONTAÑA TIBETANA

El cuerpo de Bruma de Polvo estaba blando como un saco de trigo medio vacío.

Luchaba a brazo partido con el oso de las montañas, pero se esforzaba sobre todo en tranquilizarse mientras esperaba la muerte.

Pese a su estado de agotamiento avanzado, el chino era consciente de que su vida pendía de un hilo. O, mejor dicho, de las zarpas aceradas, cortantes como puñales, de aquel plantigrado negro de brillante pelaje cuyo pecho estaba adornado con una gran letra «V» de pelo blanco, aquel oso que lo había atacado por sorpresa profiriendo un enorme rugido ronco. Se le había helado la sangre al notar el aliento ardiente del animal.

Unos momentos antes había observado a aquellos tres buitres que volaban en círculos sobre su cabeza, tan bajos que veía perfectamente sus garras enormes dispuestas a apresar la carroña sobre la que se abatirían, pero distaba mucho de sospechar que la carroña era él y que las aves rapaces ya habían detectado la presencia del plantigrado asesino que lo acechaba entre la densa maleza de rododendros.

Los osos de las montañas raras veces atacaban a los hombres, salvo cuando no conseguían alimentarse suficientemente de miel y bayas silvestres, como sucedía en aquel principio de invierno. El animal había empezado por levantarse en toda su altura delante del joven chino antes de lanzarse en persecución suya cuando éste echó a correr como alma que lleva el diablo profiriendo gritos de pánico. Pero el animal no tardó mucho en dejarlo inmovilizado en el suelo de un solo golpe dado con la pata, después de lo cual le dio tranquilamente la vuelta como si se tratara de un trapo. Observadas de cerca, las fauces de un oso eran, sin la menor duda, lo más aterrador que Bruma de Polvo había visto desde que estaba en el mundo. Los gigantescos caninos, largos como la palma de una mano, eran capaces de despedazar y machacar seguidamente la cabeza de un hombre. Tenía aquella boca tan cerca de los ojos que veía sus puntas aceradas y negruzcas. Paralizado por el miedo, no conseguía siquiera desviar de ella la mirada. Lo mismo hacían los ratones del desierto ante las víboras cornudas cuando esos reptiles tan venenosos los atacaban: se quedaban esperando, inmóviles, la muerte.

Bruma de Polvo, sintiéndose pronto a morir, pensó en Umara. Su espíritu se colmó con la imagen de la cristiana a sabiendas de que estaba a punto de abandonar su cuerpo y de que no tardaría mucho en convertirse en un amasijo de carnes sanguinolentas.

De no ser por ella, ahora no se habría encontrado, en pleno corazón del Tíbet, en la boca de un oso...

Pero se decía también que no se trataba más que de un acto de justicia después de todo aquel

conjunto de malos pensamientos y de odio dictados por su conducta.

Aquel oso de las montañas surgido de quién sabía dónde que ahora estaba a punto de devorarlo, en el fondo no era más que la secuela merecida y lógica de los yerros cometidos desde que había partido de Dunhuang.

El destino a menudo empujaba por caminos tortuosos, pero siempre acababa por conducirte allí donde te correspondía estar.

¿Qué circunstancia extraña había hecho que se encontrase en el mismo camino que Cinco Prohibiciones y Umara, tan lejos del oasis donde estaba el escondrijo de los libros del que había conseguido rescatar, in extremis, los Ojos de Buda y el mandala sagrado del Vajrayana?

Si estaba allí, tumbado en el suelo y medio ahogado por el cuerpo del enorme plantigrado era, en efecto, a causa de un encuentro que nunca había tenido en cuenta.

Jamás había contado a nadie lo ocurrido en las calles de Dunhuang, mientras las casas del oasis ardían tras el saqueo de los turco-mongoles.

Acercándose a un montón de basura carbonizada, al que se dirigió para ver de encontrar algo que comer, advirtió que el amasijo de detritos se movía y que de él emergía un monje viejo y medio ciego que le pidió que le diera de beber.

- Si me traes un poco de agua, cumplirás un buen karma -le dijo aquel anciano frágil cuyo cuerpo, reducido al estado de un esqueleto recubierto por la piel, flotaba bajo el hábito monástico ennegrecido por las cenizas.

- ¿Por qué te escondes debajo de la basura? -le preguntó Bruma de Polvo después de haberle dado de beber.

- Porque es el mejor medio de ocultarse de los hombres. Sólo los que son muy pobres se interesan por la basura. ¡No los bandidos!

- ¿A qué Iglesia perteneces?

- Soy monje tibetano, practico el lamaísmo búdico... Provengo del país de Bod -le dijo con voz débil el viejo monje, que parecía indiferente al terrible saqueo de la ciudad-oasis.

- Pese a tanto horror, tienes aire más bien alegre -observó el muchacho, que llevaba apretada contra su pecho una pequeña bolsa de viaje en la que guardaba el corazón de madera de sándalo que había sacado del escondrijo de los libros.

- Cuando se ha vivido tan cerca del Techo del Mundo, como ha sido mi caso durante largos años, se miran con otra perspectiva los sobresaltos de este bajo mundo... Mis ojos han aceptado el dolor del mundo, por eso te parecen jóvenes.

- Tu sabiduría es grande... ¡Te envidio!

- He hecho las paces conmigo mismo. Procuro tener un pie aquí abajo y otro en la Tierra Pura de Buda...

- ¿Qué hay que hacer para llegar a eso? -preguntó Bruma de Polvo, profundamente herido por la súbita huida de Umara hasta el punto de no saber qué camino tomar.

- Hay que ir en busca de uno mismo.

- ¿Es preciso ir al país de Bod para encontrarse? -preguntó, no sin ingenuidad, el joven chino.

- Antes de ir a donde sea, hay que empezar por desprenderse de todo. La Vía de la Salvación parte de uno mismo y regresa a uno mismo. No hay que desear nada, ni ambicionar nada. Entonces se apacigua el dolor. Lo que estrechas contra tu corazón como si se tratase de un tesoro inestimable demuestra que, en este aspecto, todavía te queda camino que recorrer... -murmuró el viejo monje en tono más bien irónico.

- ¿Quieres que te enseñe lo que tengo aquí dentro? -le preguntó medio en broma Bruma de Polvo antes de mostrarle el contenido de la cajita en forma de corazón.

- Ignoro qué son esas dos gemas brillantes como la luna llena. Por contra, en lo tocante a ese precioso mandala, ¡sé de sobra de qué se trata! -exclamó el viejo, que cogió con manos temblorosas el retal de seda y lo desdobló tras haberlo olido con delicadeza.

- ¿Y eso qué quiere decir? -preguntó entonces, aturdido por la ansiedad, el chino, que seguía sin saber adónde acudir con el corazoncito de sándalo.

- Tienes en las manos, querido joven, la reliquia más sagrada del Tíbet, puesto que pertenece a

Samyé, su monasterio más antiguo y venerable. Se trata del mandala sagrado del Vajrayana.

- ¡No lo sabía!

- ¿De dónde lo has sacado? -dijo con voz potente, de pronto grave y dura, el viejo lama.

- He prometido no decirlo -farfulló el chino, que no tenía ningún deseo de revelar a aquel monje que acababa de conocer el secreto del escondrijo de los libros.

- Si he de darte un solo consejo es que devuelvas esta sagrada reliquia al convento de Samyé, que es el lugar de donde procede.

- ¿De modo que tengo que ir al país de Bod? ¡Si ni siquiera sé dónde está, ni cuánto tiempo se precisa para hacer el viaje!

- Bastará con que emprendas el itinerario meridional de la Ruta de la Seda y, así que llegues a Hetian, pregunta cuál es el camino que lleva al Techo del Mundo. Créeme si te digo que allí todo el mundo lo conoce.

Las explicaciones del viejo lama tenían más de instrucciones que de consejo propiamente dicho.

- ¿En virtud de qué me pides que lleve al Tíbet una caja que encontré por pura casualidad y que, de venderla, por lo que acabas de decirme, podría convertirme en un hombre rico?

- Pues es muy sencillo: te convertirías en un santo y entonces el superior del convento de Samyé, el maestro Ramahe sGampo, recomendaría a sus monjes que te rindieran culto todos los días. Con toda seguridad, el Bienaventurado te concedería el estatuto de bodhisattva... Ni siquiera tendrías necesidad de hacer las paces contigo mismo y sobre ti pasaría sin tocarte el dolor del mundo.

- Tengo otras cosas que hacer aparte de convertirme en un santo arhant o en un semibuda. No he abrazado la fe búdica ni pienso abrazarla... -exclamó Bruma de Polvo, más bien contrariado.

- Pero ¿no tienes, por lo menos, algún deseo que formular o una aspiración que te gustaría ver cumplida? -le preguntó entonces el tibetano.

- Busco a una muchacha de la que estoy enamorado. Se fugó de Dunhuang... Daría lo que fuese por encontrarla -confesó, pesaroso de pronto, aquel muchacho que se sentía abandonado y humillado por Umara desde el día que desapareció sin que mediara la más mínima explicación.

- ¿No será que se fugó con un rival tuyo?

- ¡De eso no sé nada! ¿Por qué lo dices? -exclamó, herido en lo más vivo, el muchacho chino.

- Las mujeres a veces obedecen a ciertos antojos... pero a veces también acaban por entrar en razón.

- Si ocurriera eso, yo sería el más feliz de los hombres... -resopló Bruma de Polvo.

- ¡Quién sabe! Si llevases ese mandala sagrado a Samyé, tal vez el Bienaventurado escucharía tus sufrimientos...

- ¿De veras? ¿Lo dices en serio? ¿No bromeas? -había gritado, poseído de pronto de una loca esperanza.

¡Encontrar a Umara!

¿No era ése su más ardiente deseo?

- Una vez que hayas expuesto tu caso al Superior Ramahe sGampo y le hayas devuelto el mandala sagrado, seguro que sabrá agradecértelo... Y además, no sé si sabes que, tan pronto como conozcas Samyé, el lugar es tan mágico que no tendrás más remedio que volver a él...

Ésas fueron las palabras del viejo monje, más bien misteriosas pero que, a partir de aquel momento, cobraron sentido para él.

Después de haberlas pronunciado, el viejo lama saludó a Bruma de Polvo y se eclipsó, hasta el punto de que cuando el joven chino quiso saludarlo a su vez, el viejo había desaparecido sin dejar rastro.

Impaciente por el deseo de poner en ejecución la sugerencia del viejo monje cuyas palabras le habían devuelto la esperanza, Bruma de Polvo partió sin pérdida de tiempo al país de Bod, donde su encuentro con Umara confirmó, de manera retrospectiva, un gran crédito a aquellas proféticas palabras.

Pero la continuación no colmó, por desgracia, las expectativas del chino, que vio cómo se esfumaban todas sus esperanzas de conquistar el corazón de la hija de Addai Aggai.

Y hete aquí que el encuentro con el viejo lama había terminado conduciéndolo a la última etapa, es decir, a las fauces de un oso que se disponía a devorarlo.

Para Bruma de Polvo, aquel segundo viaje a Samyé, que era sobre todo una manera de adoptar una conducta, comenzó bajo los mejores auspicios: tal como le había propuesto el viejo lama de Dunhuang, consiguió hacer las paces consigo mismo aceptando la preferencia que sentía Umara por Cinco Prohibiciones y ofreciendo a ésta que la ayudaría a librarse de Pureza del Vacío, lo que suponía visitar a Ramahe sGampo para que interviniera y contribuyera al restablecimiento de las buenas relaciones entre las tres grandes corrientes del budismo.

Y así fue como, tras cada paso que daba, Bruma de Polvo sentía que le crecían alas.

Proyectado hacia su noble objetivo, convencido de que tendía hacia su propia santidad, sentía subir poco a poco dentro de él la pureza de sus intenciones, lo que hacía que se sintiese plenamente feliz y singularmente indiferente a la belleza de los paisajes que atravesaba, a las resplandecientes manchas que formaban los lagos azul turquesa en prados tan verdes que parecían fosforescentes. No observó siquiera los desprendimientos graníticos que un gigante jocoso parecía haber diseminado aquí y allá, como si hubiera decidido expresamente complicar la ascensión de los hombres.

Animado por una inextinguible sed de justicia, ahora se sentía dominado por una sola inquietud: llegar cuanto antes a Samyé y revelar al maestro Ramahe sGampo la innoble conducta de Pureza del Vacío.

Financiar primero el secuestro de una muchacha inocente y tenerla después encerrada sólo para conseguir que confesara alegando que retenía los Ojos de Buda: esto era lo que al muchacho chino le parecía tan poco conforme a la idea que se hacía de la moral de un monje budista como el Superior de Luoyang,

¿Hasta allí podía llegar el deseo de poder, sobre todo cuando se aplicaba a las empresas espirituales por parte de jefes religiosos cuyos fieles eran invitados a actuar sólo en nombre de principios morales, cuando ellos no dudaban en burlarlos con el pretexto de obedecer a intereses superiores de sus templos y sus dioses?...

El joven chino, pues, contando con la preciosa ayuda de Ramahe sGampo, se había propuesto hacer ceder al gran maestro de Dhyâna de Luoyang.

Pero, desgraciadamente, aquel gigantesco animal que ahora aplastaba con todo su peso al valiente viajero, animado tan sólo por el deseo de hacer justicia, impediría que consiguiese sus fines al poner término a la extravagancia de su trágico destino.

¿Acaso el viejo lama de Dunhuang había previsto que la historia de Bruma de Polvo terminaría de ese modo?

Los principales episodios de su corta vida desfilaron por su cabeza con alucinante rapidez. Hasta su encuentro con Umara en el vergel del obispo nestoriano apenas había tenido conciencia de existir, puesto que la mera supervivencia ocupaba sus jornadas. Solo en el mundo a lo largo de la Ruta de la Seda, donde se movía de oasis en oasis, su único horizonte cuando era niño, adolescente más tarde y finalmente joven, se limitaba a la búsqueda de comida entre los detritos abandonados por los mercaderes ambulantes y de un techo bajo el cual poder dormir cuando el frío no le permitía hacerlo a la intemperie.

Nunca, antes de conocer a la hija de Addai Aggai, se había interesado nadie por su persona. Los extraordinarios ojos bicolores de una criatura tan bella como aquélla, al posarse sobre él, le habían revelado la existencia de su persona. Por vez primera en su vida, había tenido la impresión de existir.

Era algo más que una sombra errante, una «Bruma de Polvo», como lo apodaban los otros, alguien que sólo se preocupaba de pasar inadvertido a los ojos de los demás mendigos, dispuestos en todo momento a robar a los más débiles y jóvenes su menguada ración de supervivencia.

Por eso había vivido la huida precipitada de la muchacha como la negación de sí mismo, el preludio de la recaída en la nada en la que se encontraba cuando la conoció.

Umara, para él, se situaba ahora como una de las dos finalidades de la vida, puesto que era gracias a ella que había adquirido conciencia de su existencia y, a causa de ella, se aprestaba también a morir despedazado por un oso, tarea que terminarían los buitres dejando sus huesos mondos y lirondos...

Después de todo, quizá aquél era el final lógico, se decía Bruma de Polvo, resignado en el fondo, con la nariz pegada a aquella letra «V» de pelos blancos del animal, cuyo hedor insoportable le

habría impedido respirar libremente de no haber sido porque ya tenía los pulmones comprimidos por el peso del plantígrado.

Desde lo alto, sobre su cabeza, pese al aliento ruidoso y potente del oso, le llegaban los chillidos de los buitres, que planeaban sobre ellos a la espera del macabro festín.

El húmedo hocico del animal le olisqueaba el cuello, preludio del zarpazo fatal que iba a segárselo con la misma facilidad que si fuera el hacha del verdugo.

Fue entonces cuando, no del todo contrariado por tener que abandonar aquel mundo terrible en el que no sólo era imposible unirse a la mujer amada, sino que además uno acababa aplastado y después seguramente despedazado por los osos de las montañas, el pobre Bruma de Polvo derivó hacia la inconsciencia.

Lo primero que vio al volver en sí fue dos cabezas desconocidas con el cráneo totalmente rapado, inclinadas sobre él y en pleno conciliábulo.

En un primer momento creyó que eran dos espectros que lo acogían en el mundo de los muertos, seguramente el lugar donde se encontraba...

Sintió después que algo caliente y húmedo pasaba una y otra vez por su mejilla, algo que nada tenía que ver con el mordisco de un oso ni tampoco con los picotazos de un buitre, lo que le hizo pensar que, en el reino de los muertos, las sensaciones distaban mucho de ser desagradables.

Más arriba de su cabeza, los buitres proseguían su siniestro vuelo, por lo que pensó que quizá no estaba aún muerto del todo...

Con gran trabajo, pero también con enorme sorpresa, logró mal que bien incorporarse sólo para comprobar con terror que tenía ante sí una especie de oso de pelambre más clara que la del plantígrado que lo había atacado, aunque con alivio inmenso no tardó en reconocer que se trataba del colosal moloso amarillo de Cinco Prohibiciones.

¡Era la segunda vez que Lapika se cruzaba en su camino en el país de Bod!

Pero esta vez había sido para salvarlo de las terribles mandíbulas del oso que la perra amarilla, nodriza de los Gemelos Celestiales, la cual reconoció inmediatamente a Bruma de Polvo, se había arrojado sobre el plantígrado.

Como buen perro guardián capaz de luchar con el lobo, el leopardo de las nieves y el oso de las montañas, Lapika se lanzó sobre la garganta de aquel animal cuyos colmillos ya se disponían a hundirse en el rostro de Bruma de Polvo. Desagradablemente sorprendido en el momento en que iba a darse un festín, el oso huyó al trote hasta desaparecer en la espesura, muerto de miedo, contoneando el gordo trasero con cómica rapidez.

Aturdido ante la celeridad con que lo había librado de la muerte, el chino se levantó sobre sus piernas renqueantes antes de acariciar el pecho de la perra, que lo colmó de halagos como si de su amo se tratara.

- ¡Esta perra es mi única amiga! Lapika, buena guardiana, me has salvado la vida. No sé cómo darte las gracias... -murmuró, agotado, como si estuviera hablando con un ser humano.

De pronto descubrió, situados algo más atrás, a dos personajes muy abrigados que no conocía pero que, a juzgar por la indumentaria y los cráneos rapados, sólo podían ser monjes budistas.

- Ni siquiera he tenido que ordenarle que atacara al oso... Voy a presentarme: soy Puñal de la Ley, monje del Pequeño Vehículo de Peshawar, y él es Santa Vía de los Ocho Miembros, procedente del mismo monasterio.

- Esta perra pertenece al mahayanista Cinco Prohibiciones. ¡La reconocería entre mil! Además, ella se acuerda perfectamente de mí; mirad qué alegría ha tenido... -exclamó, con la respiración entrecortada, Bruma de Polvo.

Se había arrodillado delante de Lapika para acariciarla, mientras ésta, en justa reciprocidad, le limpiaba la cara a lametazos.

- ¡Exacto! Esta perra se apostó a la salida de la cárcel de Chang An donde nos encerraron las autoridades chinas. Vimos, cuando nos liberaron, que parecía desesperada buscando a su amo. Tras unos instantes de titubeo, al ver que Cinco Prohibiciones no aparecía, acabó por seguirnos y, a partir de ese momento, no nos ha abandonado ni un momento -explicó Puñal de la Ley a Bruma de Polvo, casi tan sorprendido como el chino.

- ¿Cinco Prohibiciones está encarcelado en Chang An? -preguntó, aturullado, el joven chino.
- ¿Quién eres, pues, que conoces a Cinco Prohibiciones? -le replicó Puñal de la Ley.
- Me llamo Bruma de Polvo. Lo conocí a través de Umara, la hija del obispo nestoriano de Dunhuang, Addai Aggai. Gracias a ella conocí a ese mahayanista del que ella está enamorada.
- ¡Hay que ver qué pequeño es el mundo! Se diría que el monte Meru no es más que una minúscula colina... y que la Torre Cilindro del Universo, según la describió el Bienaventurado, no es más alta que una medida de cereal...

[9] -murmuró, pensativo, Santa Vía de los Ocho Miembros.

- Sólo el Bienaventurado, únicamente él, decide las dimensiones del mundo. Igual puede convertirlo en un grano de mostaza que en una extensión infinita cuyos contornos escapan al ojo humano -rectificó con severidad Puñal de la Ley dirigiéndose a su colega, cuyas palabras encontraba manifiestamente fuera de lugar.

- Perdóname, Puñal de la Ley, porque mis palabras han sobrepasado mis pensamientos. Debes admitir, sin embargo, que este encuentro no tiene nada de banal... -se apresuró a añadir el monje turfanés.

- ¿Dónde está esa joven que tú crees conocer tan bien, querido Bruma de Polvo? -inquirió Puñal de la Ley con voz preñada de emoción provocada por la increíble perspectiva de enterarse, por fin, en pleno corazón del Tíbet, del lugar donde se encontraba la mujer a la que Cinco Prohibiciones habría deseado tanto estrechar entre sus brazos.

- Está en el monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales de Chang An, donde Pureza del Vacío la tiene en lugar secreto.

- ¿Estás seguro? -exclamó, estupefacto, el primer acólito.

- Yo la he visto y le propuse ir a contarle todo al Venerable Ramahe sGampo, ya que su prestigio y su gran sabiduría convierten a ese religioso en la única persona capaz de hacer que ese Superior de intransigencia proverbial cambie de parecer... -respondió el joven chino.

- ¡Ahora comprendo por qué estás aquí! Buscas el arbitraje de Ramahe sGampo -concluyó Puñal de la Ley.

- No te arredra la caminata... Ir de Chang An a Samyé no es ir a la puerta de al lado -añadió Santa Vía de los Ocho Miembros.

- Podríamos aplicarnos a nosotros mismos tu observación... -replicó a este último Puñal de la Ley.

- Si he entendido bien, nos dirigimos todos al mismo sitio -murmuró con una sonrisa Bruma de Polvo, que parecía recuperar el ánimo.

- Y podrías añadir que, si vamos a Samyé, es un poco por la misma razón que tú... Queremos pedir consejo al sabio entre los sabios que es ese viejo y venerable lama -le explicó el primer acólito.

- Caminar con vosotros hará de mí el más feliz de los hombres. La soledad ya comenzaba a serme pesada... -dijo con un hilo de voz Bruma de Polvo.

El joven chino volvió a pensar en la predicción del lama de Dunhuang: Samyé era realmente aquel lugar mágico al que uno tenía que volver por fuerza después de haberlo visitado una vez...

Ante ellos, en el camino que ya habían emprendido, aparecieron una serie de casitas que anunciaban un pueblo próximo con su habitual albergue para los viajeros de paso.

- ¿No quieres comer un poco? -propuso el ayudante de Buddhabadra al joven chino.

- La verdad es que tengo un hambre de lobo.

- Debe de ser por la emoción producida al estar a punto de ser devorado por un oso de las montañas -dijo en tono de broma Santa Vía de los Ocho Miembros, que no dejaba escapar una.

La sopa de ortigas especiada y las tortas crujientes de harina de cebada estaban deliciosas. Después de una copiosa comida, el chino se durmió en la silla, pese al guirigay de los clientes que no paraban de hostigar a una camarera de pechos abundantes y grupa repleta cuyas miradas hablaban largo y tendido sobre los medios que utilizaba para mejorar su salario mensual.

Dos semanas más tarde, después de una caminata que a Bruma de Polvo se le antojó fácil, los tres hombres llegaron a Samyé a través del famoso paso delimitado solemnemente por las dos estupas.

Al lama sTod Gling le faltó poco para caerse de espaldas al acoger a aquella extraña tropa. Los tres

visitantes solicitaban ser recibidos con urgencia por Ramahe sGampo dado que traían «informaciones capitales» que deseaban transmitir sin demora al Superior de Samyé. Los condujo, pues, sin pérdida de tiempo a la sala donde meditaba este último, en la que el lama ciego, sentado en la postura del loto, estaba inmóvil como esas estatuas de los santos arhants de madera de cedro, tan parecidas a seres reales que los fieles se prosternaban ante ellas convencidos de que eran seres vivos.

Puñal de la Ley fue el primero en hablar para explicar al viejo ciego en virtud de qué cúmulo de circunstancias se había enterado del asesinato de su homólogo de Peshawar. Después le contó que Santa Vía de los Ocho Miembros y él fueron deportados a China central en compañía de Cinco Prohibiciones y del maniqueo Punta de Luz.

- Buddhabadra está muerto, reverendo. Fue asesinado por Nube Loca, que le arrancó el corazón en el curso de una crisis de locura. Cuando comuniqué la noticia a la comunidad del Único Dharma, su aflicción será inmensa... -concluyó el primer acólito del difunto.

- ¡Qué personaje innoble y siniestro es ese adepto del tantrismo indio! Siempre he dudado de que fuera un ser normal... ¡Qué gran desgracia se abate sobre nosotros! -exclamó con voz todavía más cavernosa que la habitual el Superior ciego.

- ¡Sabía que la noticia no os dejaría indiferente! No lamento haber hecho un viaje tan largo para comunicárosla -añadió Puñal de la Ley, exhausto por la emoción que lo ahogaba después del terrible relato.

- Comienzo a comprender mejor ciertas coincidencias que hasta ahora me parecían, como mínimo, extrañas... -prosiguió, pensativo, Ramahe sGampo, cuya voz testimoniaba una profunda indignación.

- El trío de Superiores que se reunían cada diez años en el concilio de Lhasa ha dejado de existir... Si encuentro a ese Nube Loca, pese al deber de no violencia a que me obliga el código monástico, os aseguro que lo pagará muy caro -exclamó Puñal de la Ley.

- Ese hombre debe de tener el cerebro tan perturbado que ni siquiera tiene conciencia del sitio al que se dirige. Tal vez haya vuelto a la India sin haberse enterado... Seguro que será difícil localizarlo, en el supuesto de que no se haya despeñado por algún precipicio... lo que, si he de ser franco, no me disgustaría en absoluto... -exclamó el lama sTod Gling, tan airado como Ramahe sGampo por lo que acababa de saber.

- Comprendo tu resentimiento, Puñal de la Ley. Has estado caminando días y más días para nada con peligro de tu vida buscando un cadáver. Pero también quiero que sepas que el odio es mal consejero... -murmuró el viejo lama ciego haciendo un ademán al hinayanista para que se le acercara.

- Pese a la maldición que parece seguir nuestros pasos, tuvimos la suerte de que, por lo menos una vez, la fortuna nos saliera al encuentro. ¿Quién habría podido imaginar que, cuando comparecimos ante el Gran Censor de China bajo la acusación de haber atentado contra el monopolio de la seda, saldríamos libres? Allí es un delito que se castiga con la decapitación -le explicó el primer acólito.

- ¡Es innegable! Sin contar con que la justicia china tiene fama de ser expeditiva -dijo, con aire pensativo, el lama sTod Gling.

- En cuanto a ti, Bruma de Polvo, me gustaría saber los motivos que te han empujado a venir a Samyé -preguntó, con su más dulce acento, Ramahe sGampo al joven chino, que no se había expresado todavía.

- He venido a suplicar a Vuestra Santidad que intervenga junto a Pureza del Vacío para que cese una grave injusticia... -murmuró, emocionado, el joven chino.

- Pureza del Vacío, después de haber hecho secuestrar a limara cuando pasaba días felices aquí con Cinco Prohibiciones, la tiene prisionera en Luoyang -precisó Puñal de la Ley a Ramahe sGampo.

- El maestro de Dhyâna está convencido de que la joven cristiana tiene en su poder los Ojos de Buda -le encareció Bruma de Polvo.

- Lo que me dices es asombroso. ¿Cómo es posible que Pureza del Vacío se comporte de esa manera? -exclamó, indignado, Ramahe sGampo.

- Pues es la estricta verdad, Vuestra Santidad. Un tal Centro de Gravedad, el Superior mahayanista

del oasis de Dunhuang, le metió esa idea en la cabeza; la joven cristiana fue, con toda ingenuidad, a visitarlo para mostrarle el contenido del corazón de sándalo, que ella estaba dispuesta a vender para ayudar a su padre en las actividades que se disponía a llevar a cabo.

- ¡Es increíble! -exclamó el lama sTod Gling.

- Tened en cuenta que esta muchacha no ha sido maltratada propiamente hablando. No carece de nada, como no sea de libertad y, por supuesto, de Cinco Prohibiciones... -añadió Bruma de Polvo. Era la primera vez que conseguía pronunciar el nombre del mahayanista sin que el despecho le torciera el gesto.

- Que el jefe espiritual de la Iglesia del Gran Vehículo, cuyas altas miras espirituales puedo atestiguar, haya llegado a tales extremos, es algo que no deja de sumirme en la consternación. Hay motivos para preguntarse si no estará todo vinculado al fracaso de nuestra última reunión... y a los profundos malentendidos que provocó entre nosotros, jefes de la Iglesia tan desconfiados unos con otros -dijo, con aire pensativo, Ramahe sGampo.

- Cuando un gran dirigente de la Iglesia está tan obsesionado con la expansión de su religión que hace lo que sea para conseguir sus fines sin que le preocupe en absoluto el carácter moral de los medios empleados, se comporta como el vulgar dirigente político de una institución que, por desgracia, no deja de ser banal y humana. ¿No será ésa la línea en la que ha derivado Pureza del Vacío? -preguntó Puñal de la Ley, que se planteaba tanto aquella pregunta que no pudo por menos de formularla al viejo y sabio ciego.

- No es imposible, pero tiene que haber una razón más precisa, probablemente un compromiso mutuo entre Buddhabadra y Pureza del Vacío... -murmuró el viejo ciego.

- ¿Su Santidad da a entender con estas palabras que esos dos Superiores habían llegado a acuerdos fuera de su presencia? -inquirió Bruma de Polvo.

- La probabilidad no parece grande a juzgar, con mirada retrospectiva, por su comportamiento... En el mismo orden de ideas, me he preguntado siempre por qué Pureza del Vacío había dejado aquí el Sutra de la Lógica de la Vacuidad Pura cuando lo más fácil para él habría sido llevarlo directamente a Luoyang...

- Lo innegable es que Buddhabadra parecía inquieto la última vez que salió de Peshawar con nuestro paquidermo sagrado. Siempre recordaré su expresión descompuesta... -añadió Puñal de la Ley.

- Después de tantas torpezas, aunque Buddhabadra no hubiera sido asesinado no está nada claro que el concilio de Lhasa hubiera continuado celebrándose, ni siquiera con la mejor voluntad de sus participantes -murmuró, pensativo, el lama sTod Gling.

- ¡Es verdaderamente lamentable! Cuanto más lo pienso, más veo que esa ceremonia y ese pacto secreto eran una idea genial que permitía a las tres Iglesias evitar una competencia que, con el tiempo, acabaría por debilitarlas de forma irreversible -exclamó el primer acólito de Peshawar.

- No se ha perdido todo, puesto que las preciosas prendas están aquí bien resguardadas, en la reserva de nuestra biblioteca.

- Pero me parece difícil si Buddhabadra ha muerto -se lamentó Puñal de la Ley.

- Si se tiene la partitura y los instrumentos musicales, no está vedado que, en caso de necesidad, se cambien los músicos... sobre todo si uno de ellos ha sido vilmente asesinado. Por desgracia, tu difunto Superior poseía cualidades innegables, pero estoy seguro de que tú podrías ser un excelente embajador del Pequeño Vehículo -murmuró el Superior ciego.

- ¿Estaríais dispuesto a otorgarme esa confianza? -preguntó con voz temblorosa Puñal de la Ley, sorprendido al escuchar aquellas palabras.

- No depende sólo de mí...

- Sin duda estáis haciendo alusión a Pureza del Vacío.

- Estoy dispuesto a viajar hasta Luoyang para hablarle del asunto, aparte de otras cuestiones... -exclamó con voz cavernosa.

- Si Vuestra Santidad aceptase el desplazamiento hasta China central, yo le quedaría reconocido hasta el último de los días de mi vida -dijo, profundamente impresionado, Bruma de Polvo, que se felicitaba por haber ido al país de Bod para oír aquellas palabras.

Así pues, a pesar de su ceguera y de su edad avanzada, aquel hombre respetuoso del deber estaba dispuesto a viajar hasta Luoyang para tratar de entretejer los hilos que habían quedado sueltos después del fracaso de la reunión que había conducido a Pureza del Vacío y a Buddhadrada a ponerse de acuerdo a sus espaldas y sin que él lo supiera.

- Tengo un par de palabras que decir a mi estimable colega del Gran Vehículo. Por ser el de más edad de los tres Superiores implicados, he tenido siempre cierto peso... -balbuceó Ramahe sGampo.

- No lo dudo. Todo lo que sois, maestro sGampo, os confiere una autoridad moral innegable -añadió Puñal de la Ley.

- Pero es posible que también tenga cosas que hacerme perdonar...

- ¿Su Santidad querría hacernos creer que tiene defectos? -protestó en tono jocoso Bruma de Polvo.

- El jefe de Iglesia que se comporta más como jefe que como religioso a veces se ve obligado a cometer actos contrarios a la moral que predica a los demás. Es el caso de Pureza del Vacío. ¿Por qué no ha de ser el mío? -le replicó el Superior de Samyé.

- El maestro Ramahe sGampo fue el primero que tuvo la idea de reunir el concilio de Lhasa. Cogió su bastón de peregrino y consiguió convencer a sus compañeros de que participaran... -precisó el lama sTod Gling.

- Este lama que parece saberlo todo no estaba todavía a mi servicio cuando me dirigí secretamente y acompañado tan sólo de un guía primero a Peshawar y después a Chang An, donde, en ambos casos, la acogida de mis homólogos del Pequeño y Gran Vehículo fue positiva... -concluyó escuetamente el jefe de la Iglesia lamaísta tibetana, lo que incitó al lama sTod Gling a bajar los ojos. Ante tales palabras, Puñal de la Ley no pudo evitar un prolongado suspiro de admiración. Ramahe sGampo era pues, a no dudarlo, el más sabio y desinteresado de los tres religiosos involucrados, el que representaba el origen de aquel extraordinario factor de paz y estabilidad entre las tres grandes corrientes del budismo que era el concilio de Lhasa.

- Siempre he soñado con visitar la capital de China central. Supondría una formidable ocasión que acompañase en este viaje a vuestra augusta persona, maestro sGampo -dijo entonces el lama sTod Gling, a quien era evidente que aquella perspectiva excitaba en grado sumo.

- No veo muy bien cómo podría ir hasta allí sin disponer de un guía... -dijo casi en broma el Superior ciego.

- ¿Cuándo calcula partir Vuestra Santidad? -inquirió con ansiedad Bruma de Polvo.

- Cuanto antes, mejor. Me llevaré las prendas... Tráenoslas inmediatamente -dijo el viejo ciego al lama sTod Gling-. De este modo, Puñal de la Ley y su compañero tendrán oportunidad de descubrirlas.

Cuando el lama sTod Gling salió a buscar las prendas del concilio de Lhasa, el Superior de Samyé añadió:

- Ese lama comprueba todos los días que están en su sitio, que es la cámara acorazada de la biblioteca del monasterio.

- Se diría que tiene miedo de que a esas reliquias les salgan alas -dijo en tono de broma Santa Vía de los Ocho Miembros.

- ¡Eso mismo! -apuntó el viejo ciego, cuyo rostro ascético se iluminaba ahora con una dulce sonrisa. En realidad, sTod Gling no quería por nada del mundo convertirse en aquel que anunciase a Ramahe sGampo que aquellas extraordinarias reliquias, salvadas de un saqueo y llegadas hasta allí por milagro, se habían desvanecido tan misteriosamente como habían reaparecido.

Era natural, pues, que temiera que hubieran sido sustraídas por algunas criaturas evanescentes capaces de atravesar los gruesos muros de la cámara acorazada. Para satisfacción de Ramahe sGampo, a quien había acabado por confiar sus temores, el lama sTod Gling juzgaba necesario celebrar todos los días ante los Ojos de Buda, la Santa Pestaña del Bienaventurado, el mandala sagrado de Samyé y, por supuesto, el Sutra de la Lógica de la Vacuidad Pura, un ritual que estaba convencido de que ahuyentaba los malos espíritus.

Así pues, provisto siempre de las tenazas con pinzas de escorpión y de su cuerno ritual thunra, el supersticioso lama se dirigía a la cámara acorazada de la biblioteca del monasterio de Samyé.

Al volver unos instantes más tarde con el corazoncito de madera de sándalo en una mano y en la

otra el rollo del manuscrito esotérico, fruto de años de reflexión de Pureza del Vacío, seguía llevando colgados del cinto aquellos utensilios rituales.

Con los gestos meticulosos de un cirujano, lo dejó todo sobre la mesa baja donde Bruma de Polvo y Cinco Prohibiciones ya habían depositado las «prendas preciosas».

Sobre el mandala sagrado del Vajrayana, los Ojos de Buda brillaban con gran esplendor.

- Siento una emoción próxima al llanto al contemplar tan de cerca los Santos Ojos del relicario de Kaniska. Si me hubiese dicho alguien que tendría alguna vez esta oportunidad, lo más probable es que lo hubiera tratado de embustero. Estas gemas están encerradas de ordinario en un relicario de oro puro de forma piramidal que sólo se saca de su tabernáculo de piedra con ocasión de la Gran Peregrinación -exclamó Puñal de la Ley con la voz temblorosa por la emoción.

- El único habilitado para transportarlas es el elefante blanco sagrado del monasterio -añadió, tan emocionado como su compañero, Santa Vía de los Ocho Miembros, que se había hincado de rodillas delante de las reliquias.

- ¡He aquí la Santa Pestaña! Ten mucho cuidado de que no se te caiga... -añadió sTod Gling dirigiéndose al primer acólito de Buddhabadra tendiéndole el minúsculo pelo que acababa de coger entre el pulgar y el índice del rincón del relicario de madera donde estaba guardado.

- No, gracias, prefiero examinar el sutra de Pureza del Vacío, que hizo que Cinco Prohibiciones viniera hasta aquí -respondió Puñal de la Ley, que acababa de sacar de su caja forrada de seda roja el rollo en el que se desplegaban los millares de caracteres de la reflexión mística elaborada por Pureza del Vacío sobre las virtudes de los conceptos de la Nada y de la Vacuidad Pura.

Igual que dos colegiales, los dos hinayanistas estaban inclinados sobre la página de guarda del manuscrito y admiraban la suntuosa miniatura que la decoraba, los colofones y las múltiples dedicatorias.

- ¡Un trabajo de miniaturista sin parangón! -exclamó Santa Vía de los Ocho Miembros.

- Se debe a uno de los copistas más célebres de China... -precisó Ramahe sGampo.

Puñal de la Ley no conseguía levantar la cabeza de aquel suntuoso manuscrito. Había emprendido la tarea de leer una por una las frases escritas por sus lectores más venerables a manera de cumplido dedicado al autor.

- ¡Qué raro, aquí hay una dedicatoria que no consigo descifrar! -acabó por decir después de un minucioso examen.

- No me extraña. Está escrita en tibetano -exclamó el lama sTod Gling inclinándose a su vez sobre el manuscrito de Pureza del Vacío.

Como jamás se había atrevido a sacar aquel documento de su estuche cuando iba a comprobar que las prendas preciosas se encontraban en su sitio, no había tenido ocasión de examinar las múltiples inscripciones que figuraban en la página de guarda.

- ¿Una inscripción en tibetano? ¡Pues es sorprendente, como mínimo! ¿Podrías leérmela? -preguntó Ramahe sGampo con semblante pensativo.

El lama sTod Gling inició su lectura, al principio lentamente y después con cierta prisa, dado el tenor dramático de lo que primero había considerado una dedicatoria banal pero que resultó ser un mensaje impresionante:

«Esto es una súplica de la monja Manakunda al Bienaventurado Buda. Lamenta profundamente lo que la ha hecho sufrir Nube Loca, que introdujo en su cuerpo una estaca de carne. Consciente de no ser más que una horrible pecadora, tiene el atrevimiento de esperar que sus remordimientos le sirvan para conseguir la absolución del Bienaventurado. Firmado: Manakunda.»

Era el testamento de Manakunda, consignado en aquella hoja de papel con caligrafía torpe que demostraba, de haber sido necesario demostrarlo, la desesperación extrema que había sufrido la autora del escrito.

Un silencio mortal se cernió sobre la sala de meditación del Superior de Samyé cuando el lama sTod Gling terminó la lectura de aquellas líneas tan terribles por su sequedad que el estilete de la joven novicia había consignado, junto con su firma, al pie de la primera página del Sutra de la Lógica de la Vacuidad Pura.

- ¡Cómo compadezco a esa Manakunda! Nube Loca, pues, no se

contenta con ser un criminal sino que, además, es un violador... -murmuró, consternado, Puñal de la Ley.

- Esta inscripción, escrita de puño y letra de la monja que murió al dar a luz a unos niños concebidos con Nube Loca, supone una terrible acusación, maestro Ramahe sGampo -dijo, compadecido, el lama sTod Gling.

- Ese escrito es conmovedor. Cuando una monja comete el pecado de la carne va derecha al infierno del Avici... -balbuceó, aterrado, Santa Vía de los Ocho Miembros.

- Manakunda sufrió tanto aquí abajo que a buen seguro se librará del infierno -replicó con amargura Ramahe sGampo, que por fin salió de su mutismo.

- ¡Yo prefiero creer eso! -dijo el monje turfanés.

- ¡Cómo me arrepiento! -prosiguió el viejo ciego con voz cansada. ¡Habría debido prestar más atención a aquella monja!

- No os arrepintáis de nada, Santidad; cuando algo tiene que suceder, sucede -se atrevió a decir Bruma de Polvo.

- ¡Qué sola debió de sentirse!... Si yo lo hubiera sabido, le habría dicho a esa pobrecita que confesara su falta en lugar de consignarla por escrito en forma de colofón.

- Pero es que ella no quería confesarse, Venerable. Tenía demasiada vergüenza... -murmuró sTod Gling, que era la única persona a la que había confiado que estaba esperando un hijo-. Nunca me arrepentiré de haberla ayudado lo mejor que supe. Manakunda fue una víctima inocente de Nube Loca. ¡Jamás habría sospechado que pudiera ser el padre de los Gemelos Celestiales!

- Si yo hubiera estado enterado de lo que aquella monjita se reservó sólo para ella, se habría ganado mucho tiempo a partir del fracaso de la última reunión de Samyé y se habrían ahorrado muchos malentendidos. La verdad es que ese individuo nos dominó a todos muy por encima de lo que cabía esperar... -exclamó, consternado, el Superior de Samyé.

- Por lo menos se ha aclarado un misterio... Ahora comprendo mejor los motivos de la ausencia de Nube Loca en vuestra reunión, reverendo. Mientras languidecáis aguardando su llegada, en compañía de Pureza del Vacío y del difunto Buddhabadra, ese personaje innoble violaba a una de vuestras monjas -añadió el lama sTod Gling, escandalizado.

- ¡Es repugnante! -exclamó Bruma de Polvo, anonadado después de aquella abrumadora lectura.

- No dejaré en manos del Samsara la previsión de decidir la suerte de Nube Loca, porque espero que estas manos tendrán ocasión de hacerle pagar todas sus maldades -dijo Puñal de la Ley con voz de trueno levantando los puños al cielo.

- En cuanto a mí, estoy seguro de que Pureza del Vacío tiene mucho que contarme sobre todo esto... -murmuró el viejo ciego en un tono de voz que se había hecho amenazador.

- Parece que daís a entender que el Superior de Luoyang podría estar conchabado con Nube Loca...

- No con Nube Loca, probablemente. Parecía ignorar tanto como nosotros la razón de la ausencia de ese individuo... Pero seguramente estuvo conchabado con Buddhabadra. No hay duda de que su trágica desaparición alteró los planes que habían fraguado...

- De modo que estáis convencido de que querían cometer sus trapacerías a vuestras espaldas -inquirió el primer acólito del Superior de Peshawar.

- ¡Esa expresión es un poco exagerada! En todo caso intentaban salir del paso de la mejor manera posible.

- ¿Y por qué os habrían excluido? -preguntó Puñal de la Ley.

- De las tres Iglesias búdicas, la mía es la que está mejor protegida frente a las influencias exteriores. ¡El país de Bod está tan lejos de todo! Yo no estoy sometido a la misma presión que ellos. Y además, soy ciego... En todo caso, en lugar de «mantener la concordia cinco años más», la última reunión habrá comportado una terrible ruptura entre mis dos colegas y yo... -explicó con toda sobriedad el Superior de Samyé.

- ¿No tuvisteis ocasión de tener una explicación con Buddhabadra?... -añadió su primer acólito en tono interrogativo.

- Yo me figuraba que tendríamos ocasión de hablar... acerca de un punto que yo quería abordar con él. Pero abandonó el monasterio sin saludarme siquiera... Pureza del Vacío y él debieron de

preparar entre tanto todos sus tejemanejes -concluyó Ramahe sGampo en un tono que dejaba traslucir su disgusto.

La perplejidad de Puñal de la Ley había alcanzado su nivel más alto. Cuanto más trataba de comprender lo ocurrido, más elementos nuevos venían a complicar la situación, lo que hacía inútil toda explicación plausible.

Hete aquí que Ramahe sGampo parecía valerse ahora de una especie de acuerdo entre Buddhabadra y él mismo con respecto al cual su Superior no habría tenido nada que decir.

¡Cuántas preguntas sin respuesta!

¿Se llegaría alguna vez a encontrar la solución de todos aquellos enigmas?

¿Por qué Pureza del Vacío retenía prisionera a Umara después de haber dejado en Samyé la «preciosa prenda» de su Iglesia y después de haber enviado a Cinco Prohibiciones a buscarla? ¿En virtud de qué azar Buddhabadra y Nube Loca se habían vuelto a reunir como si estuvieran conchabados? ¿Por qué Ramahe sGampo parecía decepcionado al no haber podido conversar a solas con Buddhabadra?

Lo innegable, por otra parte, era que el comportamiento de Buddhabadra había sido muy turbio...

- Después de todo lo que ha pasado, por desgracia es imposible sacar una conclusión sobre la actitud de mi antiguo Superior. Debéis saber que en Peshawar nos ocultó que se había apoderado de los Ojos de Buda y que nos había dejado vacía la pirámide de oro puro en lo alto de la torre-relicario de Kaniska... -murmuró Puñal de la Ley, lejos de revelar totalmente a Ramahe sGampo las innumerables sospechas que había acabado por alimentar en relación con su antiguo Superior.

- ¡No podía actuar de otro modo! Sin esta santa reliquia, el convento del Único Dharma ya no tiene razón de ser... ¿Cómo habría reaccionado tu comunidad si su Inestimable Superior le hubiera anunciado que debía partir al País de las Nieves con los Ojos de Buda? -murmuró Ramahe sGampo con extrañeza.

- Vuestras palabras, maestro sGampo, me dan a entender que Buddhabadra no tenía más remedio que actuar de esa manera.

- No vas descaminado...

- ¿Qué queréis decir, Santidad? -preguntó de pronto Bruma de Polvo.

- ¡Bruma de Polvo! Casi no se te oye... Lo único que me queda por hacer ahora es darte las gracias. De no ser por ti, el corazón de sándalo ahora no estaría aquí -declaró el anciano ciego después de un breve silencio con el que quería dar a entender a Puñal de la Ley que no le diría nada más sobre los motivos reales que habían inducido a Buddhabadra a llevar los Ojos de Buda a Samyé.

Correspondía ahora al primer acólito perderse en conjeturas hasta el punto de deslizarse poco a poco hacia uno de esos abismos de perplejidad que acaban por paralizar el entendimiento...

¿Cómo había podido llevar Buddhabadra la duplicidad hasta el extremo de hacer creer en la existencia de los Ojos de Buda dentro del relicario de Kaniska, teniendo en cuenta que esta reliquia santa servía de «preciosa prenda» del Pequeño Vehículo en el marco del pacto secreto de los concilios de Lhasa?

La imagen de por sí bastante turbia que tenía el acólito de su jefe estaba a punto de transformarse en la de un monstruo de engaño y de cinismo.

Pese a la estrechez de la ventana, los rayos del sol inundaban ahora la sala de meditación del viejo Superior ciego, donde los Ojos de Buda fulguraban con mil reflejos, justo en el momento en que Bruma de Polvo, seguro de su efecto, respondió a la pregunta planteada por Ramahe sGampo.

- Si mis pasos me llevaron hasta aquí, Santidad, ello se debe a un viejo lama de vuestro monasterio... -explicó el chino antes de revelar las circunstancias en las que el viejo monje tibetano que encontró entre las ruinas todavía humeantes de Dunhuang, después del saqueo del oasis, lo incitó vivamente a dirigirse a Samyé mediante el señuelo, que resultó ser cierto, de que aquel gesto le permitiría encontrar a la hija del obispo Addai Aggai.

- ¡Sakya Panchen! De modo que encontraste a Sakya Panchen, llamado «el Gran Sabio», el más competente de mis monjes traductores, a quien yo envié a Dunhuang para que transcribiera en lengua tibetana el mayor número posible de sutras contenidos en las bibliotecas de los monasterios búdicos del oasis -exclamó, conmovido, Ramahe sGampo.

- Ese monje tenía todo el aspecto de un sabio particularmente experimentado. Y al mostrarle el contenido del corazón de sándalo, me convenció de que partiera hacia el País de Bod para devolvérselo, asegurándome que ese gesto os movería a rezar por mí al Santo Buda a fin de que me ayudara a encontrar a esa muchacha de la que yo había perdido todo rastro. Y la profecía de Sakya Panchen se hizo realidad, porque, camino de Samyé, me tropecé en efecto con Umara y Cinco Prohibiciones...

- Entonces, ya que no sus últimas traducciones, Sakya Panchen, de quien por desgracia no tenemos ninguna noticia, supo arreglárselas para hacernos llegar las «prendas preciosas». Siempre he pensado que ese religioso era un espíritu dotado de facultades superiores... Sakya Panchen es un santo y, como tal, su mirada llega más lejos que la de los demás mortales... Dondequiera que se encuentre, ya sea aquí abajo ya en el cielo del nirvana, estoy seguro de que debe de observarnos con mirada satisfecha -exclamó el viejo ciego con la voz ahogada por la emoción.

Era, en efecto, con gran nostalgia que Ramahe sGampo se acordaba de que, años antes, había enviado a Dunhuang a aquel extraordinario lama tan dotado para las lenguas, capaz de traducir al tibe-tano cualquier texto chino o sánscrito. No había sido mala idea, porque el interesado había traído del gran oasis de la Ruta de la Seda, en dos viajes distintos, sendos convoyes de yaks cargados con innumerables rollos que constituían el corpus casi exhaustivo de los textos fundamentales del budismo del Pequeño y Gran Vehículo, conservados como objetos preciosos desde entonces en la biblioteca del monasterio de Samyé.

- Sin este encuentro imprevisto con Sakya Panchen, ahora no estaría delante de vos, maestro sGampo, como tampoco habría encontrado a Umara -comprobó Bruma de Polvo con una sonrisa.

- Convéncete de que nada obedece al azar, querido Bruma de Polvo -sentenció el anciano ciego. Apareció un novicio que les sirvió té con manteca de yak, que bebieron en silencio, tan fuerte era la emoción que los embargaba después de aquella avalancha de revelaciones.

- Maestro sGampo, ¿podríamos fijar la fecha en la que esperáis llegar a Luoyang? -preguntó Puñal de la Ley en cuanto terminó de beber el cuenco de té.

- ¿Por qué no partimos juntos? ¡Sería mucho más práctico! -propuso Bruma de Polvo.

- Debéis darme tiempo para volver a Peshawar. Me resulta difícil abandonar por más tiempo a mi comunidad sumida en la incertidumbre por la suerte de Buddhabadra. Si mis hermanos ven que Santa Vía de los Ocho Miembros y yo no volvemos, existe el riesgo de que se disgregue todo el monasterio del Único Dharma. Costará decir la verdad, pero habrá que pasar por ello.

Sólo de pensar que debía volver a Peshawar para anunciar a la comunidad la muerte de su Inestimable Superior, los ojos del primer acólito se cubrieron de un velo de inquietud mezclada de tristeza.

- Podrías aprovechar la ocasión para llevarles la reliquia de la Santa Pestaña. Teniendo los Ojos de Buda, ese pelo resulta innecesario... Así no volverás con las manos vacías. En cuanto a lo demás, estoy de acuerdo contigo para que nos encontremos todos juntos en la capital de verano de la China imperial en una fecha previamente acordada -respondió Ramahe sGampo ante la sugerencia de Puñal de la Ley.

- No sé cómo agradeceros vuestra comprensión... Sois un hombre extremadamente bueno, reverendo. En cuanto a la Santa Pestaña, quiero llevarla a mis hermanos; no les disgustará, aunque puedan tener dudas sobre su procedencia... ya que tuve que confesarles que yo me había arrancado una al descubrir que Buddhabadra se había marchado con el corazón de sándalo -exclamó el primer acólito de Buddhabadra, que no pudo evitar una sonrisa.

- Ya que no un concilio de Lhasa, podríais celebrar el primer concilio de Chang An. De ese modo quizá renacería la concordia entre las tres Iglesias -exclamó el lama sTod Gling.

- Siempre que yo sea digno de sustituir a mi Inestimable Superior

- suspiró Puñal de la Ley, que no conseguía apartar la mirada de los Ojos de Buda.

- Por mi parte no tengo ninguna duda con respecto a eso. Propongo, pues, que dentro de seis meses lunares nos encontremos en Luoyang; eso os dará tiempo de ir a Peshawar, siempre que no os eternicéis allí -concluyó Ramahe sGampo.

Y sin perder un momento, al día siguiente Puñal de la Ley y Santa Vía de los Ocho Miembros

partieron de nuevo hacia el convento del Único Dharma, con prisa por anunciar a sus hermanos la terrible verdad sobre la suerte de su Superior, a quien su martirio final habría permitido con toda seguridad redimir su conducta.

A Bruma de Polvo se le encogió el corazón al mirar a los dos monjes de Peshawar, acompañados de la perra amarilla Lapika, que le dirigían un último saludo antes de desaparecer entre las dos estupas conmemorativas que flanqueaban el paso.

- ¿Estarás en Chang An cuando lleve allí a Ramahe sGampo? -le preguntó el lama sTod Gling.

- Eso espero... -murmuró el chino, cuya mirada se había ensombrecido.

- Tienes aspecto preocupado.

- Voy a dar una vuelta por ahí fuera. La altitud de Samyé me produce vértigo. Me cuesta dormir y tengo náuseas, aparte de la migraña que me atormenta desde que cae la noche hasta la mañana y desde la mañana hasta que cae la noche...

- Vigila, porque, en el país de Bod, conviene no apartarse de los caminos, sobre todo al caer la tarde. Se hace de noche muy temprano.

- No te preocupes, lama sTod Gling, porque desde que me fui de Dunhuang, sé muy bien dónde debo poner los pies cuando voy por la montaña para no resbalar.

Al cruzar la puerta de Samyé con intención de subir hasta la cresta situada enfrente, desde donde esperaba contemplar un panorama incomparable del valle adyacente, Bruma de Polvo sintió una extraña tristeza.

Como una nube gigantesca que invadiera el cielo, se le apareció de pronto el hermoso rostro de Umara con sus ojos bicolores entre las dos pequeñas pagodas del paso tras el cual habían desaparecido hacía pocos instantes las minúsculas siluetas de Puñal de la Ley y Santa Vía de los Ocho Miembros.

Umara le sonreía y esto le hacía mucho bien.

Tanto bien que no pudo abstenerse de comprobar que la amaba como el primer día.

Fue en contra de su voluntad que se había rendido ante Cinco Prohibiciones y, aunque la herida ocasionada por aquella preferencia seguía en carne viva, su antiguo rival ya no le inspiraba odio ni rencor.

El rostro de su amada que vislumbraba en el cielo iba nimbándose poco a poco de bruma; uno de sus ojos bicolores ya se había desvanecido en el azul violáceo del crepúsculo naciente y ahora el muchacho atisbaba con recelo el momento en que desaparecería el rostro entero.

Caminaba con la mirada vuelta hacia ella, sin poner atención en el sitio donde ponía los pies. ¡Tanta era la necesidad que tenía de su mirada bicolor!

La noche engulliría a Umara en sus limbos oscuros y, puesto que era la única razón que justificaba su existencia, la perspectiva que se le ofrecía era insoportable.

Tan insoportable que, cuando una pierna dio un paso en el vacío porque siguió rectamente el camino en lugar de obedecer la curva que marcaba el sendero, la acompañó con la otra pierna sin la menor vacilación y se precipitó, con la cabeza por delante, en el insondable precipicio que bordeaba el camino. En su caída vertiginosa, tuvo todo el tiempo del mundo para gritar:

- ¡Uuumara...!

Pero ya se había estrellado contra las rocas.

El eco del nombre de la cristiana nestoriana aún resonó largo tiempo en las paredes abruptas de la última morada de aquel muchacho que la había amado con todas sus fuerzas.

Mañana salimos! -anunció el carcelero. -¿Adónde vamos?

- ¡Ya lo sabrás!

- Di a Kaled Jan que quiero verlo. Comunícale que ahora ya puedo andar y levantarme.

- Se lo diré. Aquí tienes la sopa.

- Por lo general tus colegas me la dejan lejos, como si yo fuera un perro dispuesto a morderlos.

- Estoy resfriado. El olor no me molesta. Te la dejo aquí.

- ¡Vaya cuadrilla de cerdos!

- Te veo muy inspirado... -observó el carcelero resfriado.

Hacía varios días que el desgraciado obispo Addai Aggai parecía algo más animado.

Mejor que no supiera que padecía escorbuto, esa terrible enfermedad causada por la carencia de vitaminas que provoca el descarnamiento de los dientes y hemorragias internas, dejando sin fuerzas a todos aquellos a quienes afecta, y que tampoco supiera que la piel de su cuerpo, afectada de insoportables pruritos, estaba corroída por la sarna.

Como de costumbre, su despertar había sido penoso debido al intolerable hedor a moho que se le agarraba a la garganta para recordarle su triste condición de prisionero, frustrando el sempiterno sueño de exitosa fuga en el que se recreaba todas las noches.

Ni siquiera la nariz de sus carceleros más insensibles y aguerridos era capaz de resistir y todos tenían que taparse la nariz cuando se aventuraban hasta las entrañas de la montaña habitadas por el prisionero de la manera más sumaria en una cama de ramaje.

- ¡Tu cuenco de sopa! -solían gritarle.

- Si seguís martirizándome y privándome de la luz del Todopoderoso Creador de todas las cosas, no obtendréis nada de mí porque el Dios Único no tardará en acogermme en su seno. Díselo así mismo a Kaled Jan -murmuró Addai Aggai al hombre que ya se había dado la vuelta después de dejarle el habitual cubilete de sopa de garbanzos.

Después, incapaz de advertir, debido a la oscuridad, que el carcelero se había ido, agitó en dirección a él los puños que las trabas que los sujetaban, excesivamente apretadas, habían cubierto de sangre. El obispo no estaba descontento de sí mismo; por lo menos le quedaban fuerzas para protestar.

Tendido sobre un montón de paja en el fondo de aquella cueva húmeda y sombría donde el sol no entraba nunca, el obispo nestoriano de Dunhuang estaba pálido como un muerto. Para un cristiano como él, aunque fuera cismático, morir en nombre de la fe era considerado una gracia de Dios. Con todo, el padre de Umara rechazaba con todas sus fuerzas la idea de morir como un mártir sin haber podido abrazar por última vez a su hija adorada.

Desde que una banda tujüe había saqueado el obispado que construyera con sus propias manos, vivía una especie de viacrucis en el que por desgracia cada nueva estación era más terrible que la anterior.

Al cabo de unas semanas de agotadora marcha, que hizo con las manos atadas y caminando detrás de un caballo, la delgadez cadavérica del cuerpo descarnado del obispo nestoriano de Dunhuang daba horror. Sus fuerzas mermaban de día en día, y las llagas en carne viva que le cubrían la piel se le habían infectado y despedían una insoportable pestilencia, hasta el punto de hacer temer al interesado que le quedaba poco tiempo en la tierra.

Como sus secuestradores habían abandonado la Ruta de la Seda para dirigirse hacia el sudoeste y atravesaban montañas verdeantes pero desiertas a excepción de las manadas de caballos salvajes que corrían por sus laderas, no podía esperar compasión de los viajeros para que los aleccionasen o los obligasen a tratarlo de forma más humanitaria.

Llegaron por fin al campamento del Gran Jan de los tujüe, instalado a la orilla de un río. Al gran Kaled Jan le complacía que lo llamasen el emperador de las estepas y, en el desierto, todos temían sus iras.

Sería, en efecto, quedarse corto afirmar que el campamento del rey nómada era un verdadero poblado de tela y pieles de animales cuya extensión pudo valorar el obispo nestoriano al divisarlo desde lo alto del acantilado que dominaba la llanura aluvial donde el Jan había montado su cuartel

general.

Los tujüe de Oriente contaban por entonces con un gran número de tribus, cuyos jefes se consideraban grandes reyes cuando en realidad no eran más que reyezuelos cuyo ardor y salvajismo en el combate les permitían reinar sobre inmensos espacios desérticos en los que vivían poblaciones pastoriles tan pacíficas como las ovejas que custodiaban.

Kaled Jan era el jefe de una tribu tujüe que constaba de unas setenta familias, lo que la convertía en una de las más importantes de aquel pueblo nómada cuyos temibles jinetes tenían aterrorizadas a las poblaciones de los territorios que no cesaban de anexionarse primero y de perder después, según el humor de los chinos, jotaneses, persas y sogdianos.

Flotaba en el aire el característico olor a manteca rancia y a fritura propio de la cocina de los tujüe.

Dos días más tarde, el nestoriano fue conducido por vez primera ante su nuevo propietario, quien lo examinó con el mismo celo que si se hubiera tratado de un caballo.

Al igual que los guerreros de su tribu, Kaled Jan llevaba el bigote caído e iba peinado con cola de caballo. Se cubría el cuerpo macizo con un largo capote de pelo de cabra, y el curioso gorro de piel de leopardo de las nieves con que se tocaba no hacía más que reforzar su salvaje animalidad, patente en todo su aspecto general.

Addai Aggai todavía no comprendía una sola maldita palabra de la lengua tujüe. Ignoraba, por tanto, que el reyezuelo de la estepa, que demostraba decepción con su ceño fruncido, estaba haciéndose explicar por el hombre que palpaba al nestoriano que su venta en un mercado de esclavos de Samarcanda o de otro sitio no reportaría siquiera el dinero suficiente para comprar un pañuelo de seda.

Al día siguiente la tribu levantó el campamento. Como los nómadas estaban acostumbrados a recoger sus cosas deprisa y corriendo debido a la posibilidad de que se produjera un ataque de bandas rivales, desmontar el complejo poblado de tiendas instalado a orillas del río no llevó mucho tiempo. Participaron todos, incluso mujeres y niños. No tardaron, pues, en cargarlo todo en los carros -incluido el cuerpo demacrado de Addai Aggai- y el convoy partió sin más pérdida de tiempo rumbo a lo que el obispo estimó el septentrión basándose en la posición del sol en el cielo.

El resto del periplo, atado siempre al carro tirado por mulos, fue parecido. Los tujüe se desplazaban siguiendo su antojo e igual podían fijarse dos días en un determinado lugar que varios meses. Ahora que estaba bajo la férula del principal jefe tujüe, el nestoriano no se consideraba en mejores condiciones, puesto que seguía siendo una mercancía viva a merced de su vendedor.

Cierto que ya no debía arrastrarse detrás de un caballo, sino que ahora estaba encajonado entre dos fardos de alimentos y viajaba en una carreta vigilada por cuatro jinetes que no le quitaban ojo de encima, disuadiéndole de cualquier intento de poner pies en polvorosa.

Una mañana, tras haber montado el campamento en un paraje inexpugnable, protegido por un acantilado inaccesible de oportuna curvatura, todos los hombres de la tribu en edad de combatir abandonaron el campamento montados en sus «caballos celestiales», detrás de Kaled Jan, dejando al obispo nestoriano en compañía de mujeres, viejos y niños.

A través de uno de los tujüe más viejos, Addai Aggai se enteró de que el jefe había recibido una información que lo había obligado a ir a Turfan con sus guerreros «para apoderarse de un importante depósito de seda que estaba en posesión de una iglesia luminosa».

Y vista la atención extrema con que los guerreros tujüe habían afilado sus espadas y puntas de flecha y ajustado la tensión de las cuerdas de los arcos, era muy evidente la clase de proyectos belicosos que el emperador de las estepas se traía entre manos.

Addai Aggai dedujo, pues, que el interesado no tenía esta vez la menor intención de dar cuartel y ya imaginaba la desesperación de su colega maniqueo Cargamento de Quietud, suponiendo que lograrse salvar la vida.

Seis o siete meses después de que Kaled Jan y sus hombres regresaran de la incursión aclamados por los demás, tiempo que al obispo se le antojó una eternidad, el emperador de las estepas le hizo una visita fugaz en la cueva oscura donde esperaba la muerte, seguramente tan sólo para comprobar que seguía vivo.

¿Qué había hecho el Jan después de ir a Turfan? ¿Había encontrado lo que buscaba o, por el

contrario, había vuelto con las manos vacías? A juzgar por su semblante satisfecho, el botín no había sido desdeñable. ¿Cómo habría podido sospechar el obispo nestoriano, pese a que se perdía en conjeturas, que el tujüe regresaba de Palmira, donde había conseguido vender a Luna de Jade por un sustancioso precio?

- Me han dicho que eres nestoriano... -dijo, negligente, Kaled Jan.

La forma de pronunciar la palabra «nestoriano» por parte del jefe tujüe casi hizo sonreír a su interlocutor, que, sin embargo, estaba muy atento.

- Es exacto. Creo en el Dios Único y que su hijo no es de esencia divina, tal como dice el obispo Nestorio.

- Háblame de tu Dios único. ¿Se trata del dios del profeta Mahoma?

[10]

- Sólo conozco vagamente a ese profeta de Arabia. Por lo que sé, pensaría que él y yo adoramos al mismo Dios Único y Todopoderoso -respondió Addai Aggai.

- Mi abuelo se convirtió a la religión revelada por Alá al Profeta, lo que arrastró a toda la tribu a seguir sus pasos. El Gran Dios lo engloba todo, tanto las otras religiones como el resto...

- El Dios Único se impone a todos los hombres -aprobó el obispo, que ya estaba preguntándose adónde querría ir a parar.

- Háblame de ese profeta a quien llaman, creo, el Cristo.

- El obispo Nestorio estableció la distinción entre Dios y el Cristo, lo cual comportó graves problemas para mi Iglesia -se limitó a responder Addai Aggai, que cada vez se sentía más incómodo.

No sabiendo a qué terreno quería llevarlo su interlocutor, decidió hablar lo menos posible sobre la querella referente a la naturaleza divina de Cristo, hijo de Dios, que cuatro siglos atrás había valido la excomunión al patriarca de Constantinopla, Nestorio.

- Ya sé... -dijo con aire de misterio Kaled Jan antes de añadir:- La querella que enfrentó a Nestorio con sus superiores jerárquicos no me es desconocida.

- Sabéis muchas cosas... -murmuró el obispo de Dunhuang, a quien le costaba disimular su sorpresa.

¿Cómo era posible que el jefe de una tribu tujüe, que tenía todo el aire de un bruto de lo más cerril, tuviera noticia de un cisma tan lejano en el tiempo?

- Por desgracia, estoy lejos de saberlo todo. Puedo confesarte, por ejemplo, que no tengo sentido de la orientación y a menudo confundo el norte con el sur -exclamó el tujüe con aire pensativo.

Ante aquellas palabras en forma de confesión, el obispo, a quien el reposo le había permitido recuperar parte de las fuerzas perdidas pese a las deplorables condiciones de su detención, se dijo que con un poco de suerte no tardaría en verse liberado.

Por desgracia, eso no había ocurrido.

Era evidente que Kaled Jan no tenía intención de soltarlo, ya que, después de su inesperada visita, no volvió a hacerlo comparecer nunca más ante él para informarlo de nada.

De pronto, Addai Aggai se acordó del cuenco de sopa que el carcelero había dejado a sus pies y se la bebió de un trago. Desde hacía un tiempo, sentía una sana sensación de hambre en lugar de aquel atroz dolor de tripas que lo había atormentado hasta entonces.

Al día siguiente lo sacaron de la cueva.

- ¡Exijo ver a Kaled Jan! -gritó a uno de los guardianes que lo habían conducido como si fuera un haz de leña y después lo habían empujado sin miramientos a una plataforma en la que había un montón de pieles de animales que servían de tienda a los nómadas.

Le respondieron con burlas y, tras asegurarse de que estaba bien atado, lo amordazaron para redondear la faena.

Después de lo cual, en medio de un alboroto ensordecedor en el que los gritos de los animales y de los niños se mezclaban con el chirrido de los ejes mal engrasados y el crujido de las cuerdas demasiado tensas, el convoy de los nómadas volvió a ponerse en marcha.

A juzgar por la posición del sol, los tujüe habían emprendido el camino hacia el norte.

La tribu atravesó durante algunas semanas una zona de llanuras herbáceas, lo que permitió a los «caballos celestiales» alimentar sus músculos; pero el convoy se encontró después en un paisaje mucho más hostil donde era fácil adivinar, por las dimensiones de las piedras, cada vez más pequeñas, que el desierto no estaba lejos.

Los conocimientos geográficos del obispo nestoriano le hacían temer que Kaled Jan se dirigía hacia el terrible Taklamakan.

Por otra parte, cuando el convoy se detuvo mientras Kaled Jan vociferaba, tras haber salido de la carreta donde, por una vez, se encontraba reposando, aparecieron de pronto en el horizonte las primeras dunas de arena grisácea características.

Desde su llegada a Dunhuang, Addai Aggai había escuchado en numerosas ocasiones los impresionantes relatos de los viajeros acerca de la trampa mortal que era aquella inmensa extensión de arena y piedras, barrida a menudo por vientos que borraban las huellas de los exploradores temerarios o inconscientes que se aventuraban por ella. Los antiguos anales chinos de la época de los Han le daban el nombre de Liu sha o «arena que se mueve». Huesos de hombres y animales, como lúgubres mojones, cubrían las pistas de aquel infierno del viajero que era preciso rodear. En verano, era tal el calor que en menos de tres horas se podía morir de sed. Las tempestades secas, los terribles karaburan, cuyos rayos eran capaces de fulminar cualquier masa que se desplazara en el aire, estallaban permanentemente... Parecía entonces que el cielo del Taklamakan, oscuro como el carbón, se confundía con la arena de las dunas, mientras los huracanes levantaban montañas de polvo y hasta piedras capaces de matar a un mulo.

Y en invierno, los vientos glaciales eran capaces de transformar animales y hombres en estatuas escarchadas que serían devoradas por los lobos cuando los rayos del pálido sol de esta estación en la que el cielo rara vez era oscurecido por las nubes les calentasen las carnes.

El nestoriano comprobó con recelo que el convoy de los guerreros nómadas se había equivocado de camino.

Kaled Jan, que iba poniéndose cada vez más nervioso, volvió a montar a caballo, al parecer buscando la salida de la terrible zona en la que, por inadvertencia, habían entrado.

El viento había borrado las huellas del terreno, lo que hacía difícil orientarse, y Addai Aggai, que no se atrevía a intervenir, acabó por tener la desagradable impresión de que el jefe tujüe hacía girar a su tribu en redondo.

Por fortuna, una cuadrilla de guerreros, surgida detrás de una colina de arena, se apostó en pleno camino. Tanto su atavío como sus banderines los delataban como soldados del ejército chino.

Addai Aggai asistió de lejos a los parlamentos que se entablaron entre el que tenía las trazas de ser el capitán de los soldados chinos y el jefe de la tribu tujüe. A juzgar por los gestos perentorios del capitán, este último desaconsejaba vivamente al emperador de las estepas que se aventurara más lejos. El nestoriano tuvo después la impresión de que Kaled Jan, abandonando toda arrogancia, se disponía a obedecer a lo largo de una conversación que se prolongó durante un tiempo.

El nestoriano no se equivocaba, ya que, sin tardanza, Kaled Jan dio orden a su convoy de dar media vuelta e hizo que la soldadesca china se situara delante de los exploradores tujüe, como si se tratase de conducir por el camino adecuado a toda la tribu.

Tras dos días más de marchas forzadas bajo la dirección de los chinos, los nómadas hicieron alto en un lugar donde inmensos acantilados se erguían hasta donde alcanzaba la vista como las vertiginosas murallas de una misteriosa fortaleza sobre la cual, en el azul del cielo, planeaban las aves rapaces con las alas desplegadas.

El agotamiento del obispo nestoriano, que no había comido ni bebido durante dos días, era inmenso y no tenía ni la más mínima idea del sitio donde se encontraban cuando le ordenaron que bajara del carro que lo transportaba con las manos y los pies todavía atados.

Los tujüe instalaron su poblado itinerante al pie de la barrera rocosa perforada por cuevas en las que imperaba una temperatura casi igual de día y de noche, como Addai Aggai tuvo ocasión de comprobar desde el primer día.

Todas las cuevas se parecían. El sol no penetraba jamás en ellas, hasta el punto de que, muy pronto, pese a la mejoría de su salud, el obispo acabó por no saber cuánto tiempo había transcurrido desde

su llegada, lo cual detestaba sobremanera.

Entonces volvió a ganar la desesperación. Y como siempre, la buena noticia llegó en el momento en que ya no creía en ella. Comprendió que su situación debía de haber cambiado la mañana en que un guardián de rostro rubicundo le trajo un pedazo de torta rellena de albaricoques sobre la que se lanzó ávidamente después de tantos meses de contentarse con la inmunda sopa de garbanzos.

¿A qué obedecía aquella mejora del tratamiento?

- ¡Demasiado buena para ti! -le soltó el hombre en tono malévolo mientras Addai Aggai devoraba la deliciosa golosina.

- ¿En qué día estamos? -preguntó, como de costumbre, el padre de Umara sin hacerse ilusiones de obtener otra respuesta que un juramento.

- ¡Y eso qué más te da! En todo caso, hoy es un gran día, ya que vas a comparecer ante el Gran Jan Kaled -se contentó con responder el hombre antes de volverle bruscamente la espalda. De buena gana Addai Aggai le habría saltado al cuello. Unos instantes más tarde, el prisionero fue conducido al exterior de la cueva, donde se quedó tan deslumbrado por la luz que poco faltó para que tropezara con las piedras diseminadas por la pradera. Después de despiojarlo, lo lavaron de pies a cabeza y le mudaron la ropa, con lo que tuvo tiempo, pasado el primer momento de euforia, de preguntarse la razón de aquella inopinada convocatoria.

¿Qué sorpresa le reservaba el emperador de las estepas? ¿Se trataría del final de su calvario o, por el contrario, iba a anunciarle la muerte?

Pese a estar irreconocible después de aquella sesión de aseo, el nestoriano tuvo trabajo para disimular su angustia cuando compareció delante del jefe de la tribu nómada. Comprobó con alivio, sin embargo, que éste lo recibía con una sonrisa en los labios.

El contraste era notable entre los belfos, que descubrían unos dientes inmaculados, y los ojillos malévolos del hombre, cuyo increíble bigote se le antojó a Addai Aggai más largo y caído aún que de ordinario, lo que acentuaba la impresión general de crueldad implacable que emanaba de aquel reyezuelo de la estepa.

- ¿Has tenido noticias de tu única hija? -le preguntó bruscamente Kaled Jan.

- ¿Cómo es que estáis enterado de la desaparición de Umara? -exclamó Addai Aggai, que no pensaba más que en su hija.

- Sé de tus desventuras más de lo que tú sospechas. Un capitán persa llamado Majib me habló de tu desesperación aquella famosa mañana en que la buscabas en una cañada del desierto de Gobi donde una minúscula fuente te dio, según él, muchísimas preocupaciones -respondió el jefe tujüe.

- Daría diez años de mi vida por volver a verla aunque fuera un solo instante.

- ¿Qué necesitas para encontrarla? -En primer lugar, libertad.

- En este sentido, tengo una propuesta que hacerte.

- Os escucho -respondió el obispo, sintiéndose al borde del desmayo.

- Un embajador árabe acompaña a una muchacha china desde Palmira a Chang An. Mis vigías me han señalado su paso reciente por Dunhuang. Si pudieses traerme a esa muchacha, serías libre, lo que te daría oportunidad sobrada de encontrar a tu hija... No ignoras que soy aficionado a las mujeres... -explicó Kaled Jan, subrayando el final de sus palabras con un elocuente guiño.

- ¿Se trata de un convoy importante?

- Hay en total ocho camellos y otros tantos viajeros, entre ellos la muchacha, por supuesto.

- ¿Se trata de un rehén de alto rango, como los que suelen intercambiarse los imperios para evitar hacerse la guerra?

- Es una simple plebeya sin ningún valor diplomático. Pero, en cambio, es china y muy guapa. Se llama Luna de Jade.

- ¿Qué diríais si me tomara en serio la proposición que me habéis hecho? -le preguntó el obispo nestoriano, que estaba preguntándose dónde había oído aquel nombre y, por otra parte, qué ocultaba tan curiosa propuesta.

- ¡No es ninguna broma! Si consiguiera a esa muchacha, sería el más feliz de los mortales -declaró de forma misteriosa el jefe tujüe.

- ¿Y por qué confiáis en mí hasta ese punto? -Un obispo nestoriano no puede tener más que una

palabra. El obispó, que quería creer que se trataba de una ganga, se guardó muy bien de preguntar a su interlocutor cómo conseguiría apoderarse de aquella chinita que le valdría la libertad teniendo en cuenta que se encontraría él solo contra siete.

¿Qué no habría hecho para librarse de aquellos tujüe?

- Estoy dispuesto a lanzarme ahora mismo contra ellos. Basta que me indiquéis el camino que siguen. De todos modos, si esos camelleros ya han pasado por Dunhuang, temo que no los podré alcanzar nunca -exclamó febrilmente Addai Aggai, en quien se había despertado de pronto una loca esperanza.

- Voy a confiarte a Vivo como el Rayo, uno de nuestros mejores caballos celestiales. Se traga las distancias como los pájaros de vuelo raudo.

- Apenas sé sostenerme sobre un caballo...-soltó el obispo.

- Pese a su raza y a su temperamento, Vivo como el Rayo es dócil como un cordero.

Kaled Jan no había mentido: Vivo como el Rayo se dejó montar dócilmente por el nestoriano cuando se lo acercó un palafrenero.

El caballo en cuestión no sólo era bello y fogoso y tenía una pelambrera oscura y brillante rematada por una crin flameante, sino que también era muy tranquilo.

Cuando sintió una ligera brisa -el aire de la libertad- en su rostro, después de haber rozado apenas el flanco del animal con el talón para que partiera al trote, Addai Aggai sintió un inmenso placer después de tantos meses de confinamiento.

Delante de sus ojos se extendía un paisaje de rocas sin una sola planta, pero tan tranquilizador como una pradera cubierta de verdor.

Kaled Jan le había indicado cuidadosamente la dirección: le bastaría con seguir el camino de piedras que, después de dos días de cabalgar, le permitiría llegar a la Ruta de la Seda para, desde allí, lanzarse en persecución de los ocho camellos que cubrían las distancias mucho más lentamente que Vivo como el Rayo.

Cuando, al caer la noche del primer día, tras haber decidido pararse al borde de un torrente seco en cuyo lecho quedaba un poco de hierba de la última lluvia, Addai Aggai, que seguía en el límite de la euforia, se apeó del caballo vio, al volverse, a dos jinetes que se arrimaban apresuradamente contra un acantilado para evitar ser descubiertos.

¡Lo estaban siguiendo!

Se maldijo por haber tenido la ingenuidad de creer a pies juntillas en la proposición que le había hecho Kaled Jan, demasiado ventajosa para ser sincera. Ahora se encontraba solo y a merced de dos jinetes tujüe que podían muy bien exterminarlo con absoluta impunidad.

Unos hálitos que anunciaban una tempestad de arena barrieron las inquietudes del obispo, sobre cuya cabeza, en un instante, se oscureció el cielo y se oyeron los siniestros lamentos del viento. El ruido era tal que no tardó en hacerse insoportable a oídos del nestoriano, que tenía que hacer grandes esfuerzos para mantener los ojos abiertos, ya que la arena se proyectaba con fuerza en todas direcciones. Las orejas de Vivo como el Rayo se movían en todos sentidos, lo que indicaba que el caballo se sentía profundamente perturbado. Por las laderas abruptas entre las cuales serpenteaba el camino vio resbalar guijarros desprendidos, piedras después y, finalmente, rocas cada vez más grandes.

Permanecer allí equivalía a una muerte segura. Por otra parte, a juzgar por el enorme montón de piedras que acababan de caer allí donde sus dos perseguidores se habían refugiado, era seguro que habían quedado reducidos a papilla, al igual que sus monturas.

Pero Addai Aggai, que caminaba a tientas a través de aquella nube opaca para poder salir de la trampa mineral y eólica que amenazaba con cerrarse sobre él, no se preocupó por ellos.

Era perfectamente consciente de que la situación se había convertido en una cuestión de vida o muerte.

Sin embargo, a fuerza de escrutar el polvo, acabó por distinguir, situada ligeramente a la derecha, una mancha oscura que parecía recortarse sobre el fondo de la masa gris formada por la montaña. Sólo podía tratarse de una grieta que se abría en el flanco del acantilado y que se aparecía ante sus ojos bordeada de negrura. Con las manos pegadas al muro, vacilando ante la violencia de las ráfagas

de viento, cegado por la arena que le acribillaba el rostro, consiguió apoderarse de la brida del caballo y ampararse en la pared de piedra. Su única preocupación era ponerse al abrigo del torbellino de arena y de la lluvia de piedras.

Pero al llegar allí pudo comprobar con alivio que se trataba de una grieta y, mal que bien, se introdujo en ella junto con Vivo como el Rayo.

La tempestad desatada se prolongó durante horas interminables y redobló su violencia en medio de una oscuridad tal que se habría dicho que era de noche. Por fin se impuso poco a poco la calma y se apaciguaron los vientos, seguidos de una lluvia de arena que fue dejando paso paulatinamente al inmutable paisaje de montañas y rocas desmoronadas.

Addai Aggai oyó entonces un relincho que le provocó un violento estremecimiento. No podía tratarse de Vivo como el Rayo, que tenía la cabeza pegada a su hombro.

De pronto, ante su vista surgió otro caballo de una anfractuosidad vecina y junto a él un individuo cubierto de arena de pies a cabeza.

Ante aquella aparición que le hizo pensar en la mujer de Lot, que, según la Biblia, quedó transformada en estatua de sal al volverse a mirar las ciudades de Sodoma y Gomorra, sobre las cuales Dios hizo caer un diluvio de fuego, el nestoriano apretó los puños.

¡La estatua no sólo se movía, sino que además estaba sacudiéndose la ropa!

- ¡Ulik..., no esperaba verte! ¡Qué sorpresa tan increíble! -exclamó Addai Aggai, que acababa de reconocer al joven intérprete parsi.

- Me ha sorprendido el tornado. He tenido el tiempo justo para ponerme al abrigo...

- Igual que yo. ¡Somos dos espectros! -¡Y yo que me figuraba que estabas con el jefe Majib!

- Decidí dejarlo hace poco, pero hacía mucho tiempo que la idea me rondaba la cabeza. Majib el parsi está cada vez más irascible. Debíamos ir a Persia, donde yo esperaba encontrar a los míos, pero últimamente cambió de parecer. No tengo ganas de seguirlo sin saber adónde voy. Estoy harto de vagar por las montañas siempre a la búsqueda de lo que él llama «un buen golpe» que no llega nunca.

- ¿Adónde piensas ir, Ulik?

- No tengo ni idea. ¿Y tú?

- Intento apoderarme de una muchacha china llamada Luna de Jade que un embajador procedente de un reino occidental lleva a Chang An. Kaled el tujüe me ha prometido que me concederá la libertad si se la llevo. El trato me pareció equitativo, porque, si sigo encerrado en el fondo de una cueva donde no entra jamás el sol, tengo pocas esperanzas de encontrar a Umara.

- Desde hace varias semanas no oigo hablar de otra cosa que de ese convoy de camelleros cuyo jefe distribuye generosamente granos de pimienta e incienso en cuanto llega a un albergue. Según dicen, esa joven es una princesa Han de elevado linaje.

- Todo lo que cuentas es exacto salvo una cosa: esa tal Luna de Jade es una simple plebeya. Eso, por lo menos, me aseguró Kaled Jan el tujüe...

- Pues el jefe del convoy, que se considera embajador plenipotenciario, habla de esa muchacha como de una princesa de muy elevada estirpe. Parece que es una pariente tan próxima de la familia del emperador que pretende no tener ninguna dificultad para que la reciba Gaozong en persona así que llegue a Chang An... -prosiguió, muy sorprendido, el intérprete parsi.

- Ese árabe se equivoca. Sin duda le engañaron. Recuerdo que Kaled Jan empleó la expresión de «plebeya» y no tenía trazas de bromear ni de mentir...

- Me importa poco que se trate o no de una mentira -concluyó Ulik-. De hecho, sueño con ir a China central y hacerme naturalizar chino. Estoy cansado de formar parte de esos réprobos desterrados por invasores, obligados a refugiarse aquí y allá. No tengo temple de víctima. Allí conozco a alguien que puede ayudarme en mis propósitos.

El joven parsi pensaba en Cinco Prohibiciones, cuyo nombre calló por prudencia para evitar posibles contratiempos a su amigo mahayanista.

El obispo nestoriano, por su parte, no dudaba de la sinceridad de aquel joven parsi deseoso de romper las amarras de una existencia que hasta entonces había sido tan poco gratificante al servicio de una persona abyecta como Majib el persa.

- No sabía que la administración china admitiese tan fácilmente las naturalizaciones.
- Lo hace como contrapartida de los servicios prestados a la nación china. Me corresponderá a mí intervenir encontrando el medio de convencer a las autoridades de que merezco ser naturalizado Han. ¡Intentaré conseguirlo! Un amigo que vive en Luoyang me echará una mano; por algo es uno de los hombres con más ingenio que he conocido en la vida. Si he de ser franco, me encuentro en una situación en la que tengo muy poco que perder... Por otra parte, si a ti te parece, podríamos unir nuestras fuerzas para llegar hasta Chang An.
- ¿Por qué no? Siendo dos, nos sería mucho más fácil arrostrar los innumerables peligros de la ruta. Bendigo a mi Dios Único por haberme enviado esta tempestad de arena. Gracias a ella te he encontrado y, en cambio, los hombres que Kaled el tujüe había enviado para que me siguieran los pasos han sucumbido al diluvio de piedras -respondió con entusiasmo el padre de Umara.
- ¿Así que el jefe tujüe te había hecho seguir?
- Estoy seguro. Esos dos hombres que galopaban detrás de mí y que intentaron esconderse cuando me volví, no estaban allí por pura casualidad.
- ¿Y tú has visto caer las rocas sobre ellos?
- En el lugar exacto donde ellos se encontraban había un montón de piedras, así que lo más probable es que estuviesen sepultados debajo.
- Así pues, ¡ahora tienes campo libre! ¡Partamos, pues! Cuanto antes lleguemos al próximo albergue de la Ruta de la Seda, mejor para nosotros -exclamó Ulik atrayendo al obispo a su terreno.
- ¡Mira, Ulik, el cielo está con nosotros! -murmuró el obispo abrazando con fuerza al joven parsi. En las proximidades del Taklamakan, después de las interminables tempestades de arena, cuando llegaba la hora del crepúsculo y, como por milagro, se calmaban los vientos, el cielo derivaba siempre hacia una sutil e improbable mezcla de verde y naranja que los rojos fulgores emitidos por los rayos del sol al terminar su periplo se acercaban a lamer.
- Al cabo de tres días llegaron a Minfeng, ciudad risueña cuyos viticultores preparaban un vino de uva de excelente calidad.
- Ahora se trata de encontrar un posadero que nos alquile un aposento por uno o dos tael de bronce. Hace demasiado frío para dormir a la intemperie -farfulló Addai Aggai, que estaba sin un cuarto.
- Aquí están todas mis economías. Es dinero bien ganado. El jefe Majib paga a sus hombres a toca teja... Estas monedas valen como mínimo su peso en plata y en la Ruta de la Seda no faltan precisamente las balanzas -dijo Ulik en tono de broma después de sacar del cinto una bolsita de cuero.
- Descubrieron entonces un pequeño albergue de fachada vetusta que permitía suponer que las habitaciones tendrían un precio moderado.
- Sólo os alquilaré la habitación si me pagáis por adelantado -les declaró de entrada el posadero, un hombrecillo con el rostro cubierto de arrugas que recordaba la piel de un albaricoque seco.
- El joven parsi tendió dos monedas al hombre, que se las guardó con presteza en el bolsillo antes de precisarles que tenían derecho además a un cuenco de sopa caliente, servido en el refectorio de la planta baja, una estancia oscurecida por las volutas de humo que se escapaban de las largas pipas que fumaban la mayoría de los clientes instalados en las mesas.
- Si andáis cortos de dinero para viajar hasta la China central, ya que supongo que es allí adonde os dirigís, puedo haceros una proposición interesante...
- Habla, pues... -lo conminó Ulik.
- Con expresión de conspirador, el hombre los condujo a la parte trasera del edificio principal, donde había un patio al que desembocaba un cuarto reservado, cerrado con doble cerrojo, en cuyo interior los empujó antes de cerrar cuidadosamente la puerta tras él.
- ¡Aquí hay yapian

[11] suficiente para surtir a todo Chang An durante tres meses! Cada día hay más clientela. El yapian cura las fiebres y ayuda a reposar... En lo que a mí se refiere, no puedo prescindir de él -dijo con entusiasmo indicando unas cajas de madera amontonadas unas sobre otras.

- ¿De dónde procede la mercancía? -preguntó Addai Aggai, que jamás había oído hablar de aquel

extracto de adormidera que los caravaneros turcos habían llevado a China hacía unos años y cuyas virtudes curativas incitaban a los campesinos chinos del oeste de Gansu y del Yunnan deseosos de redondear sus ingresos mensuales a cultivarlo intensamente.

- Mi proveedor es un mercader de Arabia; en Chang An dispongo de un revendedor muy escrupuloso y sumamente honrado. Es un hombre que tiene problemas de salud que le impiden hacerse cargo de la mercancía. Por eso estoy metido en el ajo. Si os avenís a transportarla, os daré diez tael de plata a cada uno.

- ¿Tu revendedor es fiable? -inquirió el obispo.

- Cara Gorda es un profesional de altos vuelos con quien trabajo desde hace cerca de quince años. Me ha pagado siempre religiosamente sin apartarse nunca de lo acordado ni medio tael de bronce.

- ¿Autorizan el comercio del opio las autoridades chinas? -prosiguió Addai Aggai, a quien inquietaba saber dónde ponía los pies.

- El yapian no es un monopolio de Estado. Pero preferimos escapar a los impuestos de compra y reventa -explicó el posadero bajando la voz.

- O sea, que el circuito de salida de la mercancía que sigues es clandestino... Conozco el procedimiento -dijo el obispo, que sabía de qué hablaba.

- Los impuestos son muy cuantiosos. No hay en el imperio del Centro un solo comerciante que no sea defraudador. El sistema lo exige. Ni tú ni yo podríamos evitarlo.

- Pero ese tal Cara Gorda arriesga mucho si se descubriera el procedimiento que utilizas.

- Hemos ideado un sistema para la entrega de la mercancía que es difícil de descubrir -dijo con aire de misterio el traficante de yapian.

- ¿Puedes precisarnos de qué se trata?

- ¡Por supuesto! Decidme solamente si aceptáis mi proposición. Os voy a aumentar la paga a doce tael de plata para cada uno, que Cara Gorda os entregará en Chang An.

- Estoy de acuerdo, siempre que aceptes llegar a los veinte tael para cada uno y pagarnos la mitad ahora mismo. De no ser así, ni siquiera podríamos pasar la noche en un albergue durante el viaje -se adelantó a puntualizar Ulik.

Addai Aggai no dijo ni una palabra y dejó que su compañero negociase la transacción.

Le importaba muy poco transportar yapian -o la mercancía que, fuera- hasta la China central, ya que lo único que deseaba era disfrutar de la reencontrada libertad y llegar a Chang An cuanto antes-para conseguir, una vez allí, noticias de Umara.

Ulik y el posadero se pusieron rápidamente de acuerdo y dejaron el precio en dieciocho tael por persona.

- Una vez en Chang An, basta con que os dirijáis al templo confuciano del Muy Justo Medio y que os sentéis tranquilamente delante de la estatua de bronce de Confucio hasta que se os acerque una persona y os haga una señal... ¡Un mecanismo tan preciso como el de un reloj de agua! -murmuró el posadero con aire avisado.

- De acuerdo -dijo con toda sobriedad Addai Aggai, a quien su compañero acababa de pedirle parecer.

- Voy a proporcionaros una carreta y dos mulos. Bastará de sobra para transportar las doce cajas que espera Cara Gorda. En cuanto a los controles de aduana, basta con que deis a los aduaneros un puñado de píldoras de yapian y os dejarán pasar sin problema alguno.

Cuando entraron en el refectorio, una vez cerrado el trato y tras haber convenido que los dos viajeros partirían sin tardanza con la mercancía, ni Ulik ni el nestoriano se fijaron en los manejos de tres chinos que los vigilaban con gran atención.

Su indumentaria, que no ostentaba ningún distintivo, podía hacerlos pasar por mercaderes, que se contaban por millares a lo largo del cordón comercial que jalonaba la Ruta de la Seda.

¿Cómo iban a sospechar que estaban estrechamente vigilados por la policía secreta del prefecto Li?

OASIS DE KASHGAR, EN LA RUTA DE LA SEDA

Encontrar a un perro, pese a ser tan imponente como Lapika, en medio de aquel confuso batiburrillo de mercancías amontonadas en los callejones hasta el punto de impedir el paso de la multitud de clientes que iban en busca de un buen negocio, era una empresa que se antojaba imposible.

- Me temo que alguno de esos mercaderes tan poco honrados que andan por ahí nos la habrá robado -gimió Santa Vía de los Ocho Miembros, que contemplaba bastante decepcionado los innumerables puestos y tenderetes del inmenso caravasar cubierto que, en Kashgar, se utilizaba como mercado cuando la temporada invernal impedía las transacciones al aire libre.

- Tú siempre lo ves todo negro, Santa Vía de los Ocho Miembros. Vamos a dar una vuelta por el interior. Estoy seguro de que, cuando perciba nuestro olor, la perra se pondrá a ladrar aunque la tengan encerrada en una jaula o donde fuere -sentenció Puñal de la Ley, que no era de los que se rinden fácilmente fueran cuales fueran las circunstancias.

- No tengo motivos para ver la vida de color de rosa. Volvemos de nuestro periplo sin la menor reliquia, pero con la terrible noticia de la muerte de Buddhabadra. La que se quedará contrita será la comunidad del Único Dharma cuando se entere de lo que nos veremos obligados a notificarle -dijo con tristeza el monje turfanés.

- ¡Fíjate! ¿Ves como yo tenía razón? Lo peor nunca es seguro -concluyó el primer acólito del difunto Buddhabadra en el momento en que Lapika, materializándose de pronto, se abalanzaba sobre él y le lamía la cara.

- ¡Soy demasiado pesimista! Y esto acabará perdiéndome -comprobó el turfanés.

- A partir de ahora la tendremos atada cuando estemos en un oasis. Esta perra no sólo es muy valiente sino singularmente afectuosa. Seguro que nuestra samgha estará muy contenta de adoptarla.

- No compensará la ausencia del elefante blanco sagrado...

- Ya es hora de que dejes de lamentarte. Lo esencial es no perder la esperanza. Piensa un poco en los peligros a los que hemos escapado. Son pocos los que vuelven íntegros o incluso vivos del País de las Nieves -exclamó Puñal de la Ley, que cada vez soportaba menos aquella melancolía en la que se complacía su compañero.

En el lugar llamado «La Torre de Piedra» comenzaron a costear los primeros contrafuertes del Pamir. El camino pedregoso serpenteaba a lo largo de la orilla de un lago verde esmeralda de aguas tan frías que no era posible sumergir en ellas más que la punta del pie. Puñal de la Ley comenzó a abordar con su compañero la actitud que convenía adoptar con Joya de la Doctrina, cuya traición había provocado el desmantelamiento del taller clandestino donde se fabricaba seda, así como la deportación de ambos a Chang An.

- Ojalá que ese monje pague muy cara su torpeza, que es la causa de que nuestros camaradas estén en la cárcel -exclamó Santa Vía de los Ocho Miembros.

- Esperemos a ver si ha podido volver a Peshawar -dijo el primer acólito, decidido a poner a prueba la reacción de su compañero.

- Los pillos siempre tienen suerte. Cuando llueve, pasan secos entre las gotas mientras la gente honrada se queda calada hasta los huesos -dijo en son de broma este último, citando un viejo proverbio turfanés.

Unas semanas más tarde, cuando llegaron a la vista del monasterio del Único Dharma, muchas cosas habían cambiado durante su ausencia.

En primer lugar, contrariamente a lo acostumbrado, no reinaba ninguna agitación, cuando lo normal era que los hubiesen visto bajar del puerto, como a todos los viajeros que venían del País de las Nieves o de la China. No había un solo novicio, ni siquiera de los más jóvenes, en las torres de vigía, ni tampoco ningún monje en el camino de ronda de las murallas.

Al penetrar en el monasterio por la puerta principal, la misma que cruzaba el elefante blanco con motivo de la Gran Peregrinación, los dos monjes comprobaron con sorpresa que compañeros que conocían desde hacía lustros apenas los saludaban, como si su llegada no fuera esperada o ni siquiera deseada...

Se acercaron a un grupito de novicios ocupados en barrer el patio principal.

- ¿Se puede saber qué pasa aquí? -inquirió Puñal de la Ley-. No encuentro más que indiferencia...

Y yo que me figuraba que la comunidad se alegraría de volver a vernos, tanto a mí como a Santa Vía de los Ocho Miembros.

- Joya de la Doctrina es ahora el Inestimable Superior del monasterio del Único Dharma. Por consiguiente, me temo mucho que tu sitio no sea éste -le espetó uno, sin dignarse mirarlo siquiera.

- ¡Pero eso es imposible! ¡Mientras la samgha no sepa qué ha sido de Buddhabadra, nadie tiene derecho a ocupar su sitio! -exclamó el monje turfanés.

Puñal de la Ley, entonces, advirtió la presencia de algunos de sus compañeros de más edad, en pleno conciliábulo, en la entrada de una sala de oración que daba al inmenso patio cubierto de grava.

Todos observaban al antiguo primer acólito con aire lúgubre y retraído, incluso abiertamente hostil en algunos casos, lo que revelaba muy a las claras qué había podido contarles Joya de la Doctrina.

- No me preguntáis siquiera qué tal me ha ido en ese periplo que, sin embargo, efectué sólo en interés vuestro -les soltó, herido por su actitud.

- No te esperábamos. Nuestro Inestimable Superior nos dijo que estabas más interesado en la China que en Peshawar y que, por tanto, lo más probable era que no volvieses, a semejanza de Buddhabadra -dijo uno a guisa de explicación mientras los demás, bastante azarados, no dejaban de mirarse los pies.

- ¿Dónde está Joya de la Doctrina? Tengo que hablar con él -preguntó con voz monocorde Puñal de la Ley.

- Apuesto a que ya ha ocupado la celda de Buddhabadra -exclamó Santa Vía de los Ocho Miembros, muy afectado por las palabras que acababa de escuchar.

- Joya de la Doctrina ha heredado las funciones de Buddhabadra en su totalidad. Por consiguiente, lo normal es que disponga de su habitación -replicó con acento sentencioso, dirigiéndose al antiguo primer acólito, un monje algo más viejo que los demás.

- ¿Y qué ocurriría si Buddhabadra volviera entre nosotros? ¿Habéis pensado en las consecuencias de una decisión contraria a la regla elemental de la samgha, que estipula que un Superior del monasterio no deja de serlo en toda su vida y que la muerte es lo único que puede desvincularlo de estas funciones tan importantes por ser de esencia divina? -les lanzó Puñal de la Ley.

Entonces se disolvió lentamente el grupo y todos, con el aire compungido del niño sorprendido en el momento de hacer una diablura, se dirigieron a sus celdas.

Sin perder un solo instante, el antiguo primer acólito se dirigió a la antigua habitación de Buddhabadra y llamó a la puerta.

- ¿Tú aquí? ¡Qué sorpresa tan agradable, querido Puñal de la Ley! -exclamó con expresión algo descompuesta el monje usurpador ante aquella aparición inesperada.

- Ya veo que no esperabas volver a verme. Seguramente te figurabas que estaba enterrado en una tumba reservada a los criminales en algún lugar perdido de China central. Lo que has hecho sólo me inspira desprecio. Actuando de ese modo, movido por la venganza, has hecho deportar a inocentes que ahora se pudren en las cárceles chinas -le escupió Puñal de la Ley.

- ¡He actuado sólo en interés de la samgha del Único Dharma! -se contentó con replicarle, con expresión hosca, aquel que no había dudado en denunciar al primer acólito de Buddhabadra al gobierno chino de Turfan.

- ¡Ojalá que renazcas con el cuerpo de un insecto y termines siendo papilla en el vientre de un pájaro! -gruñó Puñal de la Ley, presto a levantar la mano sobre aquel malvado.

- ¡Ya no tenemos nada más que decirnos! -dijo Joya de la Doctrina al tiempo que agitaba una campanilla ritual de bronce cuyo mango representaba al bodhisattva compasivo Avalokitesvara.

Inmediatamente, en la habitación desde la cual Buddhabadra y la larga cohorte de sus predecesores

habían presidido los destinos del monasterio del Único Dharma hicieron irrupción dos novicios particularmente corpulentos.

- Estos dos hinayanistas, adeptos de las artes marciales indias, te acompañarán a tu celda -lanzó en tono amenazador Joya de la Doctrina al rival que había conseguido suplantar.

- ¡Ya tengo edad para ir solo a donde sea! -le respondió con rabia este último antes de salir de la habitación dando un portazo.

- Acabo de hablar, aunque inútilmente, con varios de nuestros hermanos. La comunidad del Único Dharma ha puesto su destino en manos de Joya de la Doctrina. Nosotros somos aquí unos intrusos -le dijo Santa Vía de los Ocho Miembros, que lo esperaba, consternado, en el pasillo.

Puñal de la Ley le indicó con el gesto que se callase. Allí había monjes que iban y venían y los observaban con hostilidad.

- Desgraciadamente, tienes razón. Ese monje es diabólicamente hábil -dijo el primer acólito apenas cerraron tras ellos la puerta de su celda, que, milagrosamente, todavía no había ocupado otro monje-. Se me hace extraño estar aquí, teniendo en cuenta todo lo que ocurre -añadió con cierta perplejidad.

- Nuestra presencia debe de molestar enormemente al usurpador.

- No esperaba que volviéramos. Debe de estar tramando algo.

- ¿No correremos algún peligro, Puñal de la Ley?

- Tal vez. Cuanto antes podamos volver a Chang An para encontrar a Ramahe sGampo, según nos hemos comprometido, mejor para nosotros...

- Aquí no nos retiene nada. Mañana mismo, si quieres, podemos irnos.

- ¿Dónde está Lapika? -preguntó, inquieto de pronto, Puñal de la Ley, que acababa de acordarse de la perra amarilla.

- Está en la perrera. La tratan bien. El encargado de la perrera del Único Dharma es un monje de buena voluntad. Pareces inquieto...

- Estoy en guardia. No hay más. Esta noche voy a cerrar la puerta de mi celda con doble vuelta de llave y te invito a que hagas lo propio.

No consiguió dormir hasta el alba, ya que no paraba de dar vueltas a la artimaña de Joya de la Doctrina y de meditar sobre la ingratitud de sus hermanos, que no habían titubeado en traicionarlo cuando él no había hecho más que sacar a su monasterio de los problemas en que lo había metido Buddhabadra.

Estaba soñando que Joya de la Doctrina comparecía ante el Bienaventurado, quien le reprochaba con voz dulce, pero firme, la mala acción cometida contra el primer acólito, cuando lo despertaron unos ruidos sordos y repetidos.

Al abrir un ojo, advirtió que alguien llamaba a la puerta de su celda. Desconfiado, la entreabrió. Era Santa Vía de los Ocho Miembros, que se había levantado con la aurora para montar guardia delante de la celda del primer acólito.

- Un joyero artesano, que según me dice ha venido aquí varias veces en tu ausencia, espera en el pasillo -murmuró aquél.

- Estoy muy cansado y no tengo ganas de ver a nadie. Di a ese hombre que estoy preparando el equipaje -respondió Puñal de la Ley con los rasgos tensos, que testimoniaban la noche corta y agitada que acababa de pasar.

- El hombre insiste. Según dice, tiene que comunicarte algo muy importante y dice que no lamentarás haber escuchado lo que quiere decirte.

- Hazlo pasar, pues. Si aparece alguien que quiera verme mientras hablo con él, cuento contigo para impedir que entre -acabó por conceder, agotada la paciencia, el primer acólito del difunto Buddhabadra.

Con toda docilidad, Santa Vía de los Ocho Miembros, después de hacer pasar al joyero artesano, se apostó delante de la puerta de la celda.

A juzgar por el tiempo transcurrido entre el inicio y el final de la conversación, aquel visitante matinal debía de tener mucho que decir a Puñal de la Ley.

Por otra parte, cuando Santa Vía de los Ocho Miembros, apenas partió el artesano, hizo irrupción en

la celda de Puñal de la Ley, observó que éste tenía una expresión rara, mezcla de satisfacción y consternación.

- ¿Qué pasa? Parece que no las tienes todas contigo... ¡El aire de esta habitación es irrespirable! ¿No habrás quemado demasiado incienso esta noche en el pebetero? -le dijo agarrándolo por el brazo.

- No es más que la fatiga del viaje... probablemente -respondió el primer acólito, que se mostraba extrañamente pensativo.

- Y a buen seguro también la decepción provocada por nuestra samgha, que votó masivamente a tu peor enemigo en lugar de votarte a ti. ¿No me das algo de razón, Puñal de la Ley?

- Es un hecho. Joya de la Doctrina es un excelente tribuno y mis ausencias repetidas han acabado por convencer a los monjes de que no soy muy fiable -aprobo distraídamente este último.

- Pero eran ausencias ocasionadas por las indagaciones efectuadas en interés de nuestros hermanos. Ellos serán los únicos que no lo han entendido así. Joya de la Doctrina habrá conseguido instilar la duda en su espíritu. ¿Sabes que predica la desconfianza con respecto a las otras dos Iglesias búdicas? Se ha llegado incluso a rechazar la hospitalidad del Único Dharma a los peregrinos chinos mahayanistas que pasan por aquí para ir a visitar los principales lugares relacionados con la vida del Bienaventurado -precisó, no sin amargura, Santa Vía de los Ocho Miembros.

- Esa nueva práctica sólo me sorprende a medias, pero, a mi modo de ver, la encuentro totalmente condenable. Replegarse sobre sí mismo es siempre la antecámara del declive -murmuró Puñal de la Ley.

- Te habrá interesado por lo menos lo que te ha contado ese artesano joyero que tenía tantas ganas de verte -acabó por preguntarle el turfanés.

- Sin duda... Me ha contado bastantes cosas.

Aunque se moría de ganas de saber más, el monje turfanés comprendió que no sacaría más de su colega.

- ¿Cuándo quieres que partamos?

- Cuanto antes, mejor -respondió Puñal de la Ley, cerrando su bolsa de lona.

- Entonces voy a buscar a Lapika a la perrera.

- Vayamos juntos. Así perderemos menos tiempo. Aquí reina una calma que no me augura nada bueno...

No sabía que acababa de decir una gran verdad. Habían dado unos pocos pasos apenas cuando, por el extremo del largo corredor al que daban las celdas de los monjes más venerables del convento del Único Dharma, vieron aparecer a Joya de la Doctrina seguido por sus dos guardaespaldas.

El monje usurpador avanzaba con aire furibundo y paso marcial, haciendo gestos tan ampulosos como desordenados.

- ¡Será mejor que volvamos a mi celda! Allí, por lo menos, estaremos a salvo -dijo Puñal de la Ley haciendo retroceder al monje turfanés y cerrando después precipitadamente la puerta, que aseguró con el cerrojo.

- ¡Abre la puerta, Puñal de la Ley, tú y yo tenemos que hablar! -exclamó el monje usurpador haciendo tamborilear los dedos en la puerta con el nerviosismo de un maníaco.

- Como consiga entrar, de aquí no salimos vivos -gimió Santa Vía de los Ocho Miembros.

- Eso me temo -corroboró el primer acólito del difunto Buddhabadra.

- ¿Y si nos escapásemos por la ventana? -Eso mismo pensaba yo.

El ventanuco de la celda, situada en la planta baja, daba, al igual que las demás, a un pequeño patio del que era posible salir a través de un estrecho pasadizo al que accedieron después de haber saltado sin dificultad.

- ¡Rápido, a la perrera! -ordenó Puñal de la Ley.

- ¿No corremos el riesgo de perder un tiempo precioso?

- ¡No vamos a dejar a Lapika a ese bribón de Joya de la Doctrina!

En el cobertizo situado al lado de la elefantería donde se alineaban las jaulas y los cubículos en cuyo interior los monjes dejaban los perros de los viajeros, ya que estaba prohibido que entraran en los dormitorios, reinaba una gran confusión.

- Tu perro es fiero, ya ha mordido a dos novicios en la mano -se quejó el encargado de la perrera, un monje de respetable gordura.
- ¿Dónde has metido a Lapika? -inquirió Puñal de la Ley.
- Al final del pasillo. Es una verdadera fiera.
- Voy a buscarla.

- Imposible, el que tiene las llaves de las jaulas ha salido un momento. No la podrás sacar.

Al primer acólito, pese a su prisa por escapar de Joya de la Doctrina, se le partía el corazón ante la perspectiva de abandonar el monasterio sin el moloso de Cinco Prohibiciones cuando detrás de ellos se oyó un enorme alboroto.

Era Joya de la Doctrina, que vociferaba de forma estentórea e iba esta vez acompañado de seis monjes. Cada uno de ellos llevaba en la mano un largo garrote nudoso como los que utilizan los ermitaños que hacen largas estancias en las montañas al objeto de prevenirse contra los ataques de los leopardos de las nieves.

- ¡Detenedlos! ¡No los dejéis escapar! Esos dos monjes son peligrosos. ¡Pretenden atacar la integridad de la samgha! -gritó el monje usurpador.

- Hemos caído en la trampa -gimió Santa Vía de los Ocho Miembros, mientras Puñal de la Ley lo empujaba hacia el otro extremo de la construcción para tratar de abrir la jaula de Lapika.

Así que vio al primer acólito, el moloso se lanzó hacia él para festejarlo, a la vez que soltaba un ladrido bronco como el rugido de un tigre que tuvo la virtud de frenar momentáneamente a los guardaespaldas de Joya de la Doctrina, lanzados en persecución suya.

Al llegar delante de la jaula, de la cual la perra, a fuerza de debatirse y de porfiar, había torcido los barrotes, Puñal de la Ley deslizó febrilmente un dedo detrás del pestillo que impedía abrir la puerta. Por desgracia, estaba cerrado con llave.

- ¡Hay que actuar con rapidez! Ayúdame a volcar la jaula -gritó Puñal de la Ley, que acababa de descubrir que carecía de base.

Con gran esfuerzo, consiguieron volcarla, lo que permitió a la perra salir de ella.

- ¡Corre, Lapika! ¡Corre aprisa! -gritó el primer acólito indicando al moloso el grupo de monjes soldados que se les venían encima desde el otro extremo del cobertizo, rodeando a Joya de la Doctrina.

El perro de defensa de pelaje amarillo no se hizo de rogar para lanzarse contra los que querían atacar a su dueño.

Había que verlo como una flecha, todo colmillos, lanzándose contra los asaltantes, que no tardaron en retroceder, primero de forma ordenada, antes de dispersarse hacia las cuatro esquinas del cobertizo como una bandada de gorriones, aterrados ante la perspectiva de acabar despedazados por aquellas terribles mandíbulas capaces de arredrar tanto a los osos de las montañas como a los leopardos de las nieves.

- ¡Calma, Lapika, calma! -la exhortó Puñal de la Ley colocando con presteza en el cuello del moloso un collar y una trailla que Santa Vía de los Ocho Miembros acababa de coger de un estante-. ¡La vía está libre! ¡Salgamos!

Desde el patio al que daba la perrera bastaba con atravesar otro para llegar a la salida del convento del Único Dharma.

- ¡Basta con que me sigas! Lapika los aterra. Hemos hecho muy bien llevándola-observó Puñal de la Ley viendo que todas las puertas iban cerrándose tras su paso.

Una vez fuera, tras comprobar con satisfacción que no se había atrevido a seguirlos nadie, echaron a correr por el camino en zigzag que llevaba a las montañas al pie de las cuales se extendía la inmensa llanura de Peshawar.

- ¡No nos llevamos ropa ni víveres! Como los santos errantes, iremos a la China central «vestidos de azul»!

[12] -dijo en tono de broma el primer acólito cuando se consideró lo bastante lejos como para encontrarse a salvo de sus perseguidores.

- Pronto llegará el invierno. Cuando alcancemos las alturas, no es seguro que nos baste con el azul -

gimió Santa Vía de los Ocho Miembros.

- Teniendo a Lapika, contamos con una buena guardiana. ¡Por lo menos ya es algo!

- De todos modos, habría sido mejor no volver a ese nido de avispa. Hacer todo este trayecto para enterarnos del golpe de Estado de Joya de la Doctrina y, de paso, ponernos en riesgo de perder la vida... es verdaderamente desesperante -suspiró el monje turfanés.

- En lo que se refiere a mi edificación personal, este viaje no habrá sido inútil... -murmuró, con aire pensativo, Puñal de la Ley. -¿A qué te refieres? El primer acólito hizo como si no hubiera oído la pregunta.

No era momento de revelar lo que había sabido por boca del joyero artesano, sino más bien de procurar no faltar a la cita que tenía en Luoyang en la fecha acordada con Ramahe sGampo.

Hizo un cálculo rápido. Había necesitado dos meses para ir de Samyé a Peshawar. Por consiguiente, si querían trasladarse a Luoyang en el tiempo previsto no podían entretenerse, sobre todo teniendo en cuenta que deberían efectuar el trayecto durante la temporada invernal.

Por primera vez desde que franqueó la puerta del convento del Único Dharma, Puñal de la Ley hizo un alto y levantó la cabeza. Ante él, la cuesta iba elevándose, interminable y caótica, sembrada de piedras entre las que a duras penas pugnaban por asomar algunas manchas de hierba. Al volverse, entrevió los tejados de Peshawar, temblorosos entre los rayos de un sol muy próximo al meridiano. Era la tercera vez que salía de su monasterio.

Esta vez, sin embargo, las circunstancias eran mucho peores que las precedentes, puesto que ahora lo abandonaba como un vulgar ladrón.

¿Volvería algún día?

Intentó hacer el vacío en su cabeza y se contentó con mirarse los

pies que iban avanzando, uno delante del otro, sobre los guijarros del sendero que subía en zigzag hasta una sucesión de puertos.

- No disponer de ropa tiene un pase, porque tenemos la que llevamos encima. Pero no tenemos nada que comer ni beber... -exclamó de pronto el monje turfanés, acuciado por el hambre y la sed.

En aquel momento Puñal de la Ley se dio cuenta de que, a juzgar por la posición del sol en el cielo, hacía ya cuatro horas largas que caminaban.

Antes de llegar a las altiplanicies donde los pastores criaban sus cabras y sus ovejas y donde los campesinos cultivaban hortalizas en bancales muy difíciles de atender, había que atravesar la árida cadena montañosa de la que tan sólo habían superado los primeros contrafuertes, al pie de los cuales se levantaban las construcciones del convento del Único Dharma.

El primer acólito recordó, asustado, que eran precisos cinco días para atravesar aquel medio hostil y desolado, completamente deshabitado, donde tan sólo un cazador experto habría logrado capturar alguna liebre salvaje o una rata de campo. Por otra parte, no recordaba que en aquella zona hubiera la más exigua fuente y observó que Lapika jadeaba con la lengua colgante, una señal que le producía gran inquietud porque indicaba que la atormentaba la sed. Un perro de sus dimensiones no sobreviviría mucho tiempo sin beber.

¿Qué hacer, pues? Una pregunta terrible que no dejaba de atenazar a Puñal de la Ley, hasta el punto de reprocharse haber abandonado con excesiva precipitación el convento del Único Dharma.

Quedaba excluido volver a Peshawar debido a que era empresa muy peligrosa. En realidad, no tenían más remedio que seguir internándose en la montaña con la esperanza de encontrar algún viajero que les proporcionase una taza de té y las migajas de unas tortas de trigo.

Anduvieron hasta la noche y seguidamente durmieron en una pequeña cueva, apelotonados contra el cuerpo de Lapika, antes de volver a ponerse en camino, a la mañana siguiente, con el estómago vacío.

Pasaron la mañana caminando sin decir palabra, ya que tanto uno como otro temían desanimarse mutuamente y cada uno esperaba en secreto algún encuentro que pudiera sacarlos del apuro.

- Tal vez el Bienaventurado haya decidido socorrernos. No estamos solos en el camino -comprobó por la tarde, con alivio, Puñal de la Ley.

Y señaló con el dedo una sucesión de puntos amarillos en el flanco de la montaña, todavía en la lejanía, pero que, tras observarlos con atención, Santa Vía de los Ocho Miembros distinguió que se

desplazaban en fila india.

- Procuremos alcanzarlos; es la única posibilidad que nos queda si no queremos morir de frío y de hambre -añadió el primer acólito.

- ¡Aprisa, pues! Tengo el estómago en los pies -se lamentó el turfanés, que osaba quejarse por primera vez.

Así pues, pese al agotamiento que sentían y a que habían pasado un día entero caminando sin comer ni beber y una noche entera bajo las estrellas, apretaron el paso.

Hasta que llegaron a un punto en que el camino iniciaba un declive más acusado, que cubrieron alargando el paso. Jadeantes, fueron acercándose poco a poco a los caminantes, que tarareaban en coro una canción de suave tonada.

Al llegar a un rellano que formaba el terreno, los caminantes ataviados de amarillo hicieron alto y dejaron sus zurroneos en el suelo, de los que sacaron cantimploras y comida.

Puñal de la Ley y Santa Vía de los Ocho Miembros los alcanzaron en poco tiempo, lo que les permitió comprobar que se trataba de monjes budistas.

Eran una veintena. A excepción de un individuo de edad avanzada, el resto del convoy estaba formado por jóvenes novicios. Todos llevaban la toga amarilla azafrán de rigor. La mayoría tenían ojos oblicuos y piel clara, lo que revelaba su origen chino. Entre ellos también había niños que, con su cabeza rapada, parecían bebés.

Ya fuera por los cánticos que habían precedido el alto en el camino, ya por el aire juvenil de aquellos novicios de ojos vivarachos o por la mirada compasiva y bondadosa del monje de más edad, lo cierto era que el grupo emanaba una conmovedora impresión de candor y de alegría de vivir. Por otra parte, y éste era un signo que no engañaba, Lapika no emitió un solo gáñido al verlos y se acercó a olisquearles los bajos de las túnicas.

- ¡Buenos días! Que el Bienaventurado proteja vuestro viaje -saludó al jefe, en chino, Puñal de la Ley.

- Gracias por tus buenos deseos. Que Buda os proteja también a vosotros. Hace tres años salimos en busca de las huellas del Bienaventurado Buda y ahora volvemos al puerto de origen con el espíritu henchido de su Santa Verdad. De esta forma mis novicios completan su conocimiento de la Noble Verdad del Bienaventurado Buda -le respondió este último.

- ¡Qué envidia me dan esos niños! Sigo soñando con ir a la orilla del Ganges y visitar los santos lugares donde vivió -suspiró el monje turfanés.

Tanto Puñal de la Ley como Santa Vía de los Ocho Miembros miraban con simpatía a aquel religioso cuyos novicios parecían beber sus palabras.

- Estas manos han tocado la divina higuera pipal debajo de la cual el Bienaventurado recibió la Iluminación y se convirtió en el Despertado. Para estas manos ya nada volverá a ser como antes. Y lo mismo digo de mis ojos, que vieron el parque de Lumbini, donde el Buda dio sus primeros pasos de niño -exclamó con voz impregnada de emoción su interlocutor levantando los brazos en dirección a los fugitivos.

- También visitamos el parque de árboles centenarios donde el Bienaventurado, entre ciervos y gacelas, predicó la Noble Verdad a sus primeros discípulos, así como el lugar santo donde ascendió al nirvana -ponderó un novicio con aire maravillado.

- ¿A qué monasterio pertenecéis? -inquirió Puñal de la Ley, emocionado ante tanta sinceridad.

- Procedemos del convento de la Montaña Calva, a tres días aproximadamente de marcha al oeste de Luoyang.

- ¿Sois mahayanistas?

- Como la mayoría de los budistas chinos, creemos, en efecto, que la Vía de la Salvación es accesible a otros aparte de los monjes.

- Ésa es una querrela religiosa en la que no pienso entrar. El convento del Único Dharma, en Peshawar, de donde salimos, pertenece a la Iglesia del Hīnayāna. En cuanto a lo demás, creo en la tolerancia y en la paz entre las Iglesias cuyos miembros comparten la misma fe en la Noble Verdad del Bienaventurado -añadió el primer acólito.

- Soy de tu opinión. Lo que nos une es más fuerte que lo que nos separa -exclamó el monje chino.

Los novicios ofrecieron sus cantimploras a los dos hinayanistas, que no se hicieron de rogar y se apresuraron a beber.

- ¿Cómo te las arreglas, con estos novicios tan jóvenes, para aventurarte por estos caminos de montaña de cuestas tan empinadas? -preguntó, maravillado, Santa Vía de los Ocho Miembros.

- Como la santidad, la voluntad no tiene nada que ver con la edad. A estos jóvenes los mueve una fe tal que caminar por la montaña no es para ellos más difícil que dar una vuelta en torno a un estanque -exclamó el mahayanista.

- ¿Y vosotros? ¿Adónde vais? -les preguntó entonces, con voz meliflua, un novicio que parecía un bebé.

- Nos dirigimos al monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales de Luoyang...

-respondió el turfanés con una sonrisa.

- Nos pilló de camino. El gran maestro Pureza del Vacío tiene lazos de amistad y estima con nuestro venerable Superior Compasión Absoluta -precisó el más joven de los monjes.

Todos eran muy amables y considerados con sus nuevos compañeros de ruta. Un novicio colocó una escudilla delante de Lapika y se ocupó de facilitarle comida y bebida, lo que el moloso agradeció con gañidos de satisfacción y gran agitación del rabo en señal de reconocimiento.

- ¡No lleváis el calzado adecuado para caminar ni tampoco equipaje! -comprobó otro novicio, que no parecía tener mucho más de diez años.

- No hemos tenido tiempo de llevarnos ni un zurrón... En lo tocante a provisiones y ropa, no tenemos nada -se lamentó Santa Vía de los Ocho Miembros, a quien el candor de los jovencísimos monjes del Gran Vehículo le había llegado al alma.

- No seréis fugitivos, ¿verdad? -se aventuró a preguntar su jefe.

- Pues «fugitivos» sería el calificativo más apropiado para nosotros, por desgracia. Mi Superior ha muerto. Y su sustituto, que ha usurpado el poder valiéndose del miedo y la candidez de los monjes, quiere despellejarme. Es una triste historia que demuestra que hay algunos monjes que, aun habiendo profesado votos, no por eso dejan de ser hombres... -murmuró Puñal de la Ley antes de revelar su identidad.

El que parecía dirigir el convoy de monjes peregrinos se presentó a su vez.

- Me llamo Gran Medicina.

Pese a ser algo mayor, le recordó terriblemente a Cinco Prohibiciones por la finura de sus rasgos y aquella mirada tan particular, sutil y rara mezcla de picardía y amabilidad.

- ¿De modo que te dedicas a sanar las almas, para decirlo de alguna manera? -le preguntó el monje desterrado de Peshawar.

- Estudié medicina en Luoyang con un gran sabio que se sabía de memoria todas las estrofas del Tratado de las plantas medicinales de Shennong.

[13] Intento curar las enfermedades que padecen los hombres y aliviar sus sufrimientos. No fue hasta más tarde que me hice monje mahayanista. He pasado diez años de mi vida tratando las enfermedades de la piel y debido a esto soy honorable especialista de las mismas. He aprendido a preparar cremas y ungüentos y a orientar a los enfermos hacia las fuentes de agua caliente que aceleran la cicatrización de las heridas y hacen desaparecer las irritaciones. Y si entré en el noviciado a la edad en que un monje podría acceder al rango de superior del monasterio es precisamente porque estoy convencido de que las almas son mucho más frágiles que los cuerpos...

- Tu trayectoria es significativa. Pasaste de la curación de enfermedades dérmicas a la del sufrimiento del alma... -observó el primer acólito.

- No lamento la elección. De esta peregrinación a la India regreso lleno de valor y animado de la voluntad de hacer el bien a mi alrededor. En cuanto a estos jóvenes novicios, a buen seguro se convertirán en monjes ejemplares -declaró Gran Medicina señalando a sus compañeros, que, saciada la sed y el hambre, ya se disponían a cargarse los zurrónes a la espalda.

En Gran Medicina todo respiraba bondad y compasión sincera.

- ¿Por qué quieres ir a Luoyang? Es un largo viaje que no se hace sin un motivo -añadió el monje chino, a cuyos pies acababa de echarse Lapika.

- Simplemente para restablecer la verdad y reparar una injusticia. Si llego allí, podré volver a mi monasterio con la cabeza alta. Mi objetivo estriba en restablecer la concordia y la paz entre el Mahâyâna, el lamaísmo tibetano del País de las Nieves y mi propia Iglesia -declaró misteriosamente Puñal de la Ley a su interlocutor, que lo miró con los ojos muy abiertos.

- No creo que esas Iglesias estén en guerra...

- Desengáñate, podría muy bien ocurrir que sucumbiesen a una rivalidad fatal, como ha venido sucediendo durante decenios. Mi antiguo superior Buddhabadra, que descansan en paz sus cenizas, participaba en un ritual en el que, si las cosas suceden como está previsto, yo podría reemplazarlo.

- Si quieres unirme a nosotros, al igual que tu compañero, para ir a Luoyang, os acogeré con el mayor placer -propuso sonriendo Gran Medicina sin el menor titubeo, como si diera por sentada la invitación.

- No quisiera disminuir vuestras reservas ni retrasar vuestra marcha. Ni siquiera tenemos buenos zapatos para caminar.

El monje chino ordenó a un novicio que le trajera dos pares de zapatos de cuero y fieltro con suelas claveteadas, adecuadas para caminar por la montaña.

- ¡Probáoslos! Son vuestros. Calzados con ellos podréis caminar sin maltrataros los pies.

- De veras que no sé cómo agradeceréte -murmuró Puñal de la Ley.

- Entre compañeros, lo normal es ayudarse. Os propongo que sigáis caminando dos horas más y después acamparemos y os prepararemos una buena cena caliente.

Cuando volvieron a emprender el camino calzados con sus nuevos zapatos, los monjes de Peshawar, convencidos de que aquel encuentro providencial era un regalo divino del Bienaventurado que quería protegerlos, sentían el corazón ligero como una pluma.

- Hay muchos lugares donde la gente es tan pobre que ni siquiera puede dar limosnas a los monjes.

¿Cómo te las has arreglado para subsistir durante tres años, tan lejos de tus bases, con tus dieciocho compañeros? -preguntó, al caer la noche, Puñal de la Ley, que había contado a los componentes del grupo, dirigiéndose a su nuevo amigo chino, los dos arrimados a una hoguera.

- Saco partido de mis conocimientos de medicina. Cuando llegamos a una aldea, visito a los enfermos y la gente me devuelve el ciento por uno. En tres años no nos ha faltado nunca un lecho ni un tejado bajo el cual poder cobijarnos. Ni siquiera en los pueblos más necesitados de la India.

- ¿Queréis un cuenco de sopa caliente, maestro Puñal de la Ley? -le preguntó un novicio tendiéndole una escudilla llena hasta los bordes que él se apresuró a aceptar.

El líquido caliente cayó tan bien a los hinayanistas, cuyos organismos ya empezaban a acusar el frío, que no tardaron en adormecerse, envueltos en una colcha con Lapika a los pies, en el pequeño resalto de roca donde Gran Medicina había decidido que dormirían sus compañeros.

Como prueba de que se sentían mutuamente de acuerdo, al despertarse, cuando aparecieron los primeros rayos de sol detrás de las crestas de las montañas que les cerraban el horizonte, tanto los dos monjes de Peshawar como Gran Medicina experimentaron el mismo sentimiento de alegría ante la idea de seguir viajando juntos y de unir provisionalmente sus destinos.

Y pese a que se habían conocido la víspera, tuvieron la impresión, que siempre experimenta la gente de bien cuando se encuentra fortuitamente con sus iguales, de que se conocían de toda la vida.

Tanto para Puñal de la Ley como para Gran Medicina, caminar juntos era también una manera de aportarse mutuo consuelo y contribuía a aumentar la complicidad, ya bastante profunda, que se había instalado entre los dos religiosos.

- ¿Qué clase de hombre es ese tal Pureza del Vacío? -acabó por preguntar el monje de Peshawar a su homólogo chino mientras atravesaban un impresionante círculo de montañas coronadas de nieves eternas que se reflejaban en una miríada de lagos de color turquesa.

- ¿A qué viene esa pregunta?

El antiguo primer acólito de Buddhabadra expuso a su compañero las circunstancias en las que la reunión abortada de Samyé había ido seguida del asesinato del Superior de Peshawar. Evocó después su propio viaje para encontrar a Buddhabadra, su encuentro con Cinco Prohibiciones y los Gemelos Celestiales y, finalmente, su periplo con Santa Vía de los Ocho Miembros y su encarcelamiento en Chang An, anterior a su retorno a Peshawar después de su nuevo paso por

Samyé...

¡Como para dormirse!

- ¡Pues no debes de haberte aburrido! -dijo plácidamente Gran Medicina cuando Puñal de la Ley terminó su perorata.

- ¡No, de eso nada! Seguramente hubo un error entre Buddhabadra y Pureza del Vacío. Por eso es inevitable que me haga una pregunta: ¿crees que el Superior de Luoyang es hombre capaz de poner los intereses de su Iglesia por encima de cualquier otra consideración, aunque sea al precio de un comportamiento reprensible?

- No conozco tan a fondo al Superior del monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales como para poderte responder. Como a todos en general, nos dieron a leer, al final del noviciado, breves extractos de un sutra compuesto por él que hacía referencia a los beneficios de la vacuidad pura en la meditación trascendental. Fueron escasos los monjes que comprendieron todo su sentido, puesto que el pensamiento del maestro Pureza del Vacío es en extremo sutil...

- Los jefes de Iglesia tienen a veces comportamientos de jefes de guerra -murmuró, pensativo, Puñal de la Ley antes de contar con detalle a su nuevo amigo lo que sabía de los concilios de Lhasa.

- Esa idea de pacto secreto me parece extraordinariamente juiciosa. Ahora comprendo mejor el sentido de tus palabras cuando me respondiste que ibas a Luoyang para contribuir al mantenimiento de la concordia entre las tres Iglesias búdicas -concluyó Gran Medicina para cerrar aquella detallada exposición.

- Menos mal que en todo este embrollo hay un sabio entre los sabios cuya intervención será decisiva para deshacer cualquier malentendido.

- ¿Quién es?

- Un santo muy respetado: el maestro Ramahe sGampo, dirigente del convento más antiguo del País de las Nieves. Le falta poco para cumplir ochenta años y, pese a que es ciego de nacimiento, ve más que tú y que yo.

- Lo creo. Más que los ojos, las facultades que permiten saber lo que se trama son la sabiduría y la experiencia.

- Nos hemos citado con él en Luoyang. Tengo prisa por asistir a esa gran sesión de explicaciones que esperamos celebrar con Pureza del Vacío. En ese día sonará la hora de la verdad: o se arreglarán las diferencias entre nuestras tres Iglesias o se consumará la ruptura.

- Seguro que el momento será memorable. Apuesto por una gran reconciliación. El Bienaventurado vela para que así sea. Lo que me dices de Ramahe sGampo me permite suponer que ese gran sabio tiene los medios necesarios para acallar las querellas inútiles que han podido empañar las relaciones entre las Iglesias búdicas.

- El Mahâyâna tendría mucho que ganar si tuviera al frente un monje como tú y no un filósofo sin par pero con el corazón seco, obsesionado constantemente por el mantenimiento de la supremacía de su Iglesia -murmuró Puñal de la Ley como si hablase consigo mismo.

Por la noche, en el campamento instalado ante la cabaña de unos pastores nómadas que aceptaron su presencia, y una vez que Gran Medicina hubo curado a uno de los niños, que tenía el pecho cubierto de pústulas purulentas, Puñal de la Ley le planteó la pregunta que pugnaba por salir de sus labios desde el momento en que se habían conocido.

- Tengo una pregunta técnica que plantear al médico de la piel que eres -murmuró al terminar su cuenco de té con manteca rancia de yak.

- Di lo que quieras, aunque no te garantizo la respuesta. Mi ciencia no es infinita -alegó, modestamente, Gran Medicina.

- Se trata de la niña que tiene la mitad de la cara cubierta de vello...

- ¿La niña de la pareja de Gemelos Celestiales? -inquirió el monje chino.

- ¡La misma! Me he preguntado siempre si estaba afectada de una malformación del rostro. A decir verdad, jamás he creído que tuviera un origen celestial, como afirmó un monje errante a Cinco Prohibiciones, el ayudante de Pureza del Vacío que heredó a los niños. Ese ma-ni-pa pretendía que descendía de un mono y de la diabla de las rocas, la pareja divina original que, según creen a pies juntillas los tibetanos, engendró hace miles de años a los primeros habitantes del País de las Nieves.

- En un pueblo remoto del valle del río Amarillo encontré a un joven que presentaba esa misma característica salvo en el mentón... Tanto sus padres como todos los vecinos del pueblo lo consideraban maldito.
- ¿Tenía la piel roja y recubierta de un vello fino y de color oscuro, como si fuera una máscara?
- Has descrito perfectamente el fenómeno que observé en ese adolescente. Sus padres lo tenían encerrado en una cabaña como si fuera un animal salvaje... Yo les expliqué que, a mi modo de ver, no tenía visos de tratarse de una maldición, sino más bien de un legado de la naturaleza como el que se observa en ciertos búfalos, que a veces tienen un cuerno más corto que el otro. Así pues, se avinieron a sacarlo de su escondrijo y desde entonces lleva una existencia normal. Incluso se ha casado y, como yo mismo he podido comprobar, ninguno de sus tres hijos presenta la más mínima mancha velluda en el cuerpo.
- En suma, que lo que nos choca es lo raro.
- Sí, eso es lo que atemoriza al hombre...
- Tu reflexión es pertinente. El fruto único, de color dorado, del árbol llamado jambu

[14] espanta al que lo coge incluso cuando cae en el lecho del río, donde sus semillas producen pepitas de oro de inestimable valor -murmuró Puñal de la Ley.

- Estoy profundamente convencido de que el ser humano teme la asimetría porque su cuerpo es, en apariencia, simétrico. Olvida que sólo tiene una cabeza, provista de dos ojos, por supuesto, pero una sola boca y, sobre todo, un solo corazón...
- Supongo que no hay ningún remedio para curar ese tipo de mancha de la piel.
- Los remedios sirven para curar enfermedades, no anomalías. Si esa Gemela Celestial acepta su condición y no la hace sentir desgraciada, miel sobre hojuelas -dijo el antiguo médico convertido en monje budista.

Iba a continuar la frase cuando un gruñido, seguido de otros más, hizo que todos se estremecieran y que los novicios, alarmados, se precipitaran hacia ellos del mismo modo en que los corderos asustados de los nómadas se apelotonaban balando contra las ovejas en el cercado.

También Lapika comenzó a gruñir con las orejas erguidas y los colmillos amenazadores asomando por debajo de los belfos, como presintiendo un grave e inminente peligro.

Pero el ruido fue precisándose hasta transformarse en una sucesión de aullidos característicos.

- Debe de tratarse de una bandada de lobos hambrientos que quiere atacar la granja. Reconozco esas voces. En el desierto de Turfan, cuando llega el invierno, acostumbran a merodear alrededor de las casas -dijo Santa Vía de los Ocho Miembros.

A su alrededor, los novicios comenzaron a gemir, mientras la familia de pastores, incluidos mujeres y niños, salía asustada de la cabaña.

- Hay que apiñarse alrededor de la hoguera. Los lobos temen el fuego -exclamó Puñal de la Ley.
- Pues traed más leña. Cuanto más altas sean las llamas, menos probable es que se acerquen -ordenó Santa Vía de los Ocho Miembros haciendo ademán a los novicios de que echaran mano del montón de leña que habían acumulado al montar el campamento.

Los aullidos de los lobos carnívoros que a duras penas se distinguían en la penumbra provocada por un cielo que las nubes oscurecían, iban haciéndose más amenazadores. Los hijos de los nómadas y los novicios más jóvenes de Gran Medicina, aterrados por tantos pares de ojos rojos que las llamas hacían relucir de pronto en la oscuridad, se echaron a llorar.

Puñal de la Ley asió a Lapika por el lomo para evitar que el molo-so se lanzara a atacar a la manada. El número de los lobos era tal que, pese a su valentía, la perra amarilla habría sido incapaz de hacerles frente.

- No te muevas. Tengo algo que quizá los ahuyente -dijo entonces Gran Medicina, que extrajo del fondo del saco de viaje un minúsculo barrilete de madera cuyo contenido distribuyó en círculos concéntricos alrededor del fuego.

- ¡Cuidado! ¡No te alejes demasiado! Pueden alcanzarte -le advirtió Puñal de la Ley con voz angustiada viendo que se acercaba peligrosamente a los puntos rojos que brillaban como rubíes.
- ¡No temas! Ahora verás qué pasa -le respondió el monje del convento de la Montaña Calva al

tiempo que acercaba al lugar del suelo donde había arrojado aquel polvo una rama encendida que sacó de la hoguera.

Se produjo una estrepitosa explosión seguida de una onda expansiva, mientras la espiral formada en el suelo se incendiaba hasta formar una trémula pared de fuego cuyas pavesas chamuscaron los hocicos de los lobos y los obligaron a batirse en lamentable retirada.

Gracias a la maniobra de Gran Medicina, las fieras hambrientas, de las que ahora sólo se oían débiles lamentos, habían abandonado el terreno.

- ¡Tus remedios son muy eficaces! Gracias a tu barrilito, nos hemos librado de una buena -exclamó Santa Vía de los Ocho Miembros.

- Es polvo de la longevidad que me regaló un sacerdote taoísta hace muchos años, cuando yo todavía ejercía la medicina. Desde que me convertí al budismo y a sus Nobles Verdades, ya no creo en los camelos taoístas. De todos modos, como observé que ese remedio se encendía fácilmente, decidí guardármelo. Lo utilizo para encender el fuego cuando la leña está húmeda -fue la escueta explicación del mahayanista.

- ¡Loado sea el Bienaventurado! Sin tu presencia de ánimo, Gran Medicina, la manada nos habría descuartizado a todos -dijo Puñal de la Ley.

- ¡Honor a Gran Medicina! -añadió Santa Vía de los Ocho Miembros secándose el sudor que le empapaba el rostro.

- ¡Sea loado! -exclamaron a coro los novicios, que levantaron en brazos a su tutor y lo llevaron en triunfo alrededor de la hoguera como a un héroe que regresa del combate.

La familia de pastores nómadas, además, ofreció a los monjes unas tortas de pasta de frutas de las que se hartaron los novicios, absteniéndose por una vez de refrenarse. En la noche negra de un cielo sin estrellas resonaron los gritos de júbilo de los niños-monjes, que se entregaron a la danza para celebrar las inconmensurables virtudes de su modelo, el Buda Gautama, ante los aplausos frenéticos de los nómadas.

- ¡Es hora de acostarse! Mañana temprano proseguimos la marcha -anunció Gran Medicina a su grey de seguidores tras dejar que se desahogasen y exorcizaran el terror provocado por el ataque de la manada de lobos.

Si la noche fue tranquila y reparadora, el despertar reservaba, en cambio, a Puñal de la Ley y a Gran Medicina, que se levantaron antes que los demás, una desagradable sorpresa.

Se encontraron rodeados por una banda de hombres armados y vestidos de harapos, y ni rastro de los nómadas, que probablemente habían puesto pies en polvorosa.

A pocos pasos, el cercado donde antes estaban recogidos los corderos y las ovejas estaba totalmente vacío.

Pero lo curioso del caso era que Lapika, de ordinario al acecho, esta vez no se había movido ni había ladrado e incluso, como si lo conociera, se acercó al hombre que por las trazas debía de ser el capitán de aquellos extraños soldados.

- Tienen muy mala catadura... -murmuró Gran Medicina al oído de su compañero del Pequeño Vehículo.

Este último ahogó una exclamación de sorpresa. Pese a la mugre que llevaba encima, que acentuaba sus arrugas, acababa de reconocer entre los intrusos los rasgos groseros del jefe Majib.

- Majib el parsi, ¿me reconoces? -se aventuró a decir en chino al interesado.

- Yo conocerte muy bien. Tú venir de Peshawar con elefante Sing-sing -replicó con violencia este último al tiempo que lo apuntaba con una afilada espada.

Pese a lo huraño del gesto, Puñal de la Ley comprobó con satisfacción que Majib chapurreaba más o menos el chino, a diferencia de la primera vez que lo había visto en aquel albergue de montaña del País de las Nieves, donde se encontró bloqueado debido a que las grietas que el paquidermo tenía en las patas le impedían caminar.

- ¿Está Ulik contigo? -se aventuró a preguntar el monje, que conservaba un buen recuerdo del joven intérprete y de su espíritu abierto.

- ¡Ulik fruta podrida! ¡Ulik al diablo! -gritó el parsi con aire avieso.

El comentario estaba muy claro: el joven parsi debió de abandonar a su amo y era evidente que éste

le guardaba rencor.

El jefe Majib dio entonces unas órdenes tajantes pese a las protestas de unos y otros, sobre todo de los novicios, a los que despertaron sin miramientos y, arrancados de debajo de sus gruesos cobertores, ataron de pies y manos, mientras ponían un bozal a Lapika y la sujetaban con una trailla de cuero.

- Me temo que se acercan nubarrones. Ese hombre tiene cara de pocos amigos y de ser un tipo violento -murmuró Gran Medicina al oído de Puñal de la Ley.

- El jefe Majib es violento, de eso no cabe duda... -le respondió el último, que sabía de qué hablaba. El mahayanista chino, por su parte, procuró fingir y adoptar una actitud impávida para no mostrar a sus novicios la angustia que sentía subir en su interior.

Por espacio de cinco días, el jefe parsi los hizo caminar hasta el agotamiento y transformó en pesadilla aquel periplo que tan bien había comenzado.

¿Qué objetivo perseguía?

No lo sabía nadie salvo él, que vagaba desde hacía meses por la Ruta de la Seda, adonde sus mandantes lo habían enviado de nuevo, con el fin de llenar sus arcas vacías.

Y no lo sabían sobre todo Gran Medicina y Puñal de la Ley, cuyos organismos soportaban cada vez peor el infierno que el jefe Majib imponía a su tropa. Todas las noches debían dormir a la intemperie sobre el duro suelo y jamás podían comer caliente, después de agotadoras jornadas de caminata en las que era imposible intercambiar la menor palabra, ya que aquel ritmo no les dejaba ningún respiro.

La perra amarilla, a la que el bozal demasiado apretado impedía comer normalmente, también movía a piedad. La pelambreira deslucida se le caía a mechones, con los que iba sembrando el camino por el que los viajeros caminaban como autómatas, cada vez más convencidos, a medida que pasaba el tiempo, de que no los conduciría a nada bueno.

- Jefe Majib, queríamos saber qué pensáis hacer con nosotros. Como sigáis haciéndonos caminar a este ritmo, lo más probable es que nos muramos todos en el camino -acabó por declarar, al quinto día, Puñal de la Ley en tono solemne después de haber hablado con su compañero del convento de la Montaña Calva.

- ¡No lo quisiera! -exclamó su secuestrador, lo que les permitió deducir que seguramente quería disponer del botín humano con el fin de venderlo.

El jefe Majib tenía sus planes.

Hacía semanas que oía hablar de la famosa «Fiesta de Primavera», presidida cada año por el emperador del Centro para celebrar el renacimiento de la naturaleza después del periodo invernal y favorecer al mismo tiempo las cosechas del verano. Eran muchos, en efecto, los que iban a la China central para la ocasión a través de la Ruta de la Seda, llevando sus mercancías que esperaban vender a buen precio... La fiesta era un pretexto para múltiples regalos que las familias se ofrecían entre sí, así como una gigantesca distribución de víveres organizada por el Estado en beneficio de las poblaciones más necesitadas.

Aquel invierno, ni en el más ínfimo albergue de la Ruta de la Seda se hablaba de otra cosa que de la decisión tomada por la pareja imperial de organizar la Fiesta de la Primavera no en la explanada del Mingtang en Chang An, sino en el monte sagrado Taishan, la «Gran Montaña» taoísta, cuya majestuosa cumbre dominaba la cadena montañosa que en cierto modo venía a ser la espina dorsal de la península de Shandong.

A ambos lados de la Gran Muralla, unos carteles expuestos en los lugares públicos invitaban a todas las ciudades de más de diez mil habitantes a enviar una delegación cargada de ofrendas destinadas a honrar al emperador del Centro.

Los principales oasis del desierto se veían afectados por aquella medida que ocupaba el ánimo tanto de los gremios de comerciantes como de las autoridades locales, ya que todos trataban de satisfacer el deseo del emperador evitando caer en la bancarrota, lo que obligaba a todos a hacer unos cálculos lo más ajustados posible. Puesto que era un hecho que no se podía jugar con los dones de fidelidad, ya fuesen en especies o en dinero contante y sonante. Y malo para las ciudades que se negaban a obedecer, porque pasaban a engrosar una lista negra y, llegado el momento, eran despiadadamente

castigadas, ya que los ejércitos chinos tenían orden de permitir que fueran saqueadas por los guerreros nómadas, a los que los agentes del Gran Censorado comunicaban discretamente el nombre de los lugares a los que tenían libre acceso...

Para Majib, que trataba de realizar una operación financiera tan lucrativa como la venta a Kaled Jan del informe referente a la presencia en Turfan de la fábrica maniquea, la captura de Puñal de la Ley y de Gran Medicina era una verdadera ganga.

Al parsi, de hecho, no le había durado mucho tiempo el barrilete lleno hasta los bordes de monedas de bronce y de plata que era el precio de su información.

Poco después de que Ulik los abandonara en país uigur, sus hombres y él -¡a cada uno le llegaba su turno!- cayeron en una emboscada tendida por bandoleros tibetanos que los desvalijaron de armas y efectos.

Aunque escondido en el cinto del jefe Majib, el barrilete de Kaled Jan no había escapado a la sagacidad de los hombres de la montaña, quienes de paso aprovecharon para castigar severamente al jefe parsi por haber ocultado la existencia de aquel tesoro.

Desvalijados del único botín que podían llevar a quien lo enviaba, Majib no tuvo más remedio que volver a errar por la Ruta de la Seda en busca de una mejor ocasión.

Cuando atraieron su atención los aullidos de la manada de lobos que habían atacado el campamento de los nómadas, no pensaba encontrarse frente a frente con Puñal de la Ley, el religioso a quien había conocido en un albergue de montaña.

Entonces, movido por la esperanza de recuperarse, decidió llevarse consigo aquella cuadrilla de monjes que había tenido la suerte de que cayera en sus manos.

¿Se dirigiría, pues, hacia la gran China, para sacar partido de la Fiesta de Primavera del monte Taishan, o volvería a su país de origen para vender a sus rehenes?

Escarmentado por las numerosas desgracias que le habían caído encima, el capitán de los ladrones parsis continuaba con sus titubeos. Era un hecho que el valor venal del nuevo convoy de prisioneros no debía llegar a la décima parte del que tenían los Gemelos Celestiales, pero no era momento de arrepentimientos ni de demoras.

El jefe Majib hacía castillos en el aire y se preguntaba cuál era el mejor partido que podía sacar de sus prisioneros cuando una noche, mientras vivaqueaban, vio llegar subrepticamente al mahayanista Gran Medicina, que tomaba grandes precauciones para no ser visto por sus compañeros.

- Jefe Majib, tengo que hacerte una proposición -le soltó el monje chino con todo el aire de un conspirador.

- ¡Hablar pronto!

- En China central, una persona como el monje hinayanista Puñal de la Ley vale mucho dinero. Eso puedo asegurártelo.

- ¿Qué me dices? -exclamó el parsi levantando una ceja, con lo que quería dar a entender que se tomaba muy poco en serio la confidencia que acababa de oír.

- China está totalmente entregada al Mahâyâna. Todo intento de infiltración del Hînayâna está allí severamente reprimido... Créeme si te digo que, con esos dos religiosos procedentes de la India, has puesto la mano sobre un verdadero botín. Yo que tú lo tendrías muy en cuenta -insistió el monje del convento de la Montaña Calva.

- Yo ir a la Fiesta de la Primavera. Dicen que este año mucho dinero. Emperador decidir hacer fiesta en montaña sagrada llamada Taishan. En los albergues sólo hablar de eso -explicó el jefe Majib, que ahora parecía visiblemente más interesado por la confidencia del chino.

- Si se celebra en el monte Taishan, no hay duda de que será más brillante que otros años. Deja que te lleve allí y seguro que venderás cara la entrega de Puñal de la Ley y de su acólito. Tendrás al alcance de la mano a las máximas autoridades del país, con lo que te evitarás los intermediarios.

- Idea no parecerme mala... -murmuró el parsi.

- Créeme, si sigues mis consejos, serás rico -añadió Gran Medicina acabando de rematar la faena. Alrededor de ellos todavía dormían todos los hombres del convoy, tanto persas como chinos, sin olvidar a los dos monjes indios, agotados por la jornada de marcha a través de piedras y polvo.

- Todo esto, por supuesto, deberá quedar entre nosotros. Si los hinayanistas lo supieran, es evidente que nos impedirían conseguir nuestros fines -concluyó el antiguo médico convertido en monje budista en época tardía.

- Yo no ser tonto. Pacto ser secreto -le replicó el bandolero errante en un tono que no dejaba ninguna duda con respecto a que acababa de morder vorazmente el anzuelo de su interlocutor. Y los dos hombres rozaron sus manos en señal de alianza como dos socios unidos por un inconfesable proyecto común.

- Ayer noche estabais los dos en conciliábulo -dijo Puñal de la Ley al día siguiente por la mañana con aire a un tiempo serio y contrariado, al ir al encuentro de Gran Medicina vigilado por la mirada desconfiada del bandolero parsi.

- El jefe Majib tenía dolor de cabeza. Espero haberle facilitado el remedio adecuado... -replicó el monje mahayanista guiñando el ojo al parsi.

- Tenía cabeza como partida por cimitarra. Gracias pastillas del monje, pasar noche bastante normal... -subrayó este último dirigiéndose a Puñal de la Ley.

Para el parsi Majib, aquella mentira de Gran Medicina era la prueba de que el acuerdo sellado entre los dos había quedado ultimado. Ahora podía dormir a pierna suelta.

Cuando el convoy se puso en movimiento camino de Dunhuang, los novicios del convento de la Montaña Calva ya estaban más tranquilos. A juzgar por su rostro risueño, su jefe espiritual estaba mucho menos inquieto que en días anteriores.

Y para aquellos jóvenes piadosos de corazón puro que veían a Gran Medicina como un padre, ¿no era esto acaso lo más importante?

En cuanto a Puñal de la Ley, sólo pensaba en una cosa: llegar a Luoyang. Sería la hora de la verdad, el momento en que por fin se rasgaría el velo y se pondrían al descubierto tantos enigmas y zonas oscuras.

Pero el monje indio, que el destino se había empeñado en desviar de su camino, ¿tendría realmente esta posibilidad?

CHANG AN, CAPITAL DEL IMPERIO DE LOS TANG

Guarda esto cuanto antes en un cajón! -dijo el viejo general Zhang, que degustaba, tajada tras tajada, una enorme sandía que un paje con el cráneo rapado y una trenza impecable cortaba a sus pies.

Al mismo tiempo, el antiguo Primer Ministro del emperador Taizong tendió precipitadamente a su servidor una bolsita de seda escarlata en la que había metido lo que por nada en el mundo habría mostrado al visitante que esperaba.

- Señor Primer Ministro, qué alegría veros -exclamó el prefecto Li, satisfecho por una vez, al entrar en el despacho del antiguo Primer Ministro de Taizong el Grande.

- Tráenos dos tazas de té. ¿No dicen que el té perfumado es para la boca de quien lo degusta lo mismo que una rima límpida para un dulce poema?

Aquella mañana el viejo Zhang se sentía poético, a menos que no se tratara de los efectos de la famosa mezcla especial que había fumado antes de recibir al Gran Censor.

Tan pronto como dio la orden, el solícito paje inclinó la cabeza como un autómatas, se levantó y se apresuró a ir a buscar lo que el viejo general le había pedido.

- Me impacienta saber qué tal ha ido vuestra ronda Yinjian

[15] en los territorios aliados del Gran Sur -añadió dirigiéndose al prefecto Li.

- Me quedaría corto si os comunicara simplemente que ha ido bien, mi general.

El Gran Censor, poco habituado desde hacía unos meses a dar buenas noticias, estaba tan exultante que casi tartamudeaba.

- ¡Pues ya era hora! -exclamó el viejo general en tono desabrido.

- Cuento con lo necesario para eliminar a la Usurpadora. No tardaremos en tener en Chang An un testigo capital de las torpezas de la infame Wuzhao -declaró el prefecto sin ambages.

- No es la primera vez que oigo esas palabras de vuestra boca -dijo, dubitativo, el antiguo Primer Ministro de Taizong el Grande, mientras el mismo servidor, con el cuerpo constantemente curvado por la mitad, les traía dos elegantes cuencos verdeceladón llenos de un té amarillo como la miel y perfumado como las orquídeas.

- Os aseguro, mi general, que el golpe es importante. Esta vez se trata del obispo nestoriano Addai Aggai de Dunhuang, a quien podremos coger como quien coge una flor apenas llegue a Chang An. Es uno de los dos principales organizadores del tráfico clandestino de seda encubierto en su momento por la emperatriz Wuzhao -declaró, no sin darse importancia, el Gran Censor, que veía en aquella gestión el medio de restaurar su estrella, la cual no había dejado de palidecer desde que Wuzhao iba extendiendo su influencia sobre los asuntos de Estado.

- ¡Muy bien! -dijo el general, aunque no se tragó ni una sola palabra.

- Cuando este hombre cuente lo que sabe, sus palabras tendrán el efecto de un colosal petardo Baozhong y su fragor superará el ronquido del dragón que dormita, según dicen los geománticos, bajo la Montaña Calva de Luoyang -exclamó el Gran Censor Imperial.

- ¿Y en qué milagroso animal volador se habrá trasladado hasta aquí ese religioso occidental? Hablemos en serio, prefecto Li, ¿qué azar habrá hecho que ese individuo venga aquí? -añadió, cada vez más desconfiado, el viejo confuciano, que ya estaba poniéndose de mal humor.

- El dios Longwang, Rey Dragón, no tiene nada que ver con eso. Es más sencillo, mi general: ese hombre llegará hasta aquí por sí mismo, con ayuda de sus piernas, y caerá de cabeza en la trampa que le hemos tendido... -dijo el Gran Censor con voz curiosamente entrecortada.

Tenía tal aire de seguridad que la actitud desafiante del viejo general acabó por vacilar.

- Es indudable que se trataría de un hecho positivo -murmuró medio en broma.

- Os aseguro que nunca habíamos estado tan cerca de nuestro objetivo. Es un verdadero milagro. Llegado el momento, no dejaré de recogerme en el templo del maestro Kong...

- ¿Sería mucho pedir, señor prefecto, que me explicaraís cómo conseguisteis dar un golpe tan magistral? -inquirió, ligeramente picado, el general.

- El dios de la Suerte, Caishen, por fin me ha concedido su bendición, señor Primer Ministro. Para agradecerse, precisamente, he hecho quemar desde hace una semana haces de bastoncillos de incienso... Nuestros amigos no tardarán en apodarme Li el Afortunado -exclamó este último, que, dadas las circunstancias, no tardó en exagerar el énfasis.

El Gran Censor, normalmente más tieso que una alabarda, incluso remató la frase con un grotesco saltito.

- Si no os importa, me gustaría pasar a los hechos, señor prefecto. ¡A los hechos escuetos! -exclamó, impaciente, el general Zhang, que apreciaba moderadamente las libertades que se había tomado el jefe de la policía secreta china.

- Al pasar por Hetian, en el curso de mi fructuosa ronda Yinjian, encontré a nuestro gobernador enzarzado en conversación con un tal Kaled Jan, jefe de una tribu tujüe que campaba por la región. Nuestro valeroso funcionario no sólo había salvado la vida a este hombre sino también a todo su pueblo en conjunto, mujeres, niños y viejos incluidos... impidiéndoles in extremis aventurarse por el desierto de Taklamakan, donde ya habían empezado a perderse.

- ¡Y yo que me figuraba que los tujüe eran los enemigos del emperador del Medio! -dijo, despechado, el viejo Zhang.

- Con este inteligente gesto de salvaguarda, nuestro gobernador ha convertido a ese Kaled Jan en una persona agradecida y, después, en un aliado del imperio del Centro. Para demostrar su

agradecimiento a las autoridades chinas ese bárbaro nos propuso entregarnos al antiguo obispo nestoriano de Dunhuang, Addai Aggai, a quien tenía prisionero. Cuando el tujüe pronunció ese nombre delante de mí, se me heló la sangre. La muchacha que fue alojada en el palacio imperial por la Usurpadora es la hija de ese cristiano -explicó el prefecto Li, a quien la evocación de tan triste episodio hizo estremecer.

- Recuerdo muy bien que a vuestros agentes les faltó muy poco para practicar su detención

-exclamó con sequedad el viejo, que conservaba íntegra la memoria.

- Comprenderéis, mi general, que yo tenga tanta prisa en tomarme la revancha...

- ¿Y por qué razón aceptaría Addai Aggai arrojarse en las fauces del dragón?

- El interesado, como es lógico, no sabe nada. Cuando indiqué a Kaled Jan que yo quería hacer comparecer a ese religioso occidental ante nuestra jurisdicción para inculparlo de tráfico de seda, ese tujüe propuso la solución adecuada: como el obispo iba en busca de su hija única, él se comprometió a hacerle creer que le concedería la libertad si se apoderaba de una princesa china que era trasladada a través de la Ruta de la Seda. Cuando volví a verlo al día siguiente, Kaled Jan me aseguró que Addai Aggai había aceptado, encantado, el trato.

- ¿Y qué garantía tiene de que el obispo en cuestión no aprovechará esa medida de tolerancia para fugarse?

- Hay dos hombres que lo siguen discretamente y, llegado el momento, lo entregarán a los nuestros... Y para mayor seguridad, he puesto vigilancia en todos los albergues de la Ruta de la Seda.

- Veo que no dudáis en emplear grandes medidas. ¡Eso está bien!

Era la primera vez que el Gran Censor recibía un cumplido del viejo confuciano.

- Aunque sea difícil, también trato de ser vuestro digno heredero espiritual, mi general -respondió el prefecto Li, deseoso de devolver el cumplido a su interlocutor.

- Ese jefe bárbaro... ese tal Kaled Jan, como vos lo llamáis, parece más astuto que sus congéneres. Y eso es raro. Al otro lado de la Gran Muralla, los bárbaros no llegan al tobillo de los Han...

-dictaminó el viejo general condecorado, que no creía ser tan exacto, ya que distaba mucho de sospechar que Kaled Jan esperaba matar dos pájaros de un tiro al satisfacer a las autoridades chinas por un lado y recuperar a Luna de Jade por otro para venderla por segunda vez...

- Nunca agradeceré bastante al dios de la Suerte...

- ¿Y dónde está ahora ese demonio de nestoriano? -inquirió el antiguo Primer Ministro, a quien las palabras del prefecto Li habían convencido.

- A estas horas, el obispo Addai Aggai debe de estar en la Ruta de la Seda. Espero recibir noticias tuyas de un momento a otro. Como ya os he explicado, mis mejores agentes le siguen los pasos y me dan cuenta de ellos gracias a las constantes estafetas. Se han movilizad para llevar a cabo esta tarea la mayor parte de los caballos del Gran Censorado.

- O sea, que tenéis el dispositivo a punto -constató, satisfecho por una vez, el general confuciano.

- Totalmente. Esta vez la trampa se cerrará, implacable, sobre la Usurpadora igual que la mandíbula de un tigre sobre un tierno antílope... Me lo he tomado como un asunto personal -declaró el Gran Censor al despedirse.

Apenas lo dejó solo, el viejo militar hizo señal al paje de que se acercara.

- Ve a buscar la pipa -le ordenó.

El paje obedeció al momento y presentó al antiguo Primer Ministro de Taizong el Grande el estuche de seda escarlata que tenía guardado en la cómoda.

- Ya habéis fumado esta mañana temprano... -protestó tímidamente el servidor.

Era un hecho que los médicos del viejo Zhang le habían hecho jurar que no se serviría más de una vez al día de la mezcla de opio, incienso y hojas de ginkgo biloba secas con la que atiborraba la minúscula pipa que en estos momentos había empezado a manosear febrilmente.

- Respirar mi «mezcla especial» es la única actividad que me da fuerzas, pese a que no me hago ninguna ilusión sobre mi capacidad de vivir «diez mil años más».

[16] En lo tocante a mujeres, ya hace mucho que este viejo pellejo no hace nada por ellas...

-murmuró el viejo antes de introducir los dedos en la cajita de laca que el paje le fue a buscar. La «mezcla especial» era tan perfumada que el paje, que no se abstenía de fumar a escondidas, no pudo reprimir un estremecimiento de placer cuando el viejo Zhang levantó la tapadera del cofrecillo.

Con gesto meticuloso, el confuciano opiómano puso sobre sus rodillas una pipa apenas más grande que el estilete de un escribano, cuya cazoleta atiborró meticulosamente; después, siguiendo lo que se había convertido para ellos en un ritual inamovible, el paje cogió la pipa de manos del general Zhang, le acercó una cerilla que acababa de frotar y devolvió a su amo el instrumento del único placer que le quedaba en la vida.

- ¡Qué bueno! Habrá que reponer mi reserva de la «mezcla especial», ya que compruebo que se agota peligrosamente... -murmuró el viejo, jadeante, tras dar la primera calada.

- Mi general, creo que ya os previne que Cara Gorda anda corto de yapian desde hace tres meses. Hace ver que está enfermo y que esto le impide visitar a su suministrador -respondió el paje, que ahora miraba de reojo la pipa del amo.

- ¡Por Confucio que parece que piensas que se trata de una enfermedad diplomática!

- Cara Gorda tiene muy mala cara desde hace meses. Pero, en materia de yapian, ¿no erais vos quien me recomendaba siempre que fuera prudente y desconfiado?

- ¡Es verdad!

- Cara Gorda debe de tener miedo. A lo mejor piensa que corre demasiados riesgos...

- ¡Se equivoca!

- ¿Cómo podéis pretender tal cosa?

La voz del servidor temblaba de indignación. -Tengo que hacerte una confidencia: no soy el único que practica esta actividad. Aunque su situación es de infracción con el fisco, Cara Gorda no tiene nada que temer. Su circuito está perfectamente protegido. Desde el Ministro de Hacienda hasta el prefecto de policía de Chang An, a ninguno de sus clientes le interesa que este asunto se propague -explicó con voz cansada al paje, a quien aquella confidencia revelaba todo un mundo.

¿No era su amo en persona, el muy taimado, quien lo había exhortado siempre a observar la máxima prudencia cuando lo enviaba a buscar mercancía a casa de Cara Gorda, alegando que este último llevaba a cabo sus actividades ante las narices y las barbas de las autoridades?

Después de haberse liberado de ese modo, el viejo general estaba tan agotado por el esfuerzo de aspirar el humo que cerró los ojos. A partir de ese momento su cuerpo flotó como en una nube. Fumar opio, aunque cada vez estaba más cerca de desfallecer por agotamiento, se había convertido para él en algo tan indispensable que se olvidaba de los efectos cada vez más graves que esta práctica tenía sobre sus pulmones enfermos.

Entonces, como de costumbre, el paje aprovechó el momento en que su amo se amodorraba como mínimo durante una hora para precipitarse a su vez sobre la pipa.

Mientras el viejo Zhang se entregaba a su postrero placer, el prefecto Li volvió a su despacho, donde lo esperaba su secretario particular, que parecía algo más nervioso que de costumbre.

- Señor prefecto, Addai Aggai no está solo en la Ruta de la Seda. Nuestros agentes os comunican que el nestoriano va ahora acompañado de un joven...

- ¡Qué extraño! -exclamó el Gran Censor, inquieto de pronto.

- El correo está abajo ocupado en saciar la sed. Ha estado diez días cabalgando sin parar. Él os lo explicará todo mejor que yo, mi señor.

- ¡Hazlo subir inmediatamente!

Unos instantes después, el agente especial, sudando a mares, estaba en posición de firmes delante del prefecto Li.

- Según nuestros informes, señor Gran Censor, el hombre que acompaña a Addai Aggai se llama Ulik.

- ¿Cuál es su etnia de origen?

- Nos ha sido imposible averiguarlo. Habla bien el chino. En los albergues donde duermen, él se encarga de negociar las tarifas...

- ¿Disponen de dinero?

- Eso parece. O bien de alguna mercancía preciosa: viajan en una carreta entoldada tirada por dos mulos y no duermen jamás al raso.
 - ¿Se sabe qué transportan?
 - Por desgracia, no, ya que no retiran nunca la lona que cubre la carreta. ¿Queréis que procedamos a un control?
 - ¡Ni por asomo, idiota! Si transportan alguna mercancía prohibida o no han satisfecho los impuestos de rigor, nos veremos obligados a detenerlos y todo mi plan se irá por los suelos. Tienen que llegar a Chang An sin problema, ¿comprendido?
 - De acuerdo, señor Gran Censor. Se hará lo que sea para que esos dos hombres lleguen aquí sanos y salvos.
 - ¡Y libres! -gritó el prefecto Li, dirigiéndose esta vez a su secretario particular con la intención de que hiciera circular la orden.
 - Entendido, señor prefecto -farfulló aquél con voz monocorde.
- Dándose cuenta de que su amo no bromeaba, el joven, que lo conocía a fondo porque estaba con él desde la mañana a la noche, se puso a temblar como una hoja.
- ¿Cuántos días se supone que tardarán en llegar? -preguntó con voz de trueno el prefecto Li.
 - Si las cosas les van bien, dentro de dos o tres semanas -respondió el correo después de un cálculo rápido.
 - Cuento con todos para que no les ocurra nada... -añadió en tono amenazador el Gran Censor Imperial.

Todos se esforzaron en asimilar aquellas directrices, ya que, exactamente dieciocho días después, un colaborador informó al prefecto Li, encantado y tranquilizado a un tiempo, de que el convoy de los dos hombres acababa de presentarse ante el control de la Puerta Occidental de la capital de los Tang, donde los aduaneros ya tenían orden de dejar pasar a los dos hombres, quienes no las tenían todas consigo, sin ni siquiera preguntarles qué clase de mercancías transportaban.

- El dispositivo de vigilancia en la ciudad deberá ser lo más discreto posible. Seré yo y nadie más que yo quien decida qué día y a qué hora deberá tener lugar la detención del obispo -quiso precisar el autor de la maniobra encaminada a derrocar a Wuzhao.

Las órdenes del Gran Censor, como no podía ser de otra manera, fueron cumplidas al pie de la letra y fue con desconcertante facilidad que Addai Aggai y Ulik, ignorando que eran objeto de una vigilancia tan discreta como rigurosa, localizaron el templo del Muy Justo Medio tras su llegada a la capital. Previamente, habían tenido la precaución de alquilar una habitación en un hotel que disponía de un pequeño patio interior utilizado como cuadra, donde pusieron a buen recaudo los dos mulos así como su precioso cargamento de yapián, debidamente escondido debajo de un montón de paja.

De hecho, el templo confuciano más grande de Chang An ya se avistaba desde lejos.

El edificio era inmenso, pomposo y macizo, y resumaba el aburrimiento y el fasto protocolario. Su columnata se erguía sobre un gigantesco estrado de piedra a un extremo de la avenida de los Rituales de la Buena Fortuna, que unía el barrio comercial con aquel edificio frecuentado principalmente por funcionarios civiles.

Cuando se penetraba en la penumbra de aquellos lugares era imposible no advertir la réplica en bronce del Muy Venerable Confucio. La primera cosa que veía el visitante era, en efecto, el rostro sonriente de la estatua del viejo maestro, que el bronceista había cincelado a tamaño natural, lo que imprimía a la efigie una sobrecogedora sensación de realismo.

En un extremo del templo del Muy Justo Medio, colocada sobre un zócalo de madera dorada, la figura del viejo sabio entre los sabios se erguía, majestuosa, frente a los visitantes, iluminada por los centenares de velas encendidas por los devotos que eran candidatos a los exámenes administrativos y que acudían a confiar su suerte tecnocrática al dios-filósofo de los chinos.

- ¡Basta con sentarse y esperar! -murmuró Ulik, que se acordaba perfectamente de las palabras del posadero que les había confiado el cargamento de yapián.

Más circunspecto, Addai Aggai se sentó a su lado en un largo banco de mármol instalado al pie de la estatua.

- Espero que el hotelero a quien hemos confiado los mulos sea hombre de confianza -dijo el obispo con un suspiro.
- No es el momento de preocuparse ahora que llegamos al final -protestó el antiguo intérprete parsi, que era de natural optimista.
- Hemos confiado en un traficante de yapian que pudo muy bien contarnos lo que le pasara por la cabeza...

- Piensa que hemos llegado hasta aquí sin la menor dificultad.

- Eso es lo que encuentro más sospechoso... -exclamó el nestoriano, después de lo cual se quedó callado porque acababa de ver entrar a un hombre en el santuario.

Pero no era más que un devoto que venía a encender un cirio delante de la estatua y a éste no tardaron en seguirlo otros más, todos los cuales se prosternaban a los pies del Confucio de bronce implorando su benevolencia.

Pronto haría tres horas que los hombres esperaban sentados en aquel banco. El tiempo transcurrido, que comenzaba a hacerse eterno, parecía dar la razón al nestoriano cuando vieron por fin una silueta cuya sombra se deslizaba rápidamente sobre las losas de piedra, iluminadas apenas a aquella hora del día por las altas ventanas del edificio. La figura llevaba una capa con capucha que impedía ver su rostro.

La silueta se sentó en el banco de piedra entre Addai Aggai y Ulik.

- Vengo de parte de Cara Gorda -dijo el del capuchón en un susurro.

- ¿Y eso quién me lo demuestra? -le espetó, con aire desconfiado, el padre de Umara.

- Nadie más que vosotros; ningún devoto permanecería sentado tanto tiempo en este banco...

-replicó el desconocido mientras Ulik dirigía una mirada de connivencia a su compañero, como indicándole que la desconfianza estaba fuera de lugar.

- Te escucho... ¿Qué mensaje transmite la persona que te manda? -inquirió el obispo nestoriano de Dunhuang, a quien se le había disparado el corazón.

- Cara Gorda os recomienda la máxima prudencia. No saldréis de aquí hasta que cierren el templo, que es cuando llega toda la oleada de devotos antes de que caiga la noche, y entonces saldréis cubiertos con esto -les explicó el del capuchón tendiéndoles una ropa oscura.

- Y esto ¿qué es? -inquirió Ulik apoderándose del fardo.

- El ropaje que usan los jueces administrativos. Esta noche, su cofradía viene aquí para rendir homenaje a su patrón tutelar. Serán unos cien como mínimo. Lo único que tenéis que hacer es confundiros con ellos... y pasaréis inadvertidos.

- ¿Y qué tendremos que hacer después? -prosiguió Addai Aggai.

- Pues dispersaros de incógnito en Chang An, donde mi dedo meñique me ha dicho que la policía secreta os está pisando los talones... Y si es posible, alejaros cuanto antes de esta capital, en la que dicen algunos que hay, como mínimo, un policía por cada cuatro habitantes. Os aseguro muy en serio que, sin estos disfraces, no tenéis ninguna posibilidad de salir de aquí bien librados.

- ¿Cómo lo sabes? -lo interrogó el obispo.

- Los grandes clientes de Cara Gorda son personajes lo bastante bien situados como para estar al tanto de esa clase de informaciones y hacer partícipes de ellas a aquellos a quienes quieren proteger... aunque se trate de agentes del Gran Censurado -murmuró, en voz baja, el desconocido.

- ¿Y por qué han de solucionarnos la papeleta unos dignatarios del régimen? -prosiguió el obispo, algo molesto.

- Correrían un gran riesgo si se descubriera el comercio clandestino de yapian. El intercambio de mercancías sin pagar al Estado los impuestos correspondientes se considera un crimen de Estado y, debido a esto, es merecedor de la pena capital.

- Si he entendido bien, los mejores clientes de Cara Gorda se protegen a sí mismos al ayudarnos a nosotros -dijo Ulik, que ya empezaba a entender en qué emboscada habían caído.

- Nadie lo habría dicho mejor. Hace semanas que los agentes del prefecto Li os vienen siguiendo a través de la Ruta de la Seda. Le comunican el menor de vuestros gestos y acciones. Pocos son los que salen vivos de las cárceles de este hombre -añadió el desconocido.

- Lo sabía. Ya me parecía extraño no encontrar ningún impedimento en el viaje. Ahora entiendo por

qué hemos podido pasar todos los controles y aduanas con tanta facilidad. Ni una vez siquiera han intentado extorsionarnos. Hasta los mismos bandidos debían de estar al corriente... -concluyó, pensativo, el nestoriano.

Estaba contrariado, pero en el fondo no tan sorprendido por el giro que habían tomado los acontecimientos. Considerando las cosas de forma retrospectiva, se decía sobre todo que había sido muy ingenuo.

- ¿Y la mercancía? ¿Qué pasará con la mercancía? -preguntó Ulik.

- Basta con que me digáis dónde está y yo me ocuparé de recuperarla.

El intérprete parsí, sin el menor titubeo, dio al enviado de Cara Gorda las señas de su hotel de Chang An.

Apenas obtuvo la información, el desconocido dio una bolsa a cada uno y se eclipsó tan subrepticamente como había aparecido.

- ¡Todo esto es asombroso! Nos han manipulado de cabo a rabo en este asunto. Si unos personajes bien situados no protegiesen esa red de reventa de yapian, ya estaríamos en la cárcel. ¡De buena nos hemos librado! -dijo, angustiado, el obispo.

- O sea, que no se sabe dónde está lo peor... -dijo Ulik poniéndose una de las hopalandas de satén negro con capucha que les había facilitado el desconocido.

Addai Aggai lo imitó mientras el templo del Muy Justo Medio se iba llenando poco a poco con la cohorte de jueces administrativos; todos iban vestidos como ellos, la capucha perfectamente calada mientras iban a prosternarse dignamente delante de la santa efigie implorando que se dignase concederles éxito en los exámenes administrativos tanto a sí mismos como a los miembros de su familia.

Había funcionarios de todas las edades y de todos los orígenes que pertenecían a la misma todopoderosa corporación judicial.

Cuando terminaron con el turno de reverencias, tomó la palabra, con voz potente, el que parecía el jefe, situado delante de la estatua de bronce.

- Demos las gracias a nuestro Muy Venerable Maestro Kong. Ojalá proteja a los miembros de nuestra compañía... ¡Que levanten el dedo aquellos de vosotros que se presentan a los exámenes!

-declaró el juez, provocando que se levantara todo un bosque de brazos entre la muchedumbre.

Seguidamente contó a los que habían respondido positivamente.

- Mi hijo quiere ser juez de primer grado. Se sabe de memoria todo el código penal de los reyes Zhou.

[17] Y se prepara para hacer lo propio con su código ritual. Me gustaría confiar su éxito al maestro Kong. Y para que mi deseo sea satisfecho, estoy dispuesto a hacer las ofrendas necesarias -exclamó uno de los que participaban en la ceremonia.

Correspondía ahora a cada uno explicar al foro el motivo de su presencia en el templo del Muy Justo Medio: aquél estaba allí por su hijo, ese otro por su yerno o, lo que era aún más sorprendente, por sí mismo, a fin de tener la seguridad de ascender en categoría dentro de la jerarquía.

El jefe de los jueces, que se había provisto de un incensario, expandía efluvios olorosos en el templo que encantaban a aquellos funcionarios celosos y arribistas entre los que circulaban los encargados de recoger los dones y limosnas en grandes bandejas lacadas en las que todos eran invitados a depositar un óbolo.

Los dos fugitivos no se abstuvieron de considerar con aire divertido la pintoresca escena que ofrecían aquellos hombres cuya vestimenta les daba el aire de extraños cuervos y que se apretujaban delante de la estatua de bronce que debía aportarles sus beneficios como niños dóciles delante del maestro de escuela.

- Prefiero el ambiente sereno de los templos búdicos a los más triviales de los templos confucianos -dijo por lo bajo Ulik a Addai Aggai.

- Comparto hasta cierto punto tu opinión.

- Si tuviera que cambiar de religión, jamás optaría por la de Confucio.

- ¡Que no es un dios, sino un filósofo! Y, dicho sea de paso, ¿no te parece que deberíamos

confundirnos ya con la multitud? -preguntó a su compañero el nestoriano, que acababa de advertir el movimiento de la muchedumbre hacia la salida, terminada ya la colecta y la sesión de peticiones.

- De acuerdo. ¿No crees que, en cualquier caso, sería mejor que nos separásemos aquí, ya que de ese modo reduciríamos el riesgo de que nos detuvieran si por desgracia nos descubren? -musitó el intérprete.

- Iba a proponértelo -murmuró el obispo con la voz teñida de emoción, lamentando abandonar a aquel joven parsi que se había convertido en su amigo.

Ulik se intercaló en la fila de jueces que se dirigían a la puerta del templo, mientras Addai Aggai dejaba pasar unos minutos y después se bajaba cuidadosamente la capucha de su hopalanda y se sumaba a su vez a un grupo de funcionarios que, lentamente, iban ganando la salida del edificio.

Una vez fuera, fue incapaz de distinguir si Ulik todavía seguía mezclado con la multitud compacta de los jueces que continuaban charlando en la escalinata del templo confuciano. Sin dejar un momento de mantenerse alerta, sin tratar de adivinar siquiera cuáles de aquellos mirones podían ser en realidad policías, se deslizó hacia un ángulo de la columnata y se eclipsó a toda velocidad por un tortuoso callejón después de atravesar la gran avenida de los Rituales de la Buena Fortuna, ya atestada de gente.

Cuando se volvió pudo comprobar con alivio que no parecía seguirlo nadie por la calle donde sólo se veían algunos niños harapientos que jugaban al aro.

Apresuró el paso, deseoso de alejarse cuanto antes del templo del Muy Justo Medio y de los policías vestidos de paisano que a buen seguro pululaban alrededor.

¿Adónde iría ahora? En Chang An no conocía a nadie.

Desde la promulgación del decreto de prohibición de la religión nestoriana, era conveniente no confesar que uno era adepto de dicha Iglesia, ya que había delatores de todo tipo que conocían el valor de las informaciones que habrían propiciado la detención de un clandestino como Addai Aggai, sin duda el pez más gordo de la que, a ojos de las autoridades, no era más que una religión ilícita. Quedaba descartado abordar al primer individuo con quien se topase por la calle.

Comprobó que tenía sed.

Habiendo advertido una plazoleta ocupada en gran parte por hileras de mesas y bancos en los que estaban instalados clientes que tomaban el té, tomó asiento también él, todavía vestido con su hopalanda.

- ¿Quieres una o dos raciones de té? -le preguntó una camarera atribulada que hacía la ronda de mesa en mesa.

- Necesito tomar un gran cuenco -respondió el nestoriano esforzándose en adoptar acento chino. Y se bajó la capucha para beber con más tranquilidad.

- ¡Addai Aggai!

Al oír su nombre, al padre de Umara se le heló la sangre en las venas. Se volvió hacia el hombre que tenía sentado a su lado y que acababa de poner nombre a su rostro.

- ¡Cargamento de Quietud!-exclamó.

También él había reconocido al maniqueo de Turfan que acababa de interpellarlo. La mutua sorpresa fue total y el maniqueo y el nestoriano se estrecharon las manos con efusión.

- Hay que hablar bajo. La policía sigue mis pasos -murmuró el obispo a su antiguo compañero cubriéndose precipitadamente la cabeza con la capucha.

- No tienes más que seguirme. Vivo cerca de aquí, en una pensión cuyos patronos son gente encantadora.

- Espero que sean de fiar. Tengo la impresión de que aquí todo el mundo está dispuesto a denunciar a su vecino por dinero.

- Mis hoteleros son gente de bien. Les diré que eres mi primo. Me quieren muchísimo y además, a diferencia de muchos de sus clientes, yo les pago a toca teja -aseguró el Gran Perfecto.

Cargamento de Quietud condujo a Addai Aggai hasta la hospedería, situada a dos calles de distancia.

- ¿Desde cuándo vives aquí? -preguntó el obispo, en cuanto corrieron el pestillo de la puerta de la habitación.

- Desde hace poco más de un mes. He tardado una infinidad de tiempo para venir de Turfan a Chang An, porque me topé con unos convoyes de mercaderes que no encontraban nunca el camino.
- ¿Y se puede saber por qué has venido a la China central?
- Aprovechando la promulgación del decreto que autoriza el maniqueísmo, que según aseguran los rumores se debe a Wuzhao en persona, me pareció útil tener una explicación personal con ella.
- ¿Con qué fin?
- Dicen que Wuzhao quiere procurarse moaré de seda... Si yo pudiese conseguírselo, no hay duda de que la Iglesia de la Luz saldría beneficiada. Así que he solicitado una audiencia para pedirle que me facilite un telar para tejer moaré o para que me indique el nombre de un ingeniero capaz de construirme uno. Si en Turfan tuviéramos ese tipo de telares, haríamos maravillas.
- En resumen, que tú has recogido la antorcha de la actividad para la cual nos habíamos aliado...
- Puedes asegurarlo. Punta de Luz, mi antiguo ayudante, ha reanudado la producción... pese a ciertas vicisitudes. Turfan, como Dunhuang, es a veces objeto de pillajes.
- ¿Conoces la fecha en que serás recibido por la emperatriz? Según lo que siempre se asegura, son necesarios como mínimo seis meses para conseguir una audiencia de apenas unos instantes...
- Pues piensa que la audiencia está fijada para mañana.
- ¡Has tenido suerte!
- No fue fácil ponerse en contacto con la emperatriz Wu teniendo en cuenta la cantidad de impedimentos que se interponen entre ella y la gente de mi condición, que no dispone de presentación particular y se ve obligada a pasar por la vía normal. Ya me veía volviendo con las manos vacías a Turfan, pero, por fortuna, hace dos días que se produjo un verdadero milagro.
- ¿Estás seguro de que se trata de un milagro?
- Cuando hacía cola, como todos los días, en la taquilla de las audiencias, me abordó nada menos que el factótum de la emperatriz que se encarga del cuidado de su grillo personal. En Chang An conocen a este antiguo prisionero de guerra, un gigante que tiene la lengua cortada, como el lobo blanco. Ese hombre se las arregló para que me recibieran en seguida. Sin ese encuentro providencial, es evidente que yo seguiría esperando y languideciendo en la espera...
- Si acepta recibirme personalmente es porque debe de tramar alguna cosa. Wuzhao no tiene fama de ser mujer a quien le guste perder el tiempo... -murmuró Addai Aggai arrojándose, agotado, sobre la estrecha cama del maniqueo Cargamento de Quietud.

Cuando este último, debidamente peinado y vestido de blanco inmaculado, compareció al día siguiente delante de la emperatriz, después de haber hecho prometer al obispo nestoriano que no asomaría ni siquiera la punta de la nariz fuera de la habitación, ignoraba que ésta lo recibía porque el Mudo, herido en lo más vivo al ver que su amante pasaba horas en brazos de Nube Blanca, había pensado que tal vez éste fuera un medio de modificar su centro de interés.

Cierto es que Wuzhao se encontraba en una de esas fases en que ya no le era posible prescindir de aquella especie de gurú sexual en que se había convertido el tántrico Nube Loca.

Era algo que le ocurría prácticamente todos los trimestres. Por espacio de semanas, consciente del peligro que entrañaba la costumbre, se esforzaba en desvincularse de las prácticas del Tantra para volver a sucumbir a ellas de forma inexorable, tan intensas eran las sensaciones que le procuraban los abrazos de aquel que era a la vez el padre de los Gemelos Celestiales y el asesino de Buddhabadra.

Pero lo más importante era que, cuando hacía el amor con Nube Blanca, desaparecían sus migrañas como por ensalmo. Por eso tenía la impresión de que le faltaba algo cuando padecía aquellos dolores de cabeza que parecían partírsela en dos y por eso todas las noches necesitaba ponerle remedio. Se las apañaba, pues, para que el indio se reuniese con ella en el lecho, lo que hacía que, por las mañanas, tanto el Mudo como las sirvientas evidenciasen que en aquella cama había hecho algo más que dormir.

El Mudo toleraba cada vez peor los momentos en que le era imposible acercarse al cuerpo de Wuzhao porque ésta estaba totalmente entregada al lingam de Nube Blanca, el odiado rival.

- Un sacerdote que se declara de religión maniquea y vive en Turfan desearía ser recibido en palacio, Majestad. Desde hace semanas ese hombre hace cola en la ventanilla de las audiencias y

me ha insistido en que quiere veros -le anunció el gigante turco-mongol empleando, como tenía por costumbre, su indescriptible lengua compuesta de ademanos y onomatopeyas que sólo ella sabía descifrar.

- ¿Qué quiere de mí?

- Según dice, tiene un trato muy interesante que haceros. -¡Como si yo no tuviese otra cosa que hacer!

- Majestad, ese hombre parece serio. Debéis tenerlo en cuenta... ¿Qué queréis que haga?

- Nada.

- El maniqueo quiere hablaros de moaré de seda.

- ¿Cómo se llama? -preguntó de pronto la emperatriz después de un breve instante de sorpresa.

- Cargamento de Quietud, Majestad.

- ¿Por qué no me lo has dicho antes? ¡Que venga a verme pasado mañana por la mañana! Lo recibiré en el Pabellón de Recreo. Allí estaremos más tranquilos. Ocupate de que nadie se entere de que lo recibo -le ordenó.

Y reajustó su bata de seda verde con mariposas doradas bordadas, que los recientes asaltos de Nube Loca habían arrugado una vez más.

Al Mudo, que acababa de entrever los pezones erectos de su amante, la rabia le llenó los ojos de lágrimas, aunque salió inmediatamente para llevar el aviso al interesado y notificarle que la emperatriz accedía a verlo.

Una vez sola, Wuzhao tuvo tiempo sobrado de volver a pensar en aquel asunto y consideró que debía de ser muy serio después de recordar con precisión las palabras de Umara con respecto al papel de Cargamento de Quietud, el maniqueo de Turfan, responsable de la hilatura de la seda tejida por los nestorianos de Dunhuang.

Estaba deseosa de saber más cuando el Mudo introdujo a su visitante en el pequeño salón del Pabellón de Recreo, cuyos muros estaban recubiertos de paneles lacados que representaban montañas y cascadas.

La emperatriz, gracias a la noche tórrida que acababa de pasar con Nube Loca, estaba en uno de esos días fastos en que la migraña la había abandonado, lo que permitía que estuviese más disponible.

- Turfan, que yo sepa, no está a la vuelta de la esquina. ¿Qué razón os ha movido, pues, a hacer tan largo viaje? -inquirió Wuzhao dirigiéndose al Perfecto apenas entró.

- Majestad, a la Iglesia de la Luz le falta un telar para tejer moaré de seda. De hecho, yo tendría necesidad de un ingeniero especialista en hilados que nos ayudase a construir uno. Entonces podríamos proporcionaros moaré de excelente calidad, ya que, por lo que sé, es el tipo de tejido que necesitáis -respondió bruscamente el Perfecto, molesto más bien por tener que entrar en materia tan pronto, pero algo desconcertado ante la belleza de aquella mujer tan suntuosamente vestida.

- ¡El moaré de seda! Cuando se imponía la penuria, era totalmente imposible encontrar la más mínima cantidad... -murmuró la soberana pasando la mano por su vestido, cortado precisamente en espléndido moaré.

- La Iglesia de la Luz os estará eternamente reconocida por haberle permitido instalarse en China central. Ahora ya no está condenada a las cuevas, a los sótanos o a remotos oasis de la Ruta de la Seda... Pronto podrá disponer de iglesia en esta capital. Por eso está dispuesta a proporcionaros graciosamente todo el moaré que os sea preciso, Majestad. Por mi parte, pido a nuestro profeta Mani que satisfaga todos vuestros deseos, Excelencia -exclamó el Gran Perfecto, que estaba enardeciéndose por momentos.

- Lo considero una hermosa prueba de lealtad a mi persona -murmuró la emperatriz, después de lo cual añadió, como hablando consigo misma-. ¡No estará de más que me ayude el profeta Mani! Ordenó que les sirvieran té, que el maniqueo bebió de un trago en una copa de oro más preciosa aún que los vasos rituales que él utilizaba en Turfan. Cargamento de Quietud podía tocar literalmente con el dedo hasta qué punto el imperio de China rendía verdadero culto a sus soberanos.

- Majestad, tengo otro asunto que tratar con vos... aunque no querría que el hecho comportase consecuencias nefastas a la persona cuyo nombre os mencionaré -murmuró el maniqueo después de

un largo silencio.

- ¡Habla, te escucho! Aquí estamos seguros.

- Veréis, Majestad: en Chang An encontré, errante como alma en pena, al obispo nestoriano de Dunhuang, Addai Aggai. No tiene salvoconducto y los agentes del Gran Censurado están pisándole los talones. No sabe adónde ir. A diferencia de mis hermanos maniqueos, los nestorianos no tienen aquí derecho de ciudadanía. Lo he acogido en mi hotel, pero su situación no deja de ser en extremo precaria. Y además, cuando vuelva a Turfan, no habrá nadie que lo ayude. Es un hombre de bien, Majestad -osó decir el Gran Perfecto, que se había arrojado a los pies de Wuzhao. Esperaba con todas sus fuerzas que ésta se dejaría convencer de que había que salvar al padre de Umara.

- Sé muy bien quién es Addai Aggai. Tráemelo aquí. Tengo que hablar con él -dijo, para gran sorpresa del maniqueo, la emperatriz. -Puede estar aquí en pocos instantes. Mi hotel está a dos pasos.

- ¡Que venga cuanto antes!

Addai Aggai estaba empapado en sudor y no las tenía todas consigo cuando el Mudo lo hizo pasar al saloncito de la emperatriz de China acompañado del Gran Perfecto maniqueo, que había dejado todos sus demás asuntos en suspenso.

- ¿Tenéis noticias de vuestra hija? -le preguntó ésta así que el obispo entró en el saloncito lacado del Pabellón de Recreo.

Impresionado por la pregunta como si ésta hubiera sido una saeta hincada en su corazón, el nestoriano ni siquiera observó, a diferencia de su compañero maniqueo, que Wuzhao llevaba, ajustada al cuerpo, una bata de moaré verde con mariposas y pájaros bordados de una calidad que su hilandería clandestina jamás había estado en condiciones de producir.

- Daría los años que me quedan de vida para encontrar a mi hija querida. Desde que mi amadísima hija desapareció en el desierto de Gobi, por mucho que he rezado a mi Dios Único, jamás ha vuelto a aparecer. He llegado a un punto en que, ciertos días, he perdido por completo la esperanza -exclamó el hombre echándose a llorar como un niño pese a intentar evitarlo.

- Umara está viva y, por lo que sé, está bien de salud. Pureza del Vacío, el Superior del monasterio mahayanista del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales de Luoyang, la retiene en él.

- ¿Así que mi hija va a convertirse en monja budista? ¡No lo puedo creer! Si la pobre Golea lo supiera, le daría un ataque -exclamó Addai Aggai, ahogado por la indignación.

- Vuestra hija no se ha convertido, por lo menos que yo sepa -murmuró la soberana.

- Entonces, ¿qué hace allí? ¡Voy a ir a buscarla!

- Umara no disfruta de libertad de movimientos. Está retenida en contra de su voluntad.

- ¿Mi hija es prisionera de un Superior mahayanista? ¡Es escandaloso e indigno!

- Pureza del Vacío está convencido de que la muchacha tiene informaciones capitales acerca de los Ojos de Buda, una de las reliquias más santas de la India... El gran maestro querría que su monasterio se aprovechara de esta circunstancia -añadió Wuzhao.

- Mi hija no tiene nada que ver con los Ojos de Buda. Umara ha sido educada en la religión cristiana. Mi hija es una criatura pura y honrada... -farfulló Addai Aggai, a quien la voz le temblaba de rabia.

- Puedo conminar al Superior de Luoyang a que os devuelva a vuestra hija, cualesquiera que puedan ser sus reticencias al respecto -dijo de pronto, pensativa, la emperatriz.

Entre la felicidad de Umara y los Ojos de Buda, entre la muchacha que había soñado ser y las santas reliquias que soñaba con poseer Pureza del Vacío, Wuzhao no había vacilado mucho tiempo y había optado por la muchacha.

Ahora sólo le importaba una cosa: devolvérsela a su padre.

- Si os avenís a realizar esta gestión, Majestad, confiaré vuestro destino a mi Dios Único, aquel que provee todas las cosas -exclamó el nestoriano.

- Vuestra hija ama a un hombre. Habrá que autorizarla a que se case con él. ¿Puedo contar con vuestra aquiescencia?

- ¿Es cristiano? -inquirió maquinalmente el obispo.

- Es mahayanista. Se llama Cinco Prohibiciones.
- ¡Cinco Prohibiciones! Es el monje encargado del cuidado de los Gemelos Celestiales. A decir verdad, lo sospechaba... Desapareció al mismo tiempo que mi hija.
- Ella partió de Dunhuang por amor a ese hombre. Lo que hubo entre ellos fue un memorable flechazo. Como he tenido ocasión de verlos juntos, puedo aseguraros que se quieren con amor verdadero. Da gusto verlos. ¡Prometédme que no reprocharéis nada a Umara! -exclamó la soberana. Se había acercado al obispo y éste pudo oler los efluvios de agua de rosas y jazmín con que su gobernanta le rociaba el cuerpo todas las mañanas.
- Que vuelva mi hija y se lo perdonaré todo. Lo que yo quiero es su felicidad. ¿Os basta con esto?
- le dijo el obispo con voz lenta después de un breve silencio durante el cual pudo reflexionar sobre la conducta que era conveniente adoptar.

De haber dejado hablar a su intelecto, sin duda habría colmado a Umara de reproches apenas hubiera comparecido ante él. Una cristiana, que por añadidura era hija de un dirigente de su Iglesia, educada en el rigor de la fe, no tenía derecho a extraviarse de aquel modo ni a enamorarse de un hombre que ni siquiera participaba de sus creencias.

Pero en aquel momento, frente a las palabras tranquilizadoras y sinceras de la emperatriz de China, una mujer que por otra parte era famosa por su pragmatismo y su dureza, el obispo decidió que sólo escucharía la voz de su corazón: Umara era su pobre pajarillo caído del nido y se moría de ganas de estrecharla entre sus brazos.

- Me encanta que adoptéis esta postura. Umara lo merece sobradamente -concluyó ella antes de hacer ademán al Mudo, escondido en la sombra, para que se acercara.

Por primera vez desde hacía meses, el rostro de Addai Aggai se iluminó con una verdadera sonrisa.

- ¡Busca a un escribano! -ordenó ella al turco mongol.

Al cabo de pocos instantes entraba en la habitación un hombre tocado con bonete negro y provisto de un estilete de letrado y de una plancha de madera en la que tenía fijadas unas hojas de papel de arroz.

- Escribe al dictado la frase siguiente: la emperatriz Wuzhao ordena al maestro Pureza del Vacío que se presente en el palacio imperial de Chang An dentro de un plazo máximo de quince días -dijo Wuzhao al letrado, que por cierto se sentía muy incómodo, al igual que todos aquellos a quienes uno de los soberanos convocaba inopinadamente.

Inmediatamente después el hombre se sacó de la bolsa su recado de escribir y tomó nota, con alucinante rapidez, del mensaje destinado al Superior de Luoyang.

- Mudo, quiero que entregues esto al correo más rápido a fin de que Pureza del Vacío tenga noticia de esta convocatoria antes de cuatro días y quiero, además, que el mensaje sea entregado en propia mano. Entretanto el obispo Addai Aggai se alojará en el Pabellón de Recreo.

- Majestad, recurriendo a vuestra alta benevolencia, ¿no sería posible que el Gran Perfecto Cargamento de Quietud permaneciese conmigo? Su hotel no es de los más confortables... -solicitó Addai Aggai, que consideraba que aquella compañía podía resultarle preciosa.

- No tengo inconveniente alguno. Así dispondrá del tiempo necesario para contratar a ese ingeniero que me reclama para que construya un telar capaz de tejer moaré en sus talleres de Turfan.

Así que se quedaron solos en el elegante pabellón donde antes se habían alojado Umara y Cinco Prohibiciones en compañía de los Gemelos Celestiales, el nestoriano y el maniqueo no pudieron por menos de quedarse estupefactos ante tanto esplendor: la arquitectura octogonal del edificio armonizaba a la perfección con el trazado de los jardines, a los que se abrían las estancias donde, en otro tiempo, el gran emperador Taizong se dedicaba a la caligrafía y a la pintura en compañía de músicos capaces de recrear sus oídos y sobre todo de despertar sus sentidos; en cuanto al jardín, crecían en él las especies más raras en tinajas a cuyo alrededor, tres veces al día, se afanaban los jardineros.

- La emperatriz es más hábil aún de lo que asegura la leyenda. Contra todo lo que cabría esperar, ha conseguido meter a los dos pájaros que somos en la misma jaula y, por otra parte, en lo que a ti respecta, ante las mismas narices de las autoridades -exclamó Cargamento de Quietud, admirado ante la diabólica habilidad de Wuzhao.

- Es de esperar que los pájaros no sufran mucho al no poder remontar el vuelo. ¿Qué haremos ahora? No me veo pasando aquí las jornadas a la espera de noticias -suspiró el obispo de Dunhuang.
- Estoy seguro de que Umara no tardará en aparecer. Los deseos de la emperatriz Wuzhao se me antojan órdenes -aseguró el Gran Perfecto maniqueo.
- ¡Estamos en manos de Dios y de Mani! -murmuró entonces el obispo cristiano para enorme sorpresa de su colega, que no creía en aquel dios único, preexistente a todos los dioses, a todos los seres vivos y a todas las cosas, ya fuesen visibles o invisibles.

PUERTA OESTE DE CHANG AN, CAPITAL DE LOS TANG

Acababan de cumplirse diez días desde el Año Nuevo, lo que explicaba la presencia de grandes farolillos de papel que todavía pendían de los árboles a cada lado de la avenida que conducía al puesto de control.

- Vos sois el embajador Firuz y ella debe de ser la princesa china de alto rango de cuyo traslado estáis encargado... -enunció el guardia que estaba de servicio al ver llegar siete camellos cargados de fardos y un octavo que transportaba una nacela cubierta con una lona.

- Ni más ni menos. Compruebo con placer que nos esperaban -respondió, obsequioso, el enviado del sultán de Palmira.

- En nombre de las autoridades de este país, yo me encargo de conducirlos al palacio de los Huéspedes de Paso. Tened la amabilidad de seguirme -dijo entonces un soldado con más galones todavía que el guardia saliendo de la garita situada junto al control de la aduana.

No sin emoción, Luna de Jade, entreabriendo la lona que la había protegido de los rayos del sol a lo largo de todo el viaje, reconoció la Gran Puerta Occidental de Chang An, la misma que había cruzado en sentido inverso hacía dieciocho meses disfrazada de soldado chino mientras Punta de Luz iba disfrazado de sacerdote taoísta.

No pudo evitar entonces verter subrepticamente algunas lágrimas.

Hacía cinco meses y medio aproximadamente que había abandonado Palmira en compañía del embajador itinerante Firuz y su pequeño convoy de camelleros del desierto. Uno de ellos cargaba con los barriles de pimienta e incienso destinados a facilitar la entrada en China central del representante personal del sultán Rashid.

Aquella precaución, que había agotado las reservas del pequeño sultanato, resultó ser de gran utilidad. Unos pocos granos de aquella preciosa mercancía bastaban para abrirles de par en par las puertas de los más confortables albergues. En la mayor parte de los casos, Firuz y Luna de Jade podían disponer de una habitación para los dos solos, lo que les permitía hacer el amor con absoluta tranquilidad.

El placer con que el embajador plenipotenciario Firuz poseía a Luna de Jade y la desbordada sensualidad con que ésta le respondía convertían la comunión de sus cuerpos en un ejercicio al que el hombre de Bagdad se entregaba en cuanto podía.

La joven chinita se dejaba llevar por la situación. No hubiera servido de nada, a no ser para despertar sospechas, resistirse al Omeya, cuyas maneras refinadas no disgustaban, en cualquier caso, a aquella que había entregado el corazón a Punta de Luz.

Los arabescos que formaban cuando estaban uno en brazos del otro, consecuencia de la sabia combinación de posturas en ocasiones acrobáticas, pero progresivamente más sensuales, cuyo secreto poseía Firuz, tenían como resultado llevar cada vez más lejos la intensidad del placer en el

que comulgaban al unísono.

Entonces, el «dulce puñal» de Firuz traspasaba lo que el embajador itinerante denominaba bellamente el «amoroso cojín de seda» de Luna de Jade, es decir, su vientre plano e inmaculado, que con sus estremecimientos hablaba del placer que sentía con suficiente elocuencia. Después ya no le quedaba más que derramar su precioso licor dentro de ella, aunque a ella también le gustaba apurarlo hasta la última gota cuando él le suplicaba que se dignase homenajearlo con la lengua y los labios.

Así pues, su periplo estuvo puntuado por el amor físico, razón por la cual al Omeya le pareció corto y llevadero y, para decirlo con toda claridad, más ligero que una pluma...

Ningún obstáculo particular vino a turbar aquel largo viaje. La embajada del sultán Rashid pudo franquear la Puerta de Jade de la Gran Muralla sin la sombra de ninguna pregunta embarazosa. Los aduaneros chinos, por lo general a la caza de aquellos viajeros capaces de llenarles la bolsa, no rechistaron cuando Luna de Jade les dijo que el embajador plenipotenciario Firuz era portador de un mensaje personal para el emperador Gaozong «destinado a establecer relaciones diplomáticas entre el imperio del Medio y el sultanato de Palmira». Incluso saludaron obsequiosos a aquel enviado especial de un «rey occidental» que acudía a pactar alianzas con el soberano del Centro antes de expedir un correo urgente a Chang An para prevenir a los servicios imperiales de la llegada de Firuz y de una princesa china de alto linaje, lo que valió a estos últimos que los estuviesen esperando cuando llegaron a la Gran Puerta de Control del Oeste.

Ahora que terminaba su periplo, sin osar confesárselo a sí mismo, Firuz lamentaba estar en el núcleo del poder chino en la ciudad más bella y más rica del mundo y saber que estaba a punto de entregar a las autoridades de aquel país a aquella mujer de la que estaba locamente enamorado. En cuanto a Luna de Jade, puesto que sospechaba que la superchería de su pretendida alta cuna tenía ahora grandes probabilidades de ser descubierta, esperaba con ansiedad lo que ocurriría a continuación.

El palacio de los Huéspedes de Paso, llamado también Pabellón de la Amistad, era un edificio de mármol gris en cuyo frontón estaban esculpidas las siguientes palabras: «Bienvenidos sean nuestros huéspedes extranjeros».

- Que el señor embajador tenga la bondad de seguirme... -anunció, obsequioso, el director del Pabellón de la Amistad, mientras, para contrariedad de Firuz, conducían a Luna de Jade a un ala adyacente reservada a las mujeres.

La estancia destinada a Firuz era inmensa y tenía vistas al parque, donde crecían magnolios centenarios. Tan pronto como hubieron descargado su equipaje, se le presentó un chambelán con un formulario de petición de audiencia.

- Debéis consignar vuestra identidad y, sobre todo, el motivo de vuestra visita al soberano del Centro -explicó a Firuz un funcionario tendiéndole un estilete.

- No sé escribir en chino. Me contento con hablarlo. ¿Os importaría recoger mis palabras al dictado?

- Mi función es ésa, precisamente. La mayor parte de los extranjeros que vienen saben hablar en chino pero son incapaces de dibujar los innumerables caracteres de la escritura...

- Me gustaría que escribieseis de mi parte, a la atención del augusto soberano del Centro, que reina sobre el pueblo más numeroso de la tierra, lo siguiente... «El sultán Rashid de Palmira presenta sus más respetuosos saludos a Su Excelencia el soberano del País de la Seda. Por la presente, envía a su delegado Firuz el Omeya, embajador extraordinario y plenipotenciario, a fin de establecer lazos de confianza entre el pequeño sultanato de Palmira y el inmenso País de la Seda. En prueba de su absoluta confianza y de su inquebrantable buena voluntad, devuelve a las autoridades chinas a la princesa Luna de Jade al tiempo que hace votos para que sea tenida en cuenta la generosidad del gesto y considerado en su justo valor».

- ¿No hay más? -preguntó el chambelán después de transcribir las palabras de Firuz con gran atención.

- ¿No es bastante acaso? ¿Acaso el País de la Seda ordena fórmulas más respetuosas? -inquirió el diplomático.

- En absoluto. No me queda, pues, más que llevar vuestra petición a la Cancillería Imperial. Es ella

la que, después de consultar al emperador Gaozong, fija la fecha y la hora de las audiencias -explicó el funcionario antes de salir de la estancia.

- ¿Podría ver a la princesa china que acaba de llegar conmigo? -preguntó entonces el Omeya al servidor que le había traído fruta y una ligera colación, todo ello elegantemente presentado en finos platos verdeceladón, casi transparentes, dispuestos en una bandeja de madera lacada.

- Me temo que no será posible, señor embajador... -respondió el hombre, aunque en tono obsequioso.

- ¡Lléveme ahora mismo a su habitación! -insistió, inquieto de pronto.

- Esa joven ya no está en el Palacio de la Amistad -acabó por decir el servidor con expresión inescrutable.

- ¡Pero es inaudito! He viajado meses enteros con esta princesa, que debe ser entregada en mano al emperador del País de la Seda, a quien acabo de pedir audiencia -exclamó Firuz antes de comprobar que el mayordomo ya había partido y lo había dejado solo, entregado a la desesperación.

El diplomático occidental no podía creer lo que le estaba ocurriendo: que sus anfitriones se las hubieran arreglado para robarle a su querida Luna de Jade.

Mientras Firuz se agitaba, consternado, en la cama, la chinita, tras haber sido empujada sin miramientos hasta una silla transportada por unos porteadores, trataba en vano de averiguar en qué dirección la conducían, a trote corto, los cuatro servidores que lucían el brazalete amarillo que indicaba su pertenencia a la casa imperial.

La inquietud de Luna de Jade, encerrada en su caja ambulante, en cuyo interior se sentía bamboleada como un cargamento de sandías, hizo que el trayecto le pareciera singularmente largo. Tras el alboroto de la calle, comprobó no sin angustia que había entrado en un edificio lleno de pasillos y escalinatas interminables. Tenía la impresión de que sus porteadores daban complicados rodeos, como si evitasen pasar por aquellos lugares donde habrían podido llamar la atención.

Cuando la sacaron de su oprimente medio de transporte, quedó deslumbrada por la luz de los candelabros que iluminaban un suntuoso salón octogonal con los muros tapizados de seda rosa y el pavimento recubierto de soberbias alfombras de excelente lana tejidas en Persia que, superpuestas unas sobre otras, formaban un mullido revestimiento multicolor.

Como por instinto, rozó la tapicería, suave al tacto como la piel de un recién nacido.

En una mesita baja de catalpa había un estuche de laca negra dentro del cual vio unas pinzas de depilar y una navajita afilada con mango de nácar que debía de servir para limpiarse las uñas y las orejas. Al lado, vio también cuatro frascos que debían de contener perfume. El emperador de China seguramente tenía exigencias particulares en lo tocante a sus concubinas en materia de higiene y depilación de las partes íntimas.

Reinaba allí, además, un delicado olor a incienso y a jazmín que armonizaba a la perfección con la estancia.

A través de una amplia galería se accedía a un patio cubierto de gravilla y cerrado por un muro recubierto de hiedra. Eran lugares donde reinaba la tranquilidad, al abrigo de las miradas indiscretas.

- Hay que descalzarse. A Su Majestad le gusta observar los pies y los tobillos de las mujeres hermosas -le ordenó un hombre alto con el torso desnudo, musculoso y untado de aceite, con el cráneo cuidadosamente rapado y cuyo rostro y bigotes caídos traicionaban sus orígenes mongoles. La muchacha obedeció dócilmente. El suelo de aquel salón era tan suave como la seda que tapizaba las paredes.

- Además, Su Augusta Majestad ya no tardará en llegar -añadió el individuo, que iba con el torso desnudo y que, como pudo observar Luna de Jade, llevaba también gruesos brazaletes de oro que le ceñían la parte alta de los brazos.

Un heraldo, ataviado con un vistoso uniforme de seda negra con peonías plateadas bordadas, hizo entrada en el ambiente almohadillado de la «Cámara del Amor del emperador de China» y a continuación irguió el cuerpo en impecable posición de firmes para anunciar con voz estentórea:

- ¡Su Majestad Gaozong, emperador del Centro! ¡Ríndasele respeto!

Luna de Jade era una de esas personas a las que su carácter bien templado les permitía adaptarse a

las situaciones más extravagantes, esas de las que uno menos esperaría y que terminaban sin embargo resultando estimulantes, hasta tal punto era inmenso el reto de hacerles frente sin desfallecer un solo instante.

La joven china, al acecho, clavó los ojos en el pesado tapiz de seda que obstruía la puerta del salón cuando éste se apartó para dejar paso al soberano del Centro.

Además de la túnica blanca de algodón del más sencillo que vestía, en la que no descubrió ni la más mínima cinta de seda, lo que más sorprendió a Luna de Jade fue el vientre prominente del emperador Gaozong.

Debido a su enfermedad, la rotundidad del soberano era tal que era imposible que se viera los pies. La joven china descubrió igualmente que había que ayudarlo a sentarse, a lo cual procedió el hombre de torso desnudo cuando Gaozong le indicó uno de los grandes divanes de la Cámara del Amor.

Una vez que se encontró encajonado entre almohadones y cojines de seda que permitían que su cuerpo obeso de músculos flácidos y esqueleto frágil se mantuviese sentado pero casi de pie, Gaozong comenzó a examinar lentamente a la muchacha que el hombre de torso aceitoso acababa de empujar con decisión ante él, empezando por los pies descalzos y los tobillos.

No eran más que tres personas las que estaban presentes en el saloncito donde el emperador examinaba a sus jóvenes amantes y futuras concubinas. Instintivamente, Luna de Jade tragó saliva e irguió el cuerpo procurando hacer de tripas corazón y adoptar la postura que más podía favorecerla.

- ¡Un buen ejemplar! -se contentó con murmurar Gaozong con aire de entendido, procediendo a seguir examinando a la interesada de arriba abajo.

El rostro del emperador de China, cuyos ojillos se perdían en un magma adiposo, le daba un aspecto parecido al de un cerdo. Luna de Jade quiso pensar en otra cosa y fijó los ojos en el techo artesonado de madera dorada, en el interior de cuyos artesones el ebanista había esculpido parejas de Biyinia, esos pájaros que por tener una sola ala sólo pueden volar en pareja, razón por la cual han sido elegidos como símbolo del amor.

- ¿Debo proceder a desnudarla, mi señor? -preguntó entonces el hombre de los brazaletes de oro, que hablaba de Luna de Jade como si se tratara de un objeto metido en un paquete.

- Por supuesto, Gomul. Lo que veo me incita a ver más... -respondió el soberano con un brillo libidinoso en la mirada.

La pobre Luna de Jade no tuvo más remedio que abandonarse cuando, con gestos delicados, aquel hombre a quien el emperador llamaba Gomul fue deshojándola hasta la desnudez completa ante la mirada fija de su amo, que parecía decidido a no perderse ni pizca de los encantos que la joven china estaba desvelándole.

Hasta que por fin se le presentó en todo el esplendor de sus formas sensuales. Tragando saliva, Gaozong contempló sus pechos puntiagudos como mangos y sus muslos torneados coronados por una puerta íntima cuidadosamente depilada.

El soberano de la China, como el sibarita ante un plato delicioso, no pudo impedir relamerse de gusto.

Luna de Jade comprobó rápidamente que Gomul era el ayudante de un Gaozong que, debido a la gota que hacía insoportable la más mínima torsión de las articulaciones, era incapaz de realizar por sí solo los gestos que requería la práctica del amor.

Después de desnudarla, el hombre de los brazaletes de oro se acercó a la chica por detrás, la cogió en brazos y la levantó al tiempo que le separaba las piernas, de modo que el vientre de Luna de Jade estuviese al alcance de la boca del emperador del Centro, que se entregó a lamer con delectación su adorable ombligo.

Muy hábilmente, y para gran sorpresa de la chinita, el ayudante de Gaozong le daba mordiscos en el cuello, lo que le provocó unos deliciosos estremecimientos que a duras penas conseguía disimular.

Acto seguido, adivinando quizá la repugnancia que el emperador inspiraba a Luna de Jade, Gomul comenzó a frotar suavemente su torso aceitoso contra la piel satinada de su espalda.

Entre el delicioso vaivén de Gomul y la lengua pringosa pero cada vez más osada de Gaozong, Luna de Jade, cogida en la trampa, decidida a intentarlo todo para no disgustar al emperador del

Centro y no queriendo hacer nada que despertara sus sospechas en relación con su usurpación de identidad, decidió que lo más prudente sería abandonarse al placer y fingir una entrega completa. Gomul, que seguía besuqueándola, le separó un poco más los muslos y la acercó más al soberano a fin de que éste, que jadeaba como un yak en celo, explorase a conciencia todos los recovecos de la intimidad de la joven.

- ¿Está cómodo mi señor o quiere que la cambie de postura? -preguntó entonces el hombre de los brazaletes de oro, que a lo que se veía estaba acostumbrado a satisfacer todos los caprichos sexuales de Gaozong.

- Pónmela de espaldas. Tiene una caída de riñones que vale su peso en jade -dijo el emperador del Centro, jadeante y goloso.

Dócilmente, el colaborador de los placeres de Gaozong dio la vuelta al cuerpo de Luna de Jade, la cogió por el talle y acercó sus nalgas firmes y rotundas a las manos imperiales. Para ello tuvo que estrechar el cuerpo de la muchacha contra el suyo, de modo que sus pechos se ciñeron a sus pectorales. Luna de Jade notaba el leve olor a almizcle que despedía Gomul, lo que curiosamente le producía una sensación muy agradable. Le habría sido fácil dejarse atraer por aquel hombre de constitución atlética y cuerpo escultórico que le recordaba el de los practicantes de las artes marciales externas,

[18] capaces de pasar horas enteras levantando pesas o rompiendo tablillas de madera con el lateral de la mano o del brazo.

- ¡Tiene un trasero de maravilla! -corroboró Gaozong, cuyos dedos, parecidos a salchichas, se paseaban febrilmente en torno a los orificios de Luna de Jade.

La joven, asqueada por el proceder de aquel hombre que la paladeaba como si fuera un simple manjar, a punto estuvo de abofetear al gordo asmático cuando se sacó de los calzones una vara de jade ridículamente exigua, más parecida a un pepinillo que a la lanza de Firuz.

- Será mejor que le rindáis homenaje con la boca y os quedaréis tranquila -le musitó Gomul al oído con su voz más dulce.

Con los ojos cerrados y pensando en el torso desnudo y musculoso de Gomul, que seguía apretado contra ella, la muchacha se acercó a aquel sexo lacio, lo que provocó una convulsión de placer en su propietario.

Jamás un hombre le había despertado tanto asco.

Pese a su triste condición de joven obrera de la hilandería imperial del Templo del Hilo Infinito de Chang An, siempre había escogido a sus amantes, sabía cuál era el sabor particular del placer sexual y su encuentro con Punta de Luz le había demostrado que el amor y el sexo se reforzaban mutuamente.

Pero tratándose del emperador del Centro, ¿podía hacer algo que no fuera doblegarse a los deseos de un soberano tan poderoso como él igual que una vulgar prostituta?

No tenía más opción, ya que era indudable que, en su caso, se trataba de una cuestión de vida o muerte. Y ella tenía muchas ganas de vivir para volver a encontrar un día a su querido Punta de Luz. Ya de rodillas delante del emperador del Centro, sintió de pronto el contacto dulce y cálido de la vara de jade del mongol, que la poseía por detrás mientras le acariciaba la nuca. Muerta de vergüenza, se dio cuenta de que aquel hombre era tan experto que no pudo evitar la humedad del deseo que subía dentro de ella y desbordaba su puerta íntima. No pudo por menos de decirse que aquel tal Gomul, que debía de conocer muy bien a las mujeres a juzgar por su habilidad y su osadía, seguramente la consideraría, después de aquella demostración, la más viciosa de las cortesanas. Pero la maniobra del mongol no sólo tenía por objeto proporcionar placer a Luna de Jade, sino también infundirle coraje, ya que ahora ella dejaba que los dedos de Gaozong la toqueteasen sin la menor resistencia de su parte, mientras ella le frotaba el pepinillo, que acabó por soltarle en la mano un licor blanquecino.

- Quiero ver de nuevo a esta princesa mañana a esta misma hora -ordenó el emperador después de saborear con delectación la única ración de placer que podía permitirse dado su estado general.

- Le habéis gustado. ¡Y a mí también, os lo confieso! -susurró a Luna de Jade el hombre de los

brazales de oro con una sonrisa mientras se ajustaba los calzones.

- ¿Por qué me habéis poseído por detrás? -le murmuró ella, roja como una peonía.

- Creo que os ha gustado, ¿no? -le respondió el hombre conduciéndola hacia la puerta de la Cámara del Amor de Gaozong, donde éste ya se había amodorrado, agotado por sus proezas.

- ¡Debéis de tomarme por una desvergonzada!

- Diría mejor que sois como un bello instrumento musical que yo tengo la pretensión de saber tocar como corresponde -le replicó el hombre poniéndole una mano sobre el pecho, todavía desnudo.

- La comparación es halagadora. Tengo que vestirme. Mi ropa se ha quedado en el salón del emperador.

- Pero primero me gustaría cataros yo solo -le dijo él en un murmullo llevándosela hacia una puerta que abrió con un leve golpe de cadera.

Detrás de la misma había una habitación con una gran cama.

- ¡Sois un hombre de recursos, Gomul! -dijo la chica, muy turbada por el inesperado episodio que acababa de vivir y sin saber muy bien dónde se encontraba.

- Pocas veces he visto un cuerpo tan perfecto como el vuestro, princesa Luna de Jade, ni tampoco tan receptivo a todo tipo de caricias. La mayoría de las mujeres se niegan. Os doy mi palabra de que sois una verdadera máquina del amor -murmuró él con voz dulce tendiéndola en la cama antes de separarle las piernas y de colocarse a horcajadas sobre su vientre.

La muchacha no tardó en estremecerse cuando Gomul comenzó a acariciarle suavemente los muslos y después los pechos, insistiendo en sus pezones erectos por el deseo que sentía crecer en ella.

Apoyándose en los codos, la muchacha ciñó sus piernas en torno al cuello de Gomul de tal modo que éste tuvo al alcance de los labios los de la hendidura íntima de Luna de Jade.

- ¡Mete la lengua dentro de mí! ¡Rápido! ¡Lo deseo tanto! -le suplicó la joven, embriagada por adelantado con el placer que le proporcionaría si accedía a sus deseos.

Como es evidente, no se trataba de hacerse de rogar. Gomul apartó con extremo cuidado los dos pétalos de rosa de Luna de Jade y posó la punta de la lengua en su minúsculo capullo de peonía. Al momento la chica comenzó a gemir mientras el vientre se le ondulaba como presa del oleaje.

- ¡Oh, sí! ¡Qué bien! ¡Me gusta! ¿Quién te ha enseñado todo esto? ¡Qué bien lees el cuerpo de la mujer! -consiguió articular la joven, llena de vergüenza, pese a los suspiros de placer que le subían garganta arriba y le impedían casi articular las sílabas.

- A fuerza de ayudar al emperador de China a gozar, he visto pasar a muchas cortesanas cuya misión consistía en satisfacer todos los caprichos de sus amantes. En cierto sentido, han sido mis maestras...

De pronto la chica se acordó de Punta de Luz y, al mirar maquinalmente el techo, experimentó la furiosa necesidad de desaparecer bajo tierra.

¿Dónde estaba el padre de aquel hijo que había perdido, el verdadero amor de su vida, el único hombre que le había provocado algo más que un simple deseo o atracción?

Comprobó, no sin sorpresa, que todo lo que había vivido con Firuz y después con Gomul, lejos de borrar el recuerdo del joven kucheano adepto de Mani, reforzaba los vínculos que la unían a él.

Si existía en el mundo un hombre con quien le habría gustado tener hijos y ser feliz, vivir en paz, un hombre con quien habría querido compartir alegrías y también penas, ese hombre era Punta de Luz y nadie más que él.

El espíritu de Luna de Jade estaba tan absorto soñando con esta comunión con su amado que dejó de prestar atención a las caricias cada vez más complicadas y precisas que le dedicaba Gomul.

- ¡Estoy seguro de que el emperador no podrá prescindir de ti! -dijo este último apretándose el cinto y dando por terminado el fogoso abrazo.

- No tengo vocación de cortesana -suspiró la muchacha.

Sin una palabra más, el ayudante del emperador del Centro condujo a la supuesta princesa china a los apartamentos que Gaozong había ordenado disponer para ella.

Allí, y sólo allí, el emperador del Centro alojaba a las mujeres que eran objeto de sus caprichos: se trataba de un pabellón casi contiguo a la imperial Cámara del Amor, de manera que el soberano pudiese disponer a su gusto de la favorita del momento perdiendo el menor tiempo posible, ya que

Gomul debía proceder con gran rapidez y ofrecerle el objeto de sus deseos cuando el pepinillo de Gaozong manifestaba la menor disposición.

- ¡Vaya lujo! -murmuró Luna de Jade cuando la instalaron en aquella magnífica habitación que más parecía un invernadero, tan poblada estaba de peonías y de orquídeas, así como de mariposas que decoraban las paredes de arriba abajo.

En un sector de la estancia había un estanque circular de mármol que permitía a sus ocupantes proceder a sus abluciones, que una fuente en forma de boca de Dragón Glotón «Taotie», de la que salía un chorro de agua caliente, hacía más placenteras.

- A Gaozong le gustan las pieles finas y perfumadas... -dijo Gomul inclinándose ante ella antes de despedirse y retirarse.

Una vez sola, a Luna de Jade, algo aturdida por la vorágine de los acontecimientos y abrumada, además, por aquel suntuoso decorado que le hacía pensar en un lujoso estuche de joyas, le faltó tiempo para empezar a explorar todos los rincones. Pero no tardó en presentarse ante ella una mujer, que dijo ser una esteticista imperial.

- Soy la encargada del aseo y los ungüentos. ¿Qué clase de aceite esencial queréis que vierta en la bañera? Podemos elegir entre la rosa, el jazmín, el almizcle, el geranio y el toronjil. Por lo general, a las princesas les encanta el jazmín. Las prostitutas de lujo prefieren el almizcle...

- No quiero cambiar las costumbres de vuestra clientela -le respondió ella.

- Entonces elegiremos el toronjil. Veréis lo deliciosa que es esa ablución, sobre todo la primera vez que se prueba... -concluyó la esteticista mientras incorporaba al chorro de agua caliente que brotaba de la boca del Dragón Glotón «Taotie» el contenido de un frasquito de cristal que sacó de un elegante armario de palo de rosa.

El comentario de la esteticista no era exagerado.

Sumergida en el agua hirviendo con efluvios de aceite de toronjil, Luna de Jade estuvo a punto de dormirse al sentir que todos sus músculos se distendían uno por uno después de las contorsiones a las que primero Gaozong y después Gomul la habían obligado.

Pasada una hora de descanso, la muchacha se puso en manos de una brigada de masajistas que le aplicaron toda clase de ungüentos, se extasiaron ante sus formas y le auguraron una larga estancia en aquellos apartamentos. Así se enteró de que ella era la ocupante número ciento dos de las que se habían alojado en ellos desde que Gaozong había recibido el mandato del Cielo.

- ¿Cuánto tiempo suele durar la estancia aquí de una favorita? -inquirió Luna de Jade.

- El tiempo varía desde unas pocas horas a varios meses... Su Majestad se encapricha de muchachas cada vez más jóvenes. La última no debía de tener más de catorce años... -respondió la masajista.

- Yo he cumplido los veinticinco... -murmuró tranquilamente Luna de Jade.

- Pues es buena prueba de que le habéis hecho morder el anzuelo... -exclamó una de las esteticistas.

- Además, Su Majestad no instala nunca aquí a su favorita después de la primera vez... Eso quiere decir que habéis sido eficaz. ¡Os felicito por haber aprobado el examen a la primera! -añadió otra riendo como una clueca.

- La que a lo mejor se pone furiosa será la emperatriz Wuzhao -ponderó una tercera.

- Por lo general, después del baño y los masajes procedemos a la depilación de las partes íntimas. A Gaozong le gustan las pieles completamente lisas -dijo otra más antes de sorprenderse al comprobar que la nueva favorita del emperador se había adelantado a sus deseos en lo que a esto se refería.

Mientras la joven china se abandonaba a las manos, pinzas de depilar, aceites perfumados y pomadas de las esteticistas imperiales, Firuz seguía languideciendo en su habitación del Pabellón de la Amistad.

Su inquietud sólo disminuyó tres días más tarde, cuando se presentó un chambelán para anunciarle que el emperador de China estaba dispuesto a recibirlo diez días después, cuando se celebrase la audiencia semanal que él presidía en el palacio imperial en presencia de sus principales ministros.

Tras comprobar que no podía ir y venir a su antojo, se esforzó en distraer la monotonía de sus jornadas entregándose al tiro con arco en el Pabellón de la Amistad con los soldados encargados de vigilarlo.

Por fin fueron a buscarlo para conducirlo delante del emperador. Como no tenía noticias de Luna de

Jade, estaba como mínimo ansioso cuando entró, revestido con el traje de ceremonia y tocado con un turbante negro rematado por una pluma blanca, en la inmensa Sala de las Audiencias imperiales al mismo tiempo que un heraldo anunciaba a gritos la fórmula ritual con la que eran acogidos en la corte de los Tang los representantes de las potencias extranjeras que habían acudido a ofrecer su fidelidad al Estado más grande del mundo:

- Su Majestad el Soberano del Centro convoca a Su Excelencia el embajador Firuz el Omeya, enviado especial del rey de Palmira, para que le transmita el homenaje de quien lo manda.

Cuando uno entraba por primera vez en la Sala de las Audiencias quedaba impresionado tanto por su longitud, que parecía infinita, como por la penumbra que en ella reinaba. Firuz podía distinguir apenas, al fondo de la sala cuyas columnas desaparecían en la semioscuridad del techo, sentado en un estrado como un astro nocturno que brillase en plena noche, al soberano del Centro, totalmente vestido de amarillo.

En la corte de Chang An, la recepción de un representante oficial de una monarquía extranjera por parte del emperador se atenía a un ceremonial establecido.

Estaba presente en su totalidad el Gobierno de la China, al igual que toda la panoplia de los enemigos de Wuzhao a partir de Linshi, el secretario general del Gobierno, y de Hanyuan, el Gran Canciller, pero también los ministros de primer grado, que por serlo tenían derecho a asistir a las audiencias, en tanto que sus colegas de rango inferior no estaban autorizados a ello. Todos habían revestido sus espléndidas vestimentas de ceremonia, adornadas con la Grulla Blanca los de más edad y con el Faisán Dorado los más jóvenes, e iban tocados con sus bonetes de satén negro con los bordes vueltos, coronados por la divertida pluma de fleco rojo, señal distintiva del sombrero con que se cubrían los mandarines.

Únicamente el prefecto Li, dado su rango y su dependencia jerárquica directa del emperador, tenía derecho a llevar la «joya del sombrero», que no era otra cosa que una bolita de coral en lo alto del gorro, colocada sobre un minúsculo zócalo de metal dorado.

El Gran Censor, sentado un poco aparte, tenía un semblante más bien descompuesto.

- Sea bienvenido a la corte de China el embajador Firuz, ya que aquí disfrutará del insigne honor de rendir homenaje al soberano que reina en el centro del mundo. ¡Se invita, pues, al embajador Firuz a que se acerque! -proclamó el jefe de Protocolo.

El Omeya obedeció dócilmente y comenzó a recorrer, solo, el largo pasillo que conducía al trono de Gaozong, a uno y otro lado del cual estaban de pie, en hileras apretadas, todos los personajes del estamento de los militares, funcionarios civiles, ministros y letrados.

- Sería conveniente que expusierais a la asamblea aquí presente los motivos de vuestra gestión -susurró al oído de Firuz un hombre que se presentó como ministro de Asuntos Extranjeros.

- El sultanato de Palmira desearía establecer relaciones diplomáticas con el País de la Seda, a cuyo augusto soberano saluda con la más profunda reverencia. Para demostrar la ausencia de cualquier segunda intención y la voluntad de establecer una asociación amistosa con las autoridades de vuestro país, el sultán Rashid quiere devolver al imperio del Centro a una de sus princesas, Luna de Jade, que estaba retenida como rehén en un oasis de la Ruta de la Seda -explicó lentamente Firuz. Gaozong movió la cabeza e hizo un ademán a su secretario particular, que estaba detrás mismo del trono, para que se le acercara y poder susurrarle unas palabras al oído.

- Esa princesa china interesa vivamente al soberano del Centro, por lo que da las más expresivas gracias al sultán Rashid -anunció escuetamente el secretario particular del emperador de China.

- Me encargaré de transmitírselas -respondió Firuz, angustiado, ya que no podía dejar de pensar que la buena disposición de Gaozong tendría como resultado privarlo de su bella amante.

- Majestad, ¿accederíais a firmar una carta de agradecimiento dirigida al sultán Rashid? -inquirió el ministro de Asuntos Extranjeros, alto funcionario cuya obsesión consistía en darse importancia.

- ¿Por qué no? -dijo Gaozong, quien era evidente que tenía los pensamientos en otro sitio.

- En otro momento tal vez podríamos enviar a uno de nuestros emisarios... -insistió el jefe de la diplomacia china, que fue interrumpido por un murmullo de sorpresa.

Para estupefacción de sus enemigos, Wuzhao, que no asistía jamás a las audiencias imperiales por considerar que tenía cosas mejores que hacer, acababa de aparecer detrás de uno de los pesados

tapices rojos ante los cuales se encontraba el trono imperial.

Wuzhao dio tres pasos en el estrado en dirección a su esposo, que se encogió un poco en el trono esculpido donde se sentaba, mientras la emperatriz adoptaba la postura de una actriz que se prepara para pronunciar un parlamento ante la mirada pasmada de un público en el que no cuenta con un solo partidario.

- ¿Qué buenos vientos os han traído aquí, querida mía? -le preguntó Gaozong, sumamente sorprendido.

- Majestad, he venido a proteger los intereses del imperio del Centro -declaró Wuzhao, segura del efecto que causaba.

Ante aquellas palabras, un murmullo casi imperceptible recorrió a los circunstantes, que después quedaron en expectante silencio.

- Acabo de oír lo que se ha dicho sobre las relaciones entre el imperio del Centro y el sultanato de Palmira y lamento decir que la princesa Luna de Jade no es más que una vulgar plebeya.

- Amada mía, os veo muy nerviosa -farfulló Gaozong.

- Mi indignación está al mismo nivel que la superchería con que este embajador trata de engañaros - exclamó la emperatriz refiriéndose a Firuz, que se había quedado más lívido que un muerto.

- Vuestra Alteza se equivoca: esta joven es una china de alto linaje. ¡Lejos de mí cualquier intento de engañar al País de la Seda! -protestó con vehemencia este último.

- He ordenado buscar el nombre de esa joven en todos los registros de la nobleza del Imperio y no he encontrado ninguna Luna de Jade entre las herederas de las que vos llamáis las «Trescientas Familias» -exclamó, desdeñosa, Wuzhao.

Odiaba aquella expresión de las «Trescientas Familias», de la que abusaban los nobles para restregar ante los demás la supuesta superioridad de su casta.

- ¡No entiendo qué significa todo esto! Estáis desorganizando el programa de esta audiencia... -le replicó Gaozong, bastante molesto, ante la mirada encantada de los enemigos de la emperatriz, que comprobaban que, por una vez, Gaozong no aceptaba las palabras de la Usurpadora como moneda de curso legal.

Al emperador de China le importaba poco que Luna de Jade fuera una plebeya. Hacía más de dos semanas que pasaba con ella momentos muy placenteros que, además, se traducían en un vigor inusitado de su vara de jade, la cual, como el ave fénix, parecía renacer de sus cenizas.

- He pedido al archivero jefe que se reúna con nosotros. Este hombre se ha encargado de realizar las pesquisas necesarias -añadió Wuzhao con expresión triunfante haciendo ademán a un individuo alto y enjuto para que se adelantase.

- En efecto, no hay rastro alguno de ninguna niña de nombre Luna de Jade en los registros de nacimientos que consignan los datos de las trescientas dos familias más nobles del imperio del Centro -declaró el archivero jefe leyendo el informe escrito que la emperatriz le había ordenado redactar.

Wuzhao tenía cuidadosamente planeadas las etapas de su ofensiva, destinada a poner en situación embarazosa a sus enemigos haciéndolos caer en la trampa de la ley que debían encargarse de defender.

- ¿Cuáles el castigo del crimen de prevaricación, señor Gran Canciller? -preguntó a Hanyuan.

- ¡Pena de muerte, Majestad! Nada más y nada menos que la pena capital -decretó éste sin mirarla a los ojos.

- ¿Cuál es la definición del crimen de prevaricación, señor secretario general? -preguntó esta vez Wuzhao a Linshi, que transpiraba gruesas gotas de sudor.

- Un crimen de prevaricación es el resultado de un engaño al Estado. O sea, que es un crimen contra la ley del imperio del Centro -respondió este último.

- ¿El emperador del Centro es el garante de la ley? -clamó ella dirigiéndose al conjunto del Gobierno, cuyos miembros en aquel momento estaban concentrados mirándose los zapatos.

Sobre la Sala de las Audiencias imperiales donde Gaozong, enfurruñado como un niño cogido en falta, estaba hundido en el trono, se cernió un silencio de muerte.

Fue la emperatriz Wuzhao quien decidió romperlo, segura de su efecto, después de una

demostración tan implacable.

- Cuando un embajador extranjero hace creer al emperador del Centro que le ofrece una princesa y no se trata más que de una plebeya, ¿no hay que llamar a eso prevaricación? -preguntó Wuzhao hablando con una calma que revelaba elocuentemente un ataque en toda regla cuyo pretexto era el caso Luna de Jade.

- Juro a Vuestra Señoría que el sultán de Palmira ignoraba por completo esta circunstancia. Kaled Jan el tujüe vendió esta joven a la persona que me envía haciéndola pasar por princesa, no por plebeya. El sultán Rashid no tiene nada que ver con este horrible malentendido -gimió Firuz dándose golpes en el pecho en señal de desesperación.

Wuzhao no advirtió que, al oír el nombre de Kaled Jan, algunos habían bajado la cabeza como un solo hombre.

- Eso no desmiente que aquí había una intención de sorprender la buena fe del soberano del Centro y que, de no haber sido por mí, nadie habría descubierto la superchería -escupió con pasión a los ministros, cuya expresión descompuesta revelaba muy a las claras la rabia y la turbación que sentían.

El prefecto Li, al ver que todos sus planes se desbarataban, no estaba menos contrariado.

- ¡Guardias, apresad a este embajador! -ordenó con voz monocorde Gaozong, cuya única preocupación estribaba en conservar aquel placer que tanto en sentido literal como figurado le procuraba Luna de Jade.

Inmediatamente se oyó el entrechocar de espadas y lanzas y acto seguido pesadas cadenas de bronce aferraron los tobillos del embajador omeya.

El público, entre el que abundaban los cortesanos, se creyó en la obligación de proferir suspiros de admiración, salpicados de comentarios elogiosos, al presenciar con qué oportunidad procedía el augusto emperador de China.

Con todo, en el seno de la inmensa sala donde se erigían columnas talladas en troncos de cedros tres veces centenarios, todo el mundo se preguntaba de qué procedimientos se había valido Wuzhao para descubrir aquella maniobra. Aquella mujer aparecía siempre allí donde no se la esperaba y disponía en cualquier ocasión de fuentes de información temibles.

Las preguntas que sus enemigos, abrumados y amargados, no paraban de barajar eran innumerables. ¿Cómo se las había arreglado la Usurpadora para descubrir un hecho tan grave como la apropiación de un título nobiliario? ¿Por qué el emperador de China se doblegaba siempre a la voluntad de una esposa cuyas veleidades con aquel mago indio, Nube Blanca, eran de dominio público? ¿Cómo podía ignorar Gaozong que la Usurpadora lo engañaba de forma tan descarada?

- Majestad, el Gran Censorado desearía interrogar al embajador omeya a fin de aclarar esta cuestión de usurpación de identidad. Convendría igualmente que yo pudiera recoger el testimonio de la interesada -enunció el prefecto Li esforzándose en quedar lo mejor posible delante de los demás.

- ¡La joven no está disponible! Por lo menos de momento -lo cortó secamente Gaozong, que por nada del mundo habría prescindido de los encantos de la chinita.

- ¡Claro, el emperador la tiene guardada en lo más secreto de la Cámara del Amor! -cuchicheó una voz, aunque lo bastante alto para que Firuz, por si no estuviera ya bastante mohíno, pudiera oírlo.

En todo caso, no era preciso ser perito en la materia para adivinar qué había sido de Luna de Jade...

Wuzhao, en cambio, hizo como si no hubiera oído. Hacía ya mucho tiempo que los amores volanderos de su esposo la tenían sin cuidado. En aquel terreno ella no le iba a la zaga.

Ataviada con su vestido de seda rojo sangre adornado con borlas verde jade, desafiaba con la mirada la primera fila del público, donde el orden de precedencia del Gobierno correspondía más o menos al grado de odio que le testimoniaban los interesados.

En el círculo de los diplomáticos, convencidos de ser poseedores de una ciencia cuando en realidad las relaciones internacionales seguían caracterizándose, y continuarían así durante mucho tiempo, por tensiones de fuerza extremadamente brutales, se percibían curiosos murmullos que eran una mezcla de consternación e irritación. Los servicios del Ministerio de Asuntos Extranjeros contaban con esta devolución de la princesa china a través de Firuz para establecer relaciones diplomáticas con el sultanato de Palmira. Semanas dedicadas a la redacción de cartas credenciales, de peticiones

de principios y de interminables reuniones a fin de preparar toda la instrumentación de la diplomacia adecuada, quedaban reducidas a la nada, con grave perjuicio para quienes se habían encargado de su preparación.

Siempre a la altura de sí mismo, Virtud de Fuera era el único de los miembros del Gobierno que ponía cara de satisfacción. El Ministro de la Seda, que había salvado in extremis su cabeza gracias a la providencial interrupción del tráfico de seda, experimentó como de costumbre cierta dificultad para comprender el contexto de la situación crítica en la que se encontraba el equipo gubernamental después de la estrepitosa revelación de Wuzhao.

- ¡Todo esto no es tan grave! Siempre que Su Majestad obtenga alguna satisfacción... -osó exclamar, con lo que se atrajo las miradas aviesas de sus colegas.

En la Sala de las Audiencias se había vuelto a instalar un molesto silencio, ya que el emperador no ocultaba su impaciencia y nadie sabía cómo poner término a una sesión tan lamentable como aquella.

- Si Luna de Jade no es princesa, la primera que lo sabe es ella... -declaró la emperatriz, que turbó aún más si cabía a Firuz con sus palabras, ya que éste comprendió que su joven amante lo había engañado.

- Volveremos a hablar de la cuestión en otro sitio. En cuanto a Firuz, será trasladado al Fuerte del Perro -dictaminó el soberano con voz firme antes de levantar la sesión, mientras sobre el cuello y las muñecas del desgraciado enviado del sultán Rashid de Palmira se abatía un pesado artefacto de madera.

Tras despedir secamente a sus ministros, cuyo rostro contrito daba verdadera pena, Gaozong, sin olvidarse de besar ante todo el mundo la mano de su esposa, hizo que Gomul lo condujera sin pérdida de tiempo a la Cámara del Amor.

Hacía casi dos horas que notaba el hormigueo anunciador de un estado como mínimo aceptable de su miembro viril.

- Parece que eres una plebeya... -anunció a quemarropa a Luna de Jade, mientras Gomul despojaba a la interesada de la fina túnica de seda transparente que cubría sus espléndidas formas.

- El hombre que me vendió al sultán de Palmira me calificó de princesa. ¿Qué podía hacer yo sino aceptar el título? Decir la verdad me habría conducido directamente a la muerte. No tenía otra opción -explicó la muchacha al soberano, que no la oía porque estaba ocupado mordiéndole los pezones.

Gomul, con gestos infinitamente delicados y precisos, le acariciaba las nalgas.

La muchacha curvó la espalda como si fuera un jarrón ritual, recorrido el cuerpo por deliciosos estremecimientos que lo tensaban y separó ligeramente las piernas para que Gomul introdujera los dedos en su hendidura más íntima, fina como la corola de una flor, donde no tardaría en aparecer la delicada humedad de un rocío primaveral.

Ahora que conocían su verdadera identidad, no se hacía ilusiones con respecto a la suerte que le esperaba, como tampoco a la que pudieran reservar las autoridades chinas a Firuz el Omeya.

Pero lo que más la entristecía era pensar que no volvería a ver jamás a su querido Punta de Luz, ya que sabía que la muerte le saldría antes al encuentro.

El abatimiento que se iba apoderando de Luna de Jade atenuaba el efecto de las manos expertas de Gomul hasta el punto de que se vio obligada a fingir placer, mientras Gaozong, que estaba en la gloria, se afanaba en el diván de la Cámara del Amor, persuadido de que los estertores que sacudían el cuerpo de la muchacha obedecían al trato que él le daba.

El emperador de China tenía simplemente la impresión de haber renacido después de años de angustia viendo disminuir su vigor sexual y estando obligado a recurrir a múltiples subterfugios, sobre todo el concurso insustituible de Gomul, para dar el pego a las cortesanas que se llevaba a la cama.

- Tú aquí vas a quedarte mucho tiempo. No te preocupes por eso. A mí me importa muy poco que seas una plebeya -murmuró a la muchacha tras conseguir, como por milagro, verterle la preciosa savia en la boca.

- Por lo que dice el emperador, pese al escándalo provocado por vuestra falsa identidad puedo

aseguraros que no tenéis nada que temer... -murmuró Gomul al oído de Luna de Jade indicándole a Gaozong, que, con los ojos entrecerrados, estaba extasiado de placer.

Era verdad que aquella sesión todavía había sido más fructífera que la anterior. Para recompensar a Luna de Jade, el soberano la obsequió con una inmensa brazada de peonías rojas, rosas y blancas, cogidas expresamente para la ocasión, que una sirvienta dispuso con extremo esmero en un jarrón de gres colocado en el suelo de su habitación.

Las flores eran espléndidas y era un verdadero consuelo para la joven contemplarlas desde la cama, en la que se tendió, algo cansada y aturullada, después de las pruebas que había tenido que superar en la Cámara del Amor de Gaozong. Ya iba a adormecerse cuando oyó que alguien entraba precipitadamente en su habitación.

- Luna de Jade, la emperatriz Wuzhao en persona está en el pasillo y quiere veros -le comunicó una gobernanta bajita a la que no había visto nunca.

- Que entre, por supuesto -consiguió articular, levantándose y ajustando al mismo tiempo a toda prisa su corpiño entreabierto.

Hizo irrupción en la estancia un coloso de bigotes caídos y cráneo rapado excepto una cola de caballo que llevaba cuidadosamente peinada y que parecía brotarle de la cabeza. Sus brazos musculosos y nudosos, cubiertos de tatuajes, eran como las escamas de un dragón.

Era el Mudo, que sostenía en la mano la jaulita redonda con el grillo imperial.

Luna de Jade vio llegar a una mujer muy hermosa, de porte altivo, vestida con una deslumbrante túnica de seda decorada con flores y mariposas bordadas. Aparte de la sorpresa provocada por lo intempestivo del hecho, la joven no pudo reprimir una extraña emoción.

Hacía tanto tiempo que oía hablar de Wuzhao que, al verla entrar de pronto en su habitación, sintió que la invadía una curiosa oleada de alegría, pese a saber a ciencia cierta que se trataba de una rival.

- He venido para averiguar cómo es posible que una obrera del Templo del Hilo Infinito pueda parecer una princesa de elevado linaje -dijo Wuzhao con una sonrisa.

Para sorpresa suya, Luna de Jade vio que, en las palabras de la emperatriz, no había ni sombra de amargura y tampoco de hostilidad...

- Veo que Su Majestad sabe de mí lo esencial... -se atrevió a decir la chinita con una media sonrisa, puesto que todavía dudaba sobre la conducta a seguir, aunque comprendía que era inútil mentir a una mujer como aquella.

- ¡Los has engañado a todos! ¡Perfecto! Yo que tú, habría hecho lo mismo -dijo la emperatriz en tono de complicidad.

- No tenía otra salida...

- Cinco Prohibiciones y Umara me hablaron de ti...

- Yendo con Punta de Luz, me crucé con esa joven pareja en las inmediaciones de la Gran Muralla, en la Ruta de la Seda... -murmuró, pensativa, Luna de Jade, a quien recordar ese episodio ponía nostálgica.

- Estás buscando a tu esposo...

- ¿Cómo lo sabéis?

- Lo adivino en tus ojos. Es evidente que se mueren de ganas de mirar a tu mitad -respondió la emperatriz con evidente benevolencia.

- Pero cada día voy perdiendo más las esperanzas de volver a verlo -gimió la joven, que ahora ya no trataba de disimular delante de su interlocutora.

- ¿Has invocado la compasión del Bienaventurado Buda? -le preguntó aquella santurróna que estaba siempre escondida dentro de la implacable emperatriz.

- Yo no creo en los seres divinos. Estoy convencida de que son un invento del espíritu humano para ayudarlo a sobrevivir... Si la bondad existe, y de eso tengo buena experiencia, sólo se encuentra en el corazón de algunos seres excepcionales y en ningún otro sitio -exclamó, en tono triste y desengañado.

- El mundo no es más que dolor; las Nobles Verdades del Bienaventurado permiten precisamente que los hombres lo rehúyan.

- Sé qué es la felicidad, Majestad. ¿En nombre de qué se puede decretar que el mundo no es más

que dolor? -dijo, dubitativa.

- Las Nobles Verdades permiten estar en paz con uno mismo...

- No sabré qué es la paz hasta que vuelva a ver a Punta de Luz -terminó Luna de Jade.

Aunque era la primera vez que veía a Wuzhao, no dudó en desvelarle el fondo de sus convicciones espirituales más íntimas.

- Día llegará, Luna de Jade, en que las circunstancias harán que te veas obligada a creer en las fuerzas del espíritu. Aunque no te adhieras a su Santa Verdad, debes saber que el Bienaventurado Buda vela por ti.

- Mientras tanto estoy prisionera y a merced de los caprichos sexuales de vuestro esposo...

- Mejor aquí que en la cárcel. Piensa qué destino sería el tuyo si el emperador no te hubiera cobijado bajo su ala protectora... Esperemos que el capricho le dure el tiempo suficiente para que yo pueda sacarte del atolladero -dijo Wuzhao procurando disimular la mueca de contrariedad que le inspiraba la conducta de Gaozong.

- ¿Por qué hacéis todo esto por mí? -le preguntó Luna de Jade, a quien le parecía increíble lo que le estaba ocurriendo.

Por toda respuesta recibió un beso furtivo de Wuzhao en la frente. Al volver a abrir los ojos, que la emoción le había hecho cerrar, Luna de Jade descubrió que la emperatriz había salido.

Apenas oía el rechinar, menos estridente a medida que se alejaba, que emitía el grillo imperial al volver a cantar.

Igual a sí misma, la hermosa Luna de Jade, siempre tan valerosa y obstinada, decidió admitir que lo que acababa de ocurrir era una buena señal que le enviaba el destino.

Una señal a la que Buda, quizá, no era totalmente ajeno.

CÁRCEL DEL PERRO EN CHANG AN

Por enésima vez desde que estaba encerrado en el calabozo húmedo y oscuro del Fuerte del Perro, Cinco Prohibiciones pegó la oreja al muro de piedra.

Lo que oyó fueron unos arañazos característicos, salpicados de pequeños golpes en la pared de la celda contigua a la suya.

Con ayuda del peine de bronce, que no le había retirado su guardián, golpeó diez veces contra la piedra hasta llegar al sitio de donde procedía el ruido. Finalmente volvió a oír una serie de pequeños golpes repetidos.

Hubo diez, lo que permitió al amante de Umara comprobar con satisfacción que se había puesto en comunicación con su vecino.

Fue para él un inmenso alivio, ya que eran extremadamente duras las condiciones de detención y lúgubre el ambiente que reinaba en la cárcel del Fuerte del Perro, sobre todo en las celdas de nivel inferior, donde la luz del sol no penetraba jamás.

Después, a fuerza de aguzar el oído y de pegarlo a la piedra, acabó por oír el eco de una voz ensordecida y lejana. No podía haber duda: la voz en cuestión profirió un grito que se parecía extraordinariamente a «¡Om!». ¿Habrían instalado al ma-ni-pa en la celda contigua? Cinco Prohibiciones dio una voz a través de la piedra:

- ¡Ma-ni-pa!

Y el otro le respondió:

- ¡Om!

Aquel simple intercambio, tras semanas de soledad absoluta, acabó de devolverle un poco de valor. El grosor del muro no permitía decir más, pero aquella sola presencia contribuía a ayudar al joven a superar la neurastenia, así como las consecuencias físicas y morales de la sucesión indefinida de los días y las noches, marcada apenas por el minúsculo rayo de luz que se filtraba por el angosto tragaluz que permitía al prisionero introducir dos dedos apenas.

En cuanto a Punta de Luz, sobre el cual el guardián le daba noticias de vez en cuando, debía de encontrarse en una celda más apartada.

La estación de las lluvias de aquel final de verano se anunciaba particularmente larga y rigurosa y propagaba el riesgo de desbordamiento del río Amarillo y de sus afluentes, desde el más pequeño al más grande. Hacía dos semanas que llovía a cántaros sin interrupción y los muros del Fuerte del Perro rezumaban agua y estaban resbaladizos y pringosos como si estuvieran untados con manteca. Cinco Prohibiciones, que estaba aislado, ignoraba que aquella humedad había comenzado a provocar neumonías mortales entre los prisioneros que, a causa de sus debilitados organismos, no estaban en condiciones de soportarlas. A juzgar por el ruido incesante del agua, cuyo golpeteo en los muros de la cárcel no dejaba de oír Cinco Prohibiciones, era más que probable la inundación del subsuelo del Fuerte del Perro.

- Se ha decidido reagrupar a todos los prisioneros de la planta baja en un mismo lugar para salvarlos de una inundación -le explicó, al día siguiente por la mañana, su guardián empujándolo hacia el exterior de su calabozo-. Las lluvias han aumentado peligrosamente el nivel del río subterráneo sobre el cual se ha construido el fuerte. Tengo orden de trasladarte a una celda colectiva del primer piso.

Desde el nivel inferior de la cárcel, donde se pudrían los prisioneros más peligrosos, se accedía a la mencionada celda colectiva a través de una estrecha escalera de caracol. De dimensiones espaciales, disponía de una especie de balcón natural que se abría sobre el río subterráneo, que ya desbordaba la zanja central a la que daban los calabozos de Cinco Prohibiciones y del ma-ni-pa. En el momento en que su carcelero lo empujaba violentamente hacia el fondo de aquel espacio, el recién trasladado distinguió tres siluetas, que debían de ser las de los otros prisioneros allí congregados a causa de la subida de las aguas.

- ¡Ma-ni-pa! ¡Qué alegría volver a verte! -exclamó alegremente dirigiéndose al monje errante antes de arrojarle en brazos del tibetano, compañero de días buenos y malos.

Por desgracia, no se veía ni rastro de Punta de Luz.

- Soy el embajador Firuz el Omeya, natural de Bagdad, ciudad tan bella como Chang An, y estoy encerrado aquí porque la chinita que yo acompañaba para devolverla al emperador Gaozong no era de sangre noble, contrariamente a lo que yo había declarado. Soy víctima de mi buena fe -dijo a Cinco Prohibiciones la segunda silueta, que visiblemente tenía deseos de entrar en contacto con aquel chino de rostro afable que el guardián en jefe acababa de conducir al calabozo colectivo.

- Bienvenido, Firuz el de Bagdad. En cuanto a mí, me llamo Cinco Prohibiciones y me ha encerrado aquí la policía secreta china. Estáis en libertad de no darme crédito, pero os aseguro que no he hecho nada malo -se limitó a explicar el interesado.

- ¡Te creo sinceramente! Me complace conocerte, Cinco Prohibiciones. Sin esta lluvia, ni tú ni yo habríamos tenido esta suerte -concluyó con talante afable el embajador.

- Espero devolverte el cumplido -exclamó el mahayanista, seducido por la educación del diplomático.

- El agua corre como un río violento -exclamó de pronto el ma-ni-pa.

Sentado con los pies colgando del borde del balcón natural, señaló la corriente cuyas aguas turbulentas comenzaban a formar impresionantes remolinos y que caían en el foso que antes sólo estaba lleno hasta la mitad.

De pronto apareció ante ellos otro carcelero con cara de garduña provisto de una bandeja sobre la que estaban dispuestos cuatro minúsculos cuencos de arroz que serían todo su alimento hasta el día siguiente.

- ¡Om! ¿Por qué no dejáis que nos muramos de hambre? -gimió el ma-ni-pa dirigiéndose al carcelero.

El monje errante soportaba cada vez peor el régimen de la cárcel del Fuerte del Perro, donde las raciones eran tan exiguas que sólo los prisioneros más resistentes podían sobrevivir a aquella alimentación insuficiente.

- Pues porque el director de esta cárcel no tiene ganas de que le corten la cabeza. Tiene que responder delante del Gran Censor Imperial de la integridad de los prisioneros que le envían -le replicó el carcelero con voz agria antes de darle con intención perversa un taconazo en las costillas, lo que arrancó tal alarido de dolor a la víctima que Cinco Prohibiciones se apresuró a ir a socorrerlo. La respuesta ingenua del guardián era exacta, ya que los servicios del prefecto Li se mostraban muy estrictos con los pobres directores del Fuerte del Perro, que iban sucediéndose al ritmo de las defunciones de los prisioneros.

- ¿Y tú? ¿No dices nada? ¿Cómo te llamas? -preguntó Cinco Prohibiciones a la tercera silueta, cuya presencia casi había olvidado, cuando se marchó el carcelero.

- Me he dado un golpe en la frente cuando me han sacado de la celda. Por eso estoy algo desorientado -respondió como excusándose el desconocido, que tenía el rostro empapado en sudor.

- ¿Por qué te han metido en la cárcel? -prosiguió Cinco Prohibiciones tendiéndole un trapo para que se secara la cara.

- Pues porque conozco un secreto y asistí a una escena que jamás habría debido presenciar.

- Debe de tratarse de una verdadera abominación para que te hayan reservado esa suerte.

- De hecho, menos una abominación que una gigantesca superchería. Cierto es que fue realizada en provecho de la emperatriz en persona y bajo su autoridad exclusiva. Por eso se apresuró a entregarme a la policía y a acusarme de allanamiento de morada cuando me descubrió. Seguro que de haber tenido la posibilidad de eliminarme físicamente, no habría dudado en hacerlo -gimió bruscamente el interesado.

- ¿De qué se trata? ¿Por qué mezclas a la emperatriz de China con todo esto? -preguntó Cinco Prohibiciones, algo escéptico, aunque se moría de ganas de saber más sobre las circunstancias exactas que habían conducido hasta allí a aquel hombre de acento sincero.

- Soy un pobre cazador de batracios. Vivo en la miseria desde la infancia y me gano la vida vendiendo por muy poco dinero ancas de rana a un tabernero de Luoyang.

- Pero ¿qué tiene que ver tu comercio de batracios con tu presencia aquí? -añadió el antiguo monje del Gran Vehículo.

- ¡A eso voy! Hace exactamente diez días que, por inadvertencia, mis pasos me llevaron al parque del Palacio de Verano de la emperatriz, en Luoyang, no lejos de la orilla del río Lě, donde en ciertas épocas del año pululan las ranas. Os puedo asegurar que cuando uno tiene intención de capturar a esos bichos saltarines, no aparta los ojos del suelo...

- No tenemos motivos para no creer en tus palabras -le dijo Firuz, divertido por el sesgo pintoresco que estaba adquiriendo el relato de aquel individuo.

- Justo cuando levanté la cabeza, me topé cara a cara con una mujer suntuosamente vestida acompañada de un gigante que sostenía en la mano un cincel para esculpir la piedra. Tenía a su lado a dos niños encantadores, un niño y una niña, que jugaban con unas ramas.

- Lo que me has contado hasta aquí me parece terriblemente banal. De modo que tú fuiste a buscar ranas en el jardín de la emperatriz Wu. No veo que se trate de un crimen de Estado... -concluyó Cinco Prohibiciones, que ya empezaba a preguntarse si aquel individuo no sería un embustero y si tal vez estaría allí por causa de pequeños latrocinios inconfesables.

- Pero la continuación no es tan banal, como ya veréis. Para empezar, la niña en cuestión parecía una de esas criaturas evanescentes y divinas que vagan por los bosques...

- ¡Era la Gemela Celestial! Este hombre vio a los Gemelos Celestiales -murmuró el ma-ni-pa.

- Aquel hombre y aquella mujer, que con sólo verlos comprendí en seguida que eran la emperatriz y su servidor, tenían delante ocho enormes piedras que estaban colocadas sobre la hierba. Por lo que decía Wuzhao, un elefante blanco las había arrastrado hasta el sitio donde se encontraban... Las había sacado del río Lě.

- ¡Es increíble! ¡Continúa! -exclamó Cinco Prohibiciones, dejándose llevar por la pasión.

- De pronto levanté la cabeza y dejé de interesarme por las ranas que saltaban en la hierba...

- Las ranas me importan muy poco. Háblame de lo demás -añadió Cinco Prohibiciones, cada vez más interesado.
- La emperatriz estaba mostrando al gigante que era su servidor unas muestras de caracteres chinos que este último debía grabar en la cara más lisa de cada roca con ayuda del cincel que tenía en la mano.
- ¿Le ordenó que escribiera en las piedras? -inquirió el mahayanista, desconcertado.
- Sí, y estaba furiosa porque iba muy despacio. Y podéis creerme si os digo que, cuando la emperatriz se pone nerviosa, se nota que lo está.
- ¿Qué clase de fórmulas le mandó grabar?
- Como no sé leer, me costaría responderos. De todos modos, comprendí que se trataba de la subida al trono de China de una mujer que sería emperador... Su servidor, que es un pobre gigante con la lengua cortada, hacía unos esfuerzos terribles para reproducir en la piedra las palabras cuya forma ella le indicaba que copiase. Como las piedras eran durísimas, el pobre desgraciado tenía que estar afilando continuamente el cincel. ¡Había que ver cómo lo trataba! -explicó, indignado, el prisionero.
- ¿Y qué hacían allí los Gemelos Celestiales? -preguntó el ma-ni-pa, dirigiéndose a la vez a Cinco Prohibiciones y al cazador de ranas.
- La emperatriz se comportaba de una manera muy rara con esos niños, los Gemelos Celestiales, como tú los llamas -murmuró este último.
- ¿Puedes precisarme a qué te refieres?
- Pues está muy claro: la soberana parecía una maestra que hace recitar la lección a sus alumnos.
- ¿Una lección a unos niños tan pequeños? ¡Vaya! -exclamó, extrañado, Cinco Prohibiciones, que todavía tenía en el pensamiento a los dos niños que apenas sabían andar cuando Umara y él abandonaron Chang An en dirección a Samyé.
- Pese a su tierna edad, ya hablan el chino como los libros, especialmente la niña -aseguró el cazador de batracios.
- ¿De qué lección se trataba?
- La emperatriz de China les hacía repetir que aquellas rocas habían «sido encontradas milagrosamente en el fondo del río Lě, con inscripciones adivinatorias que anunciaban un acontecimiento extraordinario». La niña comprendía perfectamente, pese a su corta edad, que Wuzhao le estaba pidiendo que dijese una mentira y protestó diciendo que el gigante estaba grabando aquellas piedras y que antes no tenían inscripción alguna. La soberana, entonces, viéndose desamparada ante la negativa de la niña de rostro medio simiesco, se arrojó a sus pies y le suplicó que, en nombre del destino de China, hiciese lo que ella le pedía. Era realmente un curioso espectáculo ver a la emperatriz de China implorar un favor a una niña tan pequeña...
- ¿Y cuál fue la reacción de la pequeña Joya? -inquirió Cinco Prohibiciones, cuya curiosidad parecía agudizarse.
- Se apenó mucho al ver a la emperatriz de China a sus pies y acabó por prometer, con su voccecita de niña, que diría que aquellas rocas habían salido «tal cual, cubiertas de palabras divinas» de las aguas del río Lě -respondió el prisionero, cuya voz quedaba medio encubierta por el ruido continuo de la lluvia que se abatía sobre el Fuerte del Perro.
- Es decir, grabadas con la profecía que anunciaba la subida al trono de China de una mujer en lugar de un hombre... -exclamó Cinco Prohibiciones, sin darle tiempo a terminar sus palabras.
- ¿Cómo lo sabéis? -se sorprendió el cazador de ranas.
- Esa mujer posee una temible habilidad. ¡Mira que llegar a urdir las predicciones susceptibles de servir a sus designios! Siempre he estado convencido de que acabaría por conseguir sus fines -murmuró, pensativo, Cinco Prohibiciones.
- ¿Crees que subirá al trono de China? -inquirió el ma-ni-pa.
- De eso no hay duda. Por mucho que se trate de un objetivo que parece extraordinariamente difícil de alcanzar, puesto que los Ritos Inmemoriales no prevén que el Hijo del Cielo sea de sexo femenino, sin duda sabrá encontrar los medios.
- No soy adivino -exclamó el cazador de ranas-. Todo lo que sé, en cambio, es que Wuzhao es una mujer implacable. Cuando me descubrió, agazapado en la hierba, aterrado ante el espectáculo que

acababa de presenciar, entró en una cólera ciega y me conminó a que le dijese si yo era o no un espía a sueldo del Gran Censorado. Aunque protesté con toda mi buena fe y procuré hacerme el desentendido y fingir que no había comprendido nada de lo que había visto y oído, no me sirvió de nada. Como es tan desconfiada, llamó en seguida a sus guardianes y les ordenó que me detuvieran so pretexto de que había entrado sin autorización en el parque imperial de Luoyang. Tuve la ingenuidad de creer que podría salir del apuro después de pasar una noche en la comisaría. Pero no sólo no fue así, sino que me transportaron hasta aquí en una carreta en compañía de grandes criminales de Estado y me inmovilizaron con grilletes. Como uno de esos osos que se exhiben ante el público.

- Tiene miedo de que cuentes la escena de la que fuiste involuntario testigo. Si se desvelara su patraña, todo habría terminado para ella -concluyó Cinco Prohibiciones.

- Son pocos, por desgracia, los que logran salir del Fuerte del Perro -murmuró Firuz, que hasta entonces se había mantenido muy callado.

- Si he entendido bien, eso quiere decir que para mí se ha terminado todo -gimió el cazador de batracios.

- Como todos nosotros, es preciso que salgas de aquí. Nuestra suerte no es mucho más envidiable que la tuya -concluyó Firuz, cada vez con aire más sombrío.

- Ese momento llegará y a lo mejor no tarda. ¡Llueve tanto! ¡En eso estriba nuestra suerte! -exclamó con aire de misterio Cinco Prohibiciones.

Sus compañeros se preguntaron a qué se refería su compañero. En cualquier caso, parecía hablar muy en serio.

- ¿Cómo y por qué puede ayudarnos la lluvia? -preguntó, incrédulo, el ma-ni-pa ante las miradas sorprendidas del cazador de ranas y del Omeya.

- Esperad a esta noche y lo comprenderéis -murmuró el mahayanista sonriendo a sus compañeros de infortunio.

Apenas acababa de pronunciar la frase cuando Cinco Prohibiciones tuvo el placer de descubrir el rostro lívido de Punta de Luz, a quien el guardián acababa de empujar también dentro del calabozo colectivo.

- ¡Amigo mío! ¡Qué feliz soy de volver a verte! -exclamó el mahayanista echándose en brazos del maniqueo de Kucha.

- Creí que me ahogaba. Los subterráneos ya están medio inundados. Cuando han venido a buscarme a la celda, el agua me llegaba a la cintura -dijo jadeando el marido de Luna de Jade, que poco a poco iba recuperando los ánimos.

- Volvemos a estar reunidos. Es lo esencial, gracias al Bienaventurado Buda. ¡Alabado sea! -terminó Cinco Prohibiciones, después de lo cual presentó el maniqueo a Firuz el Omeya de Bagdad.

- ¿Qué haremos? -inquirió Punta de Luz.

- Confíad en mí. He meditado un plan que debería permitirnos salir de aquí -musitó el mahayanista.

Al caer la noche, el agua había subido varios palmos, con lo que se habían inundado hasta el techo las celdas de la planta baja del Fuerte del Perro, puesto que el nivel de las aguas del río subterráneo había superado en mucho el de las puertas.

Cinco Prohibiciones reunió entonces a sus cuatro compañeros en el balcón natural de la celda colectiva que daba a lo que ahora era un furioso torrente de aguas fangosas que atravesaba la cárcel de un extremo a otro.

- Ese río que veis -les explicó- penetra en la cárcel y vuelve a salir después por los fosos. Su corriente se ha hecho ahora lo bastante impetuosa como para arrastrar un elemento flotante de las dimensiones del cuerpo de un hombre...

- ¿De modo que nos invitas a que nos arrojemos a esas aguas tumultuosas que nos expulsarán fuera de la boca del Perro? -preguntó Firuz, que había comprendido en seguida adónde quería llegar Cinco Prohibiciones.

- Como jamás he tenido lagos a mi disposición, no sé nadar. Los únicos mares que conozco son los de arena que hay en torno a los oasis de la Ruta de la Seda -añadió Punta de Luz, que testimoniaba de ese modo su capacidad de aportar humor a todas las circunstancias.

- Los fosos del Fuerte del Perro se alimentan de este río subterráneo. Me lo dijo el joven guardián que me recibió aquí. ¿No os fijasteis, al atravesar el puente levadizo que conduce a la entrada del Fuerte, en la gran cantidad de pescadores que están a la espera de atrapar algo? Algunos dicen que también hay carpas que devoran carne humana. Bien, pues esos peces no estarían ahí si el agua no circulase. El agua que tenéis ante los ojos proviene de la montaña, que es donde tiene su fuente, y va a desembocar en el exterior del fuerte. Ese poderoso oleaje nos conducirá a la libertad -añadió Cinco Prohibiciones, más seguro que nunca del plan que se traía entre manos.

- ¡Yo me arrojaré detrás de ti! No tengo miedo y sí confianza -exclamó Punta de Luz, decidido a seguir a su amigo hasta el fin del mundo.

- Pero yo tengo miedo de morir ahogado -gimió el ma-ni-pa, inquieto ante el borboteo de las aguas que se deslizaban a toda velocidad ante sus ojos.

- Me temo que no tenemos otra opción. Si queremos salir vivos de aquí, debemos echarnos de cabeza al río y dejar que la corriente nos arrastre cerrando los ojos y tapándonos las narices.

¡Estamos en libertad de arrojarnos al agua o no! Yo pienso hacerlo, confiando la salvación de mi cuerpo al Bienaventurado Buda y esperando haber tenido ocasión de vivir bajo la piel de un pez en una de mis existencias anteriores -le advirtió el mahayanista.

- ¿Crees que eso te ayudará a nadar? -inquirió el monje errante con voz temblorosa.

- Esa es la esperanza que me queda. Por otra parte, os invito sinceramente a hacer lo mismo que yo: rezad al Santo Buda y seguidme.

No había terminado su frase cuando, ante los ojos aterrados de sus compañeros, Cinco Prohibiciones hizo una profunda inspiración a fin de almacenar la mayor cantidad de aire posible en su caja torácica y, sin el más mínimo titubeo, se arrojó de cabeza a las aguas tumultuosas.

Cuando Cinco Prohibiciones entró en contacto con el elemento líquido, los millones de burbujas provocadas por los agitados remolinos de la crecida del río aportaron a su rostro una deliciosa sensación de frescor y un agradable hormigueo. Sobre su cabeza sintió el impacto de una inmersión. Era el esposo de Luna de Jade, que, pese a no saber nadar, había hecho que sus actos fueran consecuentes con sus palabras.

Cerrando los ojos y pinzándose la nariz con los dedos, el mahayanista, para evitar caer en el pánico, trató de utilizar el método propio de ciertos ejercicios de meditación trascendental consistentes en identificarse con un objeto exterior, en el que el espíritu se centraba para alcanzar el «nivel de conciencia» capaz de iniciar la meditación propiamente dicha.

Por eso pensó que era un madero arrastrado por el agua.

Cuando la fuerza de las aguas lo hundió hasta el fondo de la zanja central por donde discurría el río subterráneo, se encontró en una especie de vacío acuático que le hizo el mismo efecto que un estrecho y oscuro tobogán por el que se deslizaba a velocidad vertiginosa.

Su espíritu iba desvinculándose poco a poco de su cuerpo.

Se vio como un madero flotante sumergido en el Agua, ese elemento que sus antepasados Han, desde la noche de los tiempos, asimilaban a la estación invernal, al color negro, a las conchas, al norte, a los riñones, al olor a podrido, al sabor a sal, así como a la nota de música Yu.

[19] Su objetivo estribaba en acomodarse perfectamente a esta correlación fundadora a través de la concentración y del dominio personal. Sólo entonces conseguiría dominar el Agua que, en lugar de inundarle los pulmones, lo conduciría a la libertad.

Ni siquiera sentía la necesidad de nadar en aquellas olas tumultuosas que lo aspiraban. Todo parecía fluido y ondulante y hasta maravillosamente burbujeante, como si evocara el recuerdo de una existencia acuática anterior para recordarle que el Agua era un elemento donde era posible encontrar la felicidad... si uno no era más que un madero.

Transcurridos dos minutos, advirtió que todavía no había respirado desde que se había zambullido en el río subterráneo. Aun sin confesárselo, comenzaba a sentir los efectos de la falta de oxígeno en su organismo. Pronto, aun en contra de su voluntad, se sumiría en la inconsciencia y su instinto de supervivencia ya no le impediría abrir la boca ni respirar profundamente. El agua invadiría sus pulmones y no le quedaría más remedio que perecer en aquella agua burbujeante. El cuerpo humano

que él era, hecho de carne y de sangre, no conseguía convertirse en un simple trozo de madera. Y entonces se vio tal como era y vio también que se estaba ahogando en la crecida del río subterráneo del Fuerte del Perro.

Pero como todo budista sincero que contaba con la compasión del Bienaventurado hacia sus discípulos animados por la voluntad de obrar bien, Cinco Prohibiciones estaba totalmente resignado en cuanto a las consecuencias de su gesto, pese a que ahora lamentase amargamente haber arrastrado al joven maniqueo tras él en aquel gesto desaforado.

¿No sería mejor terminar de una vez por todas, abrir la boca y dejar que el agua invadiese sus bronquios, confiando al Bienaventurado Buda la suerte de Punta de Luz, a quien no cesaba de pedir perdón, esperando con todas sus fuerzas que sus compañeros fueran más prudentes que él y que desistiesen de lanzarse a la corriente en el último momento?

El dolor era aceptable y, una vez que el hombre lo aceptaba con conocimiento de causa, se convertía como por milagro en menos intenso, se hacía casi soportable.

¿Qué más normal, en efecto, que morir ahogado cuando el ciclo del Samsara os había conducido a una existencia humana en la que el elemento líquido no era el medio usual?

Dentro de la lógica de la devoción de un budista sincero y piadoso, pasar de la vida a la muerte en esas condiciones era conforme a la idea que uno se hacía de la existencia.

De no haber sido por el furioso deseo que sentía de reencontrar a Umara, Cinco Prohibiciones habría aceptado la suerte que iba a ser la suya. Pero la idea de abandonar este mundo sin volver a ver a la mujer amada era un latigazo para el mahayanista, que decidió darse impulso con la cadera para tratar de aspirar aire. Tras asomar a la superficie, inspiró a fondo antes de volver a sumergirse en las aguas, aunque esta vez decidido a no ser un simple trozo de madera flotante, sino el prisionero Cinco Prohibiciones que trataba por todos los medios de escapar del Fuerte del Perro. Tras él, Punta de Luz tenía la impresión de que una fuerza inmensa lo propulsaba como si fuera el proyectil de un cañón de pólvora.

Como no sabía nadar, se sentía vagamente inquieto, si bien seguía confiando en el espíritu de improvisación y de decisión de su compañero, del que no imaginaba ni por un instante que pudiese empujarlo a cometer un acto suicida.

Lejos de doblegarse y bajar la guardia, necesitaba avanzar, superar el muro de agua detrás del cual presentía la libertad de la que había hablado Cinco Prohibiciones.

Entonces, perfectamente lúcido y consciente, el marido de Luna de Jade sintió que su cuerpo subía bruscamente y, antes de volver a ser aspirado hacia el fondo, resurgía algo más lejos, como si el río pasase por una especie de sifón.

Resistir a la extraordinaria potencia de la corriente, aunque uno fuera joven y vigoroso, se había convertido en algo rigurosamente imposible. El budista se deslizó suavemente hacia el estado de coma que sentía ascender en su interior mientras el maniqueo, en cambio, luchaba a brazo partido, ayudándose con manos y pies como si estuviera escalando o descendiendo una pendiente líquida. Justo en aquel momento, Cinco Prohibiciones, presa de la desesperación y cuando ya pensaba que iba a disolverse en el elemento líquido, se encontró cara a cara con una forma extraña y descubrió que se trataba de una enorme carpa.

Y entonces, convencido de que el Bienaventurado le había concedido la gracia insigne de reencarnarse en un pez, abrió de nuevo los ojos, nuevamente sereno, seguro de que Punta de Luz conocería una suerte idéntica a la suya y esperando con todas sus fuerzas que un día tendría la ocasión de nadar en algún estanque al que tal vez se asomaría Umara...

Se miró los brazos para ver si los tenía ya recubiertos de escamas y, con gran estupefacción, comprobó que los tenía igual que siempre, que su nariz era la de siempre y, sobre todo, que podía respirar. ¡Estaba vivo!

En realidad, flotaba, jadeante, en el foso del Fuerte del Perro, en tanto que Punta de Luz, que había conseguido tocar tierra antes que él, lo ayudaba a salir agarrándolo por los hombros. A su alrededor giraban unas carpas curiosas por saber qué pasaba, como si quisiesen averiguar qué clase de peces extraños eran aquellos que acababan de reunirse con ellas, uno de los cuales ya había salido del agua y el otro estaba a punto de hacerlo.

Cinco Prohibiciones, jadeante y agotado, levantó la cabeza.

Seguía cayendo una lluvia fina, pero se dispersaban las nubes para ceder su sitio a la bóveda de un cielo tachonado de estrellas que refulgían con mil luces. El viento había mermado y los alrededores de la cárcel parecían desiertos: en el borde de los fosos no había ningún pescador de caña ni de red. En el ambiente extrañamente tranquilo que reinaba alrededor de las aguas negras de los fosos que cercaban la fortaleza, los dos hombres no oían más que el rumor de las hojas de los árboles.

- ¡Qué locura! ¡Creí que me moría! -confió Cinco Prohibiciones a su compañero, que, menos agotado que él, recuperó prontamente el aliento.

- ¿Qué haremos? -preguntó éste.

- Esperar a los demás.

- ¿No es peligroso?

- Salgamos de estos fosos y esperémoslos allá arriba. ¿Qué te parece?

Se aprestaban a escalar el muro de gruesos morrillos inclinados cuando oyeron un extraño gorgoteo que salía del lugar donde las altas murallas del Fuerte caían a plomo en las aguas sombrías.

Observaron las burbujas que se formaban, cada vez más grandes, en la superficie del agua.

- Debe de ser la gigantesca carpa con que acabo de toparme cara a cara -exclamó el mahayanista.

- ¿Estás seguro? -inquirió el maniqueo, que no las tenía todas consigo.

- O será el dragón guardián de estos lugares, al que quizá hemos molestado durante el sueño y que acude en busca de noticias.

- ¿Lo dices en serio?

- Trato de distender el ambiente. Me gustaría ver aparecer las cabezas de los que hemos dejado atrás.

- ¡Ahí tienes a uno! -exclamó Punta de Luz al descubrir el rostro de Firuz que emergía entre el torbellino de las burbujas.

El embajador, propulsado por la presión provocada por el sifón natural que permitía que el río pasase por debajo de la muralla para salir de nuevo al exterior de la misma, estaba al borde del síncope.

- Estaba convencido de que me había llegado la última hora -consiguió articular el bagdadí, después de escupir el agua que había tragado.

- ¡El Bienaventurado no ha querido nada contigo! Punta de Luz y yo estábamos convencidos de que todavía no habías terminado tu trabajo aquí abajo -le dijo en tono amistoso Cinco Prohibiciones con intención de animarlo un poco.

- ¡Ahora espero que aparezca el ma-ni-pa! ¡No falta más que él! Cuando he saltado, estaba encogido detrás de mí y no hacía más que decirme que le faltaría el valor necesario para lanzarse -añadió el embajador del sultán de Palmira, que poco a poco iba recobrando el aliento.

- ¡Ojalá que se haya atrevido! Ese monje errante me ha seguido siempre a pesar de todas las dificultades. No merece seguir en las fauces del Perro -suspiró Cinco Prohibiciones con un estremecimiento.

Transcurrieron largos minutos durante los cuales los tres hombres que se habían salvado milagrosamente, pese a encontrarse en límite de sus fuerzas, consiguieron auparse fuera del foso escalando con grandes dificultades el abrupto declive que lo delimitaba.

Al llegar al borde, agarrándose a las paredes resbaladizas con las manos y dejándose las palmas en carne viva, cayeron desplomados, incapaces de pronunciar palabra. Sólo podían oír el croar de las ranas, signo indefectible de que, en los fosos, la vida estaba a punto de reanudar su curso normal después de las lluvias torrenciales que habían caído.

Cinco Prohibiciones fue el primero en levantarse con grandes precauciones para asegurarse de que no había ningún guardián apostado en la garita que vigilaba la entrada del puente levadizo que había que franquear para atravesar el foso y seguidamente penetrar en la fortaleza.

Ésta, con los muros chorreando agua iluminados por los rayos lívidos de la luna, era como una enorme gema refulgente y parecía vacía.

No se divisaba ni la sombra de un guardia en el horizonte.

Había llegado el momento de eclipsarse y perderse en la noche. El único obstáculo que retenía al

mahayanista era la suerte del ma-ni-pa, al que se negaba a abandonar de manera tan cobarde. Tras observar con atención la puerta de la garita, comprobó que estaba abierta de par en par. Era probable que los guardias hubieran abandonado el puesto a causa de la violencia del diluvio que se había abatido sobre el Fuerte del Perro. Les bastaría con atravesar la portería y se encontrarían inmediatamente en la fortaleza y, a partir de allí, podrían penetrar en el calabozo colectivo donde a buen seguro todavía encontrarían al monje errante.

Ya iba a lanzarse a aquella aventura tan loca cuando volvió a oír un chapoteo que venía del fondo del foso donde el astro nocturno estriaba las aguas negras en rayas plateadas.

Precipitándose hacia el ruido para ver de qué se trataba, comprobó con alegría que el Bienaventurado Buda seguía bendiciendo el destino de sus amigos: era el ma-ni-pa, que el Fuerte del Perro acababa de expulsar, en medio del caos y del dolor, como expulsa a su cachorro un gran mamífero al parir.

- ¡Om! ¡Mucho miedo! ¡Om! ¡Mani padme hum! -jadeó el monje, chorreando desde la cabeza a los pies, cuando Cinco Prohibiciones lo ayudó a salir del gran foso.

- Avalokitesvara el Compasivo, tu santo patrón, no ha querido que te pudrieses por más tiempo allí dentro.

- ¡Om! ¡Mani padme hum! -se limitó a repetir el interesado.

- ¿Y el cazador de ranas? -preguntó de pronto Punta de Luz. -No ha querido. ¡Tenía demasiado miedo! Ha preferido quedarse -explicó el ma-ni-pa. -¿Tenemos que esperarlo? -preguntó Punta de Luz.

- Teniendo en cuenta lo que dice, es evidente que no -dijo Firuz en tono tan decidido que Cinco Prohibiciones se quedó un poco desconcertado.

- ¡No vendrá! -confirmó el monje errante.

- Entonces no tenemos ningún interés en hacernos viejos aquí -dijo el mahayanista arrastrando a sus compañeros hacia el camino que era una prolongación del puente.

A lo lejos, por la parte izquierda, se divisaban los árboles de un bosquecillo.

- Vamos allí y estaremos resguardados -añadió indicando lo que parecía el lindero de un bosque.

Sin pararse a reflexionar, Punta de Luz, Firuz y el ma-ni-pa se lanzaron detrás de Cinco Prohibiciones en dirección a aquellas frondas salvadoras.

- ¿Qué haremos ahora? -preguntó Firuz a Cinco Prohibiciones cuando se encontraron al abrigo del sotobosque.

- ¡Eso mismo iba a preguntarte! -añadió Punta de Luz con una sonrisa.

- Pues proceder con la máxima discreción. Dentro de pocas horas, a no dudarlo, tendremos a toda la policía del imperio del Centro siguiéndonos los pasos -respondió el mahayanista.

- Es difícil pasar inadvertido en China central cuando te vigilan los agentes de la policía especial -exclamó Punta de Luz, que sabía por qué lo decía.

- En el punto donde nos encontramos, sólo hay una persona que pueda sacarnos de apuros -terminó el antiguo ayudante de Pureza del Vacío ante la mirada algo sorprendida de sus compañeros, reunidos a su alrededor y llenos de atención y respeto.

- ¿En quién piensas? -preguntó el esposo de Luna de Jade.

- En Wuzhao, la emperatriz de China. Ella puede ayudarnos. Debo ponerme en contacto con ella -exclamó Cinco Prohibiciones en tono categórico.

- Yo que tú, desconfiaría de ella -le replicó Firuz, a quien la voz le temblaba de cólera.

- Conozco lo suficiente a la emperatriz Wuzhao para afirmar que, en las circunstancias actuales, nos ayudará.

- Esa mujer es temible por su crueldad. Ella perturbó la audiencia que el emperador del País de la Seda me había concedido para avisarle de que la muchacha china llamada Luna de Jade, enviada en prenda por la persona que me manda, el sultán de Palmira, no era más que una vulgar plebeya. Si ella no hubiera intervenido, no me habrían metido en la cárcel -protestó con vehemencia el embajador.

- ¿Luna de Jade? ¿He oído bien el nombre que acabas de pronunciar? ¿Dónde está mi esposa? -gritó Punta de Luz agarrando por el brazo al embajador omeya.

El maniqueo estaba tan emocionado que su voz, de ordinario tan clara, temblaba como la de los lamas tibetanos ancianos cuando salmodian sus mantras.

- ¿Tú eres el marido de Luna de Jade? -exclamó, sobresaltado por la noticia, el embajador Firuz.

- ¡El mismo! Nos casamos en Turfan según el ritual maniqueo, en la Iglesia de la Luz, con centenares de cirios encendidos. El Gran Perfecto Cargamento de Quietud presidió la ceremonia. Fue mágico. A las pocas semanas ya estábamos esperando un hijo. ¿Dónde está Luna de Jade?

-añadió, angustiado, aquel que no había dejado de amar con locura a la joven obrera del Templo del Hilo Infinito.

- ¡En Chang An! Desde Palmira, donde fue vendida al sultán, hasta la capital del País de la Seda, adonde yo debía acompañarla, me ocupé de ella con la máxima atención. En cuanto al niño que acabas de mencionar, no parecía tener ningún hijo, puesto que en ningún momento me habló de él -se limitó a responder Firuz, serio de pronto.

Furioso al ver que su joven amante estaba casada con Punta de Luz y que éste, además, la había dejado embarazada, hechos todos que la interesada se había guardado muy bien de revelar, el bagdadí no sabía si decir al maniqueo que Luna de Jade probablemente estaba alojada en palacio y al alcance del emperador Gaozong. No le pasó por las mientes confesarle que también él había gustado los inefables encantos de la hermosa chinita.

- Eso quiere decir que Mani me habrá concedido la gracia insigne de encontrar a mi bien amada -murmuró Punta de Luz.

Parecía estar encantado, como si su permanencia en la cárcel y su aventura acuática no lo hubieran afectado lo más mínimo.

- ¡Qué extraordinaria coincidencia! Sólo puede proceder del Bienaventurado mismo -suspiró Cinco Prohibiciones con los ojos entrecerrados, dando gracias al Despertado.

El rostro del mahayanista todavía estaba marcado por el esfuerzo y la emoción.

- Si encuentro a Luna de Jade, quiere decir que tú encontrarás a tu vez a Umara. Nuestros destinos siempre han sido paralelos -añadió el joven maniqueo al ver el rostro cariacontecido de su amigo.

- ¡Ojalá estés en lo cierto, Punta de Luz! Entretanto, lo más prudente sería encontrar un refugio en el campo mientras yo me traslado a la capital para ponerme en contacto con la emperatriz. Veo algo que parece una especie de granja-pagoda. Si lo es, los monjes no os negarán hospitalidad -dijo el mahayanista indicando a lo lejos un edificio de varios pisos rodeado de un muro de adobe.

Vieron salir del edificio una silueta vestida de color azafrán seguida de otra. Era evidente que se trataba de uno de esos minúsculos monasterios búdicos del Gran Vehículo que abundaban en el campo entre inmensos cultivos de trigo y mijo, a menudo legados por terratenientes ricos y devotos a las comunidades religiosas a cambio de que éstas cuidasen las flores de sus tumbas y rogasen por su salvación.

Cuando Cinco Prohibiciones llamó a la puerta de madera tosca medio carcomida, acudió a abrirla un frailecillo mugriento pero de rostro risueño.

- ¿Podrías ir a buscar al Superior de este establecimiento y anunciarle que unos viajeros en busca de techo desearían pasar aquí algunos días? Conocemos la generosidad de que dan prueba los adeptos de Gautama -explicó el mahayanista.

- ¡De acuerdo! El Superior Tranquilo y Sentado ordena que os dé la bienvenida. Podréis quedaros todo el tiempo que queráis en la habitación reservada a los visitantes y a los pobres -les anunció unos momentos después el monje-niño después de consultar con su superior jerárquico, cuyo sobrenombre obedecía a la posición sentada que no abandonaba jamás, puesto que pasaba sus días meditando y leyendo los santos sutras delante de una ventana que se abría a amplias extensiones de cultivos cerealícolas.

La pequeña comunidad dirigida por Tranquilo y Sentado contaba como máximo con una veintena de monjes y novicios, los más jóvenes de los cuales se dedicaban a mendigar entre los campesinos de los alrededores el alimento que consumían los más viejos.

El interior de la granja-pagoda distaba mucho de ofrecer la suntuosidad de los grandes edificios de culto habitados por miles de monjes que ocupaban un puesto de primera línea en Chang An y Luoyang, exhibiendo a ojos de los devotos un lujo ostentoso que, sin embargo, reprobaban las

enseñanzas del Bienaventurado. Aquí, los muros de los edificios eran de tierra seca; apenas había otro elemento que la pagoda, cuya estructura era de cedro con ventanas ovoides flanqueadas de apsaras en estuco, que indicara al visitante que aquél era un monasterio del Gran Vehículo y no una simple granja colectiva.

En la pequeña habitación destinada a los huéspedes de paso les esperaban cuatro camas superpuestas en las que se desplomaron apenas dieron cuenta de un cuenco de arroz regado con caldo de verduras que les sirvió un enjuto novicio.

- Amigos míos, prometíedme que no os moveréis de aquí. Voy a acercarme a la capital para tratar de establecer contacto con la persona que puede salvarnos -explicó Cinco Prohibiciones a sus tres compañeros al día siguiente por la mañana.

Deseoso de encontrar a su amante, no estaba dispuesto a perder ni un solo minuto más.

- ¡Voy contigo! ¡Om! ¡Por favor, no vayas solo!

Era evidente que el ma-ni-pa, todavía bajo la impresión de su aventura acuática, no tenía deseos de arriesgarse a no volver a verlo.

- ¡De acuerdo! Puedes acompañarme, pero tendrás que guardarte tu puñal y tu copa-cráneo rituales. No quiero que los lleves colgados del cinto. Son objetos demasiado llamativos -dijo con un suspiro el amante de Umara señalando la daga ritual furbu y la copa kapala, unos objetos de los que el monje no se separaba nunca y que llevaba siempre colgados del cinto, relucientes a pesar de la reciente inmersión.

Entraron en la capital de la China central a través de los arrabales y sin tener que franquear ninguna puerta de control, ya que la Ruta de la Seda terminaba en la parte oeste de la ciudad imperial.

Ya dentro, emprendieron el camino del palacio en dirección al cual convergían, como todos los días, pedigüños y pordioseros de toda ralea, por no hablar también de un número parecido de mercaderes y campesinos procedentes de los campos vecinos que iban a ofrecer a la casa imperial sus mercancías y productos.

Apenas avistaron la puerta principal del palacio donde vivía la familia imperial, advirtieron la presencia de un número importante de policías revestidos con imponentes cotas de malla cuya misión era actuar de filtro de la muchedumbre y que exigían de cada persona la presentación del pasaporte.

- ¿De qué papeles tienen necesidad esos policías? -preguntó Cinco Prohibiciones a un hombre que llevaba dos grandes faroles de papel rojo.

- De la pequeña placa de cobre que indica tu patronímico así como la fecha y lugar donde naciste.

Supongo que no ignoras que, desde el año pasado, es obligatoria en caso de control -le respondió éste, cuya actitud más bien desconfiada incitó al mahayanista a eclipsarse rápidamente e ir a refugiarse, en compañía del monje errante, bajo un amplio pórtico sostenido por columnas de piedra donde unos mercaderes ambulantes vendían muy caras frutas y verduras de las cuatro estaciones.

- Será difícil prevenir a Wuzhao. ¡Om! -exclamó el ma-ni-pa.

- Aguarda unos instantes. Estoy seguro de que el Bienaventurado nos ayudará a encontrar una solución que nos permita llegar hasta Wuzhao -murmuró Cinco Prohibiciones, a quien las dificultades, como de costumbre, hacían más combativo.

Y antes de que el ma-ni-pa tuviera tiempo de reaccionar a sus palabras, el antiguo monje del Gran Vehículo se confundió con la multitud compacta de los curiosos.

El tercer salón de honor del palacio imperial de Chang An donde Wuzhao recibió aquel día a Pureza del Vacío estaba normalmente reservado al uso exclusivo del emperador.

Se trataba de una amplia estancia de paredes adornadas con espejos circulares incrustados en paneles lacados que la asemejaban al interior de un barco. Su pavimento de mármol bicolor, extraído de las canteras de Longmen, estaba cubierto de suntuosas alfombras persas.

En su implacable proceso de conquista del poder, la emperatriz había conseguido la proeza de anexionarse aquella estancia, en la cual fue presentada a Taizong el Grande. El viejo emperador había reparado en aquella joven amazona que llevaba el corpiño entreabierto durante un memorable partido de polo donde ella hizo maravillas y causó sensación, montada a horcajadas en un impetuoso caballo negro de brillante pelaje.

Wuzhao sabía mejor que nadie que el poder no era más que cuestión de símbolos y que la influencia atribuida a los poderosos era a menudo un asunto de topografía. Los palacios imperiales solían ser una ilustración perfecta de este fenómeno tan humano: las zonas reservadas al emperador eran las más nobles y las más amplias, pero también las menos accesibles al común de los mortales. La posibilidad que había conseguido la emperatriz de utilizar con fines personales un lugar reservado hasta entonces a su esposo constituía una prueba más a favor de sus enemigos, que apuntaba a que perseguía inexorablemente su camino hacia el poder supremo.

Pese a esto, Pureza del Vacío no se quedó con los brazos cruzados, sino que perdió todo el control cuando Wuzhao terminó de reprenderlo. Verdad es que, desde el principio de la conversación, la emperatriz, por vez primera en la vida de Pureza del Vacío, había tenido con él palabras extremadamente duras. Había utilizado expresiones como «secuestro ilegal» y «vulgar torpeza, indigna en todos los sentidos de un Superior mahayanista», destinadas a testimoniar su profunda reprobación del trato que el gran maestro de Dhyâna daba a la joven cristiana.

Aquella explosión de ira tuvo el efecto de una ducha fría en el Superior de Luoyang, como si hubiera necesitado de aquella puntualización para percatarse de la gravedad de su acción. Entonces, de su boca salió esta torpe manifestación:

- Majestad, las cosas que ocurren en mi monasterio conciernen al Gran Vehículo, no al imperio del Centro. ¿Debo recordaros que vuestro magisterio termina en las puertas de mi convento? -farfulló con voz temblorosa, que no conseguía disimular lo ofendido que se sentía.

Aquella frase, que había sonado más bien como una advertencia, en realidad se le había escapado a Pureza del Vacío, pero, como aceite arrojado a las brasas, despertó la cólera de la soberana, cuyos ojos echaban chispas.

- Como no pongáis en libertad inmediatamente a esa joven cristiana, todo el Gran Vehículo corre el riesgo de pagarlo muy caro -no dudó en amenazarlo, prescindiendo de las relaciones de confianza que había establecido con el Mahâyâna, gracias a Pureza del Vacío y, sobre todo, al apoyo de los millones de mahayanistas con los que contaba para conseguir sus fines.

Pero sabía también que la única manera de doblegar a Pureza del Vacío era demostrarle, dentro del brazo de hierro que acababa de instaurarse, que ella estaba dispuesta a sacrificar muchas cosas.

- ¿Y si os dijese, Majestad, que actúo por una buena causa, la de la Iglesia del Gran Vehículo, de cuya indefectible lealtad estáis al corriente? -acabó por decir el gran maestro, que trataba de resistir como podía el terrible asalto.

- Os lo repito, maestro Pureza del Vacío: este secuestro es ilegal. La causa del Gran Vehículo no podría justificar la menor torpeza por parte de aquel que se pretende su guía espiritual -replicó ella con voz tajante.

- ¿Y si me negase? -protestó su visitante tras haber hecho acopio de sus últimas energías.

Había cólera en su mirada, pero también un brillo de desafío. Había tocado su fibra sensible: el orgullo, y no comprendía por qué Wuzhao se ensañaba de tal forma con él.

- En tal caso, me vería obligada a romper todo vínculo con vos. ¡Y esto desde hoy mismo!

-dictaminó con voz seca la emperatriz, ultrajada al ver tanta resistencia, que la decidía a doblegar de una vez por todas a quien retenía prisionera a Umara.

- Tal ingratitud por vuestra parte, Majestad, después de lo que os revelé sobre Luna de Jade, gracias

a lo cual pudisteis armar aquel alboroto en plena audiencia ante vuestros propios enemigos, me apena infinitamente.

- Aquí no interviene para nada la ingratitud, maestro Pureza del Vacío. No se trata de Luna de Jade, sino de Umara. Tener a esta joven encerrada como si fuera una vulgar prisionera no os conducirá a nada. ¡Admitidlo, por lo menos!

- Está muy bien tratada en el monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales. En cuanto revele sus secretos, os aseguro, Majestad, que estará en total libertad de ir y venir.

- Si Umara no os ha dicho nada, quiere decir que no guarda ningún secreto particular. El padre de esa joven la está buscando. Tened la bondad de enviármela tan pronto como podáis, ya que de lo contrario corréis el riesgo de encontraros metido en complicaciones desagradables.

Pureza del Vacío acababa de comprender la razón de la cólera de la emperatriz: seguramente había hecho algún tipo de trato con el obispo nestoriano de Dunhuang en el que su hija debía de ser una de las contrapartidas...

Presa ahora de una gran turbación, Pureza del Vacío lamentaba amargamente haber confiado demasiado en la emperatriz de China. ¿Había dado con la persona adecuada? ¿No estaría esa mujer manipulándolo? ¿Por qué lo trataba de manera tan dura cuando él no había cesado de hacerle favores y de prodigarle tantos consejos provechosos sobre la mejor manera de tratar a sus enemigos, que pululaban en el seno de las familias nobles de la corte y de la alta administración?

En la cabeza del asceta que velaba por los destinos del Mahâyâna en China se agolpaban ahora muchas preguntas.

Deseoso de anudar los hilos de un diálogo esencial para el porvenir del Gran Vehículo y de la China, habría querido encontrar un medio de significarle que seguía siéndole leal... En realidad, él no era el único Superior mahayanista con quien la soberana podía sellar una alianza. Muchos de sus colegas, al frente de monasterios casi tan importantes como el suyo, probablemente no esperaban más que esta ocasión.

En medio de tan terribles trifulcas, Pureza del Vacío tenía particular inquina a una persona en particular. ¿No era, acaso, el principal responsable de todo aquel embrollo el joven Ulik, el intérprete parsí que intentaba obtener la nacionalidad china?

El gran maestro de Dhyâna lamentaba amargamente haber recibido a aquel joven y después, creyendo obrar bien, haber informado de sus palabras a Wuzhao.

Con la precisión que le proporcionaba su infalible memoria, Pureza del Vacío se acordaba perfectamente de la velada en el curso de la cual había conocido a Ulik, quien fue a llamar a la puerta del único convento del Gran Vehículo cuyo nombre conocía.

El gran maestro de Dhyâna estaba de humor agrio, ya que lo atormentaba la obsesión de haber comprometido su perfecta armonía intelectual con Wuzhao revelándole que tenía retenida a Umara. Desde el episodio del Parque de las Peonías, donde la había informado del secuestro de la muchacha, Wuzhao no había vuelto a dar señales de vida. El gran maestro de Dhyâna, poco acostumbrado a que lo trataran de ese modo, acabó por preguntarse si no habría roto de forma definitiva su relación de confianza.

Centro de Gravedad llamó entonces a la puerta de su despacho.

- El Bienaventurado ha hecho un noble gesto en relación con la causa del Mahâyâna. Dispongo de un medio para hacer presión en el emperador Gaozong que os evitaría tener que contar exclusivamente con el apoyo de la emperatriz. La fe de Wuzhao es indiscutible, pero tiene muchos enemigos en la corte... Según dicen, su esposo puede repudiarla -le murmuró, con aire de conspirador, el antiguo Superior del monasterio de la Salvación y de la Compasión de Dunhuang.

- Tengo confianza absoluta en Wuzhao. De hecho, mucho más en ella que en su marido, cuyas fuerzas disminuyen de día en día, al igual que su capacidad intelectual -manifestó el gran maestro de Dhyâna, que había juzgado oportuno no hablar a nadie del enfriamiento de relaciones con la soberana.

- Lo mejor sería que aceptaseis recibir a un joven muy simpático que tiene mucho que decir -dijo entonces el monje a quien, unos meses antes, Umara había tenido la imprudencia de mostrar el cofrecillo de madera de sándalo que había encontrado en la pagoda en ruinas donde Nube Loca

había asesinado a Buddhabadra.

- ¿De quién se trata?

- De un joven intérprete parsi... Se llama Ulik. Ha llegado de muy lejos a través de la Ruta de la Seda.

- ¿Qué viene a hacer aquí? En Luoyang yo sólo conozco a dos o tres mercaderes parsis que comercian con alfombras preciosas.

- Ese muchacho vino por iniciativa propia a llamar a la puerta del convento del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales.

- ¿Por qué no se me comunicó? -preguntó, molesto, Pureza del Vacío.

- Ulik apareció ayer noche en la portería. Después de una noche de necesario reposo, dado el estado de agotamiento en que se encontraba, esta mañana me ha abierto su corazón. Quiere obtener la nacionalidad china. Ese muchacho habla mucho de su pasado y de sus esperanzas. Sabía de la existencia de nuestro monasterio gracias a vuestro antiguo ayudante Cinco Prohibiciones.

- ¿Cinco Prohibiciones? ¿Se codeó con Cinco Prohibiciones? -exclamó el Superior mahayanista, a quien el simple recuerdo del nombre de su heredero espiritual hacía torcer el gesto.

- Ulik acompañó a Cinco Prohibiciones desde las inmediaciones de Samyé hasta el oasis de Dunhuang. Incluso tuvo ocasión de sostener en brazos a los Gemelos Celestiales cuando no eran más que unos bebés... Como está escrito en ciertos sutras, el mundo es pequeño cuando se compara con la infinita compasión del Bienaventurado.

- ¡Ve a buscar inmediatamente a ese muchacho! -ordenó Pureza del Vacío viendo en la llegada de aquel tal Ulik una posibilidad de saber algo más sobre el comportamiento de Cinco Prohibiciones durante aquellos años en que no lo había visto, posibilidad que no debía comprometer, sobre todo en previsión del momento en que, instigado por la emperatriz Wuzhao, presentía que se vería obligado a decidir sobre el caso de su antiguo ayudante.

Cuando Centro de Gravedad introdujo a su visitante ante el Superior de Luoyang, a éste le pareció más bien simpático.

- Hace varios meses que vago por la Ruta de la Seda en compañía de un hombre bueno y generoso llamado Addai Aggai. Tuvimos que separarnos al llegar a Chang An porque era demasiado peligroso viajar juntos. La policía especial del Gran Censurado nos sigue los pasos -anunció Ulik de buenas a primeras.

- ¿Addai Aggai? ¿El obispo nestoriano de Dunhuang? -exclamó, sobresaltado, Pureza del Vacío.

- El mismo, mi señor Superior.

- ¿Dónde está? Tengo que hablar con él lo antes posible.

- Por desgracia, como nuestros caminos se separaron justo al llegar a Chang An, me resulta rigurosamente imposible decíroslo. De todos modos, yo tenía intención de venir aquí a Luoyang. De hecho, soy amigo de vuestro antiguo ayudante, el monje Cinco Prohibiciones.

- Imagino que no has venido aquí sólo para charlar conmigo.

- Es verdad. He venido para facilitaros una información que os puede interesar.

- Te escucho. ¡Habla!

- Conozco prácticamente todas las lenguas que se hablan en la Ruta de la Seda. Gracias a esa facultad, pude enterarme de que acaba de llegar a la China central una embajada occidental capitaneada por un tal Firuz. Acompaña a una muchacha china llamada Luna de Jade destinada a convertirse en regalo para el emperador Gaozong. Por dondequiera que pasa, ese hombre tiene la generosidad de distribuir granos de pimienta y de incienso, lo que hace que incluso el pueblo más pequeño espere su llegada con impaciencia -dijo por lo bajo Ulik, como si se tratase de un terrible secreto de Estado.

- Al emperador del Centro no le hacen falta regalos de ese género. Su gineceo está lleno a rebosar de muchachas a cual más hermosa... En cuanto a la pimienta, el emperador de China guarda en los graneros de su palacio toneles enteros de ese producto. Si no tienes otra cosa que decirme, me temo que te has tomado una molestia inútil -exclamó, no sin irritación, el Superior de Luoyang, que no sabía que Gaozong estaba tan encaprichado con Luna de Jade que no tocaba siquiera a ninguna de

sus otras concubinas.

- De hecho, según dice este embajador, la joven china es una princesa de noble linaje, lo que significa que vale muchísimo dinero.

- Parece como si lo dudases...

- El reino de Occidente, por cuenta del cual trabaja ese embajador, fue engañado por el jefe tujüe que le vendió a esta joven... Luna de Jade tiene tanto de princesa como yo de obispo. Porque resulta que no es más que una plebeya de baja extracción -le susurró Ulik, como si comunicase al mahayanista el más importante de los secretos de Estado.

- ¿Cómo lo sabes?

- En la Ruta de la Seda, todo acaba por saberse... -se contentó con responder Ulik, manifiestamente decidido, para impresionarlo, a no confesar al Superior de Luoyang cuáles eran sus fuentes.

- ¿Por qué me das esta información? -acabó por preguntarle.

- ¿No os parece interesante? Yo creo que debería llegar a las altas esferas.

- En eso tienes razón. Se trata de una usurpación de identidad en una cuestión diplomática. ¡Las leyes de este país no juegan con esos engaños! Voy a repetirte la pregunta: ¿qué esperas conseguir con todo este lío? -le soltó el mahayanista en tono un tanto irónico.

- Teniendo en cuenta vuestra elevada posición, podríais conseguirme una entrevista con alguien perteneciente a la administración china que se ocupa de las naturalizaciones. Yo, en realidad, no conozco aquí a nadie. He oído decir que las autoridades de vuestro país se avienen a dar un pasaporte de ciudadano chino a aquellos extranjeros que se hacen merecedores de recibirlo por su conducta...

- El pueblo parsi, que yo sepa, tiene aquí derecho de ciudadanía. ¿Por qué quieres ser chino?

-inquirió Pureza del Vacío.

- Me entraron las ganas al conocer a vuestro ayudante Cinco Prohibiciones... tanto por su comportamiento como por sus actos. Para mí será siempre un modelo a seguir.

- Lo formé yo -se le escapó al gran maestro de Dhyâna, orgulloso de las palabras del parsi.

- Y después, si debo confesároslo todo, me pesa mi condición de fugitivo. China es el país más poderoso del mundo. Los chinos no se verán nunca obligados a abandonar su país como si fueran ladrones para encontrar refugio en otro sitio, que fue lo que me ocurrió a mí ante los asaltos de los invasores musulmanes.

- Si he comprendido bien, vienes a buscar mi apoyo a cambio de esa información sobre Luna de Jade.

- El precio de una plebeya no puede ser el de una princesa. He pensado que ese subterfugio podría ser de interés para más de uno en la corte imperial... -añadió Ulik, en quien no hacía mella alguna el papel de delator cuyos hábitos revestía alegremente.

Era la primera vez que procedía de ese modo, ya que de ordinario estaba siempre dispuesto a ponerse de parte de aquellos que se encontraban en dificultades. Pero estaba tan deseoso de salir de su triste condición que habría hecho cualquier cosa para obtener el reconocimiento de las autoridades chinas. Tampoco se encontraba en un estado de ánimo especial cuando reveló a Pureza del Vacío el engaño que había conducido directamente al pobre Firuz a un calabozo de la cárcel del Fuerte del Perro.

Ésa había sido la conversación que permitió a Pureza del Vacío hacer frente a la ira perceptible en el rostro de Wuzhao, ya que, después de haber enviado a Centro de Gravedad a informarle de la totalidad de las palabras del joven intérprete, la única respuesta que recibió fue la famosa convocatoria que tuvo tan mal desarrollo.

Agobiado por el sesgo que estaban adquiriendo los acontecimientos, Pureza del Vacío bajó la cabeza. Loca de rabia ante lo que tomó por una resistencia pasiva, Wuzhao, que ya se preparaba a darle la última estocada, se paseaba ahora de un lado a otro con paso rápido ante los ojos pesarosos del gran maestro de Dhyâna.

- Como veo que dudáis de mi decisión, va a ser Addai Aggai en persona quien se encargará de pedirnos que pongáis en libertad a su hija. ¿Quién mejor que un padre para esta tarea? -acabó por decirle Wuzhao.

Sin tiempo para prepararse para lo que se anunciaba como un asalto, el gran maestro vio aparecer a un individuo macilento que se abalanzó sobre él como un tigre furioso y lo agarró por la túnica.

- ¡Mi hija! ¡Quiero a mi hija! He sabido que la teníais prisionera. ¡Es algo contrario a todas las costumbres! ¿Qué hacéis con la libertad de una inocente? ¿Son éstos vuestros principios morales? - gritó el nestoriano, quien, después de haberse arrojado sobre el Superior de Luoyang, intentaba derribarlo.

- ¡Soltadme! ¡Estáis estrangulándome! -exclamó Pureza del Vacío, sobre el cual estaba ahora a horcajadas Addai Aggai.

Pero era inútil que el viejo mahayanista se debatiese, ya que era mucho más delgado y frágil que su contrincante.

Éste, a quien la indignación multiplicaba sus fuerzas, descargaba todo su peso sobre Pureza del Vacío y se esforzaba en oprimirle el cuello. Los ojos del gran maestro de Dhyâna ya se estaban extraviando y su rostro empezaba a palidecer.

Wuzhao contemplaba con expresión divertida a los dos religiosos mientras se peleaban.

Observar al dirigente espiritual del Gran Vehículo, cuyo empecinamiento la había exasperado, mientras era castigado por un obispo nestoriano cuya religión estaba proscrita, no le disgustaba en absoluto.

¿No era una buena lección para el Superior de Luoyang, cuya intransigencia, tanto en lo que atañía al perdón de Cinco Prohibiciones como a la suerte que reservaba a Umara, había acabado por fatigarla?

- ¡Mudo, sepáralos! ¡No quiero muertos aquí! -exclamó finalmente la emperatriz de China, quien se dio cuenta de que, si dejaba que Addai Aggai siguiese apretando el cuello de Pureza del Vacío, éste corría el riesgo de pasar a mejor vida.

El gigante turco-mongol no tuvo más que extender su poderoso brazo tatuado para apartar a un lado al obispo de Dunhuang como si fuera una brizna de paja.

- ¡Umara está a disposición de su padre, Majestad! Apenas regrese al monasterio, daré orden de que la conduzcan aquí -exclamó Pureza del Vacío, que estaba casi asfixiado, después de levantarse con grandes trabajos y de recomponer su túnica monástica, desordenada como consecuencia del ataque.

- Majestad, jamás podré agradeceros bastante lo que hacéis por mí -dijo el obispo nestoriano echándose a los pies de la soberana para rozar con los labios los bajos de su túnica.

- No os queda más que liberar a Cinco Prohibiciones de sus votos monásticos, aunque no lo perdonéis. Y entonces estaremos en paz. Cuento con vos, maestro Pureza del Vacío -murmuró aquélla al oído del Superior del monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales acompañándolo hasta la puerta del salón de honor.

Ya fuera del palacio, Pureza del Vacío, que seguía bajo los efectos de la impresión, estuvo a punto de que lo atropellara una carreta de hortalizas conducida a toda velocidad por tres porteadores muertos de risa cuyas maneras concordaban perfectamente con la forma grosera en que apostrofaron al gran maestro de Dhyâna, a quien gratificaron con un sonoro: «¡Venga ya, viejo bonzo, a ver si te quitas de en medio de una vez!», exclamación que tuvo el efecto de molestar a unas viejas y de sobresaltar al interesado.

En otros tiempos, el Superior de Luoyang, que odiaba la falta de respeto y no desperdiciaba ocasión para reprender a los jóvenes cuando atropellaban a los bonzos o a las personas de edad, habría conminado a aquellos patanes a excusarse. Y en caso necesario, habría pedido ayuda, no sin haber manifestado previamente su identidad, puesto que los devotos mahayanistas frecuentaban en gran número las calles de la ciudad debido a que el Gran Vehículo se había convertido sobradamente en la primera religión de los chinos.

Pero esta vez le faltó el valor y prefirió abstenerse de todo tipo de ostentación. Su cuello dolorido le impedía hablar demasiado alto y, sobre todo, el tratamiento a que acababa de someterlo la emperatriz, unido al asalto de Addai Aggai, lo había minado psicológicamente.

Dejó, pues, que pasara la carreta y, anonadado, se sentó en el reborde de la muralla que circundaba el inmenso palacio de los Tang, mientras denostaba la falta de respeto que iba invadiendo poco a poco las relaciones sociales a pesar de las plegarias de los monjes y que le hacía decir a veces que la

barbarie y la ley de la jungla estaban convirtiéndose en norma de conducta de sus contemporáneos. Al otro lado de la calle se abría una larga galería cubierta donde los escribanos públicos, capacitados para redactar las súplicas que los ciudadanos dirigían al emperador del Centro, estaban codo con codo con los vendedores de té de los Ocho Tesoros y de bollos de los Diez Mil Beneficios. Un té muy caliente seguía siendo lo que más lo reconfortaba.

Atravesó la calle y ya se disponía a tender el cuenco donde recogía las limosnas a una vieja desdentada que acababa de persignarse en señal de respeto al ver su túnica de monje, cuando oyó pronunciar su nombre.

- ¡Maestro Pureza del Vacío! ¡Maestro Pureza del Vacío!

La voz le resultaba familiar, la habría reconocido entre mil: era la de un discípulo que había estimado mucho, al que había educado con la idea de convertirlo en su sucesor, pero que lo había traicionado miserablemente por culpa de una mujer. Era la voz de aquel cuya causa defendía incansablemente Wuzhao desde hacía meses, como había podido comprobar apenas unos minutos antes; la voz de aquel que no se convertiría nunca en su digno heredero porque se había extraviado para perjuicio de su Superior y tutor espiritual... quien, al perderlo, había tenido la impresión de perder a su propio hijo.

¡Cinco Prohibiciones!

¡No podía ser más que él!

Cuando se volvió temblando, pues, a fin de confirmar lo que había intuido, el gran maestro de Dhyâna, el especialista del Chan, la meditación trascendental sentada cuyo nombre había tomado el budismo chino, aquel hombre de espíritu claro y sutil capaz de hacer totalmente el vacío en su interior no se sorprendió al reconocer a su antiguo ayudante, que lo miraba sonriendo...

Comprobó que Cinco Prohibiciones había cambiado poco desde su viaje a Samyé, adonde él lo envió un día para que recuperase el Sutra de la Lógica de la Vacuidad Pura. Y esto lo tranquilizó.

- Maestro Pureza del Vacío, ¿necesitáis ayuda? ¡Tenéis mal aspecto! -le dijo su antiguo ayudante agarrándolo por el brazo.

- ¡Podría irme mejor, Cinco Prohibiciones! ¿Qué haces aquí? -le respondió, completamente trastornado por aquel encuentro inopinado, su antiguo maestro espiritual.

- He intentado inútilmente acercarme a la residencia imperial. Es preciso mostrar un pasaporte que no tengo...

- El palacio imperial se ha convertido en un lugar inaccesible para el ciudadano corriente -exclamó el gran maestro de Dhyâna, contrariado, tropezando con una sandía que no había visto y cayendo pesadamente cuan largo era.

- Hay que buscar un sitio donde podáis sentaros, maestro Pureza del Vacío. No es razonable que permanezcáis aquí en el estado en que os encontráis... -insistió Cinco Prohibiciones, que hacía grandes esfuerzos para levantar el pesado corpachón de su antiguo director de conciencia.

Era la primera vez que se dirigía en estos términos a su Superior, con quien ahora empleaba un tono familiar y directo por considerar que en la relación que acababa de establecerse entre los dos él ya no estaba en situación de inferioridad.

¡Qué lejos le parecía a quien había abandonado la vía religiosa por amor a Umara el tiempo en que su timidez le hacía perder todos sus recursos delante de su gran maestro de Dhyâna cuando éste lo convocaba a su despacho para que recitara unas estrofas de sutra!

- Han pasado varios años desde que te fuiste. ¡Ya soy viejo! Algunos días me falta la energía. Y además, cada vez soporto menos toda esta agitación que reina en las calles de la capital de los Tang... -respondió, al tiempo que indicaba con el gesto a la multitud que hormigueaba a su alrededor, el viejo mahayanista, cuyas palabras parecían singularmente humanas y sinceras a su antiguo ayudante, cada vez más sorprendido.

- Apoyad la mano en mi hombro y así avanzaremos más fácilmente -le propuso Cinco Prohibiciones.

Dócil como un niño, el jefe espiritual del Gran Vehículo chino obedeció. El antiguo maestro se colocó detrás de su discípulo y éste lo protegió, lo amparó y, juntos, atravesaron la masa compacta de gente que se apretujaba bajo la galería cubierta.

- ¡Me encuentro terriblemente cansado! -murmuró el gran maestro de Dhyâna, a quien a duras penas podían sostenerlo las piernas.

- ¿Queréis que vayamos a pedir cobijo a la Pagoda de la Oca? -inquirió con respeto Cinco Prohibiciones una vez que hubo deslizado bajo el trasero de Pureza del Vacío un pequeño taburete que sacó de detrás del puesto de un vendedor de cítricos.

- Es una buena idea. El Superior de ese establecimiento es un hombre afable y comprensivo.

- No hay un solo convento del Gran Vehículo que pueda negar hospitalidad al maestro Pureza del Vacío. Sólo os pido que esperéis unos instantes, porque debo avisar a un amigo que me aguarda y que ya debe de estar impacientándose -le dijo Cinco Prohibiciones-. Es un monje errante del país de Bod que me sigue como mi propia sombra desde mi primera estancia en Samyé. Estamos muy unidos -explicó al gran maestro de Dhyâna antes de dirigirse precipitadamente al lugar donde lo esperaba el ma-ni-pa.

- ¡Om! Encantado de conocerte. ¡Oh, ma-ni-pa!

- ¡Om! He oído hablar mucho de vos -replicó éste, dispuesto a enzarzarse en conversación con el Superior de Luoyang.

- Propongo que vayamos sin tardanza al Templo de la Oca. El maestro Pureza del Vacío tiene necesidad de descansar. Una vez allí, tendrás todo el tiempo del mundo para charlar con él -dijo el antiguo monje a su indefectible compañero de viaje.

- No es mala idea. Las piernas ya no aguantan mi cuerpo -murmuró el viejo, que se encontraba al límite de sus capacidades físicas.

- No estamos lejos del templo. Si los recuerdos no me engañan, tiene que encontrarse a tres calles de aquí -añadió su antiguo discípulo.

En realidad, el lugar de culto estaba situado a pocos pasos, al otro extremo de una avenida atestada de carros y cochecillos chinos. Hacía dos siglos que había sido construido, en tiempos de la dinastía de los Sui, cuyos emperadores se habían convertido al budismo, para conmemorar una bella leyenda india: un bodhisattva generoso, que se ocultaba bajo el aspecto de una oca silvestre, se había avenido a ir por propia iniciativa al patio de un monasterio para alimentar con su propia carne a una comunidad monástica que no comía desde hacía varios días.

Al llegar a aquel monasterio, los tres hombres ni siquiera tuvieron necesidad de justificar su identidad, ya que el Superior de la Pagoda de la Oca, así que se presentaron en la portería, lo dejó todo para hacer los honores al Superior del convento del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales de Luoyang, cuyo prestigio era tal que le valía la estima de cuantas instituciones religiosas del Gran Vehículo había en la China.

- Maestro Pureza del Vacío, ¿a qué debo el honor de su visita? -le preguntó, doblando el cuerpo por la mitad, el monje desgalichado que presidía los destinos de la Pagoda de la Oca.

- ¿Podrías proporcionarme una cama, aunque sólo sea por unas horas, antes de mi regreso a Luoyang? He tenido una jornada agotadora y mis viejas piernas tienen trabajo para sostenerme. Si puedo hacer una siesta, estoy seguro de que todo irá mejor -dijo el gran maestro de Dhyâna, que había perdido una parte considerable de su soberbia habitual.

Un novicio los condujo a una habitación fresca que daba al patio interior, en medio del cual se levantaba la alta torre de la pagoda. Cinco Prohibiciones ayudó a su antiguo maestro espiritual a tenderse en una de las banquetas arrimadas a las paredes, mientras el ma-ni-pa se precipitaba hacia uno de los cuencos de té que un novicio acababa de servirles con toda afabilidad.

El antiguo discípulo, entonces, advirtió que a aquel que había sido su maestro le temblaban todos los miembros.

- Maestro Pureza del Vacío, veo en vuestro cuello marcas de estrangulación. No me cabe en la cabeza que hayan podido atentar contra vos. ¿Qué os ha ocurrido? -le preguntó tras observar las marcas azuladas que había dejado en la piel del Superior de Luoyang el ataque del obispo nestoriano.

Sin decir palabra, Pureza del Vacío observó a Cinco Prohibiciones, que fue a buscar agua inmediatamente y dio unos delicados toques con un paño a la base del magullado cuello de su antiguo director de conciencia.

- ¡Qué bueno eres! -se limitó a decir con voz tranquila el jefe espiritual del Gran Vehículo.

El hombre que le hablaba ya no era el gran maestro de Dhyâna hierático, impávido y severo, siempre impecable con su túnica de color azafrán, que ni siquiera tenía necesidad de reprender a su grey porque ésta lo temía y lo respetaba, sino que ahora se había convertido en un viejo de mirada expectante en la que asomaba la benevolencia.

Sentado en la estrecha banqueta, tenía todo el aspecto de un pobre anciano afectado por los sufrimientos y la enfermedad, como tantos miles de viejos de Chang An, de Luoyang o de cualquier ciudad o pueblo de China.

- ¿Por qué haces todo esto por mí? No me lo merezco -añadió el viejo asceta al borde de las lágrimas.

Era la primera vez que Cinco Prohibiciones lo veía tan desvalido.

- No comprendo qué queréis decir -se limitó a responder, alarmado de pronto, el hombre que amaba a Umara y que conocía lo bastante el carácter de su antiguo maestro para pensar que aquella reflexión podía encubrir una trampa.

- Sin embargo, soy muy claro. No merezco tantas atenciones de tu parte después de la conducta que tuve contigo.

- Cumpló con mi deber de budista. Y además, vos sois mayor que yo. Sólo por eso, ya os debo respeto, maestro Pureza del Vacío.

- Hablas bien. Y no has olvidado ni un ápice de mis enseñanzas

- dijo el viejo con voz cansada, después de lo cual cerró los ojos, que tenía arrasados en lágrimas.

Sorprendido ante aquel cumplido en forma de confesión, el antiguo monje, que ya no dudaba de la sinceridad de su director de conciencia, se inclinó sobre su rostro y vio que se había dormido.

En la habitación reinaba un delicioso olor al incienso que Cinco Prohibiciones había hecho quemar.

Unas horas más tarde, el gran maestro de Dhyâna abrió los ojos.

- He dormido demasiado. Tenemos que partir inmediatamente hacia Luoyang, ya que de lo contrario corremos el riesgo de perder la última barcaza.

- ¿Quiere eso decir que me invitáis a que os acompañe? -preguntó con el corazón alborotado aquel que había sido el mejor adepto de las artes marciales del monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales.

Lo turbaba la idea de ver de nuevo el convento donde había pasado la mayor parte de su juventud.

- He empleado el «nosotros» a propósito. Me encantaría que quisieses acompañarme. Y el ma-ni-pa también, por supuesto -le precisó Pureza del Vacío, cuya sinceridad estaba fuera de duda.

No tardaron mucho en llegar al canal imperial, donde los pasajeros que esperaban embarcar hacia Luoyang cedieron de buen grado el paso al viejo monje budista de porte altivo, así como a sus dos acompañantes. Pronto se oyó un repique de tambor que señalaba la salida de la barcaza, arrastrada primero a fuerza de brazos por unos hombres situados a uno y otro lado del canal y seguidamente impulsada por los remeros que los sustituían.

Pureza del Vacío, Cinco Prohibiciones y el ma-ni-pa ocuparon su puesto en una banqueta del puente superior, desde donde se descubría toda la variedad de paisajes atravesados por aquella vía de agua que, ocho siglos atrás, en tiempos del Primer Emperador, cientos de miles de prisioneros de guerra habían excavado entre las dos capitales de la China central.

Mientras desfilaba ante sus ojos la inmutable campiña china con sus campesinos encorvados sobre los bancales trazados a cordel por los escultores de las montañas, el gran maestro de Dhyâna tomó la palabra.

- Pensarás seguramente, Cinco Prohibiciones, que te debo alguna explicación.

- Supongo que vos debéis de pensar lo mismo -respondió Cinco Prohibiciones con elegancia.

- Lamento no haberte explicado con más exactitud la razón por la cual te envié a Samyé a recuperar el Sutra de la Lógica de la Vacuidad Pura.

- La verdad es que me sentí muy torpe cuando llegué allí. No sabía qué debía hacer para recuperar el sutra, dado que estaba depositado en la biblioteca del monasterio. Ya me veía haciendo de salteador cuando un lama me lo confió sin que yo tuviese necesidad de pedirle nada, aunque a cambio de que yo me comprometiera a llevar a China a unos gemelos recién nacidos: un niño y una

niña. La niña tenía el rostro medio cubierto de pelo, lo que le daba el aspecto de una monita. Como comprenderéis, tenía motivos sobrados para sorprenderme.

- No es preciso que me la describáis. La emperatriz Wuzhao me confió a la niña Joya y a su hermano Loto. Los Gemelos Celestiales se han convertido en objeto de una importante peregrinación al monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales. Y eso gracias a ti, Cinco Prohibiciones.

Estupefacto ante la noticia, Cinco Prohibiciones ni siquiera prestaba atención a la suntuosidad del paisaje que se desplegaba a uno y otro lado del canal imperial, donde los bosques de bambú se alternaban ahora con rocas inmensas que la erosión había transformado en gigantescas esculturas de formas extrañas, a menudo zoomorfas. Los majestuosos silos piramidales parecían esperar a los viajeros no lejos de los embarcaderos, puesto que este canal se utilizaba para transportar a las regiones más áridas del país los productos agrícolas que se producían en sus regiones más templadas.

Pensándolo bien, no estaba descontento. Después de tantas peripecias y gracias a la emperatriz Wu, el viaje de los niños había terminado allí donde había previsto...

- Allí precisamente pensaba yo llevar a esos niños... Todo ha ocurrido finalmente tal como yo había deseado. No me arrepiento de nada -exclamó, emocionado hasta las lágrimas.

- En todo este asunto, y teniendo en cuenta todas sus peripecias, has sido un monje valiente y atrevido.

- Una opinión que, viniendo de vos, maestro Pureza del Vacío, me sorprende y me maravilla. Temía vuestra cólera a causa de mi silencio y de la decisión que tomé. En más de una ocasión, Wuzhao me dijo que trataba de obtener, sin provecho alguno, vuestro perdón en lo que a mí concierne. Sé que he pecado, en el sentido de que he violado la regla monástica por amor a una mujer -murmuró con un nudo en la garganta el antiguo ayudante del Superior de Luoyang.

- Reconocer los propios fallos es un primer paso para conseguir el perdón, Cinco Prohibiciones.

- Maestro Pureza del Vacío, debéis saber que soy un pecador peor de lo que imagináis, ya que no siento remordimiento alguno. Y lo que es peor, no tengo la sensación de haber cometido ninguna falta al unir mi destino al de la mujer que amo. Además, si no me hubieseis enviado a Samyé, no la habría conocido...

Le tocaba ahora el turno al joven mahayanista de llorar lágrimas ardientes junto a su superior.

- No tardarás en decirme que es gracias a mí que la conociste.

- Pues es verdad. A menudo me lo he dicho yo mismo...

- ¿Quién es? Describeme a esa muchacha -le pidió entonces el gran maestro de Dhyâna.

- Umara cree en el Dios Único de los cristianos y practica lo que los discípulos de Cristo llaman el «amor al prójimo», un concepto que me parece muy próximo al de la solidaridad basada en el respeto, la bondad y sobre todo la tolerancia con los demás, tal como el Bienaventurado nos exhortó siempre a practicar.

- ¿De modo que la quieres mucho?

- Más aún: la amo y a eso no hay que añadir nada más. Pero hace meses que le he perdido el rastro y que la busco. Daría varios años de mi vida para encontrarla. No puedo prescindir de ella.

Presa del desconsuelo, el antiguo monje de Luoyang miró ahora a su antiguo director de conciencia y éste se sintió profundamente turbado.

Desde el secuestro de la muchacha, era la primera vez que Cinco Prohibiciones se desahogaba de aquel modo. Hasta entonces, deseoso de no perder el dominio de sí mismo en presencia ajena, siempre había conseguido reprimir la desesperación que lo atenazaba cuando pensaba en la desaparición de su amada. Pero ahora que se encontraba frente a su antiguo maestro espiritual, la emoción era tan intensa que el encuentro había acabado por romper los diques que le impedían exteriorizar su tristeza.

- El padre de esa joven está ahora en Chang An, alojado por la emperatriz Wu. Acababa de dejarlo cuando me llamaste en plena calle -le confesó el gran maestro de Dhyâna después de un largo silencio.

- La emperatriz Wu es como una Guanyin compasiva de Mil Brazos. Está en todas partes a la vez y

distribuye su ayuda con generosidad -exclamó el amante de Umara, cuya admiración por la soberana no había mermado ni un ápice.

- Esa mujer es temible. Acabará por conseguir sus objetivos -murmuró el gran maestro de Dhyâna como hablando consigo mismo.

Se sentía dispuesto a perdonar a Cinco Prohibiciones. Los acontecimientos de aquel día en que Wuzhao había empezado por decirle cuatro verdades, Addai Aggai había estado a punto de estrangularlo y Cinco Prohibiciones, pese a todo lo presumible, había dado prueba de una ausencia total de rencor con respecto a su antiguo maestro espiritual, pero sobre todo de respeto y casi de afecto indefectible, a pesar de todo lo que Pureza del Vacío le había hecho soportar, habían acabado por convencer al maestro de Dhyâna de que ya era hora de ser menos rígido y sobre todo más humano con su antiguo discípulo preferido.

Por vez primera desde su infancia, el viejo mahayanista sintió que lo invadía desde la cabeza a los pies un inmenso sentimiento de ternura que contribuía a distender sus músculos.

No se cuidó de reprimir su deseo irresistible de llorar. Le importaba poco la imagen que ahora pudiera dar de sí mismo a los demás. De pronto experimentaba el furioso deseo de abandonar los oropeles del Superior de convento severo, duro y autoritario con su grey, a la que obligaba a respetar escrupulosamente la regla de la samgha, para convertirse en un niño pequeño en busca de la ternura del seno maternal.

Ya no quería ser el jefe, el responsable, aquel que debía hacerse cargo de todo, de llevar hasta el final las decisiones que tomase y las opciones que eligiese; aquel de quien siempre se espera que sea quien hable y a quien siempre se escucha; aquel cuyo único objetivo era reforzar el poder de su Iglesia; aquel que, por las necesidades de esta causa, hacía callar su corazón en provecho de su intelecto.

Y aquel que lamentaba amargamente que las cosas estuvieran así. Pureza del Vacío, el filósofo cerebral, el exégeta y teórico sin igual, el intelectual capaz de comentar millares de páginas de sutras cuyo sentido escapaba al común de los mortales, el jefe indiscutible del Gran Vehículo chino, estaba a punto de convertirse.

Y el gran maestro de Dhyâna se daba cuenta de que no había edad, en realidad, para esas cosas y que su vida, hasta entonces, no había sido santa. Bendecía al Bienaventurado Buda por haberle concedido esta gracia, aunque fuera tardíamente, y la idea de que habría podido pasar de largo ante un regalo tan inefable lo llenaba de repentino espanto y de deseos de redimirse.

- Lamento infinitamente no haber confiado en ti. Cuando Wuzhao me informó de que habías regresado de Samyé con esa joven, me lo tomé muy mal. Cada vez que ella trataba de interceder en tu favor, yo me obstinaba en no darle la razón. Habría hecho mejor pidiéndote que vinieras a verme y entonces habríamos hablado los dos igual que ahora.

- Soy consciente de que tomé otro camino y de que, por tanto, he desafiado las prohibiciones a las que estamos sometidos los monjes del Gran Vehículo... En cuanto a lo demás, tengo la convicción de continuar siendo el mismo, pese a que mi comportamiento haya podido heriros y hacer que dudaseis de mí.

- Has pronunciado la frase justa, Cinco Prohibiciones. Sin ti, yo siempre habría rechazado, y con la vehemencia más extrema, una declaración así. Hasta aquí mi visión era estrecha y limitada. Las vías de la salvación son tan impenetrables como múltiples. He tenido que hacerme viejo para saberlo. ¡Gracias a ti, hijo mío! -dijo el viejo mahayanista.

- Me complace poder hablar con vos sobre esta cuestión, maestro Pureza del Vacío. No esperaba tener esta ocasión. Esto me procura un inmenso sentimiento de consuelo -exclamó, lleno de reconocimiento, el antiguo discípulo del Superior de Luoyang.

- Estoy dispuesto a relevarte de tus votos monásticos. Así podrás casarte con Umara sin que se abatan sobre ti los rayos del Gran Vehículo. Considero que el camino que has elegido es bueno para ti y lo respeto -concluyó Pureza del Vacío poniendo una mano benévola en el hombro de aquel a quien apenas el día anterior, sin ir más lejos, habría prometido las terribles torturas del más frío de los infiernos.

- Os agradezco desde el fondo de mi corazón toda vuestra comprensión. Pero antes de poder

casarme con Umara, tendré que encontrarla. La elegida de mi corazón desapareció misteriosamente de Samyé hace dieciocho meses -gimió Cinco Prohibiciones.

- Ese momento llegará más pronto de lo que te figuras -murmuró el viejo Superior, cuya voz se había dejado ganar de nuevo por la lasitud.

- Me gustaría tanto que vuestras predicciones no fueran una simple manera de darme esperanzas...

- ¡Om! ¡Cinco Prohibiciones! Debes creer lo que dice Pureza del Vacío. Es muy sincero -exclamó entonces el ma-ni-pa.

- Gracias, ma-ni-pa, por acudir en mi ayuda -dijo el gran maestro de Dhyâna.

- ¿Puedo contar realmente con vuestro perdón? -preguntó Cinco Prohibiciones con voz temblorosa a su antiguo Superior arrojándose a sus pies.

- Creo haber sido claro a este respecto: ¡diez mil veces sí! ¿Podré contar, por mi parte, con el tuyo? Para mí es de igual importancia.

- ¿Perdonaros a vos? ¿Pero el qué, maestro Pureza del Vacío? -exclamó, estupefacto, el amante de Umara.

- Muchas cosas. Mis motivaciones no han sido siempre gloriosas. Yo estaba obsesionado con el triunfo de la Iglesia del Gran Vehículo y cegado por este objetivo, a la manera de un general en jefe deseoso de conducir sus tropas a la victoria. Ahora bien, el Gran Vehículo no es un ejército. He pecado por puerilidad y falta de perspectiva. Tú fuiste una de las víctimas y lo lamento vivamente -se limitó a explicar Pureza del Vacío antes de encerrarse en un mutismo del que no salió hasta su llegada a Luoyang.

Cuando vio a Umara en el umbral de la puerta de su celda, ante la cual lo condujo Pureza del Vacío, tras lo cual se eclipsó sin hacer comentarios, Cinco Prohibiciones profirió un grito salvaje, se abalanzó sobre ella y la estrechó entre sus brazos. No prestó la más mínima atención a la mueca de desaprobación del viejo monje que estaba barriendo y asistía a la escena, y que reconoció sin dificultad a su joven colega.

- ¡Amor mío! -gritó su amante antes de pegar su boca a la de Umara y de darle el más tierno de los besos.

Los ojos bicolores de la joven cristiana le parecieron todavía más singulares y bellos que la última vez que los viera en aquella cabaña de pastores del país de Bod donde Primero de los Cuatro Soles que Iluminan el Mundo, actuando por cuenta de Pureza del Vacío, había logrado apresarla y, seguidamente, secuestrarla.

- ¡Mi único amor! -murmuró a su vez la hija de Addai Aggai, embriagada de felicidad, ya que lo último que esperaba era ver a su amante materializarse y aparecer de pronto de la nada.

Sin perder un segundo, Umara lo hizo entrar en su pequeña habitación, donde sus lenguas no tardaron en volver a enlazarse y sus dedos a acariciarse mutuamente los muslos, el pecho, el vientre y la entrepierna.

Locos de felicidad, abandonados uno al otro, no tenían necesidad de hablar sino sólo de tocarse y palparse como si quisiesen comprobar que no estaban soñando. No había duda de que, de continuar así, no tardaría en desencadenarse el huracán del deseo. Ahora bien, la multitud de novicios que pululaban en torno a la puerta de la celda de Umara no daba pie a la intimidad que exigía el encuentro.

- Esta noche, cuando estemos más tranquilos, continuaremos... Aquí, por la noche, todo el mundo duerme. Entonces no nos molestará nadie -murmuró la joven cristiana nestoriana dirigiéndose al budista del Mahâyâna cuyo sexo turgente, que acababa de rozar, formaba una protuberancia en sus calzones.

Acurrucada contra el hombro de su amante, Umara le contó en pocas palabras que Pureza del Vacío la había hecho secuestrar en Samyé porque estaba convencido de que ella estaba en posesión de los Ojos de Buda.

- Ahora comprendo el arrepentimiento y la contrición del gran maestro de Dhyâna -concluyó él medio en broma cuando ella terminó de relatárselo todo.

- Ya que, gracias a Dios, estás aquí, te diré que está bien lo que termina bien. El pasado importa poco. Ya no volveremos a separarnos nunca más -dijo ella con una sonrisa.

- Te prometo que no volveré a dejarte sola ni un segundo. Si supieras cómo me he odiado por haber salido de paseo con Lapika aquella tarde -le dijo mientras le acariciaba la cabellera.
- Lo único que me falta ahora es encontrar a mi padre y entonces me sentiré totalmente feliz.
- Addai Aggai está alojado en el palacio imperial de Chang An por voluntad de la emperatriz Wu. Pureza del Vacío me dijo que lo vio allí hace tres días -anunció Cinco Prohibiciones a Umara en tono triunfal, a lo que ella respondió con una exclamación de sorpresa y alegría.
- ¡Así es y puedo confirmarlo! Wuzhao ha albergado en secreto a vuestro padre en el palacio imperial.

Era el gran maestro de Dhyâna, cuya voz inconfundible acababa de resonar en los oídos de los amantes por fin reunidos. Estaba de pie en el marco de la puerta de la celda donde Umara se encontraba recluida y, como quería hablarles con toda tranquilidad de su futuro, decidió reunirse con ellos acabada la última oración de la tarde.

- ¿Cuándo podré verlo? Debe de estar muerto de inquietud. ¡Hace tanto tiempo que no tiene noticias mías! Aparte de Dios, para él soy lo más importante que tiene en el mundo -exclamó con voz turbada por la emoción aquella joven cuyo corazón comenzaba a verse inundado por tantas y tan buenas sorpresas acumuladas.

- Vuestro padre ha sido debidamente informado de vuestra presencia aquí. Sabe que estáis bien de salud. Y pienso que, por lo menos en este aspecto, su alivio es inmenso -murmuró, algo molesto, el Superior del Gran Vehículo, que todavía llevaba visibles en el cuello las huellas dejadas por los dedos furiosos del obispo nestoriano.

- La emperatriz Wuzhao sigue tirando de todos los hilos... -murmuró, pensativa, Umara.

- Nada se escapa a la sagacidad de la soberana. Para recoger a sus protegidos y ponerlos al abrigo de las manipulaciones de los agentes especiales del Gran Censurado, esa mujer es capaz de correr todos los riesgos al tiempo que sortea las múltiples trampas que le tienden sus enemigos. No contenta con albergar a vuestro padre, ha hecho lo propio con el Gran Perfecto maniqueo de Turfan, Cargamento de Quietud -añadió el Superior de Luoyang.

- ¿Sabía que vos me teníais prisionera?

- Sí.

- La emperatriz de China me ha testimoniado siempre un gran afecto -objetó la joven, decepcionada.

- Es una mujer poderosa. Persigue unos objetivos que no son los tuyos. En tales condiciones, es difícil ponerse en su lugar -añadió Cinco Prohibiciones.

- ¡No tengo ni el más mínimo deseo de hacerlo! Jamás cambiaría su vida por la mía -exclamó Umara.

- Umara, tengo el placer de anunciarte que estás en libertad de ir y venir por donde quieras. El convento del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales no tiene motivo alguno para retenerte -declaró, no sin cierta solemnidad, el Superior a la interesada, cortando de raíz la conversación que iba a girar en torno al comportamiento de la emperatriz.

La hija de Addai Aggai, desconcertada y un tanto incrédula, observaba a Pureza del Vacío al tiempo que se preguntaba qué había podido motivar tal cambio de actitud.

- ¿De modo que se han esfumado las quejas que teníais de mí? -preguntó, estupefacta, Umara.

- Nunca es tarde para cambiar de opinión. Lamento mucho haberte tratado como lo he hecho. He caído en la crueldad de una falta de clarividencia y de comprensión. Aunque sea un viejo monje, me doy cuenta de que la sabiduría me ha llegado tarde. Ha sido una especie de conversión... y se la debo a Cinco Prohibiciones -confesó, pensativo y en tono casi desesperado aquel que, sin embargo, había sido director de conciencia de decenas de millares de monjes a los que había formado en la meditación trascendental.

El gran maestro de Dhyâna, de ordinario impávido, austero y temido por todos, hacía grandes esfuerzos para retener las lágrimas, lo que lo obligaba a amurallarse en el silencio ante aquellos dos amantes que tenía ante él cogidos de la mano.

- ¿Y si fuéramos a ver a los Gemelos Celestiales? ¡Los he echado tanto de menos, maestro Pureza del Vacío! -dijo el antiguo monje al Superior de Luoyang para cortar de raíz la inmensa

desesperación que parecía hacer presa en este último.

- ¡Seguidme! Los niños no están lejos. Tienen un pabellón reservado para ellos solos -respondió, después de tragar saliva.

Seguidamente, tendiendo el brazo izquierdo a Cinco Prohibiciones, le hizo comprender que tenía necesidad de apoyarse en él para acompañarlos, dado el estado de sus piernas.

Cuando entraron en la habitación de los Gemelos Celestiales, cuya jornada se terminaba, una monja estaba acabando de desnudarlos. Cada día iban vestidos de un color diferente en su exhibición a los peregrinos. Ese día llevaban unas túnicas rojas sobre unos pantalones negros ceñidos y ribeteados lateralmente con un hilo de oro.

Umara, como habría hecho una madre con sus hijos, se precipitó sobre ellos y los cubrió de besos.

- No sé si me reconocéis... ¡Soy yo, Umara! ¡Qué hermosos! -exclamó la muchacha cayendo de rodillas ante ellos y acariciando los cabellos tan pronto del niño como de la niña.

- ¡Sí, yo te conozco! -exclamó la vocecita de Joya.

- ¡Yo también! -dijo Loto, que se acurrucó contra su hermana.

- Cuando me fui, apenas caminaban... y ahora hablan como un libro -dijo la joven.

- Hay un monje instructor que se ocupa de enseñarles chino. Pero su inteligencia hace lo demás -explicó Pureza del Vacío.

- ¡Om! ¡Son hermosos como las estrellas! -intervino el ma-ni-pa, que no disimulaba su alegría.

El monje errante, cuyo afecto a los Gemelos Celestiales se mantenía intacto, había seguido a Umara y a Cinco Prohibiciones, como no podía ser menos, cuando Pureza del Vacío les propuso que vieran a los pequeños.

- ¡Joya es cada día más bella! -constató en voz baja la hija de Addai Aggai llevando a Pureza del Vacío un poco aparte-. ¿Está enterada de su diferencia? -añadió no sin cierta inquietud.

- Wuzhao nos encargó que sobre todo no acercáramos nunca a Joya al borde de ningún estanque.

También están totalmente proscritos los espejos en las habitaciones donde la niña pasa sus días. La soberana exigió que debía ser ella quien le descubriese su apariencia real. De momento la niña se considera normal -musitó a los dos amantes el Superior mahayanista.

- ¡Más vale así! No hay duda de que Joya tendría un gran sobresalto si descubriera su singularidad por sí misma -dijo Umara.

Había cogido a la niña en brazos y le acariciaba el rostro como si estuviese temiendo el terrible momento en que Joya descubriría por fin su insólita apariencia, de todos conocida. ¡Cómo le habría gustado estar presente cuando aquello ocurriese! Si estaba con Wuzhao, entre las dos conseguirían amortiguar lo que sería por fuerza un golpe terrible para la niña.

- Yo aprenderé tiro al arco en casa de tía Wu-exclamó Loto profiriendo gritos de alegría.

- ¿Quién es tía Wu? -inquirió Umara, conmovida hasta las lágrimas al ver a aquellos niños de los que se había ocupado tanto cuando eran pequeños.

- ¡Es la emperatriz Wuzhao! -exclamó Pureza del Vacío-. La soberana les tiene un inmenso afecto y en cuanto se instala en su capital de verano, lo que ocurre cada vez con más frecuencia, lo primero que hace es pedir que trasladen también allí a los niños.

- Tenemos que dejar que acuesten a los niños. Mañana por la mañana tendrán que mostrarse a los peregrinos que hacen cola para venerarlos -dijo Cinco Prohibiciones, consciente de que estaba haciéndose tarde.

Ya de noche, de nuevo en su habitación y con el ma-ni-pa sentado delante de su puerta para impedir que entrase nadie, los dos amantes, otra vez reunidos, tuvieron ocasión de volver a descubrirse y de entregarse uno a otro con los mismos gestos de siempre y como si sólo hiciera un día que no se habían visto.

Pero después de una separación tan larga, su primera noche de amor en aquella celda del monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales fue todo lo larga y hermosa que cabía esperar.

Para su amante, el cuerpo de la joven cristiana eclipsó todo recuerdo y toda huella que hubieran podido dejarle en la piel las formas de la bella y salvaje Yarpa, la sacerdotisa bonpo tibetana; al igual que para Umara la vara de jade del antiguo monje del Gran Vehículo se convirtió en más deseable aún cuando ella, apenas se desnudó Cinco Prohibiciones, le rindió homenaje con los

labios.

El ceremonial amoroso al que se entregaron permanecería largo tiempo grabado en su memoria, hasta tal punto dieron prueba de creatividad e imaginación en el curso de aquella noche.

- Hacía siglos que esperaba este momento, amor mío. Mi vientre está seco como el desierto de Gobi al final del invierno... -ronroneó la muchacha entre estremecimientos.

- Estoy dispuesto a regarlo con mi licor como se merece... -dijo él al tiempo que se echaba al cuello los muslos de su amante para poder lamer sin ninguna dificultad su capullo de peonía mientras ella acariciaba suavemente su vara de jade, henchida y ya a punto de estallar.

- Quiero sentirte dentro de mí de todas las maneras posibles... -murmuró ella dándole a entender con aquellas palabras que su puerta de atrás estaba presta a acogerlo con el mismo entusiasmo y fervor que la de delante.

- No hemos intentado nunca ese caminos... -dijo como en tono de protesta el antiguo monje del Mahâyâna.

- Quiero darte todo cuanto tengo. Entre nosotros no deben existir fronteras -añadió ella adoptando, para mayor precisión, una postura ante la cual era imposible resistirse.

Umara experimentó tal placer que a punto estuvo de despertar con sus exclamaciones a los novicios que dormían allí cerca. Cinco Prohibiciones ató delicadamente un pañuelo de seda a la boca de su amante, lo que, lejos de atenuar sus ronroneos, tuvo un curioso efecto multiplicador de sus suspiros, como si aquella suave sujeción aumentase todavía más un placer que no conseguía dominar.

Durante largas horas y hasta la madrugada, sus cuerpos sedientos se amoldaron uno a otro a la manera de la llave forjada especialmente para la cerradura que abre milagrosamente la puerta de un escondrijo donde se ocultan tesoros de los que incluso se ignora su existencia.

Y allí, en el estrecho jergón de la celda de un monje contemplativo donde no había ni un solo detalle capaz de perturbar los ejercicios espirituales de quien la ocupaba, se juraron fidelidad hasta la muerte.

Al día siguiente, el Superior Pureza del Vacío llamó a los dos amantes a su despacho.

- Cinco Prohibiciones, esta noche he cumplido el ritual que me permite liberarte de tus votos de monje a través de la imposición de manos. ¡Es algo que he inventado en beneficio tuyo! -dijo dirigiéndose a su antiguo ayudante y abriéndole los brazos como el padre que acoge en ellos a su hijo.

- Creía que los votos de los monjes eran indisolubles... -le dijo su antiguo ayudante, maravillado y encantado a la vez.

- Lo que hace un ritual, puede deshacerlo otro. ¿Lo importante no es seguir la vía que el Bienaventurado tiene trazada para cada uno?

- ¿O sea, que podemos convertirnos oficialmente en marido y mujer sin que Cinco Prohibiciones, como antiguo monje del Gran Vehículo que ha pronunciado sus votos, se arriesgue a sufrir los fuegos o los hielos del infierno del Avici? -murmuró Umara, impresionada.

Las palabras que acababa de pronunciar el gran maestro de Dhyâna habían hecho absolutamente feliz a la joven cristiana nestoriana.

- ¡Por supuesto, hijos míos! -corroboró el Superior.

- En tal caso, mi padre nos unirá mediante el sacramento del matrimonio de acuerdo con el rito previsto por la Iglesia de Nestorio.

- Es evidente que será muy feliz de proceder de ese modo... -dijo el antiguo ayudante de Pureza del Vacío, a quien éste acababa de liberar de sus votos.

- Y eso no cambiará en nada el amor que nos tenemos ni el hecho de que mi Dios Único haya querido nuestra unión, ya que ha hecho que nos reunamos aquí. A él le debemos lo que nos ocurre, así como todo lo demás, que siempre sucede por añadidura -añadió la hija de Addai Aggai, cuya fe en su Dios no se inquietaba por los rituales.

- Tu fe permanece intacta. Y eso está bien. Pero no olvides que el Buda vela también por todos aquellos que lo ignoran. Acepta esto, pues -añadió el gran maestro de Dhyâna tendiendo a la joven cristiana una cadenilla de la que pendía un minúsculo relicario de plata dentro del cual se guardaba un fragmento de sutra y que se colgaban del cuello algunos eremitas antes de aislarse en grutas

desiertas para meditar durante meses.

- Me halagáis en exceso, maestro Pureza del Vacío -le dijo Umara con una sonrisa.

- Quisiera hacerme perdonar las sospechas que yo equivocadamente alimentaba y que explican mi error... así como todo el mal que he podido hacerte... Por muy maestro de Dhyâna que sea, me equivoqué con respecto a ti, Umara -dijo con un suspiro el Superior de Luoyang.

La hija de Addai Aggai tenía que hacer esfuerzos para reconocer en aquel viejo sinceramente contrito al maestro espiritual que dirigía con puño de hierro a los miles de monjes y novicios del convento mahayanista más grande de China.

Pero no había edad para convertirse.

Y los humildes, las almas sencillas, los que abrigaban reservas mentales, estaban mucho más próximos de la santidad que los demás...

50

PALACIO DEL PARQUE DE LAS PEONÍAS ARBORESCENTES. LUOYANG, 5 DE MARZO DE 659

La pequeña Joya estaba sola y ya empezaba a aburrirse en aquel inmenso Palacio de Verano de Luoyang, donde había oído muchos ruidos extraños procedentes de la habitación de su querida tía Wu.

En aquel final de invierno en que la naturaleza parecía desperezarse después de la permanencia en el frío, la emperatriz de China había llegado la víspera a la capital de verano de los Tang, donde ahora multiplicaba sus estancias so pretexto de que allí el aire era más puro que en Chang An. Era la primera vez que la niña estaba sola sin su hermano, ya que de ordinario los Gemelos Celestiales lo hacían todo juntos.

Aprovechando la presencia de la emperatriz, Pureza del Vacío, deseoso de iniciar a Loto en el tiro con arco, había mandado conducir a los niños al Palacio de Verano, donde el niño iba a recibir lecciones del arquero personal de Wuzhao. A pesar de las súplicas de Joya, el gran maestro de Dhyâna consideró que no debía acceder a los deseos de la niña, que quería imitar a toda costa a su hermano, puesto que desde hacía milenios el tiro con arco estaba reservado a los hombres.

Teniendo en cuenta lo ocurrido con ocasión de la última entrevista en Chang An, el gran maestro de Dhyâna se abstuvo prudentemente de comparecer en persona, aunque contaba con informar a la emperatriz a través del medio apropiado de que se había retractado tanto en lo que concernía a Umara como en relación con el perdón a Cinco Prohibiciones. Solicitó, pues, a Primero de los Cuatro Soles que Iluminan el Mundo que condujera la carroza con los dos niños al Palacio de Verano y durante todo el trayecto desde el convento del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales fue saludada fervorosamente por la multitud.

Así pues, el niño recibió su primera clase en la zona del Parque de las Peonías dedicada al tiro con arco y, pese a las protestas de su hermanita, ésta tuvo que dejarlo partir, aunque después se encerró, decepcionada, en un enfurruñamiento del que las gobernantas de la emperatriz no consiguieron arrancarla.

- ¿Dónde está tía Wu? -preguntó a una de aquellas mujeres que se pasaban el día entero en una sala que daba al parque esperando que la emperatriz las llamase y les ordenase que hicieran alguna cosa determinada.

- Dama Wuzhao descansa en su alcoba. En cuanto se levante, la verás. Entretanto, si quieres un juguete, basta con que lo digas, mi querida Joya -le dijo la gobernanta en cuestión, que no

conseguía disimular la repulsión y el temor que le inspiraba el rostro de la niña, la mitad del cual tenía una tonalidad rojiza y estaba cubierto de pelo.

- No necesito nada, gracias. Prefiero entretenerme sola -le replicó ésta en tono perentorio, nada habitual en ella pero que revelaba muy a las claras su contrariedad.

La gobernanta, entonces, la dejó sola en un inmenso salón y una vez allí, sin que nadie la molestara, Joya, maravillada después de los primeros instantes, de abatimiento, se dedicó a observar la suntuosidad de los muebles reservados en exclusiva al uso imperial.

Lo que atrajo mayormente su mirada de niña que descubre el mundo fue una mesa de juego de palo de rosa del tipo shanghuqizhuo sobre la cual descansaba un juego de ajedrez cuyas imponentes figuras estaban talladas en marfil de elefante. Alrededor del mueble cuya superficie estaba decorada con motivos incrustados de madera de sándalo color púrpura y peral amarillo, unos asientos del tipo chanyi ofrecían a los traseros que tenían la suerte de sentarse en ellos una particular sensación de comodidad. En aquella época, ese modelo ya hacía furor y se podía encontrar en las salas de oración de los templos búdicos más ricos.

Arrimada a la pared, había también una cómoda lacada en cuyas caras un pintor había dibujado escenas de caza y pesca en medio de árboles, cascadas, lagos, picos montañosos y nubes. Gracias a la superposición de tonalidades cálidas, bordeadas por los finos trazos negros y rojos del pincel del artista, lo que se ofrecía a los ojos de la pequeña Joya era la verdadera imagen de la armonía entre el hombre y la naturaleza, concepto típicamente taoísta.

Era evidente que la Gemela Celestial no había visto en su vida nada parecido.

Prosiguiendo su inspección, la niña alzó de pronto los ojos al techo decorado con artesones de madera y pájaros dorados con pan de oro, y después descubrió inopinadamente un soberbio espejo de bronce que presidía una estantería de ébano refulgente como el agua de un lago.

A medida que iba haciéndose mayor, la niña había tenido ocasión de percatarse de que le impedían acercarse a las superficies reflectantes, por lo que desde hacía varias semanas trataba en vano de estar atenta a algún descuido que le permitiese burlar esta prohibición cuya razón no comprendía. Pero ahora, de pronto, en aquella sala donde estaba sola, hete aquí que un hermoso espejo circular parecía ofrecérsele con los brazos abiertos.

Con gran precipitación, acercó uno de los asientos chanyi a la pared y consiguió subirse, con ayuda de sus bracitos, en la cómoda lacada, de modo que pudo coger el espejo de la estantería y bajar después con él procurando no resbalar por la improvisada escalera.

Se trataba de un hermoso espejo decorado con unos leones enfrentados y rodeado de pámpanos, además de estar provisto de una gran protuberancia atravesada por un cordón de seda escarlata. Tras acariciar el lado historiado del espejo, le dio la vuelta y le faltó tiempo para mirarse en él.

Al descubrir su cara en el círculo pulimentado y brillante al que se acercó sosteniéndolo por el mango en forma de cola de dragón, no pudo reprimir un terrible gemido en que el miedo y la sorpresa se mezclaban con la desesperación.

Lo que vio en el espejo fue un rostro dividido en dos a lo largo de la arista de la nariz. Era un rostro que no se parecía a ninguno de cuantos había visto en su vida.

Joya acababa de adquirir conciencia de la singularidad que la afectaba.

Acariciándose la cara con la mano comprendió de pronto por qué había notado, siempre que hacía aquel gesto, aquel vello que cubría una parte de la misma.

Sola en el salón suntuosamente amueblado, apretando con todas sus fuerzas con la mano el mango del espejo revelador, la pequeña Gemela Celestial había descubierto aquel terrible secreto que ella era la única en ignorar y que le valía miradas compasivas o, por el contrario, profundamente fervorosas por parte de los miles de peregrinos que todos los días hacían cola para prosternarse a sus pies.

Volvió a pegar el rostro a la superficie reflectante del espejo y, bajo los efectos de una emoción incontrolable, estalló en sollozos para correr después a acurrucarse, con el pulgar en la boca, en uno de los grandes divanes del salón.

Con la mano crispada aún en torno al espejo, no parecía cansarse de escrutar aquella carita que aparecía en el círculo de bronce pulimentado.

Pasado un momento se dio cuenta de que, cuanto más se miraba, menos miedo le infundía su imagen, lo que hubo de tranquilizarla un poco. Y entonces oyó de nuevo aquel ruido extraño procedente de la habitación de la emperatriz, a la que se accedía a través de un saloncito contiguo. Dejó el espejo y aguzó el oído.

Era aquella misma clase de estertor, aunque ahora más potente y cadencioso, que había oído al entrar en el salón y que ahora le volvía a los oídos: una especie de suave mugido, como si Wuzhao tuviese en su habitación algún animal de compañía.

Intrigada, la niña acabó por levantarse del diván y decidió averiguar de qué se trataba. La puerta de la habitación de tía Wu estaba cerrada. Joya pegó la oreja contra los paneles y oyó un diálogo del que no comprendió nada y del que sólo le llegaban palabras como: «¡Oh, sí! ¡Más fuerte! ¡No, demasiado! ¡Qué bueno!». Las exclamaciones eran de la soberana, cuya voz reconoció perfectamente, interrumpidas por otros estertores que iban en aumento y a los que alguien respondía con: «¡Así! ¡Quieta! ¡Así! ¡No te muevas! ¡Ya verás! ¡Aún será más fuerte!». Era una voz autoritaria de hombre con un acento cortante como un cuchillo.

Todavía bajo los efectos de su descubrimiento, Joya llegó a preguntarse si Wuzhao, cuyos lamentos podían hacer pensar en quejas de dolor, no estaría sufriendo algún tormento.

Decidida a defender a su querida tía Wu contra aquel malvado que le hacía daño, la niña optó por entrar en la habitación. Su corazón latía alborotado cuando se encontró en la habitación tras abrir la puerta sin hacer el menor ruido.

Lo que vio allí la dejó literalmente muda.

En la enorme cama de ceremonia, su tía Wu, de espaldas y completamente desnuda, estaba sentada a horcajadas sobre un hombre de piel oscura con el cuerpo perforado por una serie de aros. Sobre el vientre de aquel individuo, plano como una tabla y poblado de extrañas cicatrices, su tía se entregaba a un movimiento de cadencioso vaivén acompañado de espasmos y lamentos.

- ¡Tía Wu! ¡Tía Wu! ¿Te encuentras mal? -no pudo dejar de exclamar Joya con voz temblorosa, pero lo bastante fuerte para hacerse oír.

Estaba lejos de sospechar que acababa de sorprender a la emperatriz de China haciendo el amor con su propio padre.

- ¡Tía Wu! ¡Tía Wu! ¡Soy yo, Joya! ¿No estás bien? -repitió la niña al borde del llanto.

Al oír aquellas palabras, la soberana se volvió bruscamente y cuando vio, asustada, que quien acababa de pronunciarlas era su querida Gemela Celestial, se echó precipitadamente una sábana sobre los hombros e hizo ademán al hombre de que abandonara su cama.

- ¡Querida mía, había olvidado por completo que estabas aquí mientras tu hermano toma lecciones de tiro con arco! -murmuró, desconcertada, atrayéndola a sus brazos.

- ¡Tenía tanto miedo, tía Wu, de que un señor estuviera haciéndote daño! -gimió la niña estallando en sollozos.

La pequeña temblaba de pies a cabeza, lo que no era habitual en ella, de ordinario tranquila y perfectamente equilibrada. Justo en aquel momento Wuzhao advirtió que la niña sujetaba en la mano con un cordón atado alrededor del puño el espejo de bronce con adornos luristaneses

[20] de leones y pámpanos que normalmente estaba en la estantería del salón contiguo a su habitación.

- ¿Qué haces con ese espejo, mi pequeña Joya? -preguntó la soberana de China a la niña, que se echó a llorar con redoblada intensidad-. ¿Te has mirado en él? ¡Respóndeme! -añadió, alarmada, la soberana.

- ¡Sí! Y he tenido mucho miedo... -murmuró Joya arrebujiándose contra el pecho desnudo de la emperatriz.

- No debes tener miedo de ti, mi querida niña.

- Tengo una cara que es diferente de todas. Tía Wu no tiene pelos -dijo entre sollozos la pequeña.

- Todos los que te ven alaban tu belleza, mi pequeña Joya. Los rasgos de tu cara son tan finos como los de la estatua más hermosa de Guanyin que hay en la sala de oraciones del convento del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales... Lo que pasa es que tú eres diferente de los demás -

murmuró Wuzhao acariciándole la hermosa cabellera ondulada.

A fuerza de mimos, la niña acabó por dejar de derramar lágrimas y al final ya no sabía si reír o llorar...

- ¡Eres hermosa como un corazón! -aseguró la emperatriz a Joya, cuya manita se agarraba con fuerza a la suya.

- Pero la primera vez que me he mirado en el espejo, he tenido miedo.

- ¿Cómo vas a tener miedo de una carita tan linda como la tuya? Respóndeme, Joya, y que no se hable más del asunto: ¿aceptas que la mitad de tu hermoso rostro esté cubierta de pelo?

- Sí, tía Wu, lo acepto-susurró la niña.

- Lo importante es aceptarse tal como uno es y después, con el comportamiento, mostrar a los demás, suponiendo que merezcan saberlo, lo que uno lleva dentro. De la misma manera que los diamantes están encerrados en gangas de roca que no dejan entrever su esplendor desde el exterior, las cualidades profundas de los individuos no dependen de su apariencia -le explicó la emperatriz con voz dulce.

- Ahora entiendo mejor lo que me ocurre y por qué me exponen a los peregrinos. ¡Tía Wu, me gustaría tanto mirarme en el río! Los árboles se reflejan en él con mucha más claridad que mi rostro en este espejo -dijo la niña en tono quejumbroso-. ¡Quiero ir a la orilla del Lē! Quiero ir a ese sitio del que tía Wu sacó las piedras mágicas. Quiero saber si mi rostro es igual visto en el agua.

La emperatriz, encantada, comprobó de paso que Joya había aprendido la lección cuando ella le suplicó que no revelara nunca a nadie que el Mudo había grabado las inscripciones adivinatorias que anunciaban el inminente advenimiento al trono de China de una mujer que se le parecía en todos sus rasgos.

- Querida mía, lo que has dicho responde a mis deseos. No puedo soñar nada mejor de mi princesita -exclamó la soberana, extraordinariamente reconocida-. ¡Vamos a ir ahora mismo!

La niña interrumpió el llanto inmediatamente. Le encantaba aquel paseo, que la soberana, debido a estar excesivamente ocupada, rara vez le concedía.

- ¡Mudo, voy al río con Joya! -exclamó Wuzhao dirigiéndose a su factótum.

- Voy a dejar la jaula del grillo y en seguida estoy con vos, Majestad -respondió la voz ligeramente velada del hombre, mientras la niña, radiante de alegría, bajaba la escalera de la majestuosa galería de teca que conducía al césped del Parque de las Peonías.

No tardaron mucho tiempo en llegar a la orilla de las aguas tumultuosas, donde se sentaron en un banco.

- ¡Qué bonito! -murmuró Joya, apretando más fuerte con su mano regordeta y suave como la seda la de Wuzhao, que llevaba los dedos cubiertos de sortijas preciosas que fascinaban a la niña y terminaba en unas uñas largas y curvadas como las garras de un ave rapaz.

- Desde que te traía aquí cuando eras pequeña, siempre te ha gustado el agua. ¿Recuerdas el sitio aquel donde por poco te ahogas?

- Era más lejos, junto a la orilla. Allí donde estaban sumergidas las piedras adivinatorias que aquel elefante grande como una montaña blanca sacó del agua -respondió Joya señalando los árboles de un bosquecillo situado corriente abajo.

- Joya, tienes que saber que yo te quiero como si fuera tu mamá -le murmuró Wuzhao sentándosela en las rodillas.

- Yo no tengo mamá -le replicó ella haciendo una encantadora mueca.

- Pero son muchas las personas que te quieren.

- ¿También el maestro Pureza del Vacío?

- ¿Por qué me lo preguntas?

La emperatriz pareció herida en lo más vivo.

- Es muy serio con nosotros. No nos deja jugar. Siempre debemos estar a punto para que nos vean los fieles que vienen al monasterio.

- ¿No te parece normal? Piensa que hay devotos que han estado caminando toda una semana, noche y día, para prosternarse a tus pies...

- ¿Qué ven en nosotros? ¿Por qué nos encuentran tan curiosos?

- Más que de curiosidad, se trata de devoción, mi pequeña Joya.

- O sea, que yo no les doy miedo -dijo, pensativa, la niña, a la que la soberana cubrió de tiernos besos.

- A mí me habría gustado ser yo quien te explicara cómo era tu rostro... y por eso tenía prohibido que tuvieras al alcance de la mano cualquier superficie en la que pudieras mirarte. Pero las circunstancias han decidido que las cosas ocurrieran de otro modo...

- Cuando te he visto en la cama de tu habitación creía que te encontrabas mal... He pasado mucho miedo -exclamó con aire compungido la hermana de Loto echándole los brazos al cuello y acurrucándose en su pecho.

- Dentro de unos años, cuando estés en edad de comprender estas cosas, sabrás que entre el placer y el sufrimiento hay una zona que le es común en la que se rozan los dos -respondió, nada cohibida, Wuzhao, antes de advertir que la Gemela Celestial se había dormido en sus brazos.

Corría el tiempo y la emperatriz, que no se veía llevando en brazos a Joya hasta el palacio, tuvo necesidad del Mudo. Y hasta entonces no cobró conciencia de que su inseparable factótum había desaparecido.

- ¡Mudo! ¡Ayúdame a llevar a la pequeña! -gritó la emperatriz, convencida de que el interesado debía de estar detrás de algún árbol, ya que siempre la seguía a todas partes como su sombra. Pero contrariamente a lo habitual, por lo visto el gigante turco-mongol no la oía.

Bastante molesta, reiteró la orden en voz más alta sin que tampoco produjera ningún efecto. Miró a su alrededor, preguntándose por qué su factótum no le respondía, y muy lejos de sospechar que el Mudo simplemente no estaba allí, puesto que eso era algo que se le antojaba imposible.

¿Cómo habría podido sospechar que la ausencia del Mudo obedecía a la realización de un proyecto que el gigante turco-mongol había estado meditando durante todos los meses en que asistió en silencio a las expansiones de la soberana con aquel extravagante yogui indio al que ella utilizaba como «remedio contra el dolor de cabeza»? ¡Jamás se había dado cuenta de que su factótum se había enamorado de ella!

El Mudo había matado a Nube Blanca. Un gesto terrible que consumó mientras Joya y Wuzhao estaban junto a la orilla del río y que el gigante ejecutó por amor a la emperatriz.

Fue un acto limpio, realizado en un abrir y cerrar de ojos gracias a la fuerza hercúlea de sus gruesos brazos tatuados... Todo había sucedido en un abrir y cerrar de ojos en aquella famosa tarde en que la pequeña Joya se había enterado de cuál era su aspecto y había sorprendido a la emperatriz en brazos de Nube Blanca.

Mientras la niña estaba sola en el suntuoso salón y descubría el reflejo de su rostro inaudito, el Mudo, apostado en un rincón de la habitación de su ama, debía soportar los intolerables gemidos de placer que ésta profería.

Al principio de aquel extraño idilio, al ver entrar al hombre con la palabra «Tantra» escrita en el vientre en la habitación de la soberana, el factótum creyó que se trataba de un simple capricho de aquella mujer de apetito sexual insaciable, que cambiaba a menudo de amante y se servía de él cuando no tenía otra cosa que llevarse a la boca. Era una situación que no desagradaba al gigante, ya que él era su único amante fijo frente a tantos amores volanderos, y estaba convencido de que el tiempo jugaba a favor suyo, lo que por otra parte parecía corroborar el creciente placer experimentado por Wuzhao con su «amante por defecto», según lo llamaba ella.

Pero, cuanto más tiempo pasaba, más desengañado se sentía el gigante, puesto que todo lo impulsaba a convencerse de que Wuzhao estaba tan pegada al tántrico como el hongo al árbol.

Un buen día, el gigante turco-mongol acabó por armarse de osadía y manifestó a la soberana todo lo que pensaba de aquel rival de ojos inyectados en sangre, incapaz de vivir sin consumir sus extrañas píldoras. Wuzhao, contrariamente a lo que cabía esperar de su reacción ante el atrevimiento de un esclavo, resolvió que debía poner fin a aquella relación, ya que podía tener un mal final. Pese a todo, no lo hacía, por lo que el Mudo estaba cada vez más apesadumbrado y furioso. Por mucho que le jurase que pensaba echar de palacio definitivamente al indio para evitarse posibles peligros, el hecho es que no pasaba a la acción. La enferma de migraña acababa siempre por volver a ¡solicitar la presencia de Nube Blanca y compartir con él unas expansiones cada vez más complejas y

paroxísticas, de las que al factótum no se le escapaba nada, ya que Wuzhao, por prudencia, le había dado la orden de permanecer dentro del radio de su voz.

Y así fue como tuvo ocasión de asistir a los abrazos más enloquecidos, que ponían a dura pero deleitosa prueba la flexibilidad de los cuerpos y obligaban a los participantes con desconcertante facilidad a las sutiles variaciones de las posturas del Sutra del Amor que Nube Loca había enseñado una por una a su compañera apoyándolas con demostraciones.

Aquella tarde, en la habitación que daba al gran salón de honor del Palacio de Verano de Luoyang, Wuzhao había gozado profundamente y lo había demostrado con los gritos y exclamaciones de placer que provocaron la irrupción intempestiva de la niña de rostro medio simiesco en su habitación.

Cobijado como de costumbre detrás de una de las cortinas de la habitación, el Mudo asistió a toda la escena.

Apenas vio a Joya, Wuzhao hizo señal con la mano a Nube Blanca para que abandonara su cama. Éste la obedeció de mala gana, puesto que le apetecía muy poco interrumpir sus placeres. Tras ingerir la enésima píldora de la jornada, se refugió entre los pliegues de la pesada cortina escarlata donde el Mudo estaba escondido, de modo que éste sólo tuvo que extender los brazos para agarrar por el cuello descarnado al indio de tetillas perforadas.

Y mientras la emperatriz se dedicaba a consolar a Joya, el gigante turco-mongol no tuvo más que empujar a su víctima hacia atrás y seguidamente apretar su odiado cuello con todas sus fuerzas hasta que le chasquearon las falanges. Nube Blanca, ya a punto de ahogarse, se limitó a susurrar la palabra «Manakunda», pero la patética invocación con la que el asesino de Manakunda solicitaba, en un último arranque de lucidez, el perdón de su víctima se transformó en inaudible murmullo. El Mudo no dio al tántrico tiempo a seguir debatiéndose, como tampoco a implorar el perdón de aquella tal «Manakunda», ya que le machacó las vértebras cervicales con sólo la fuerza de sus manos y, a juzgar por la ola de bilis que el tántrico expulsó por la boca, éstas habían quedado reducidas a papilla.

El gigante turco-mongol perpetró su crimen en un instante, después de lo cual envolvió a su víctima, de pie como estaba, en el carmín del pesado cortinaje de brocado de seda ante las mismas narices de Wuzhao, quien no se apercibió de nada, ocupada como estaba en consolar a la niña, que seguía derramando todas las lágrimas que tenía en el cuerpo mientras su padre pasaba a mejor vida. Cuando la soberana salió en dirección al río, el Mudo tuvo que llevar a rastras el cuerpo sin vida del tántrico de tetillas perforadas fuera de la habitación y limpiar a toda prisa las manchas nauseabundas que emporcaban los rojos cortinajes.

Terminada la operación, se le planteó la cuestión de deshacerse del cadáver.

¿Dónde hacerlo desaparecer para que nadie lo descubriera nunca? Quedaba descartado el Parque de las Peonías dado el número de jardineros que trabajaban de continuo en aquel inmenso jardín arbolado donde cada planta era objeto de atentos cuidados. El hedor del cuerpo en fase de putrefacción habría denunciado a no tardar su presencia. Tenía que actuar con rapidez. Wuzhao había partido con Joya a la orilla del río y cualquier ausencia prolongada de su factótum sería sospechosa a ojos de la emperatriz, cuya perspicacia no tenía resquicios.

Entonces, por simple asociación de ideas, al turco-mongol se le ocurrió una solución que le pareció ideal bajo todos los puntos de vista.

Transportaría el cadáver al Lè y le bastaría con sumergirlo allí donde antes reposaban las míticas rocas que el elefante blanco de la víctima había arrancado del limo hacía unos meses. Como se había sumergido en aquel lugar, conocía la profundidad del lecho del río y no dudaba de que, una vez allí, el cadáver de Nube Blanca sería devorado por los peces antes de que nadie se apercibiera de su desaparición.

Se cargó, pues, en los hombros el cadáver envuelto en una sábana y se dirigió, rápido como una centella, a la orilla del río. Tras balancear sobre las aguas la macabra carga previamente lastrada con dos pesadas piedras, aguardó hasta que se remansaron las burbujas y después se encaminó a toda prisa hacia el banco de piedra donde la emperatriz acostumbraba a sentarse cuando se acercaba al río en compañía de los Gemelos Celestiales.

El banco estaba vacío. Wuzhao debía de haber emprendido el camino de regreso. Corrió para alcanzarla y cuando descubrió, al borde del camino, la silueta familiar, se apresuró a llamarla.

- Majestad, ¿me necesitabais? -dijo, por si acaso, a la soberana, que hacía grandes esfuerzos para llevar en brazos a Joya.

- ¡Te-estaba buscando! Creía que te habías ido -exclamó la esposa de Gaozong, furiosa, mostrándole a la niña, dormida con los puños cerrados, como una recién nacida en brazos de su madre.

El Mudo, entonces, cargó con la Gemela Celestial con gestos tan delicados y tiernos que la niña no abrió siquiera un ojo. Aquellos brazos nervudos y gruesos cubiertos de tatuajes que acababan de fracturar como endebles ramas las cervicales de Nube Blanca también eran capaces de sostener a una niña dormida sin despertarla.

- ¿Dónde estabas? -inquirió la soberana.

- Majestad, Nube Blanca se ha ido. Quería robar joyas, yo lo he impedido. Estaba furioso. Mucho miedo. De pronto, ¡ha desaparecido! -dijo el factótum, que tenía preparada la respuesta de antemano.

- ¿Con el elefante blanco?

- ¡No! ¡A pie! ¡Solo!

- Qué extraño... Nube Blanca no se desplaza nunca a pie -murmuró, pensativa, la soberana.

- Pues ha huido corriendo. ¡Tenía miedo de mí!

- Estarás contento después de tanto tiempo pidiéndome que me desembarazase de él -exclamó la emperatriz, hablando entre dientes.

- Yo no estar enfadado. El hombre del elefante blanco no era bueno para vos -confirmó en tono ambiguo el factótum, que procedía con grandes precauciones.

Cuando llegaron al mirador del Palacio de Verano, al final del seto de magníficas peonías cuya floración ya no podía tardar, Wuzhao tuvo la satisfacción de observar dos siluetas familiares que le hacían grandes gestos.

Eran Umara y Cinco Prohibiciones, que la estaban esperando en la escalinata que accedía al mirador de su habitación, acompañados del ma-ni-pa y de una cuarta persona.

- ¡Oh, Umara y Cinco Prohibiciones! ¡Qué contenta estoy de volver a veros juntos y con tan buena salud! -exclamó la soberana abriendo los brazos a la joven cristiana, que corrió a refugiarse en ellos sin el menor titubeo.

- El destino nos ha reunido. ¡Loado sea el Bienaventurado! ¡Que proteja a Wuzhao, la gran emperatriz de China, como nos ha protegido a nosotros, a Umara y a mí! -le respondió el antiguo monje del Gran Vehículo, cuya voz temblaba de emoción.

- En cuanto a ti, ma-ni-pa, espero que continúes recitando tu santo mantra. ¡Es tan beneficioso para todos aquellos que lo escuchan! -añadió la soberana, con humor jovial, dirigiéndose al monje errante.

- Si no fuera por vos, Umara y yo no volveríamos a estar juntos -exclamó Cinco Prohibiciones con voz turbada por el reconocimiento.

- No ha habido día que no pensase en vosotros. Sabía que llegaría ese momento -murmuró Wuzhao acariciando la espesa cabellera de la joven de ojos bicolores.

- ¡Y nosotros también! -dijo la hija de Addai Aggai.

- El amor que os tenéis ha sido más fuerte que todo lo demás -dijo la soberana con una sonrisa.

- Majestad, ¿os puedo presentar al joven parsi Ulik, cuyo deseo más ardiente es conseguir la nacionalidad china? Su conocimiento perfecto de nuestra lengua ha hecho de él un intérprete profesional. Este joven me ha sido siempre de gran ayuda. Sin él, los Gemelos Celestiales no estarían aquí...

- ¿Se puede saber cómo os ha encontrado Ulik? -inquirió la soberana.

- Vagaba por los parajes del convento del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales, adonde había ido a entrevistarse con el maestro Pureza del Vacío para hablarle de la verdadera identidad de Luna de Jade. Creía proceder de forma adecuada, ¿verdad, Ulik?

- De haberlo sabido, me habría abstenido. Yo no sabía que eso llevaría a la cárcel a un embajador omeya -precisó, medio en serio medio en broma, el interesado.

- En todo caso, esa información me ha permitido armar un buen escándalo durante una audiencia oficial -dijo Wuzhao, visiblemente satisfecha de la jugada que había podido hacer.

Interrumpió su conversación la ruidosa llegada de Loto y de su maestro de armas, que volvían de la sesión de tiro con arco. En cuanto Joya oyó la voz de su hermano, abrió los ojos y se retorció como una anguila en brazos del Mudo hasta que éste la dejó en el suelo. Inmediatamente la niña se precipitó sobre su hermano gemelo para cubrirlo de besos mientras éste mostraba, orgulloso, a su hermana el arco con el que aprendía a disparar.

Daba gusto ver a los Gemelos Celestiales, cuyos gritos de alegría reforzaban el carácter alegre de esos encuentros, en compañía de todas aquellas personas que los amaban y se sentían tan felices de volver a estar juntos.

Tras haber confiado los Gemelos Celestiales al monje del monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales, que había venido a buscar a los pequeños, y de haberse asegurado de que la nodriza había acostado a Lixian, de quien había que reconocer que Wuzhao se ocupaba apenas, la soberana ordenó que todos entraran en su comedor, donde estaba preparada la cena.

Cuando ya iba a sentarse, Cinco Prohibiciones se quedó inmóvil al descubrir una inmensa masa blancuzca a través de la ventana desde el lugar donde Wuzhao le indicó que se sentara.

- ¿No es un elefante blanco? -preguntó a la emperatriz de China.

- Ni más ni menos... -murmuró Wuzhao, que no tenía ningún deseo de extenderse sobre las razones de la presencia del animal en el Parque de las Peonías.

- Jamás había visto nada parecido. Se parece con pelos y señales a la descripción que me hizo Puñal de la Ley del animal sagrado de su convento del Único Dharma de Peshawar. El mismo que su Superior, Buddhabadra, se llevó al país de Bod, puesto que era el único capaz de transportar las reliquias de los Ojos de Buda -prosiguió el antiguo monje del Mahâyâna, que se había acercado a la ventana del comedor para contemplar al paquidermo.

- ¡Vaya elefante espléndido! -añadió Umara, tan maravillada como su amante.

- Es el regalo de una persona agradecida. Espero ofrecerlo al pueblo en la Fiesta de Primavera, al final de este ciclo lunar. Después de esto, se convertirá en un tesoro nacional -les explicó Wuzhao, cuya presencia de espíritu, en estas circunstancias, no tenía límite.

Cuando se sentaron por fin para saborear el pescado frito al jengibre, acompañado de quisquillas de río rebozadas, manjares que entusiasmaban a la emperatriz y que su cocinero particular le preparaba prácticamente todos los días, la conversación comenzó a girar primero sobre lo que había ocurrido con Cinco Prohibiciones después del secuestro de Umara por obra de Pureza del Vacío y después sobre Cargamento de Quietud y Addai Aggai, los dos religiosos extranjeros que la emperatriz alojaba en el Pabellón de Recreo de Chang An.

- Es un verdadero milagro que nos hayamos reunido todos en China central. Si supierais qué ganas tengo de ver a mi padre después de tanto tiempo de no darle noticias mías -suspiró la joven cristiana.

- Pues basta con que vayas al Pabellón de Recreo, el mismo lugar donde os di albergue antes de que os vierais obligados a escapar -dijo Wuzhao.

- Majestad, traté inútilmente de acercarme, hace pocos días, a la puerta del palacio imperial de Chang An. Hay policías que controlan los pasaportes de todos cuantos solicitan audiencia al soberano. No veo cómo, en estas condiciones, nos será posible entrar -exclamó Cinco Prohibiciones.

- Es verdad que parece que la burocracia policial no conoce límites. Créeme, Cinco Prohibiciones, si te digo que así que pueda anularé la prohibición que impide que nuestro pueblo tenga libre acceso a su soberano. Ese proceder es reflejo de un régimen débil. Un poder tan desconfiado con respecto a la gente que debería proteger tiene que ser por fuerza más débil de lo que aparenta -afirmó la interesada.

- A falta de pasaporte extendido en debida forma, me temo mucho que Umara no podrá reunirse con su padre...

- En menos de tres semanas, el palacio imperial de la capital de Occidente será abandonado por la corte, que acudirá a la celebración de la Fiesta de la Primavera en el monte Taishan. Provistos de

este salvoconducto, entraréis allí como en casa. Una vez allí, no os olvidéis de ir a liberar a Luna de Jade, de cuyos encantos Gaozong continúa disfrutando y por eso la pobre desgraciada está encerrada secretamente en la Cámara del Amor del emperador. Esa joven no merece esta suerte -les dijo Wuzhao.

La emperatriz de China deseaba realmente cumplir la promesa que había hecho a la esposa de Punta de Luz de sacarla de aquella cárcel tan dorada como repugnante donde el emperador la tenía encerrada:

- ¿Acaso el emperador del Centro dispone a su antojo de Luna de Jade? -preguntó, pasmado, el antiguo ayudante de Pureza del Vacío.

- Es su último capricho. Y por desgracia, tiene todas las trazas de perdurar más tiempo que de costumbre -suspiró la emperatriz.

- Su esposo, el kucheano de religión maniquea Punta de Luz, se ha refugiado en un monasterio rural, no lejos del Fuerte del Perro, donde estuvo encerrado conmigo. Le hice jurar que no se movería si no recibía noticias mías. Suponiendo que me haya obedecido, no será difícil encontrarlo -exclamó el antiguo monje del Mahâyâna.

- Convendría liberar a Luna de Jade de las garras de mi marido. Después ya me las arreglaré para proporcionarles un certificado que otorgue oficialidad a su matrimonio. La administración de los asuntos civiles dejará hacer, ya que los maniqueos tienen aquí derecho de ciudadanía en las mismas condiciones que los ciudadanos ordinarios -concluyó Wuzhao.

- Lo que no ocurre con los nestorianos... -refunfuñó la hija del obispo Addai Aggai.

- En cuanto me haga con el poder, las autoridades chinas darán el mismo trato a los nestorianos que a los maniqueos -le aseguró la esposa de Gaozong, después de lo cual ofreció a la joven unos buñuelos de quisquillas, crujientes y caramelizados, de la pirámide que el cocinero imperial iba amontonando sobre una bandeja de bronce.

- No dudéis de que, a partir de ese día, os estaré eternamente reconocida, Majestad -exclamó Umara dirigiéndose a la emperatriz de China.

Ahora lucía su mejor sonrisa y sus ojos bicolores brillaban con incomparable resplandor.

- Créeme si te digo que, si consigo mis objetivos, habrá muchas cosas que cambiarán bajo el cielo de este gran país de China. A mi regreso de la próxima Fiesta de la Primavera del monte Taishan, volveremos a vernos y tendremos ocasión de hablar de nuevo de todas estas cosas de manera más tranquila -murmuró.

- Para mí habéis sido como una madre -exclamó la joven cristiana arrojándose en brazos de la soberana.

Aquellas dos mujeres, que se comprendían perfectamente con medias palabras, se abrazaron afectuosamente. Y en aquel momento preciso, Wuzhao, ante la mirada sorprendida de los demás, volvió a un lado el rostro para ocultar la lágrima que acababa de asomarle en la comisura del ojo mientras acariciaba la larga cabellera ondulada de aquella a la que tenía por su verdadera hija espiritual.

Cerró los ojos e imaginó que era un árbol vigoroso, resistente a la sequía y a la helada, que, contra todo lo que esperaba, había tenido la alegría de encontrar otro árbol igual que, por milagro, era de su misma madera.

Firuz tenía la confusa impresión de que estaba llegando a la meta. El Omeya avanzaba de puntillas hacia su objetivo. Constantemente alerta, procuraba que no crujiera la gravilla del patio que ahora debía atravesar sin que lo descubrieran.

A la izquierda, salía luz de una veranda a la que abrían puertas vidrieras. Era indudable que allí, a pocos pasos, había una presencia humana. Tenía, pues, que redoblar la vigilancia si no quería que lo atraparan en flagrante delito de violación del espacio reservado al emperador del Centro, ya que era un crimen castigado con pena de muerte.

Ya había franqueado las tres murallas del cerco y había conseguido escapar cada vez a los guardas imperiales apostados en sus garitas, encargados de vigilar que nadie se las saltase para entrar o salir del palacio imperial de Chang An.

Si eran exactos los informes obtenidos gracias a las monedas de oro que se había cosido en el dobladillo de su larga capa antes de salir de Palmira, sólo debía saltar una muralla más y después se encontraría en el jardincillo al que daba la Cámara de Amor del emperador Gaozong.

Se miró las puntas de los dedos. Los tenía ensangrentados de agarrarse a las piedras. Pero, por curioso que parezca, eran heridas que no le dolían. La rabia que lo impulsaba a encontrar a Luna de Jade para poder vengarse le habría hecho atravesar un océano a nado si hubiera hecho falta.

Lo primero que hizo el diplomático bagdadí tras abandonar a Punta de Luz fue dirigirse al puesto de policía para denunciar a sus compañeros. Era la primera vez que procedía de este modo, la primera vez que denunciaba a unos inocentes que no le habían hecho daño alguno, sólo porque uno de ellos era el esposo de Luna de Jade. ¡A qué extremos puede llevar el odio!

Después, pese a la vergüenza que lo embargaba, el embajador omeya, con el rostro disimulado detrás de un holgado turbante, atravesó las barreras policiales que impedían a los que no tenían pasaporte acceder al palacio imperial y, una vez dentro, sobornó a uno de los numerosos porteros de pies amputados para que le indicase el lugar donde se encontraba la habitación tapizada de seda donde el emperador de China tenía encerrada a la concubina de la que se había encaprichado.

Y después no tuvo más que esperar, escondido detrás de una de las macizas columnas de la Sala de Audiencias, aquel día abierta al público, a que la cerraran al final de la jornada. Al caer la noche, salió a través de una de las ventanas e inició la escalada, procurando avanzar a lo largo de las paredes y no invadir el más mínimo campo luminoso de aquella extraña población fantasma en que se convertía al caer la noche la inmensa fortaleza donde Gaozong, el emperador del Centro, reinaba sobre el país más grande del mundo.

Y ahora estaba llegando al final.

Dentro de pocos instantes sus dedos ensangrentados ceñirían con todas sus fuerzas el cuello de Luna de Jade hasta que las falanges se le quedasen blancas como el albayalde de tanto apretar. Para llevar a cabo aquel gesto funesto, ensayado desde su salida del Fuerte del Perro, no le quedaba más que escalar aquel último muro de ladrillo al que estaba aferrada una abundante cascada de hiedra y enseguida consumaría su plan.

Sin pararse a reflexionar, un día después de la partida de Cinco Prohibiciones y del ma-ni-pa del monasterio rural donde se habían refugiado, también él puso pies en polvorosa.

Los celos y el despecho amoroso habían sido más fuertes que el miedo de que lo capturasen; consideraba necesario culminar su venganza. Quería-ver a Punta de Luz encarcelado de nuevo por las autoridades chinas y contemplar, tendido a sus pies, el cadáver de aquella muchacha perversa, embustera e intrigante, que le había ocultado su matrimonio y sus verdaderos orígenes, hasta el punto de que él, Firuz el bagdadí, el diplomático enviado para atar los cabos sueltos entre el País de la Seda y el sultanato de Palmira, el cándido amante que tanto le había dado y de quien ella tanto se había burlado, fuera encerrado en la cárcel como un vulgar malhechor.

Lo que no había podido soportar, como sí aquel hecho fuera una herida en pleno corazón, era saber que la joven estaba casada con Punta de Luz y que éste la había dejado embarazada de un hijo.

Además, las palabras del maraqueo eran muy elocuentes con respecto a su devoción por la chica y al «gran amor» que mutuamente se profesaban. Firuz sabía demasiado bien que, en una pareja, un «gran amor» sólo puede ser fruto de la perfecta reciprocidad de sentimientos. Era evidente que Luna de Jade seguía amando a Punta de Luz como el primer día.

Por consiguiente, había llegado a la siguiente conclusión: o bien la chinita era incapaz de distinguir entre amor y sexo, ya que cada rincón del cuerpo de Firuz guardaba el delicioso recuerdo de sus abrazos y le era imposible descubrir el más mínimo comedimiento en aquella amante excepcional que era la muchacha o bien era una extraordinaria simuladora.

En cualquier caso, aquella duplicidad era, propiamente hablando, insoportable para él amante apasionado y sincero que él había sido. Ésta era la razón de que el amor que le profesaba se hubiera transformado en odio implacable. Después de haberla llevado hasta las nubes, lo único que deseaba ahora era aniquilar a la traidora Luna de Jade. Por eso rodeó con las manos un grueso tronco de hiedra y cerró los ojos. ¿Era el cuello de su amante lo que imaginaba apretar entre los dedos?

Tal vez fuera porque el muro era de ladrillo muy cohesionado o porque estaba recubierto de hiedra, el hecho es que aquella última tapia fue mucho más difícil de salvar que las anteriores.

Quizá la solución estaba en izarse sirviéndose de la hiedra como de una cuerda. A la altura de su brazo extendido, divisó de pronto una rama larga, hizo una profunda aspiración y se sujetó a ella con la mano. Se disponía a recuperar el equilibrio ayudándose con los pies y afianzándose con la mano en lo alto del muro cuando la hiedra cedió y lo arrastró en su caída.

Habría proferido un grito, pero se contentó con morderse la lengua. Cuando se levantó a toda prisa, descubrió aterrado que había arrastrado en la caída todo un lienzo de hiedra, creando en el centro de la tapia un espacio vacío que dejaba al descubierto los ladrillos del muro que cercaba el recinto.

Se precipitó entonces hacia el ángulo de la veranda que había entrevisto al atravesar de tapadillo el patio cubierto de grava y hubo de decirse que había tenido un buen reflejo. Pues apenas se había deslizado detrás de una columna cuando de la habitación salieron dos individuos.

- Fíjate en esa tapia. ¿Qué es toda esa hiedra caída? ¡Es increíble! Jamás había visto cosa parecida - exclamó uno de los dos hombres, que caminaba con gran dificultad e iba tocado con un curioso gorro de dormir de seda.

El otro llevaba tan sólo un taparrabos y, alrededor de sus brazos musculosos, brillaban unos rutilantes brazaletes de oro.

- ¿Queréis que llame a los soldados, Majestad? Realmente esto me parece muy extraño. Esa hiedra no se ha caído sola -corroboró su acompañante, que además llevaba el cráneo completamente rapado.

Firuz, aterrado, reconoció entonces al emperador Gaozong.

- ¿A ti qué te parece, Gomul, esto es obra de un hombre o de un animal? -prosiguió el otro sin responder a la pregunta.

- Majestad, no veo qué animal podría arrancar tal cantidad de hiedra tras haber entrado en un patio que, de hecho, está cerrado -dijo el servidor del emperador del Centro.

- Entremos, hace mucha humedad y no es buena para el reumatismo. Tengo cosas mejores que hacer dentro -dijo Gaozong dando por terminada la conversación.

Gomul tuvo que ayudarlo a volver a la escalera de la veranda, cuyos peldaños subió con dificultad.

El embajador omeya sintió que el pánico le hacía un nudo en el estómago. Había caído en la trampa y no veía muy claro cómo conseguiría salir vivo de aquella ratonera. La única solución consistía en encontrar una salida hacia el interior del palacio, lo que suponía entrar en la habitación que daba a la veranda.

Reteniendo el aliento, bordeó la pared para deslizarse hasta la puerta que acababan de atravesar el emperador de China y su servidor y, al llegar junto al marco de la misma, echó una ojeada para ver qué ocurría en el interior.

Y cuando lo vio, le faltó poco para caerse de espaldas. ¡Estaba en la puerta de la Cámara del Amor de Gaozong!

De hecho, Gaozong, derrumbado en un diván, se hacía presentar por Gomul, que la levantaba cogiéndola por las axilas y las rodillas, a Luna de Jade, cuyos muslos separados no ocultaban ninguno de sus sedosos y tiernos orificios, rosados y finos como los pétalos de una flor.

Cuando la lengua blanquecina del emperador, que profería al mismo tiempo groseros gruñidos, comenzó a lamer vorazmente aquellas mucosas inefables que el propio Firuz había tenido ocasión de paladear tan a menudo, el bagdadí consiguió a duras penas impedir el endurecimiento de su

propio sexo.

Gomul se movía de un lado a otro para facilitar la tarea al emperador impotente, que lo único que podía hacer era aplacar sus fantasmas con ayuda de la lengua.

- ¡No sólo eres guapa, sino también buena chica! -murmuró Gaozong a la joven.

- ¡Me gustáis! -se obligó a responder ésta, aunque sus ojos cerrados revelaban todo el asco que le producía aquel cuerpo fofo y aquella lengua ávida.

Al oír aquellas palabras, Firuz creyó desfallecer.

- Wuzhao ha vuelto a Luoyang, así que mejor que mejor. De ese modo no corremos el riesgo de que la emperatriz nos moleste, ¿verdad, Gomul?

- De eso podéis estar seguro, mi soberano. Lo que se os ofrece es una noche de amor sin interrupción -respondió el ayudante, que redobló sus buenos oficios acercando con delicadeza los orificios de Luna de Jade a los labios sedientos de Gaozong.

- Hay que aprovechar la ocasión. Dentro de pocos días tendré que partir al monte Taishan para celebrar la Fiesta de la Primavera. ¡Vaya idea han tenido celebrándola tan lejos este año! -se lamentó el emperador.

- Majestad, todo el mundo está convencido de que sois vos quien ha decidido organizarla allí -cloqueó Gomul con voz ahogada.

- ¡Bah, tonterías! De haberlo decidido yo, la habría celebrado, como todos los años, en el Mingtang de Chang An, lo que me habría permitido continuar disfrutando a Luna de Jade -respondió el emperador del Centro, que ahora estaba ocupado manoseando los pechos de la chica.

Al cabo de unos momentos de aquella maniobra, Firuz constató, pasmado, que la chinita profería los gritos y gemidos que anunciaban la explosión del placer. ¿Fingía o era sincera? Pero en el momento en que el ayudante se apoderó delicadamente del flácido pepinillo que el emperador tenía por vara de jade para tratar de infundir impulso y vida a aquel órgano tan poco gallardo y lo situó entre los muslos abiertos de la chinita, ésta profirió un gemido tan convincente que hasta el propio bagdadí sintió un prolongado estremecimiento de asco y, pese a su voluntad, de profunda voluptuosidad.

¡Cómo le habría gustado, tan loco de celos estaba, poder leer los pensamientos de su antigua amante, que debía de ser una condenada comedianta o quizá una condenada puta!

Para Firuz, que, en realidad, habría deseado apasionadamente tener la boca y el sexo donde los tenía el emperador del Centro, Luna de Jade se había convertido ahora en un insondable misterio.

El placer que había creído procurar a aquella joven plebeya china tal vez no fuera real, sino simplemente puro simulacro por parte de aquella Luna de Jade cuyo cuerpo flexible, de formas rotundas y pulposas, parecía creado a propósito para el acto sexual; aquella Luna de Jade, consciente de sus encantos y de su atractivo, que llevaba de cabeza a todos los hombres; aquella Luna de Jade cuyo amor exclusivo a Punta de Luz permanecía absolutamente intacto.

Firuz apretó los puños.

Estaba tan excitado por el espectáculo del placer de su antigua amante que no estaba seguro de poder refrenar la emisión del licor íntimo de su sexo, tan duro que incluso le dolía, aprisionado en los calzones.

Observó lleno de conmiseración y deseo los repetidos intentos de Gaozong para colocarse a horcajadas sobre el cuerpo de la hermosa joven, a la que Gomul había tendido, totalmente desnuda, al borde del diván.

Contemplaba, tragando saliva, el vientre liso de la joven y su sexo entreabierto como una boca pronta al beso... Cuando del pepinillo de Gaozong brotaron unas cuantas gotas blanquecinas que salpicaron las adorables intimidades de Luna de Jade, al bagdadí le faltó poco para precipitarse sobre el lecho imperial, aunque se lo impidió un reflejo de supervivencia que lo frenó en el último momento.

- ¡He oído ruido fuera! ¡Ve a ver si hay alguien en el patio! -ordenó de pronto Gaozong a Gomul, que acababa de librar a Luna de Jade con suma delicadeza de la augusta masa imperial.

Firuz tuvo el tiempo justo de refugiarse detrás de una columna. Apareció el hombre de los brazaletes de oro, que echó una mirada alrededor y después recorrió todas las columnas para

asegurarse de que no había nadie. Cuando Gomul llegó a la suya, el intruso, reteniendo el aliento, se vio obligado a dar la vuelta con la misma rapidez que él y no pudo por menos de proferir un suspiro de alivio cuando el ayudante del emperador regresó a la Cámara del Amor.

- Majestad, lo he inspeccionado todo y no he visto a nadie.

- Ordena al oficial de guardia de esta noche que venga una cuadrilla de vigilantes. La hiedra arrancada de la tapia y ese ruido que estoy seguro de haber oído me llevan a pensar que aquí se ha colado un intruso -dijo Gaozong con aire desconfiado acariciando las nalgas de Luna de Jade.

- Majestad, ¿habéis terminado conmigo por esta noche? Tengo mucho dolor de cabeza y guardo en mi habitación el único remedio que puede aliviarme -dijo la chinita.

Sabedora de que continuaba camelandando al emperador de China, ahora se permitía ciertas familiaridades con él. Pero Gaozong le repugnaba tanto que a la esposa de Punta de Luz le era imposible permanecer mucho tiempo frente a él cuando se terminaban las laboriosas sesiones durante las cuales, consciente de que en ello le iba la piel, se esforzaba en fingir placer, lo que la dejaba completamente exhausta.

- Veo que te sirves de los mismos argumentos que la emperatriz Wuzhao -le respondió el soberano con aire divertido.

- Me oprime la cabeza un cinturón de dolor.

- Gomul, acompaña a esta joven a sus apartamentos. Yo le he dado todo cuanto tenía. No queda nada en el almacén -terminó cómicamente de una sola tirada el emperador del Centro, quien todos los días dejaba en los brazos y el cuerpo de Luna de Jade la poca energía que le quedaba.

Firuz no sabía qué hacer. Si se quedaba donde estaba, los guardas lo descubrirían cuando inspeccionasen el sitio. Angustiado y aprovechando que Gaozong estaba hecho un trapo en el diván, exploró la veranda y el patio con la esperanza de encontrar algún rincón donde esconderse si se hacía necesario.

Pero desgraciadamente no encontró ningún lugar que le pareciese adecuado.

Entretanto aparecieron unos chambelanes que iban a buscar a Gaozong, que regresó a sus apartamentos.

El bagdadí se disponía a explorar por última vez el patio cubierto de gravilla cuando oyó el ruido regular de unas botas. Debía de corresponder al paso cadencioso de los guardias que avanzaban por el corredor que iba desde los apartamentos privados del emperador Gaozong hasta la Cámara del Amor.

Angustiado hasta el desfallecimiento, sólo le quedó la opción de agacharse y deslizarse a toda, prisa, no sin dificultades, bajo el diván donde Luna de Jade y el emperador de China se habían entregado a sus placeres.

Pasaron unos pocos segundos y unos hombres armados irrumpieron en la pequeña habitación octogonal tapizada de seda rosa que era el estuche de los amores del emperador del Centro.

Acurrucado en su escondrijo, el Embajador Plenipotenciario del sultán de Palmira vio, a la altura de sus ojos, pies que iban y venían en todas direcciones.

Era evidente que los vigilantes del palacio imperial estaban registrando activamente el patio cubierto de grava y la Cámara del Amor del emperador de China.

De pronto cesó la agitación, como si todos los soldados se hubieran puesto firmes ante la llegada de un nuevo personaje.

- ¡Seguid con el registro! ¡Esto no es un desfile! -exclamó una voz en tono furioso.

- ¡A vuestras órdenes, prefecto Li!

- ¡Registrad la habitación de arriba abajo! Para una vez que el emperador Gaozong nos autoriza a entrar en la Cámara del Amor, espero que estaréis a la altura de su augusta confianza.

- Parece que aquí no hay nadie, señor Gran Censor Imperial -dijo la voz del que debía de capitanear a los guardias.

- Quiero que lo miréis todo con el mayor cuidado. Y no olvidéis que el Fuerte del Perro ha visto cómo se esfumaban de su interior algunos prisioneros que el Gran Censorado había mandado encerrar. Si esa prisión de la que nadie puede escapar se ha convertido en una cabaña abierta a los cuatro vientos, será porque hay complicidades internas que convendrá descubrir...

- ¿Cómo se puede pensar que esos fugitivos han podido refugiarse aquí? -inquirió el interlocutor del prefecto Li, sin darse cuenta de que con sus dudas desencadenaría sus iras.

- Ocúpate de lo tuyo -le replicó éste antes de añadir con aire entendido-: Los prisioneros se habrán beneficiado de protección al más alto nivel del Estado. No sé si ves a qué me refiero...

- No, señor prefecto. ¡Yo no veo nada! A menos que Su Majestad...

- ¡Pobre imbécil! Si hay un nombre que me baila en la cabeza, sólo puede ser el de la usurpadora Wuzhao. ¡No el de su esposo, claro! -exclamó el prefecto Li sin el menor recato, después de lo cual pegó un violento puntapié al diván con el que por poco machaca la mandíbula de Firuz.

Éste, a quien la angustia de ser descubierto hacía jadear, sintió que el estómago se le elevaba primero y le bajaba después, como les ocurre a los viajeros que montan por vez primera un camello y éste se lanza a la carrera a través del desierto de arena. Apretó, pues, las mandíbulas con todas sus fuerzas para evitar que le castañeteasen los dientes. El tiempo transcurría con infinita lentitud. Cada vez que oía acercarse unos pies, el bagdadí esperaba ver unos ojos que lo miraban y la boca del que lo había descubierto soltando un grito de victoria e invitando a los demás a contemplar al intruso escondido debajo del diván.

De pronto se hizo un gran silencio que anunciaba la salida de los guardias de la habitación. Estaba a salvo. Tras esperar largos minutos para tener la seguridad de estar solo, Firuz salió de su escondrijo para ir a orinar en el patio cubierto de grava.

Estaba a punto de caer la noche y no sabía dónde estaba Luna de Jade.

¿Cómo habría podido sospechar que los apartamentos reservados a la concubina y favorita pasajera de Gaozong estaban al otro lado mismo de la tapia cubierta de hiedra que no había conseguido escalar, allí donde la joven china había visto desembarcar al prefecto Li inmediatamente después de salir de la Cámara del Amor?

Luna de Jade, extenuada después de la agotadora sesión que había tenido con el emperador del Centro, se hacía dar un masaje con manteca de leche de yak perfumada al jengibre cuando un servidor tocado con turbante le anunció que el prefecto Li en persona, Gran Censor Imperial, deseaba verla sin pérdida de tiempo.

- ¿Y si me negase? ¡Estoy tan fatigada! No tengo nada que ver con ese personaje -se lamentó. No tenía ningún deseo de comparecer delante de aquel que la había perseguido tras el asesinato de Rojo Vivo, cuando, tres años antes, se había visto obligada a abandonar precipitadamente Chang An con Punta de Luz.

- Yo que vos, aceptaría. El prefecto Li es uno de los altos funcionarios más poderosos de la corte de China. Corréis el riesgo de que, si os agarra, ya no os suelte -dijo la masajista, que acababa de embadurnarla de pies a cabeza con una especie de pomada blanca.

- En tal caso, decidle que lo atenderé en cuanto termine el masaje. Ya no falta mucho.

La mujer de Punta de Luz, vestida lo más castamente posible, no las tenía todas consigo cuando compareció delante del jefe del Gran Censorado, quien había ordenado a la reducida escolta que lo acompañaba que lo esperase a la puerta de los apartamentos de la favorita del emperador.

Con aire severo, se había instalado, solo, en uno de los asientos del salón contiguo a la habitación de la joven china, quien, para ayudarlo a mitigar la espera, le había hecho servir un plato de mondaduras de naranja confitadas en azúcar.

- ¡Luna de Jade! Debo deciros que vuestro nombre me recuerda algo -le dijo a bocajarro el prefecto Li.

- Se trata de uno de los apelativos más corrientes que conozco, señor prefecto. En la clase de bordado, éramos tres como mínimo las que llevábamos ese nombre... -balbuceó la interesada, que hacía esfuerzos para disimular la inquietud que se había apoderado de ella.

- En la hilandería imperial del Templo del Hilo Infinito había una chica muy guapa que se ocupaba del tinte y que llevaba ese mismo nombre... Según me han dicho, todos los obreros que trabajaban la seda estaban locamente enamorados de ella. No tuve ocasión de conocerla pero, por lo que me han dicho de ella, esa joven se parecía a vos como se parecen dos gotas de agua -le dijo el Gran Censor fijando en los ojos de la muchacha una mirada fría y dura.

- Nunca en mi vida he puesto los pies en una hilandería de seda -farfulló la joven.

- Y si pronuncio el nombre de Punta de Luz, ¿qué me responderéis?
- Nada más que lo que os he dicho -le respondió la muchacha, extrayendo de su interior toda la energía que le quedaba para afrontar sin parpadear a su interlocutor.
- Ese hombre estaba encarcelado en el Fuerte del Perro, de donde se escapó misteriosamente en compañía de un antiguo monje del Gran Vehículo llamado Cinco Prohibiciones.
- Los nombres que mencionáis, señor prefecto, no me dicen nada en absoluto.
- ¡Mentís! -exclamó el Gran Censor con aire amenazador.

A Luna de Jade le quedaba poco tiempo para reflexionar sobre la manera de salir de aquel mal paso.

- Déjanos solos. Tengo algo importante que decir, sin testigos de ninguna clase, al Gran Censor Imperial -dijo a la camarera, que se eclipsó al momento.

Apenas la sirvienta salió del salón, Luna de Jade se desabrochó los tres botones que mantenían cerrado su vestido azul de algodón, desprovisto de todo ornamento. A los ojos del prefecto Li se ofreció entonces todo el esplendor de formas de su cuerpo totalmente desnudo y su mirada severa fue reemplazada inmediatamente por una sincera sorpresa.

Hacía muchísimo tiempo que el enemigo jurado de Wuzhao no tenía ocasión de contemplar un cuerpo de mujer tan perfecto como aquél, musculoso sin llegar a la dureza, y cuyas piernas de torneados muslos y sedosa piel sabían rodear con tanta pericia, cuando el caso lo requería, el cuello de aquellos que se abalanzaban con ansia glotona sobre su íntima hendedura para aspirar jugos de sutiles aromas. En cuanto a sus pechos puntiagudos y firmes, no hay duda de que el prefecto Li, de no haber sido por la sorpresa que lo mantenía inmóvil y como clavado en su sitio, de buena gana se hubiera abalanzado sobre ellos y los habría mordido con pasión.

Consciente de que ya había ganado a medias la partida, la esposa de Punta de Luz juzgó que podía tomar la iniciativa.

Se encontraba en un punto en que ya le importaba muy poco servirse una vez más de su cuerpo para sobrevivir y escapar a lo peor, dirigida únicamente a aquel objetivo que se reducía a estar pronta para su amado Punta de Luz cuando sus caminos volvieran a cruzarse. Así pues, no se sintió culpable cuando hizo ademán al prefecto Li de que se le acercara.

Éste aceptó la invitación y sus manos no tardaron en desatar el cinto de sus calzones, al tiempo que mantenía los ojos clavados en los bajos de aquel vientre plano y blanco como la leche. A Luna de Jade, sorprendida ante el espectáculo de aquel hombre tan importante a quien el deseo volvía febril como un adolescente, no le pasó por alto la extraña protuberancia que remataba el sexo enhiesto que el hombre, súbitamente, se extrajo de los calzones.

Era una especie de amasijo de carne parecido al pezón «ju» que remata los espejos de bronce, situado debajo mismo de la protuberancia terminal, que confería a la vara de jade del Gran Censor Imperial una forma inusitada.

Cuando se arrojó sobre la muchacha y la penetró, ésta pudo comprobar que aquella ligera excrecencia le producía unos efectos nada desagradables. Sin embargo, para que no se notara, Luna de Jade prefirió encubrirse bajo una fría repulsión a fin de dar a entender al interesado que estaba rebasando los límites, por lo que lo conminó a dar marcha atrás. Pero ya era demasiado tarde. El instrumento de su asaltante la había penetrado como una espada hundida en la carne hasta la empuñadura y su licor íntimo, que él había sido incapaz de retener por más tiempo, ya inundaba la preciosa caverna de su amante ocasional.

- Ahora, si queréis evitar un gran escándalo, mejor será que os vayáis de aquí cuanto antes y hagáis como si no me hubierais visto -dijo al prefecto, que se recomponía lo mejor que podía sus desordenadas vestiduras tras haber vaciado su savia.

- Lo que hemos hecho no ha tenido testigos. Si me acusáis, será mi palabra contra la vuestra -le replicó, herido en lo más vivo, el Gran Censor Imperial.

- Podré declarar donde haga falta que vuestra vara de jade tiene esa excrecencia de carne que permite identificaros fácilmente. No hay duda de que, en caso de demanda por mi parte, será el propio emperador quien querrá poner las cosas en claro. Y no se podrá decir que fue la reclusa del palacio imperial quien os invitó, por lo que tendréis que ajustar cuentas con él -le explicó la joven con frialdad clavando sus ojos en los del hombre.

El prefecto Li comprendió que tenía que habérselas con una de aquellas temibles luchadoras que se caracterizaban por llevar sus palabras a la práctica.

- Y si me voy sin más, ¿haríais como si no nos hubiésemos visto en la vida? -le preguntó él con voz monocorde.

- En esas condiciones, me propongo olvidaros así que crucéis el umbral de esa puerta -le replicó ella con la mayor seriedad del mundo indicándole la puerta de la habitación.

Casi sin darle tiempo a terminar la frase, el prefecto Li giró en redondo sin preguntar más, dejando tras de sí a una Luna de Jade agotada por aquel último sacrificio.

Al entrar de terrible mal humor en su despacho después de haber despedido secamente a la patrulla que lo aguardaba en la puerta de los apartamentos de la cortesana, el Gran Censor Imperial estaba que echaba chispas por haber caído en la trampa como un adolescente. Calibraba el alcance del riesgo que había corrido al sucumbir a los encantos de aquella joven china cuyo cuerpo sublime constituía su arma principal. Poco le importaba ya que aquella muchacha fuera o no aquella obrera fugitiva, encargada del tinte en la hilandería, a la que sus servicios habían acorralado en la época en que el tráfico de seda estaba en pleno apogeo. En el palacio imperial, al alcance del emperador Gaozong, había ahora una mujer que podía aniquilarlo con sólo pronunciar una palabra.

¿Qué diría el soberano, en efecto, si supiera lo que había ocurrido entre el prefecto Li y Luna de Jade? Era indudable que lo que estaba en juego era la cabeza del Gran Censor Imperial, más allá de la pérdida del cargo y del destierro.

Se sumió en profundas reflexiones. Si quería escapar a esa suerte, el jefe de los agentes secretos del imperio del Centro no veía otra salida que la eliminación física, en el plazo más breve posible, de un testigo tan molesto como aquella joven.

Teniendo en cuenta la situación, se trataba de una tarea que no se podía delegar. No se imaginaba dando a sus hombres la orden de proceder al asesinato de la favorita de Gaozong en el propio palacio imperial, puesto que la corte se habría enterado antes incluso de que sus hombres pasaran a la acción.

Tal vez lo mejor sería hurgar en el pasado de la chica y después destilar contra ella de manera inteligente informaciones alarmistas que un delator anónimo dirigiría a sus servicios y que provocarían una investigación oficial del Gran Censorado.

Sería imposible entonces para el emperador del Centro, por grande que fuera su apego a la hermosa Luna de Jade, conservar junto a él a una cortesana que muy bien podía ser una espía a sueldo de una potencia extranjera.

Instalado tras la mesa de su despacho, donde se perdía en ese tipo de conjeturas, vio llegar a su secretario particular que, con una sonrisa beatífica en los labios, sostenía en la mano un trozo de papel que se apresuró a tenderle.

- Mi señor, una buena noticia. Gracias a un informe anónimo hemos sabido que los prisioneros que se fugaron del Fuerte del Perro se refugiaron en una granja legada por un rico campesino a la Iglesia búdica del Mahâyâna. Está todo escrito aquí.

- ¿Qué pide el informador como contrapartida?

- Nada en particular. Parece más bien como si se tratara de una venganza por su parte. Cuando entregó esta información a un policía de la comisaría del Barrio Segundo, llevaba la cara cubierta en parte por uno de esos turbantes que utilizan los viajeros del desierto durante las tormentas de arena. Esta vez, por lo menos, los servicios de la policía no se han demorado en transmitirnos la información -declaró el secretario, haciendo alusión a la guerra existente entre los diferentes servicios policiales encargados de las delaciones, del mantenimiento del orden y de la búsqueda de criminales.

- ¡Qué extraño! En este país hay pocas cosas gratuitas -suspiró el prefecto Li, obsesionado por la búsqueda de un medio de cerrar la boca a Luna de Jade.

- ¿Debo poner vigilancia a la granja-pagoda, mi señor? -Por supuesto que sí.

- Voy a enviar una cuadrilla de diez hombres entrenados...

- ¿Estás seguro de que no se trata de una falsa alarma?

- Parece que dudáis de mis palabras, mi señor.

- ¡Cuántas veces han llegado tarde nuestros agentes cuando se trata de esos conspiradores que están conchabados con la emperatriz! Gato escaldado del agua fría huye -sentenció el Gran Censor Imperial, después de lo cual despidió a su secretario con gesto despreciativo y cansado a la vez. Acababa de cometer una terrible equivocación al aceptar las insinuaciones de la favorita del emperador del Centro, sobre todo tratándose de una persona tan inteligente, por no decir taimada. No parecía sino que Wuzhao y Luna de Jade estaban conchabadas. A partir de ahora el prefecto Li se sabía en situación incierta. No había duda de que se trataba de lo siguiente: o ellas o él.

52

MONTE TAISHAN, EN EL SHANDONG. I DE ABRIL DE 659

Honor y gloria a la divina pareja: el emperador Gaozong y la emperatriz Wuzhao! -repetía incansablemente la multitud delirante mientras los soberanos del imperio del Centro extendían sus brazos hacia el cielo para responder al deferente saludo de las decenas de miles de hombres y mujeres apelotonados al pie del monte Taishan.

Aquel primer día del mes de abril, todos los analistas del imperio del Centro se verían obligados a anotar en sus tablillas de bambú que aquel año la Fiesta de la Primavera había tenido un esplendor muy particular.

Era Wuzhao quien había convencido a su esposo de que las ceremonias conmemorativas tuviesen lugar en el monte Taishan, la más venerada de las cinco montañas taoístas de China porque la diosa Bixia, la Soberana de las Nubes Azuladas, había elegido allí su morada.

La emperatriz, además, había supervisado personalmente la organización de aquellas festividades destinadas a ser memorables.

A fin de permitir a todos los representantes de las provincias del imperio asistir en buenas condiciones a la celebración de la Nueva Estación, se había allanado y habilitado la zona baja de la montaña sagrada como gigantesco espacio ceremonial en el que habían trabajado día y noche diez meses seguidos decenas de miles de prisioneros de guerra a las órdenes del arquitecto en jefe de las Grandes Obras Imperiales.

A un extremo de una inmensa terraza se elevaba un elegante edificio de madera de varios pisos cuya forma recordaba la de una pagoda y cuyo balcón habían ocupado Gaozong y Wuzhao. De acuerdo con el Clásico de la Construcción que los geománticos imperiales tenían el pundonor de seguir al pie de la letra, la terraza daba la espalda a la montaña, lo cual la protegía de las influencias nefastas del norte, encarnadas en la tortuga negra. En la parte este se había excavado un estanque de agua corriente cuya finalidad era satisfacer al Dragón Verde y en la parte oeste habían trazado un camino que la situaba bajo la protección del Tigre Blanco, en tanto que su exposición al sur le permitía inundarse con los rayos del Pájaro Rojo del Sol.

La zona ceremonial se había dividido en cuatro secciones de dimensión equivalente.

La primera estaba ocupada por los altos dignatarios del clero búdico. En su interior Wuzhao descubrió, delante mismo de la mancha color azafrán de los monjes sentados muy juntos, la alta silueta de Pureza del Vacío. Se las arregló para dirigirle una discreta señal con la cabeza. Los demás espacios estaban reservados, por orden, a los altos funcionarios administrativos y a los escribanos, a los oficiales militares y a los «civiles merecedores», distinguidos por las autoridades por su espíritu cívico, es decir, en general, por haber denunciado a criminales.

Sin dignarse dirigirles la más mínima mirada, la emperatriz sabía que allí estaban todos sus

enemigos irreductibles, desde el general Zhang hasta el inevitable Gran Censor, el prefecto Li, pasando por el secretario general de la Administración Imperial, Linshi, el Gran Canciller Imperial, Hanyuan, y la mayoría de los ministros ganados para la causa de los confucianos, entre ellos Virtud de Fuera, el encargado de la fabricación y comercio de la seda.

- ¡Honor a Gaozong y a Wuzhao! -entonaban acompasadamente los soldados de los ejércitos imperiales, los cuales formaban un cordón en posición de firmes delante de los soberanos, a los que presentaban sus sables y arcos.

Wuzhao, con los ojos entrecerrados, sentía subírsele lentamente a la cabeza la embriaguez del poder supremo. El paso del mandato del Cielo al emperador del Centro en el Mingtang, el Palacio de Luz construido a ese efecto, debía de procurar, o eso pensaba ella, aquella misma sensación de orgullo y de indecible felicidad.

Para ella, pues, no era más que un ensayo general...

¿No era acaso la primera vez que compartía con su esposo el insigne honor de enfrentarse a aquella inmensa oleada de gente?

La etiqueta imperial exigía que la esposa oficial del emperador estuviese a su lado, sin permitirle por ello aparecer en compañía del Hijo del Cielo delante de la multitud, como era el caso ahora.

Wuzhao había tenido que batallar lo suyo con el servicio del Protocolo Imperial para conseguir la modificación necesaria del ritual que le permitiese subir con Gaozong a aquel balcón. Habían sido precisos nada menos que tres meses de luchas incesantes para lograr sus fines, con gran perjuicio de sus enemigos, que no habían tardado en decir todo el mal posible de aquella violación de derechos. Wuzhao había salido vencedora al dejar entrever al jefe de Protocolo, que no era más que un pobre desgraciado, solemne y pomposo, que ostentaba el cargo de viceministro, que le esperaba un ministerio con todas las de la ley.

Los geománticos imperiales, tocados con sus curiosos sombreros puntiagudos, formaban un círculo, provistos de aguja de marear, brújula Luopan, piedra imantada y espejo-eslabón en la mano para ahuyentar los hálitos maléficos Sha y atraer los hálitos benéficos Qi a la «caverna del dragón», que era la zona ceremonial de la Fiesta imperial de la Primavera.

Eran ocho, como los trigramas del Libro de las Mutaciones Yijing, e iban girando lentamente de izquierda a derecha a fin de imitar el espacio celestial y sus ocho sectores en los que alternaban los elementos fastos de color negro y los nefastos de color rojo: salvador de los hombres, castigo del cielo, desastre abismal, beneficios celestiales, honores y dinero, viuda y huérfano, cielo que retira su ayuda y, finalmente, honores y promoción, a fin de que ningún elemento nefasto pudiera turbar el orden perfecto de la ceremonia.

El más viejo de los ocho geománticos proclamó con voz potente:

- Puedo asegurar al público asistente que la Señora Primavera está aquí, pronta a hacer florecer las plantas y a infundir savia a los enamorados. ¡Alabada sea!

Al oír la frase ritual que todos esperaban, el público comenzó a aplaudir, lo que hizo que Wuzhao saborease el placer de verse ovacionada por sus enemigos, que no podían hacer otra cosa que aplicar al pie de la letra el protocolo ceremonial establecido para aquella fiesta primaveral desde la dinastía de los Zhou, instaurada hacía unos dos mil años.

La tradición exigía que aquel anuncio fuera seguido de una danza endiablada en la que participaban veinte jóvenes de quince años tocados con una corona de hiedra e igual número de muchachas vírgenes de la misma edad con los cabellos adornados con flores.

Cuando, terminada la danza, el maestro de ceremonias iba a ordenar que hicieran sonar las trompas para indicar a todo el mundo que había llegado el momento de volver a casa, Wuzhao se levantó de pronto.

- La ceremonia no ha terminado. Si tenéis paciencia suficiente para aguardar unos instantes más, Joya, la Gemela Celestial, tiene una noticia importante que comunicaros -anunció con voz potente delante de millares de ojos estupefactos.

Nadie esperaba, en efecto, que Wuzhao pidiese la palabra en presencia de su esposo y mucho menos para anunciar un hecho que nada tenía que ver con el ritual estrictamente codificado de la Fiesta de la Primavera.

Se oyó el sonido de una trompa que acompañaba la llegada de Joya, que iba sentada en una silla llevada en volandas por cuatro portadores.

La niña iba totalmente vestida de seda azul ultramar con dragones dorados bordados.

- ¡Que traigan las rocas divinas! -exclamó la niña provocando en la asistencia una irreprimible exclamación de sorpresa.

- ¡La pequeña diosa! -se oía murmurar aquí y allá.

Hizo entrada entonces en la zona donde se celebraba la Fiesta de la Primavera un convoy de ocho carros tirados por bueyes que llevaban los cuernos engalanados con guirnalda de flores.

- Estas ocho piedras estaban sumergidas en el limo del río Lǐ. La tradición dice que tienen grabadas inscripciones que indican al pueblo chino el futuro de su Estado. Pues bien, hoy las tenéis delante de vosotros -exclamó la emperatriz con voz tonante y solemne.

Colocados los carros en disposición idónea, las rocas quedaron dispuestas en hilera, la cara grabada vuelta hacia el público, desde la primera a la última, de tal modo que era posible leerlas de izquierda a derecha como quien lee la primera frase de un libro.

- Soy experto en inscripciones arcaicas. Me comprometo a leer esos textos y a comunicar su contenido al pueblo -gritó un individuo desmarcándose del sector reservado a los altos funcionarios y escribanos.

El eminente calígrafo en cuestión, especializado en descifrar escrituras arcaicas, había sido pagado por Wuzhao para la prestación que se disponía a cumplir delante del pueblo congregado. Y con paso saltarín se acercó a las piedras.

- ¡Lo que acabo de descifrar es verdaderamente inaudito!

Parecía sinceramente sorprendido: en el curso del trato que había hecho con Wuzhao, ésta no lo había puesto al corriente del texto que descubriría.

- ¡Lee! ¡Lee! ¡Lee! -le gritaba rítmicamente la multitud.

- Lee en voz alta -ordenó Wuzhao al calígrafo.

- «Llegado el momento, el Imperio tendrá a una mujer a la cabeza. Wu, emperador de China, ése será el nombre de esa mujer de glorioso destino». Eso es lo que leo en las piedras adivinatorias como si lo leyera en un manual de profecías. Si alguien lo duda, que venga aquí a descifrarlo -gritó cayendo de rodillas delante de Wuzhao tras acercarse al balcón imperial.

Los geománticos, atónitos, se acercaron a su vez a las rocas y dieron una vuelta a su alrededor con circunspección, después de lo cual el más viejo, tras palpar largo rato las ocho piedras en todos los sentidos, asintió con la cabeza provocando al hacerlo los gritos enfervorizados de los asistentes.

Wuzhao, que se sentía en la gloria, tenía motivos legítimos para pensar que había ganado la partida.

Su mirada se cruzó con la de la Gemela Celestial, sin la cual todo aquello habría sido imposible.

Joya le sonreía, feliz al comprobar que su querida «tía Wu» lo era también.

En aquel momento se oyó una voz que procedía de las primeras filas de la multitud reunida. Era una voz trémula que la emperatriz no tardó en identificar con la del general Zhang.

- Majestad, lo que veo no me convence.

Todos se volvieron al momento hacia el lugar de donde procedía la objeción. El interesado, portador de la insignia de jade de antiguo Primer Ministro, se levantó de la silla plegable donde estaba sentado.

- ¡Hablad, pues, general! -lo conminó la esposa de Gaozong.

En sus palabras se concentraba todo el odio que profesaba a su peor enemigo, cuyo empeño en hacerla fracasar conocía de sobra.

- Lamento anunciar al pueblo chino, cuyos representantes están aquí reunidos, que dudo mucho de lo que acaban de leer. Majestad, ¿cómo habéis podido determinar el lugar exacto donde estaban sumergidas las piedras? ¡Su inmersión, en el supuesto de que sea tal, se remonta a los inmemoriales tiempos de los Zhou!

- Pues bien, general, aquí está Joya, la Gemela Celestial, que se encargará de explicároslo. Ella me llevó allí donde estaban esas piedras sagradas. Me figuro que no tendréis la presunción de dudar de las palabras de una niña pura como ella.

La réplica de la emperatriz fue tan directa como el vuelo de una saeta. Se hizo un gran silencio en la

multitud que hizo perceptible la tensión entre el viejo general nostálgico de tiempos pasados y aquella a la que él veía como una aventurera.

El emperador, que miraba con asombro, demasiado ocupado en pensar en las hermosas caderas de Luna de Jade, no parecía tener conciencia exacta de lo que estaba ocurriendo.

- ¡Sí! Yo estaba en la orilla del río Lě cuando tía Wu, la emperatriz, las sacó del agua -dijo Joya, totalmente concentrada en repetir palabra por palabra lo que la emperatriz le había enseñado en caso de que fuera interrogada.

- ¿Puedes decirme, niña cara de mono, si esas piedras tenían grabadas unas inscripciones cuando Wuzhao las mandó sacar del Lě? -preguntó de nuevo el viejo confuciano.

- ¡Os prohíbo que insultéis a Joya! Todos los días acuden al monasterio de Luoyang miles de peregrinos para prosternarse a sus pies -gritó la soberana, ofendida, mientras Gaozong, que acababa de emerger de su letargo amoroso, levantaba una mano para imponer tranquilidad.

- ¡Eran esas mismas piedras, señor! -dijo Joya, a quien su piadosa mentira incitó, pese a todo, a pronunciar las palabras con los ojos cerrados.

La emperatriz dirigió a la pequeña, enteramente vestida de seda azul ultramar, una mirada de profunda gratitud.

En ese momento la silueta ascética de Pureza del Vacío levantó los brazos y dio algunos pasos antes de tomar a su vez la palabra con voz tonante.

- Es preciso que todos sepan que esas piedras corroboran las medias palabras del Sutra del Clásico de la Nube Importante, texto sagrado que he tenido ocasión de descifrar y comentar en numerosas ocasiones. Entre sus inefables líneas se dice que el Buda del Futuro, el Bienaventurado Maitreya, se encarnará un día en la envoltura carnal de la mujer a la que hacen referencia esas piedras...

-exclamó, desencadenando en la asistencia, donde eran ya muchos los que habían comenzado a clamar el nombre de Wuzhao, una oleada de atronadores aplausos.

El gran maestro de Dhyâna de Luoyang había decidido intervenir por propia voluntad, aureolado por el inmenso prestigio que le confería su función de jefe espiritual del Gran Vehículo chino, sin haber hablado siquiera con la emperatriz para hacerse perdonar su conducta.

Wuzhao, para quien ese gesto sólo podía estar inspirado por el Bienaventurado Buda, cerró los ojos en señal de reconocimiento. ¿No era aquél un signo más que demostraba que estaba en el buen camino y que su objetivo político coincidía con los designios del Despertado?

Seguían los rumores que se habían levantado en la multitud y de todas partes llovían alabanzas a Wuzhao mientras eran ya muchos los que iban abandonando el lugar. Unos se prosternaban delante de Wuzhao para rendirle homenaje, mientras que otros, al borde de la histeria, trataban de acercarse a la Gemela Celestial con la esperanza de tocar su vestido azul. Los más osados, desafiando los garrotazos de los gendarmes, que hacían grandes esfuerzos para apartarlos, se acercaban a tocar las piedras santas y hasta algunos a poner en ellas sus labios, convencidos de que aquel gesto había de reportarles buenos augurios para sí mismos y para aquellos que les eran más próximos.

En el espacio reservado a los escribanos y a los funcionarios reinaba la consternación.

Los oponentes de Wuzhao estaban que echaban chispas y el viejo general que había osado desafiar a la Usurpadora, anonadado, se había derrumbado en una silla como un saco de arroz medio vacío.

Después del escándalo que había armado Wu en plena audiencia oficial en relación con la falsa identidad de Luna de Jade, los presagios anunciadores de su próximo advenimiento al trono imperial no podían caer peor. Había que ver el rostro descompuesto de los ministros y altos tecnócratas. Todos calibraban la singular popularidad que disfrutaba la soberana en el seno del pueblo, lo que era evidentemente lo más inquietante.

En la zona reservada a los monjes budistas reinaba, por el contrario, una tranquila euforia.

En cuanto su protectora subiese al trono de China, su religión sería oficializada y ya no volvería a cuestionarse, aparte de que los donativos de los devotos ricos aún engrosarían más el patrimonio ya enorme del Gran Vehículo. Y más adelante, aun cuando los Superiores de los grandes conventos sólo entreveían esa hipótesis cuando departían entre sí debido a su carácter revolucionario, el jefe espiritual del Mahâyâna acabaría por presidir los destinos de la China, que por fin se convertiría en un Estado religioso.

- ¡Gloria y honor a Wuzhao! ¡Gloria y honor a Wuzhao! -gritaba, delirante, la multitud.

En aquel sector donde el pueblo se había acantonado, la ovación había empezado con evocaciones aisladas, que se transformaron rápidamente en un coro entonado por todo el mundo.

Las rocas divinas iban a provocar el efecto esperado. Para la emperatriz, la suerte estaba echada.

El jefe del Protocolo acababa de hacer sonar finalmente las trompas destinadas a clausurar la ceremonia cuando se dejó oír un nuevo alboroto que esta vez venía del fondo del cuadro de césped que los servicios del Protocolo Imperial habían reservado a los monjes del Gran Vehículo.

Gaozong, a quien todas esas peripecias habían terminado por agotar y cuyo único interés se centraba en volver cuanto antes a Chang An para reunirse con Luna de Jade, no pudo evitar una mueca.

En medio del silencio sepulcral en que, según los ritos, debía dispersarse la muchedumbre al final de la Fiesta de la Primavera, un hombre gritó en mal chino:

- ¡Querer hablar emperador! ¡Querer hablar emperador! ¡Importante! ¡Importante! -no paraba de vociferar.

La policía no tardó en apresarse al intruso a fin de proceder a la expulsión de aquel agitador que osaba turbar el orden inmemorial del final de la Fiesta de la Primavera tal como había sido instituido por el ritual de los Zhou.

- Dejad hablar a este hombre. Tal vez tenga cosas importantes que decir al emperador de China -ordenó a los guardias la emperatriz Wuzhao.

El jefe Majib, ya que de él se trataba, estaba ahora de cara al edificio de madera desde el cual Gaozong y Wuzhao habían presidido la ceremonia.

Cuando el parsi se disponía a abrir la boca para proponer ingenuamente a la corte de China el trato que había concebido, un monje del Gran Vehículo que iba de la mano de un individuo de tez oscura cuyo aspecto traicionaba sus orígenes indios, se destacó del cuadrado anaranjado formado por millares de cofrades suyos y se situó justo delante de la pareja de los soberanos impidiendo al parsi, sorprendido, que se expresara.

- Yo soy Gran Medicina, religioso mahayanista del convento de la Montaña Calva, y pido a Vuestras Majestades autorización para tomar a mi vez la palabra.

- ¿Qué quieres, pues, Gran Medicina? -inquirió Wuzhao, nada desconcertada ante el sesgo inesperado de los acontecimientos.

- He venido en son de paz, Majestad, para impedir que se consume una ignominia. Este hombre es un bandido parsi que, menospreciando la tradición hospitalaria predominante entre las Iglesias búdicas, pretende conseguir dinero a cambio de entregar a las autoridades al monje hinayanista de Peshawar, nuestro estimado compañero Puñal de la Ley, aquí presente y a quien doy la mano, así como a su acólito, el tripitaka Santa Vía de los Ocho Miembros, que se ha quedado atrás -respondió el mahayanista a la vez que indicaba con el dedo al jefe Majib.

- Todo lo que acaba de decir ese mahayanista es rigurosamente exacto -dijo Santa Vía de los Ocho Miembros separándose de la primera hilera de monjes que bordeaban el sector cuadrado.

- Querida mía, ¿no os parece que ya es hora de dar por terminadas estas conmemoraciones y volver a Chang An? ¡Esta ceremonia no tiene pies ni cabeza! -murmuró Gaozong al oído de su mujer, molesto ante aquella nueva salida.

- ¿Confirmas las afirmaciones de Gran Medicina, Majib? -preguntó, imperturbable, la soberana.

- Es seguro que mis presas valen mucho dinero. Un barrilete de tael de oro y os las entrego todas, Majestad. ¡Tengo aquí a dos hinayanistas! En cuanto a los mahayanistas, que vienen también, están en perfectas condiciones de salud y son aptos para efectuar todo tipo de trabajos pesados. Os los doy por añadidura -confirmó éste pomposamente sin comprender nada de lo que ocurría y adoptando un aire de satisfacción que no hacía más que complicar las cosas.

- Este hombre se ha caído con todo el equipo. Habla nada menos que de hacer trabajar a los religiosos budistas. ¡No sabe siquiera que existe la limosna! -comentó en voz baja Gaozong.

La emperatriz Wu, satisfecha de la oportunidad que se le presentaba, repitió a la muchedumbre con voz tonante y tono enérgico las palabras que acababa de pronunciar su augusto marido. La reflexión del emperador, repetida por la emperatriz, llegó muy oportunamente y provocó de la concurrencia

una serie de frases sarcásticas contra aquel intruso que trataba de negociar lo que no era en ningún caso negociable.

La emperatriz comprendió que tenía vía libre para ejercer una vez más frente al pueblo su plena y total autoridad.

- ¡Guardias, apoderaos de ese parsi! -les ordenó mientras el jefe Majib se abalanzaba sobre aquel monje chino, maldiciéndolo y deseándole que ojalá ardiese vivo en el infierno tenebroso de Ahrimán, ya que acababa de descubrir que lo había manipulado hábilmente con el señuelo de la cuantiosa suma que estaba dispuesta a pagar la corte de China por los rehenes que tenía en su posesión.

Al momento unos soldados muy engalanados rodearon al parsi, quien se debatió como el pobre diablo que era antes de ser reducido, debidamente maniatado y finalmente conducido al puesto de policía. Unos instantes después, el jefe Majib había desaparecido.

Pureza del Vacío, entonces, salió de la fila y gritó a la soberana:

- Vuestra Majestad, tengo una precisión importante que hacer en relación con ese monje llamado Puñal de la Ley.

El gran maestro de Dhyâna señaló al hombre de origen indio que había venido a corroborar las palabras de Gran Medicina. Se le había acercado un gran perro de pelaje amarillo perteneciente a la raza de los que son capaces de defender a los rebaños frente a los lobos, los osos de las montañas y los leopardos de las nieves.

Volvía a reinar un gran silencio en la explanada porque todos sabían que el gran maestro de Dhyâna no era hombre que hablase en vano. Sólo el emperador Gaozong, cada vez con más ganas de terminar la ceremonia y volver a Chang An, donde lo esperaba la raja húmeda de Luna de Jade, parecía deseoso de abandonar aquellos lugares.

- Vuestra Majestad, ese hombre es el acólito del maestro Buddhabadra, mi estimado colega, el Superior del convento del Pequeño Vehículo del Único Dharma de Peshawar. Respondo de él y, si estáis de acuerdo, me propongo acogerlo el tiempo que haga falta en el convento del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales.

- Me parece bien, maestro Pureza del Vacío. Todo el mundo sabe que sois una persona hospitalaria - exclamó Wuzhao.

- ¿No podríamos dar por terminada la sesión, querida mía? -se lamentó Gaozong con voz cansada.

- ¡La Fiesta de la Primavera ha terminado! -dijo Wuzhao guiñando el ojo al gran maestro de Dhyâna.

Una vez terminada la ceremonia, en cuanto se puso en marcha el palanquín de la pareja imperial, la muchedumbre fue abandonando lentamente la explanada ceremonial para ir bajando hacia el pie de la montaña, dejando solos a Pureza del Vacío, Gran Medicina, Puñal de la Ley y Santa Vía de los Ocho Miembros delante del edificio de madera desde el cual Gaozong y Wuzhao habían presidido las festividades primaverales.

Puñal de la Ley, a quien la perra Lapika no dejaba ni un momento, como si fuera consciente de los peligros que corría su amo, observaba con desconfianza al Superior de Luoyang, de quien había oído hablar tanto en el curso de los últimos meses. En realidad, su duplicidad le parecía evidente.

Clavando los ojos en aquel rostro ascético e impasible que no auguraba nada bueno, Puñal de la Ley se decía que su interlocutor debía de ser de los que saben camuflar lo que piensan.

- El maestro Buddhabadra murió despanzurrado poco después de la reunión intermedia de Samyé, salvajemente asesinado por el tántrico Nube Loca, precisamente cuando vos enviabais allá a Cinco Prohibiciones para recuperar el Sutra de la Lógica de la Vacuidad Pura -dijo a su interlocutor, sin más formalismos, con la esperanza de que aquella noticia le causaría impresión.

Ante aquellas palabras, el Superior del monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales de Luoyang parpadeó al tiempo que su rostro se inundaba de palidez.

- Sabía que le había ocurrido alguna desgracia... Habíamos acordado que me visitaría en Luoyang y no apareció. Buddhabadra no era de los que faltan a sus compromisos. Por eso decidí enviar a Cinco Prohibiciones a Samyé para que recuperara el sutra que debía traerme Buddhabadra -murmuró todavía más lívido.

- ¿Lo acordado no era que os debía traer otra cosa?
- Tu pregunta me lleva a pensar que conoces la respuesta -dijo Pureza del Vacío con voz cansada y triste.
- ¿Jamás pensasteis que mi Inestimable Superior podía engañaros? -inquirió el monje de Peshawar, decidido a acorrallar al gran Maestro de Dhyâna.
- ¿Por qué me haces esta pregunta? Parece que dudas de mi buena fe. No tengo nada que ver con ese odioso asesinato, que deploro tanto como tú -protestó el último.
- Yo sólo intento reconstruir los hechos tal como sucedieron y tengo la convicción de que entre Buddhabadra y vos debieron de ocurrir muchas cosas, maestro Pureza del Vacío...
- Es un hecho que, en Samyé, hablamos mucho después del fracaso de la reunión.
- A espaldas del maestro Ramahe sGampo...
- Lo admito y lo lamento vivamente. Si pudiera rectificar, lo haría. Te ruego que me creas.
- Muy pronto tendréis ocasión de explicaros con el Superior de Samyé -le espetó, como sin darle importancia, Puñal de la Ley.
- ¡Ojalá fuera posible! -suspiró el gran maestro de Dhyâna.
- Dentro de poco el maestro Ramahe sGampo estará con nosotros. También a mí me urge participar en esa reunión durante la cual habrá que ponerlo todo sobre el tapete. Hay demasiadas cosas no dichas y demasiados malentendidos que han desvirtuado unas relaciones entre los tres que hasta entonces habían sido ejemplares.

Al oír aquellas palabras, Pureza del Vacío, presa de la emoción, abrió mucho los ojos.

- ¿De modo que el viejo ciego va camino de China? Pues jamás lo habría imaginado -exclamó, trastornado de pronto.
- Sin traicionar su pensamiento, puedo aseguraros que el maestro Ramahe sGampo desea ardientemente que los concilios de Lhasa no se conviertan en papel mojado. Consciente de que los problemas surgidos son en gran parte consecuencia de la actitud de Nube Loca, el viejo ciego está dispuesto a todo para restablecer la confianza y las relaciones cordiales entre las tres Iglesias búdicas -explicó Puñal de la Ley antes de añadir con aire misterioso-: También yo tengo elementos que reivindicar y que pueden apaciguar los resentimientos que hayan podido surgir en los corazones de unos y otros.
- ¿Puedo tener alguna idea? Tengo la impresión de que hay muchas cosas que se me escapan... -se lamentó el Superior de Luoyang en tono quejoso.
- ¡Ahora no! Reservo mis revelaciones para la reunión de la hora de la verdad, cuando Ramahe sGampo llegue a Luoyang -terminó el monje de Peshawar en un tono que no dejaba ninguna duda con respecto a su decisión tan serena como firme.
- Puedo asegurarte que este monje es una persona honorable y de una absoluta rectitud moral -añadió Gran Medicina, deseoso de demostrar a Pureza del Vacío todo lo bueno que pensaba de su compañero del Pequeño Vehículo.
- No lo dudo.
- ¿Estáis dispuesto a volver a tensar los hilos distendidos de los concilios de Lhasa? -inquirió entonces Puñal de la Ley.
- Creo útil, en efecto, recobrar el estado de espíritu que presidía los concilios de Lhasa. Buddhabadra y yo intentamos salir solos a flote creyendo actuar a favor de nuestras Iglesias respectivas. Él perdió la vida en el intento, mientras que yo he estado a punto de perder el alma -murmuró Pureza del Vacío, sobre cuya sinceridad no había ahora ninguna duda.

Ante sus ojos, el monte Taishan se engalanaba con los reflejos del sol que declinaba. Muy pronto los pinos enraizados mal que bien en el caos rocoso que ascendía cual enorme columna de humo hasta la cima de la montaña más sagrada de China comenzarían a orlarse de oro. Llegaría entonces el momento en que colores y formas cobrarían mayor intensidad e infundirían a aquel paisaje inolvidable, donde todos estaban convencidos de que vivía la diosa Soberana de las Nubes Azules, el aspecto del fin del mundo...

Junto a ellos, Lapika, intuyendo que volverían a lanzarse a los caminos, ya agitaba el rabo.

- ¡Mira qué contenta está tu perra amarilla! -observó Santa Vía de los Ocho Miembros.

- Seguramente ha advertido que volvemos a ser libres. ¡Ha cerrado el círculo! Cuando el lama sTod Gling la confió a Cinco Prohibiciones para que proporcionara la ración de leche cotidiana a los Gemelos Celestiales, seguro que no sospechaba lo que tendría que hacer para reencontrarse con los niños en Luoyang -le respondió sonriendo su compañero de días malos y buenos.

El periplo desde el monte Taishan a Luoyang se desarrolló tal como estaba previsto. Los monjes caminaban aprisa, ya que Pureza del Vacío había decidido entrar montado en la carreta en la que se amontonaban los cuencos de las limosnas de los monjes del convento del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales que se habían desplazado con él.

Atravesaron en cinco tandas el río Amarillo crecido por las lluvias de primavera a bordo de barcas cargadas más de lo conveniente de hombres y animales, hasta el punto de correr riesgo de naufragio cuando los remolinos afloraban a la superficie.

Las montañas sucedían a las llanuras y los valles risueños a los desmoronamientos graníticos, en los que sólo enebros desmedrados tenían la fuerza y vitalidad suficientes para agarrarse a la tierra. La primavera hacía flamear los colores y en las ramas de los árboles y por todas partes aparecían brotes y retoños.

Después del caos invernal, el orden estival iba poniéndose en su sitio poco a poco.

Después de todos los desórdenes que habían sucedido a la reunión de Samyé volvía a implantarse paulatinamente la armonía.

No quedaba más que esperar la hora de la gran explicación.

PALACIO IMPERIAL DE CHANG AN

Mientras en el monte Taishan la celebración de la Primavera Nueva estaba en pleno apogeo, Cinco Prohibiciones, Umara, el ma-ni-pa y Ulik pudieron colarse sin ninguna dificultad, gracias al salvoconducto de Wuzhao, en un palacio imperial de Chang An donde sólo pululaban criados viejos y porteros con una sola pierna.

La emperatriz, una vez más, había hecho bien sus cálculos. Toda la corte en bloque se había desplazado al Shandong con armas y bagajes siguiendo los pasos de la pareja imperial y el palacio era ahora un lugar desierto y prácticamente abierto a los cuatro vientos.

Siempre ocurría lo mismo cuando el centro de decisión se desplazaba, ya que se trataba de un sistema basado en la personalización del poder: el terror y la coerción abandonaban un lugar para ocupar otro y dejaban atrás situaciones caóticas exentas de todo orden. Eran muchos los dictadores que pasaban a ser víctimas, ya que sus rivales aprovechaban su ausencia para hacerse con el poder. Conspiraciones pequeñas y grandes, intrigas y relaciones de fuerza incesantes donde cada uno trataba de poner la zancadilla al de más allá, se habían trasladado a la montaña sagrada taoísta para dejar sitio a la extraña atmósfera despreocupada -semejante a una especie de paz después de tantas guerras intestinas- que reinaba ahora en el inmenso edificio desde el cual Gaozong y Wuzhao dirigían el imperio del Medio.

Sin perder un minuto, Umara y Cinco Prohibiciones se encaminaron directamente al Pabellón de Recreo. En cuanto la muchacha vio a su padre tomando el sol sentado en compañía de Cargamento de Quietud en el hermoso jardín donde los Gemelos Celestiales habían dado sus primeros pasos, se precipitó hacia él, rebosante de alegría y de cariño.

- Padre, te lo suplico, ¡perdóname! -le dijo besándole las manos y arrojándose a sus pies.

- Mi querida hija, para mí lo importante es haberte encontrado. Nuestro Dios Todopoderoso y

Misericordioso me ha concedido esta merced. ¡No esperaba tanto! -murmuró él, trastornado y al borde de las lágrimas, con la voz rota por la emoción.

- Todo ha sido culpa mía. Yo seduje a vuestra hija. Si tenéis reproches que hacer, es a mí a quien debéis dirigirlos -dijo entonces Cinco Prohibiciones, firmemente decidido a defender a Umara, acercándose también.

- Mi Dios Único es amor. Lo que sentís el uno por el otro es amor y eso es lo que sustenta vuestra conducta, contra la cual no tengo nada que decir... Suscribo vuestra actitud, queridos hijos

-respondió el obispo de Dunhuang abriéndoles los brazos.

- Gracias, padre. Sabía que lo comprenderías -murmuró su hija.

- ¡Y que Dios bendiga vuestra unión! Os deseo toda la felicidad de la tierra. La merecéis. Veros a los dos juntos es un gran consuelo para mí. Hace mucho tiempo que aguardaba este día -dijo Addai Aggai cerrando los ojos tras hacer el signo de la cruz en la frente de cada uno.

- Permitidme que añada a vuestra invocación la del Bienaventurado Buda, el Santo Despertado que, desde nuestro primer encuentro, nos acogió a Umara y a mí bajo su ala compasiva y protectora

-murmuró Cinco Prohibiciones juntando las manos palma contra palma, tocando su frente con los pulgares y haciendo tres inclinaciones.

- ¡Bien por el Bienaventurado Buda! Por lo que sé de él, casi me atrevo a pensar que entre el Bienaventurado y Cristo hay muchos puntos en común...

- ¡Bien también por Mani, el profeta intercesor de la Iglesia de la Luz! Fue un hombre de buena voluntad que no quiso renegar de su religión y, debido a esa actitud heroica, sufrió una pasión idéntica a la de Cristo -añadió Cargamento de Quietud, prácticamente tan emocionado por el reencuentro como su colega nestoriano.

Entre las macetas donde crecían peonías y arbustos centenarios no más grandes que la hoja de un cuchillo, podados de hojas y acortados de raíces a diario por los jardineros, el obispo, que había decidido no refrenar sus lágrimas, acogió con afecto entre sus brazos a Umara y a Cinco Prohibiciones.

- ¡Ojalá que Dios permita que no volvamos a separarnos nunca más! Es lo que más deseo en el mundo -murmuró el prelado nestoriano al oído de la joven pareja.

- ¿Lo deseas más aún que instalar la Iglesia del Santo Patriarca Nestorio en China central? -le preguntó su hija.

- Haciendo pasar delante de todo lo demás los intereses de la causa espiritual a la que sirvo, tengo plena conciencia de que en ocasiones he descuidado al prójimo y de que a veces he sido más pecador que pastor de almas -confesó Addai Aggai, ante la mirada atónita de Umara, que estaba lejos de imaginar que su padre fuera capaz de tal acto de contrición.

- Si puedo conjugar la felicidad de terminar mi vida junto a Cinco Prohibiciones y continuar manteniendo relaciones de estrecha complicidad con mi padre, seré la más feliz de las mujeres

-murmuró Umara antes de arrojarle al cuello de Addai Aggai y abrazarlo tiernamente.

- Te he echado tanto de menos que al final he comprendido que tú eras la razón principal de mi vida -susurró éste al oído de su hija.

- Ahora sólo nos queda ir a liberar a Luna de Jade. Esperadnos aquí, no tardaremos mucho -dijo Cinco Prohibiciones después de haber dejado que la hija y el padre dieran rienda suelta a sus efusiones.

- ¡Voy contigo! -anunció Umara a su amante.

- Querida hija, sé prudente. ¿Por qué no te quedas aquí conmigo y esperas el regreso de Cinco Prohibiciones? -se lamentó su padre.

- Nada podrá separarme nunca de Cinco Prohibiciones. Donde vaya él, iré yo -respondió su hija. Y cogidos de la mano se precipitaron con Ulik y el ma-ni-pa a los apartamentos privados del emperador del Centro.

Una vez allí, encontraron a Luna de Jade encerrada con doble llave en la cámara destinada a la concubina favorita en compañía de una esteticista que le alisaba los cabellos después de habérselos untado con aceite de palma.

- ¡Umara, Cinco Prohibiciones! ¡Qué maravillosa sorpresa! ¡Qué contenta estoy de volver a veros! -

exclamó inmediatamente la chinita arrojándose en brazos de aquella joven pareja a la que había conocido no lejos de la Puerta de Jade en ocasión de su fuga acompañada de Punta de Luz.

- Al parecer, el emperador de China te retiene prisionera. Venimos a liberarte -le anunció con orgullo Umara, contenta de volver a ver a aquella joven con la que había establecido una corriente de simpatía inmediata.

- Desde que llegué a Chang An, el emperador Gaozong me trata como una esclava destinada a sus placeres. ¡No me atrevería a contarte todo lo que me ha hecho sufrir! Me llama continuamente a la Cámara del Amor, un camarín octogonal tapizado de seda rosa. Está situado detrás mismo de ese patio. Sólo pensar en sus dedos que parecen morcillas y en su enorme barriga temblona me entran náuseas -gimió la esposa del kucheano maniqueo antes de romper en sollozos como una niña pequeña.

Ante Umara y Cinco Prohibiciones, ya no era aquella cortesana atrevida capaz de fingir placer, sino simplemente una muchacha que por fin podía descargar sus pesares con toda confianza.

- Menos mal que, desde que se ha ido al monte Taishan, puedo respirar un poco -dijo Luna de Jade con un hilo de voz.

- Punta de Luz te espera no lejos de aquí, en un pequeño templo búdico -le dijo entonces Cinco Prohibiciones, tratando de borrar los malos recuerdos con aquella buena noticia.

- ¡Qué cosa tan maravillosa acabas de anunciarme! Nada podía satisfacerme tanto como oírte pronunciar esas palabras, Cinco Prohibiciones. ¿Debo dar las gracias al Bienaventurado Buda o bien a Mani, el profeta de la Iglesia de la Luz? -preguntó la chinita.

No era la misma de pocos momentos antes: su hermoso rostro, ahora con los ojos húmedos, reflejaba una alegría profunda que borraba su reciente abatimiento.

- Cuando puedas estrechar a tu esposo entre tus brazos, da las gracias a quien quieras -le dijo en tono de broma el antiguo monje del Mahâyâna.

- ¿Se acuerda todavía de mí? ¿No se ha enamorado de otra? Si así fuera, no se lo tendría en cuenta...

- Está tan enamorado de ti como el primer día. La llama de su corazón sigue intacta. Desde que perdió tu rastro en Turfan, su único objetivo ha sido poner todos los medios para volver a encontrarte. No sabe que estás aquí. Me encanta imaginar la alegría que tendrá cuando vuelva a verte sana y salva -exclamó Cinco Prohibiciones.

- Buscaremos a Punta de Luz apenas salgamos de aquí. Cuanto antes, mejor para ti. Igual que me ocurrió a mí, cuando Cinco Prohibiciones vino a buscarme al monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales de Luoyang, donde el Superior Pureza del Vacío me tenía encerrada en secreto -explicó Umara.

- Nuestros destinos son extrañamente paralelos -dijo sonriendo la antigua obrera del Templo del Hilo Infinito.

- ¡Eso mismo pienso yo! Sin duda porque el amor conduce a los seres humanos por los mismos caminos -murmuró la joven cristiana nestoriana, que tenía la mano de Luna de Jade en la suya.

- Tengo la impresión de que, al otro lado de esa pared, hay alguien que nos escucha -dijo por lo bajo Cinco Prohibiciones haciéndoles una brusca seña para que se callaran.

Para aclarar las cosas, se acercó al tabique de ladrillo que cercaba el patio interior sobre el cual les había hablado Luna de Jade.

- ¿Quieres que lo compruebe? Esta tapia no parece difícil de escalar -comentó Ulik.

- En tal caso tendréis que atravesar el patio. Pero, incluso cuando el emperador de China está ausente, hay dos centinelas que vigilan día y noche en la puerta de la cámara imperial -les indicó Luna de Jade.

- Vayamos los dos por si se presenta algún problema -concluyó Cinco Prohibiciones antes de adelantarse.

No les costó escalar el muro y a ellos los siguió Umara, que no tuvo problema en imitarlos. Al otro lado, no parecía que, en el pequeño patio cubierto de gravilla, hubiera alma viviente.

- ¡Examinemos el interior! -sugirió el antiguo mahayanista señalando la veranda a la que se abría el camarín.

Quedó sorprendido ante el refinamiento del lugar, acentuado por la seda rosa que tapizaba las paredes, a juego con los numerosos cojines mullidos amontonados en el majestuoso diván instalado en el centro mismo de la pieza.

Al tenderse en él boca abajo para comprobar que era tan acogedor como parecía, el amante de Umara tuvo la sorpresa de ver unos pies que asomaban por debajo.

Umara, que ya había detectado aquella presencia, le hizo unos ademanes muy elocuentes incitándolo a ser prudente.

- ¿Quién hay aquí? -gritó Cinco Prohibiciones tratando de agarrar aquellos pies.

Ulik lo ayudó a tirar de las piernas del hombre que estaba escondido allí debajo.

- ¿Qué haces aquí, Firuz? ¡Y pensar que yo te había ordenado que te quedases en la granja-pagoda!

-exclamó Cinco Prohibiciones, que acababa de reconocer al bagdadí.

El embajador omeya llevaba una barba de varios días. Había adelgazado y tenía la piel de la cara tan arrugada que parecía una fruta seca. Aturullado, le costó encontrar respuesta a la pregunta planteada por Cinco Prohibiciones.

- Llevo dos semanas escondido aquí debajo. Por suerte, el emperador apenas come nada de los manjares que le traen cuando está aquí. Cuando estoy solo, me tiendo en el diván para dormir con más comodidad. Y en lo tocante a mis necesidades naturales, me desahogo en el patio... -acabó por explicar.

- ¿Sabes que te juegas la cabeza al violar de este modo el espacio privado del emperador del Centro? Uno no se embarca por gusto en una expedición como ésta -le advirtió Cinco Prohibiciones, que vio claramente que el embajador omeya se había cuidado muy bien de eludir la pregunta que le acababa de formular.

- Cuando estemos en lugar seguro te contaré con pelos y señales por qué me encuentro donde me encuentro -replicó Firuz, que poco a poco iba recobrando su presencia de ánimo.

Subrepticamente, aprovechando el nerviosismo ambiental, sacó del estuche de manicura de Gaozong un cuchillito afilado como un dardo, utilizado para el cuidado de las uñas del emperador. Tras comprobar que ni Umara ni Ulik ni Cinco Prohibiciones observaban la maniobra, se lo escondió, presuroso, en el cinto.

- En ese caso, lo mejor será saltar este muro. Al otro lado estaremos más tranquilos para escuchar tus explicaciones -propuso el mahayanista con aire severo.

Al otro lado les esperaba, llena de ansiedad, la esposa de Punta de Luz.

- Luna de Jade, sabía que estaba al alcance de tu voz -le dijo el bagdadí en tono normal, sin demostrar el más mínimo resentimiento hacia aquella a la que había amado tanto.

- ¡Yo no sabía que estuvieras aquí!

- He estado escondido muchos días debajo del diván imperial. Escuchándote, se diría que el emperador del Centro te hace unas cosquillas que no te dejan fría del todo... -Firuz bisbiseó, lo más bajo que pudo para que no las oyera nadie, aquellas palabras al oído de Luna de Jade.

...- Hago lo que quiero con mi cuerpo y no está escrito en ninguna parte que yo te pertenezca -le espetó ella con sequedad.

El bagdadí no pudo por menos de acusar el golpe. Aquella respuesta hiriente consiguió hacerle perder todo el control que había conseguido recobrar hacía unos instantes.

Los celos y el odio le hacían un nudo en el estómago y lo empujaban al horrible torbellino que incluso a individuos tranquilos y afables puede incitar a las peores locuras.

- ¡Lejos de mí imaginar que éste podía ser el caso! -le replicó acompañando con una sonrisa forzada aquella mentira evidente.

- Te exijo una explicación. ¿Por qué te fuiste de la granja-pagoda? -preguntó de nuevo el mahayanista al embajador, cuyo comportamiento comenzaba a intrigarlo seriamente.

Pero Firuz no tuvo necesidad de responder a la intimación de Cinco Prohibiciones.

Inquietantes ruidos que procedían del corredor parecían indicar que los soldados, alarmados probablemente por las voces que salían de la cámara de la favorita del emperador, estaban a punto de irrumpir en ella.

- Corremos el riesgo de que nos sorprendan -exclamó Ulik. -Si así fuera, estaríamos perdidos

-replicó Cinco Prohibiciones.

- ¿No sería hora de que, en lugar de inútiles disputas, llevásemos a Luna de Jade junto a su marido? Seguro que están hambrientos de verse -intervino Umara.

- Debe de estar esperando allí donde lo hemos dejado. Espero, por lo menos, que no habrá hecho lo que tú y no haya cometido la torpeza de irse por las buenas -exclamó Cinco Prohibiciones dirigiéndose a Firuz, quien se había encerrado en un profundo mutismo.

- Necesitaría un velo para no llamar la atención. Como encontremos criados y me reconozcan, se ha terminado todo -murmuró Luna de Jade.

Hurgó en uno de los armarios de su habitación y sacó de él una larga capa de seda verde en la que se envolvió por completo.

- Si te sobrase una, me la pondría yo. Debe de ser por mis cabellos rizados, pero todo el mundo se vuelve a mirarme como si fuera un bicho raro -dijo Umara.

Luna de Jade tendió con una sonrisa a la hija de Addai Aggai lo que le había pedido.

- Si me preguntan, ¿qué debo contestar? -se lamentó entonces con voz contrita la esteticista de la favorita imperial.

- Que estabas durmiendo en la habitación de al lado y no has visto nada. Que me he escapado volando como un pájaro. ¡Nada más que eso!

Abandonaron sin problemas el palacio imperial gracias al salvoconducto que les había proporcionado Wuzhao, no sin recoger antes a Cargamento de Quietud y a Addai Aggai, que ya les estaban esperando, impacientes, en el Pabellón de Recreo. Franqueadas las últimas puertas, se encontraron en el exterior. ¡Eran libres!

Luna de Jade reencontró con emoción las calles bulliciosas de la capital del imperio de los Tang.

Toda una panoplia de olores, desde los más sutiles a los más nauseabundos, revivieron en su memoria el inolvidable recuerdo de su paso a través de la ciudad, unos años antes, en compañía de Punta de Luz, después de que él fuera a buscarla al Templo del Hilo Infinito.

Estaba tan fascinada por aquel espectáculo que no reparó en la mirada aviesa y decidida de Firuz ni en sus puños apretados, como si se dispusiese a combatir a un terrible enemigo.

Atravesó la ciudad como en un sueño y, cuando llegaron a los arrabales, donde ya comenzaban a verse campos de cultivo entre las últimas cabañas de adobe a cuyo alrededor jugaban pilletes medio desnudos, la muchacha no pudo reprimir un gesto de tristeza.

Pero apenas descubrió, encaramada en la ladera de una colina, la granja-monasterio de tejados grisáceos donde la esperaba su esposo, la chinita no consiguió refrenar unos sollozos de alegría.

Para ella representaba la libertad tan esperada que llegaba por fin, pero también una fabulosa lección de vida que acababa de la manera más feliz después de tantos episodios dramáticos.

¡Contra todo lo que había esperado, podría volver a tocar con sus manos al joven kucheano, a quien no había dejado nunca de amar!

De modo que no había que desesperar nunca, ya que el ser humano acababa siempre por librarse de las situaciones más penosas, a condición de no perder nunca la esperanza ni dejar de luchar. Desde Turfán a Bagdad, después a Palmira y de allí a Chang An... ¡cuánto camino había recorrido sin sospechar que, en realidad, no hacía más que cerrar el círculo! A veces el ser humano cree errar sin objetivo preciso cuando en realidad sus pasos están movidos por una fuerza que está por encima de ellos y los guía...

Y en el caso de Luna de Jade, se trataba de energía positiva y benéfica, como si tuviera impuesto una especie de Tao.

Encaminada hacia su objetivo, apretó el paso sin fijarse en un grupo de pastores con los que se había cruzado junto con sus compañeros en el lindero de un bosque de catalpas, sin ver que uno de ellos acababa de sacar un pañuelo del bolsillo y lo agitaba en dirección a la granja.

Ignoraban que estaban rodeados por los agentes del Gran Censorado, que el secretario particular del prefecto Li había mandado apostar alrededor del sitio al que intentaban dirigirse.

Apenas descubrió a Punta de Luz junto al umbral del patio interior de la construcción, Luna de Jade, ahogando un sollozo, se arrojó en sus brazos gritando su nombre.

- ¡Punta de Luz! ¡Mi único amor! ¡Querido mío! Estoy aquí y estaré siempre contigo. ¡Punta de

Luz!...

Cada una de las apasionadas exclamaciones de Luna de Jade era como un puñal que se hundía un poco más en el corazón herido y palpitante de Firuz el bagdadí.

Presa de una amargura que se había convertido ahora en odio implacable, éste advirtió que aquella joven que abrazaba de aquel modo a su esposo sin el menor recato no lo consideraba a él en absoluto. Lo había olvidado por completo, como si jamás hubiera contado para ella.

Ya en el umbral del patio, dudaba de entrar debido a encontrarse completamente al margen de aquel encuentro del que todos se felicitaban y que les daba pie a intercambiar ávidamente recuerdos y experiencias comunes. Cinco Prohibiciones había presentado a Punta de Luz a Addai Aggai y aquél, prescindiendo de toda reserva, había abrazado a Cargamento de Quietud.

Firuz, que temía que, como resultado de su denuncia, la granja-pagoda estuviera sometida a vigilancia, dio media vuelta y subió, cargado con su tristeza, hasta lo alto de la colina.

Mientras trepaba por un estrecho sendero muy escarpado, su mano tocó por inadvertencia el mango del cuchillo que había sacado del estuche de manicura del emperador Gaozong y que se había guardado en el cinto. Se dijo para sus adentros que aquél era el instrumento de su venganza.

Acababa de decidirlo: mataría a Punta de Luz hundiéndole el puñal en el corazón. Se proponía hacerlo apenas llegase a la granja-pagoda, donde entraría sonriendo para no despertar sospechas.

Le importaba poco que volviese a detenerlo la policía china. Su único objetivo era la venganza.

Cuando, tras respirar a fondo varias veces para calmar los nervios, bajó con paso tranquilo la colina por el mismo camino por el cual la había subido, cuál no sería su sorpresa al encontrarse de manos a boca nada menos que con Ulik.

- Cinco Prohibiciones me ha pedido que te viniera a buscar. Teme que todas estas peripecias te hayan incomodado y querría hacerte unas preguntas sobre las razones de tu presencia en la cámara imperial... ¡Tu conducta lo ha sorprendido! -le anunció el parsi con aire desconfiado mirando el puñal del Omeya, que éste empuñaba en aquel momento pero que volvió a esconder prontamente en el cinto.

- He tenido que atender una necesidad acuciante. Ahora me encuentro mucho mejor. Estoy dispuesto a darle toda clase de explicaciones cuando él lo juzgue oportuno -farfulló este último.

Punta de Luz y Cinco Prohibiciones ya los esperaban en la entrada. Cuando estuvo a la altura de su odiado rival, el bagdadí, como un tigre preparado para el ataque, se abalanzó blandiendo el puñal.

Pero Ulik, que ya se temía que estaba tramando algo malo, no estaba desapercibido.

Y así fue como, tan pronto como la hoja del puñal ya rozaba el tórax de Punta de Luz, consiguió aferrar a Firuz por los hombros y derribarlo en tierra.

La lucha entre los dos hombres fue salvaje y violenta, pero acabó resolviéndose en ventaja para el parsi, quien se levantó del suelo con la mano derecha ensangrentada.

Cuando Cinco Prohibiciones y Punta de Luz dieron la vuelta al bagdadí, que estaba tendido boca abajo, comprobaron que tenía el puñal hundido en el pecho hasta la empuñadura.

- ¡Ha sido culpa mía! -gimió el parsi-. ¡No me he dado cuenta! ¡Y eso que había visto la hoja del cuchillo que se volvía en el momento en que yo lo neutralizaba! Pero no he podido hacer nada.

¡Estaba tan furioso!...

- ¿Estás herido? -exclamó Cinco Prohibiciones, observando que Ulik tenía la mano roja de sangre.

- ¡La sangre es de Firuz! -gimió Ulik secándose el brazo.

- ¡Por poco mata a Punta de Luz! Probablemente los celos lo han cegado -murmuró el mahayanista pasando el dedo por el desgarró que el arma había dejado en la camisa del esposo de Luna de Jade.

- ¡No es nada! Sólo una cuchillada superficial -murmuró, impresionado, este último.

Punta de Luz y Cinco Prohibiciones cayeron uno en brazos del otro, si bien sus jóvenes esposas, ocupadas en felicitarse mutuamente y en intercambiar impresiones en el exiguo refectorio adonde las había conducido el viejo Superior de la granja-pagoda, no se habían enterado de nada.

Unos gritos procedentes del exterior de la granja-pagoda les causaron un gran sobresalto.

- Veo unos diez hombres armados que bajan de lo alto de la colina en dirección hacia nosotros

-exclamó Ulik, que había ido a ver qué noticias había antes de cerrar precipitadamente la puerta que daba acceso al pequeño patio en torno al cual se habían levantado las construcciones de la granja-

pagoda.

- ¡Nos ataca una cuadrilla de soldados! Llevan el brazal del Gran Censorado. Esos hombres siembran la muerte y el terror allí donde pasan -gritó, aterrado, un joven novicio bajando del tejado al que se había encaramado como un gato.

- ¿Qué podemos hacer contra ellos? -murmuró Punta de Luz.

- No veo solución. A sus espadas únicamente podemos oponer nuestras manos desnudas -se lamentó, con expresión sombría, Cinco Prohibiciones.

- Habría que tenderles una trampa. Atraerlos a un determinado lugar y, cuando estuvieran allí, prenderle fuego -propuso Ulik.

- Nos serviría a este fin un depósito de grano donde ahora se guarda paja seca -dijo el novicio.

- ¿Dónde está?

- ¡Aquí!

Detrás de la puerta cuyos dos batientes acababa de abrir el novicio, situada al otro lado del patio y frente a la entrada del mismo, descubrieron un granero lleno de forraje seco hasta el techo.

- Habría que hacerlos entrar aquí dentro, cerrar la puerta y prender fuego. Se quemarían vivos como si estuvieran en las fauces de un dragón glotón Taotie -exclamó el joven monje, muy inspirado.

- ¿Qué ocurre?

Las dos muchachas, alarmadas por las voces de los asaltantes que llamaban a la puerta de la granja-pagoda, acababan de descubrir el cuerpo de Firuz tendido junto a una de las paredes del patio.

- El Omeya ha intentado atentar contra tu esposo. Ulik ha conseguido reducirlo, pero el puñal de Firuz se ha vuelto contra sí mismo -explicó Cinco Prohibiciones a Luna de Jade, que se había refugiado en los brazos de Punta de Luz.

- No podemos quedarnos de brazos cruzados si nos atacan los agentes de la policía secreta china -añadió este último.

- Yo abriré la puerta que da al exterior y después me precipitaré hacia el heno gritando a los soldados que estáis escondidos y disimulados debajo. Vosotros dos, Cinco Prohibiciones y Puñal de la Ley, cerraréis la puerta del granero donde se guarda el heno cuando la haya atravesado el último soldado y seguidamente arrojaréis dentro un hachón encendido -murmuró el parsi a sus compañeros.

- ¡Corres el riesgo de quemarte vivo! -protestó Punta de Luz.

- No temas, soy ágil como un cabrito y sabré librarme sin el menor problema -replicó Ulik.

En cuanto los demás se hicieron invisibles, se dirigió a la puerta que los soldados ya atacaban a golpe de hacha y la abrió bruscamente.

- Seguidme, éstos a los que buscáis están escondidos en el heno del granero-gritó mientras les indicaba la gran puerta abierta de par en par situada en el lado opuesto del patio.

- ¿O sea, que fuiste tú quien los fue a denunciar al puesto de policía del Barrio Segundo? -inquirió entonces el soldado que tenía todas las trazas de ser el jefe.

- En efecto -masculló Ulik cazando al vuelo el cable que le había tendido el otro.

En posesión de aquella confidencia, los soldados, precedidos por el intérprete parsi, entraron en fila y como un solo hombre en el granero donde se guardaba el heno, cuya puerta se ocupó cuidadosamente de cerrar el que les hacía de guía.

Cinco Prohibiciones, con un hachón encendido en la mano que el novicio había traído de la cocina, titubeó un momento.

¿Debía arrojarlo dentro tal como Ulik le había ordenado que hiciera? Si llevaba a la práctica el plan, era muy posible que el joven par-si no saliera vivo del interior.

- ¡No podré hacerlo! -exclamó con los ojos anegados en lágrimas.

- Como no incendies el granero, tal como te ha ordenado Ulik, los que estamos perdidos somos nosotros. Y nuestras respectivas mujeres lo mismo... -declaró Punta de Luz con voz que delataba su angustia.

Podían oír el rumor de los soldados en el interior del granero, donde el barullo había alcanzado su límite máximo. Los agentes del Gran Censorado, que seguramente estaban revolviendo la paja del granero, no tardarían en descubrir la superchería.

Entonces, con el corazón en un puño, Cinco Prohibiciones ahogó un sollozo y arrojó el hachón incandescente a través del ojo de buey que se abría en la pared, encima mismo de la puerta del granero.

El fuego prendió instantáneamente y la onda provocada por el incendio de la paja desmigajada y desparramada fue tan intensa que hizo retremblar las paredes del granero.

Pasados unos instantes, que se antojaron siglos a los que se habían quedado fuera, se oyeron unos gritos desgarradores al tiempo que en el aire se difundía un espantoso olor a carne quemada.

- ¡Qué horror! -murmuró Umara, acurrucada junto al corazón de su amante.

- ¡Pobre Ulik! ¡No saldrá vivo de ahí dentro! -gimió Luna de Jade, que también se había refugiado en los brazos del suyo.

- ¡Ulik se ha sacrificado por vosotros! Una actitud noble y digna de un budista ferviente -dijo una voz suave, la voz del sabio que lo ha comprendido todo.

Se volvieron. Acompañado de Addai Aggai y de Cargamento de Quietud, el viejo Superior del monasterio había acudido a reunirse con ellos en el patio donde yacía el cadáver de Firuz. Ante todos ellos, el tejado del granero, a través del cual se escapaba una inmensa nube negra, estaba en llamas.

- ¡El fuego lo purifica todo! -murmuró, horrorizado y fascinado a un tiempo, el Gran Perfecto maniqueo.

- ¡Om! -gritó a su vez el ma-ni-pa, que salió de la celda colectiva donde dormía como un tronco cuando se despertó, sobresaltado, debido a todo aquel alboroto.

- Para nosotros, el fuego es el infierno -añadió, inquieto, el obispo nestoriano, cuyo rostro se deformaba en una mueca de horror.

- Ese parsi gracias al cual hemos salvado la vida ni siquiera era un devoto de Siddharta Gautama

-exclamó Cinco Prohibiciones, que a duras penas podía contener las lágrimas.

- Habría podido serlo. Y además, tengo la seguridad de que el Bienaventurado Buda no lo abandonará en su próxima reencarnación. El comportamiento de ese hombre ha sido el de un bodhisattva -añadió el monje mahayanista, que pasaba la mayor parte del tiempo meditando sobre el inmenso dolor del mundo en su minúscula celda de la granja-pagoda.

- ¡A lo mejor lo era! -murmuró, trastornado, Cinco Prohibiciones.

Pensándolo bien, el viejo monje tal vez no se equivocaba. ¿Acaso la actitud de Ulik, desde el primer encuentro con él en el país de Bod, no estaba fundada en la compasión a los demás?

En numerosas vidas anteriores, el Buda había vivido bajo la apariencia de bodhisattvas que se cubrían con envolturas carnales sorprendentes y a veces muy alejadas de la imagen que uno suele hacerse de la santidad.

Así pues, que un Buda del Futuro hubiera optado por vivir en el cuerpo de un parsi como Ulik no lo sorprendía en absoluto. Tal vez dentro de miles de años un Buda contaría que, en una de sus existencias anteriores, había adoptado los rasgos de un joven intérprete persa que había permitido a unos Gemelos Celestiales escapar al funesto destino que les reservaba un salteador de caminos...

- Ahora tenéis que marcharos todos antes de que la policía venga a averiguar qué pasa. La columna de humo que se levanta sobre nuestras cabezas debe de verse desde Chang An. ¡Huid ahora que podéis!

El Bienaventurado lo quiere. De lo contrario no os habría enviado el socorro de ese Ulik -añadió con voz dulce el viejo.

- Pero corréis el riesgo de que haya represalias -le dijo Cinco Prohibiciones.

- Nuestra vida está aquí. Cuando la policía compruebe que no hay nadie escondido en la granja-pagoda, nos dejarán tranquilos.

- ¡Om! ¡Mani padme hum! ¡Om! -exclamó el ma-ni-pa, trastornado por lo que acababa de presenciar, antes de dar un salto atrás que dejó al público boquiabierto.

- Sin duda que Avalokitesvara oír las oraciones de ese ma-ni-pa -concluyó el viejo Superior de la granja-pagoda mientras bendecía a sus huéspedes a medida que iban despidiéndose.

Después, entre apresurados y llorosos, abandonaron aquel lugar donde, de no haber contado con la ayuda de Ulik el parsi, habrían sido atrapados como ratas, y emprendieron la marcha a campo

traviesa hasta un pueblo en el que se pararon para calmar la sed.

- ¿Dónde pensáis instalaros para fundar una familia? -preguntó Umara a Punta de Luz y Luna de Jade.

- Antes que nada, me gustaría volver a ver a los Gemelos Celestiales. Sólo pude verlos unos instantes en las inmediaciones de la Puerta de Jade aquella famosa noche en que os conocimos porque lo había decidido así un feliz destino. Pero estoy convencida de que algo tienen que ver con nuestro reencuentro -exclamó la joven china para gran sorpresa de la hija de Addai Aggai.

- ¡Y yo que me imaginaba que tú sólo creías en ti misma! -bromeó su esposo maniqueo ante la mirada levemente sorprendida del Gran Perfecto Cargamento de Quietud.

- En cualquier caso, será un inmenso placer para nosotros protegeros hasta Luoyang, puesto que Joya y Loto se encuentran alojados en el monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales -les anunció Cinco Prohibiciones.

Cinco Prohibiciones y Umara iban ahora cogidos de la mano mientras caminaban. Dentro de tres días como máximo, estarían en Luoyang.

- ¿Y si tú fueras la reencarnación de un bodhisattva? Después de haber oído las palabras del viejo monje de la granja-pagoda, he acabado por plantearme la pregunta... -murmuró Umara a aquel con quien por fin se casaría, en la cubierta del barco que navegaba por el canal imperial.

Cinco Prohibiciones se volvió hacia Umara para ver si bromeaba. Su amante lo miró muy seria. Sus ojos bicolores brillaban como piedras preciosas. Él le sonrió.

Detrás de ellos, desplomados sobre las banquetas, el ma-ni-pa, Addai Aggai y Cargamento de Quietud, con los cuerpos muy juntos, estaban profundamente dormidos. En cuanto a Luna de Jade y Punta de Luz, sentados algo más lejos en una banqueta aislada, se besaban sin pudor, golosamente, ante la mirada sorprendida de una familia de comerciantes que se dirigían a Luoyang a vender anzuelos en el mercado.

Ella le devolvió la sonrisa y apoyó la cabeza en su hombro.

El ambiente estaba impregnado de extraños olores.

Eran los perfumes de la naturaleza en primavera.

Umara entonces, totalmente exhausta, cerró los ojos.

Todo iba bien.

CHANG AN, CAPITAL DE LOS TANG

En el despacho lleno de humo del viejo general Zhang, el ambiente estaba tan cargado que se habría podido cortar con cuchillo.

- Hay que explorar el lecho del río Lē en el sitio donde la Usurpadora pretende haber encontrado esas piedras que exhibió con ocasión de la Fiesta de la Primavera. Es imposible sacar del agua unas rocas tan enormes como aquéllas sin contar con una maquinaria que ella no tiene a su disposición. Estoy seguro de que las auténticas rocas adivinatorias están en su sitio -sentenció el antiguo Primer Ministro de Taizong el Grande.

- Pero ¿qué me decís de las palabras de la niña cara de mono, que corroboró la sinceridad de las afirmaciones de Wuzhao? -objetó Hanyuan, el obeso Canciller Imperial, que estaba fumando su larga pipa.

- Conociendo a la interesada, puede ser muy bien que le haya hecho aprender de memoria un discurso útil para sus fines... Hay que aclararlo -concluyó con rabia el viejo confuciano en tono

agrio.

- Dejadme unos días de tiempo y os daré la respuesta -repuso el prefecto Li, a quien su episodio con Luna de Jade había dejado un regusto amargo en la boca.

Como las desgracias nunca vienen solas, el hecho de que Wuzhao hubiera presentado en el monte Taishan las famosas piedras del río Lě había colocado al Gran Censor Imperial, que se suponía que sabía todo lo que se tramaba en el imperio del Centro, en una situación especialmente delicada delante de sus amigos, quienes le reprochaban que no hubiera previsto aquella jugada tan espectacular.

Y las palabras del general Zhang no hicieron más que confirmar los terribles estragos que había provocado aquel episodio en la reputación, ya bastante maltrecha, del prefecto Li.

- Tal vez habría que interrogar a la niña de la cara simiesca. Seguro que tiene cosas interesantes que contar -dijo Virtud de Fuera, el Ministro de la Seda, que había capeado como por milagro todas las borrascas que se habían abatido sobre su cargo sin perderlo.

- No es mala idea, puesto que es la misma que tengo en la cabeza. De hecho, pienso dirigirme personalmente a Luoyang.

- ¿Pensáis hacer vos mismo las pesquisas? -inquirió, pasmado, el Ministro de la Seda.

- Hay misiones que no se pueden confiar a terceros. Ésta es demasiado delicada para hacerlo -precisó el Gran Censor Imperial.

Deseoso de demostrar a sus colegas que era capaz de realizar el restablecimiento necesario, sin el cual corría el riesgo de terminar su carrera sepultado en una mazmorra, estaba dispuesto a cualquier cosa...

- Está convencido de que esas inscripciones adivinatorias vienen al pelo a los intereses de la Usurpadora. Esas piedras que anuncian al pueblo de China que muy pronto una mujer se convertirá en emperador del Centro no podían ser más oportunas. No puedo creer que el Gran Censorado no estuviera al corriente de todo esto -farfulló el general Zhang.

El viejo confuciano, que no era de los que bajan la guardia, se había propuesto aquel día tomar el pelo al prefecto Li.

- A riesgo de pasar por un infeliz, y además por un inepto, confirmo que se trata de la estricta verdad. He descubierto las rocas del Lě al mismo tiempo que vosotros, en la zona del monte Taishan donde se celebran las ceremonias. Lo cual me ha inducido, dicho sea de paso, a arrestar a diez de mis subordinados -protestó este último en tono desabrido.

- Todo ha sido orquestado con mano maestra por la Usurpadora. La próxima vez no nos quedará más que irnos a prosternar delante del emperador Wuzhao confiando en que no hayan puesto precio a nuestras cabezas -concluyó con amargura Hanyuan.

- El Gran Censor debe ahora ponerlo todo en marcha para evitar las consecuencias nefastas de lo que tiene todas las trazas de ser una nueva maniobra de la Usurpadora. Tengo la esperanza de que, aunque sólo sea por una vez, su gestión llegue a término y no se pierda en las arenas del desierto de Gobi -añadió el viejo general en tono investido de solemnidad.

- Podéis tener la seguridad, queridos colegas, de que haré todo lo que esté en mi mano para resolver este enigma -gimió el interesado.

- ¡Mejor para todos, empezando por vos, que sea así! -advirtió, a manera de amenaza, velada apenas, el antiguo Primer Ministro de Taizong.

Cuando, poco después, abandonó el cenáculo de los viejos confucianos, el prefecto Li no las tenía todas consigo.

Después de aquel último episodio de las rocas adivinatorias, al que se sumaba el colosal fracaso de la expedición de sus hombres a la granja donde se suponía que se habían refugiado los fugados del Fuerte del Perro, sus servicios estaban en trance de sufrir un descrédito total y, de paso, también su persona.

Era un momento grave para el Gran Censorado.

Era indudable que había que reaccionar con urgencia, si era preciso disponiendo cortafuegos, por lo menos para demostrar a aquellos mandarines ofendidos que los agentes de la policía especial todavía no habían pronunciado la última palabra.

Apenas llegado a Luoyang a la cabeza de una cuadrilla de unos veinte agentes especiales, portadores todos ellos del siniestro brazalete, el prefecto Li se apresuró a personarse en el monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales.

- El maestro Pureza del Vacío preside el oficio de la media jornada en la gran sala de oración. No puedo molestarlo bajo ningún pretexto -le respondió el portero, a quien el Gran Censor Imperial acababa de comunicar que deseaba ver al gran maestro de Dhyâna y hasta le precisó que tenía que tratar con él de un «asunto de la mayor importancia».

- Que venga inmediatamente o me verá obligado a sacarlo a la fuerza, aunque sea de la sala de oración -declaró el prefecto Li, decidido a jugárselo todo a una carta.

- Voy a avisarlo -dijo con voz plañidera el portero, a quien la presencia de los hombres del brazalete acabó de convencer.

El prefecto, pues, no se sorprendió al ver aparecer, poco después, por el fondo del pasillo que conducía a la portería del monasterio, la alta silueta de Pureza del Vacío, cuyo rostro traicionaba la sorpresa ocasionada por la inopinada visita de un personaje tan importante y temido como el jefe del Gran Censurado Imperial.

- Me interesa ver a la niña llamada Joya. Tengo que hacerle algunas preguntas relacionadas con las piedras del río Lě.

- En este momento la niña no está disponible porque es objeto de la devoción de los peregrinos.

- ¿Cuándo será posible verla? Se trata de una cuestión muy urgente... un trámite oficial que está en manos del nivel más alto del Estado. No sé si comprendéis mis palabras... -dijo, muy nervioso, el prefecto.

- Pues será esta noche, cuando se cierren las puertas del convento y los devotos que vienen a venerarla vuelvan a sus casas -respondió con voz inquieta el gran maestro de Dhyâna.

Como la tarde ya estaba muy avanzada, el prefecto Li se avino a tener paciencia hasta la hora indicada. Cuando condujeron ante él a la Gemela Celestial que tenía media cara cubierta de pelo, el Gran Censor, que no había tenido nunca ocasión de verla de cerca, tuvo el mismo sobresalto que todos aquellos a quienes repelía la apariencia de la niña porque, por el hecho de ver el mal en todas partes a causa de sus propias flaquezas, no se fiaban de ella...

- Joya, tienes que acompañarme al río Lě y llevarme al lugar exacto donde indicaste a la emperatriz Wuzhao la presencia de las rocas adivinatorias que, según dicen, estaban sumergidas debajo de una densa capa de limo -ordenó a la niña sin más preámbulo.

- ¡Quiero ir con mi hermana! -gritó Loto.

- Muy bien, si quieres vendrás con nosotros. Eso tiene poca importancia -concedió el prefecto Li.

- No puedo autorizar a que esos niños vayan solos a la orilla del río. No saben nadar. Si dieran un mal paso, por leve que fuera, y cayeran en el agua, correrían el riesgo de que los remolinos se los tragasen. En ese sitio la corriente es muy impetuosa y ha llovido mucho estos últimos días, lo que hace que el Lě esté crecido y se haya convertido en un verdadero torrente furioso. Si les ocurriera alguna desgracia, la emperatriz Wuzhao me mataría con sus propias manos -anunció Pureza del Vacío al Gran Censor Imperial, quien no pudo evitar una mueca de desagrado al oír que el Superior de Luoyang pronunciaba el nombre odiado.

Al día siguiente por la mañana se formó un verdadero cortejo, al que se sumaron Puñal de la Ley y Santa Vía de los Ocho Miembros, que salió del monasterio para dirigirse al lugar fatídico.

Pureza del Vacío, cada día más cansado y fatigado, cerraba la marcha con la mano apoyada en el hombro del monje Primero de los Cuatro Soles que Iluminan el Mundo, mientras que la abría la silla transportada por portadores en la que se sentaban los Gemelos Celestiales, cobijados en la sombra de un inmenso parasol sostenido por dos novicios. A su alrededor, creyendo que se trataba de una procesión ritual, la multitud de devotos no cesaba de ir en aumento, hasta el punto de que tenían que abrirse paso a codazos para acceder hasta aquel punto del río donde las orillas se ensanchaban y formaban el pequeño lago de donde había extraído las piedras adivinatorias el elefante blanco.

- Alejaos de la orilla, el dragón que vamos a invocar ahora podría aparecer de pronto y devoraros los pies -exclamó el prefecto Li dirigiéndose a los más audaces, que, movidos tanto por la devoción

como por la curiosidad y sobre todo por ésta, no vacilaban en invadir la orilla.

Como una bandada de gorriones temerosos, todos retrocedieron unos pasos. Empezaba la mañana y las aguas, que la noche había enfriado, eran abundantes, en tanto que la superficie del río se poblaba de innumerables remolinos que se disolvían tan pronto como se formaban.

- Mi predecesor, que había recogido esa información de boca de aquel a quien había sucedido, me comunicó que las rocas adivinatorias estaban sumergidas exactamente en este punto -confirmó Pureza del Vacío dirigiéndose al Gran Censor.

- ¿Cómo puedo estar seguro de que ya no están? Y en caso de que ya no estuvieran, ¿qué fuerza milagrosa las ha sacado de esas aguas tumultuosas, oh, Pureza del Vacío? -inquirió el prefecto Li en tono como mínimo solemne.

- El que sacó las grandes rocas del agua, atadas con unas cuerdas, y con la misma facilidad que si fueran piedras pequeñas, fue el elefante blanco -exclamó la vocecita de Joya.

- Sí, fue el elefante blanco. Es alto como una montaña de nieve. Puede arrancar un árbol agarrándolo por el tronco con la trompa -confirmó Loto.

- ¡Un elefante blanco! ¡Qué cosa más rara! ¿Dónde está ese animal? -dijo Puñal de la Ley dirigiéndose a Santa Vía de los Ocho Miembros, ya que aquella descripción le hacía soñar evidentemente con el paquidermo sagrado del Único Dharma.

- Hace unos días todavía se le veía recreándose mientras comía las frutas y los brotes jóvenes de los árboles del Parque de las Peonías en el Palacio de Verano, un poco más arriba de donde estamos ahora. Si lo deseáis, os lo enseño -respondió Pureza del Vacío.

- ¿De dónde ha venido? -prosiguió el monje indio, cuyo corazón ahora palpitaba descompasadamente.

- Nadie lo sabe con seguridad. Dicen que cuida al animal un cornaca que es un curioso personaje que pulula alrededor de la emperatriz, pero yo no lo he visto nunca -respondió sobriamente el gran maestro de Dhyâna, quien tenía por principio no pronunciar nunca ninguna palabra que pudiera correr el riesgo de atentar contra la reputación de Wuzhao.

Aquel diálogo como mínimo sorprendente se desarrollaba ante los ojos sorprendidos de los devotos, que no entendían nada de lo que allí se tramaba.

- Las palabras de estos niños parecen sinceras. Por otra parte, me cuesta creer que unos niños tan pequeños sean capaces de esas mentiras, pero no tengo ninguna prueba de lo que afirman...

-prosiguió, algo dubitativo, el Gran Censor Imperial después de una rápida inspección de la orilla. La desconfianza de este último, que acababa de dirigirse a Pureza del Vacío, permanecía intacta.

- ¡Yo no soy una mentirosa! ¡He dicho la verdad! -gritó Joya estallando en sollozos.

- ¡Malo! ¡Habéis hecho llorar a mi hermana! ¡Eso no está bien! -dijo Loto, fuera de sí, tamborileando con rabia con los puños apretados en el vientre prominente del prefecto Li.

- ¡Se impone una verificación! Si las rocas no están bajo el agua, querrá decir que el paquidermo las ha sacado -se atrevió a decir Pureza del Vacío, deseoso de poner término a la disputa entre los Gemelos Celestiales y un personaje oficial tan importante como el Gran Censor del imperio del Centro.

- ¿Quién de vosotros sabe nadar? -gritó entonces el prefecto Li dirigiéndose a sus hombres, cuyas miradas acobardadas hablaban elocuentemente de sus facultades natatorias.

- Parece que no son muchos los voluntarios que quieren echarse de cabeza al río Lë... -observó con mirada burlona el Superior de Luoyang.

- A veces me pregunto cómo recluirían a mis agentes de élite. Es el colmo tener que venir hasta aquí para averiguar que no hay uno solo de mis hombres que sepa nadar. Al final tendré que ser yo quien se arroje al río para averiguarlo.

- Mi señor, puedo intentarlo yo... -farfulló, temblando, uno de sus agentes más jóvenes.

- ¡Déjalo correr, imbécil! Vas a ver de qué es capaz el prefecto Li. Mira y que te sirva de ejemplo.

Cuando el Gran Canciller Imperial comenzó a desnudarse con rabia delante de la gran muchedumbre de espectadores, todo el mundo pudo darse cuenta de que no se estaba echando ningún farol.

Que uno de los dirigentes más encumbrados del Estado se viera reducido a arrojarse de cabeza al río

para llevar a cabo sus averiguaciones era algo inaudito para aquel populacho que tenía del Gran Censorado la imagen de uno de los servicios policiales más eficaces y más temibles del imperio del Centro.

Y sin embargo, eso fue lo que ocurrió.

El prefecto Li, presintiendo que existía un embrollo por parte de Wuzhao, estaba tan deseoso de terminar sus pesquisas que, apenas se quedó con el torso desnudo, sin ni siquiera sumergir el dedo gordo del pie en el agua para asegurarse de que su temperatura era tolerable, se arrojó de cabeza al río.

- ¡Está más fría de lo que me figuraba! -exclamó antes de que el río lo sorbiera y lo condujera hasta el fondo.

Hasta la superficie del agua subieron, lentas, unas cuantas burbujas exactamente en el sitio por donde habían desaparecido los pies del prefecto tras el chapoteo formado al zambullirse. Unos instantes después reapareció su cabeza, coronada de algas.

- ¡Ved lo que mis manos han encontrado ahí abajo! -exclamó casi al borde de la asfixia.

Llevaba a rastras tras él la masa informe de un cadáver humano identificable por su esqueleto, la carne medio devorada por los peces. Una de sus tetillas, conservada como por milagro, estaba atravesada por un aro de bronce. Una piedra grande atada al cuello con un revoltillo de cuerdas parecía indicar que alguien que no quería ver reaparecer el cuerpo lo había arrojado al agua.

Dos agentes especiales se apresuraron a izar el cuerpo a la orilla en medio de los gritos de la multitud, en los que se mezclaban la sorpresa, la admiración y el horror.

Eran los restos que quedaban de Nube Loca semanas después de que el Mudo lo echara al río lastrado con una piedra atada al cuello después de estrangularlo.

- ¡Un cadáver! Es increíble.

- Apenas queda nada... -Fíjate en la tetilla perforada por un aro.

Llovían las observaciones de la gente.

- No me equivocaba al pensar que todo esto es terriblemente sospechoso -añadió el Gran Censor sin salir del agua, con aire ávido y volviendo a cobrar aliento.

- ¿Queréis que llevemos ese cadáver al depósito, señor prefecto? -preguntó uno de sus hombres indicando aquel amasijo informe de huesos y cuerdas que depositaron en la hierba de la orilla.

Pero el Gran Censor Imperial, impaciente por explorar la capa de limo donde ya había encontrado un elemento tan interesante como aquel cadáver de la tetilla perforada, convencido de que había levantado la liebre, se había vuelto a zambullir sin más demora en las turbulentas aguas del Lě.

Todos ahora contenían el aliento, a excepción de los Gemelos Celestiales, que estaban deshechos en llanto, aterrados ante la visión de aquel cadáver medio descompuesto, y apenas si atendían a las palabras de consuelo de los monjes hinayanistas Puñal de la Ley y Santa Vía de los Ocho Miembros.

Los dos niños acababan de ver cómo sacaban de las aguas el cadáver de su propio padre. Pero eso no lo sabrían jamás.

Por otra parte, eso ahora ya no tenía ninguna importancia: su condición de dioses vivientes, en Luoyang, los libraba de toda indagación encaminada a conocer su filiación.

Pureza del Vacío, en cambio, estaba contrariado: ¿qué hacía aquel cadáver en las aguas del Lě?

Era un hecho que los misterios no paraban de acumularse y complicarse.

En cuanto al Gran Censor Imperial, nadie sospechaba que el hecho de haberse zambullido tan súbitamente en las frías aguas del río le había provocado un paro cardíaco.

Transcurrieron largos minutos sin que reapareciera el Gran Censor, por lo que fue creciendo la inquietud entre el público cada vez más numeroso, ya que la noticia del descubrimiento de un cadáver se había propalado como un reguero de pólvora y todo el mundo intentaba abrirse paso a codazos para contemplar aquel cadáver hecho jirones.

- Es curioso que el Gran Censor Imperial no suba a la superficie -dijo exhalando un suspiro Puñal de la Ley al cabo de un momento.

De las profundidades del río Lě no parecía subir nada a la superficie.

- Estoy inquieto. Hace mucho rato que habría debido sacar la cabeza fuera del agua para respirar. A

menos que haya sido pez en una existencia anterior -añadió Pureza del Vacío en tono cansado y agobiado a la vez.

Poco a poco la multitud se fue dejando ganar por la consternación y cundió la idea de que el dragón del río Lě era el responsable de lo que había ocurrido al imprudente prefecto Li, pese a que éste era un hombre que no gozaba de la simpatía ni de la conmiseración de nadie.

Sólo sus agentes, persuadidos sin duda de que su jefe era insumergible, no parecían particularmente inquietos, hasta que el más joven les gritó:

- Hatajo de imbéciles, ¿acaso no veis que si nuestro jefe no sale es porque hay algún elemento imprevisto que se lo impide? -y después se sumergió a su vez en el río y desapareció en el agua tan rápidamente como el Gran Censor.

Transcurrido un tiempo, unos y otros tuvieron que rendirse a la evidencia: el joven agente especial, al igual que el Gran Censor Imperial, se había ahogado en las verdosas aguas del Lě. Ni uno ni otro volverían a asomar nunca más a la superficie, lo que haría imposible cualquier verificación destinada a averiguar si las piedras sagradas seguían en el lecho del río o si el elefante las había arrancado de él, tal como aseguraba la Gemela Celestial.

- ¡Volved a vuestras casas! ¡Aquí ya no queda nada más que ver! ¡A esos dos hombres se los ha tragado el río! -exclamó la potente voz de Pureza del Vacío, lo que tuvo como efecto que la mayoría de los curiosos decidieran abandonar aquellos lugares.

- La observación es también válida para vosotros. Yo en vuestro lugar, iría a avisar a vuestros superiores antes de que esto se ponga feo -añadió el gran maestro de Dhyâna dirigiéndose a unos agentes especiales que acababan de descubrir el alcance del desastre que se les había venido encima como resultado de la desaparición de su jefe.

Se fueron, pues, sin pedir más explicaciones.

- En cuanto a ese cadáver medio devorado por los peces, ¿no habría que proceder a su incineración? Eso hacemos en mi país, la India, cuando encontramos en la jungla cuerpos humanos despedazados por los tigres -propuso el primer acólito del difunto Buddhabadra inclinándose sobre el cuerpo de su asesino.

- ¡Excelente idea! Voy a dar las órdenes oportunas -le respondió el gran maestro de Dhyâna.

- El señor se ha equivocado al no dar crédito a nuestras palabras. Las rocas estaban en el agua precisamente en ese mismo sitio cuando las sacó el elefante blanco. ¡Es la pura verdad! -exclamó Joya con los ojos inundados de lágrimas.

- Hijos míos -murmuró Pureza del Vacío-, contrariamente a la pérdida de su joven agente, a quien su generosidad e inconsciencia han llevado a cometer un acto irreparable, la desaparición del Gran Censor no tiene ninguna importancia. Ese hombre se dedicaba a sembrar el mal y a propagar el terror... Os aseguro que se reencarnará en una criatura que por fuerza tiene que ser mejor que él. En todo caso, es todo el mal que le deseo...

Cuando, de regreso al monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales, impresionados por las emociones vividas aquella jornada, entraron en el Parque de las Peonías Arborescentes, Puñal de la Ley se quedó de una pieza ante la visión del paquidermo albino, tal como lo habían descrito al prefecto Li los Gemelos Celestiales, tranquilo y atado a una estaca, y rodeado por un buen número de palafreneros que lo atendían.

Para protegerlo de la radiación solar, el elefante blanco, que llevaba una gruesa cadena de oro puro colgada del cuello, había sido alojado bajo una garita. Al lado del animal, un joven servidor de la casa imperial le ofrecía una bandeja llena de bananas y mangos.

- Se trata con toda seguridad del elefante blanco de mi monasterio. No hay otro igual a él. ¡Lo reconocería entre mil! Ha sido un verdadero milagro encontrarlo en la corte de China -exclamó el primer acólito de Buddhabadra, que se había acercado al animal para examinarle detenidamente los colmillos y la trompa.

- ¡Es evidente! Sé que no hay otro animal como éste. Sus ojitos rojos parecían reír cuando yo iba a llevarle plátanos a la elefantería del convento del Único Dharma -añadió Santa Vía de los Ocho Miembros, a quien el paquidermo hacía carantoñas con su colosal cabeza cubierta de protuberancias.

- A buen seguro que, si pudiese hablar, nos contaría un montón de cosas apasionantes. ¿Qué milagro hace que se encuentre aquí? ¡Sólo él lo sabe!

- Ese elefante blanco como la nieve sacó las piedras del agua. No sé por qué no lo ha creído el señor Li. ¡El señor Li era un antipático! -concluyó la encantadora niña.

- Joya ha dicho la verdad -añadió su hermano Loto ante la mirada enternecida de Puñal de la Ley y de Santa Vía de los Ocho Miembros.

También los Gemelos Celestiales se habían precipitado hacia aquel animal al que su increíble pelaje daba el aspecto de una divinidad. Había que ver con qué satisfacción el paquidermo sagrado de Peshawar acogía las caricias de los dos hijos de Manakunda y Nube Loca, extasiados delante del «elefante de tía Wu».

- Es hora de volver al monasterio, queridos niños. Pronto será hora de comer -les indicó Pureza del Vacío.

Regresaban, pues, al monasterio cuando ante ellos aparecieron las siluetas de dos hombres, uno con la mano apoyada en el hombro del otro.

- ¡Ramahe sGampo y el lama sTod Gling! -exclamó Puñal de la Ley, quien los reconoció instantáneamente antes de echar a correr hacia ellos.

- ¡No es posible! ¡Gracias sean dadas al Santo Buda! ¡El lama ha llegado a buen puerto! -murmuró con la voz teñida de emoción el gran maestro de Dhyâna.

- Acabamos de llegar. ¡Es largo el camino desde el país de Bod! También tú estás aquí para la hora de la verdad. Has hecho honor a tu palabra y eso está bien -respondió el viejo lama ciego dirigiéndose al monje de Peshawar, cuya voz había reconocido-. ¿Qué tal tu regreso a tu país, oh, Puñal de la Ley?

- Muy mal. Por poco me ajustician al llegar al Único Dharma. Uno de mis antiguos cofrades se ha instalado en el puesto de Buddhabadra. Quiere dirigir el convento a su antojo. ¡Aquella ya no es mi casa!... -murmuró el primer acólito.

- ¡No me habías dicho nada de todo eso! -exclamó Pureza del Vacío, consternado ante sus palabras.

- Ya os advertí que, llegado el momento, me reservaba el derecho de contarlo todo.

- ¡Tienes que hacer valer tus derechos! Un monje no puede usurpar el poder en detrimento del heredero espiritual del Superior cuando éste ha muerto -prosiguió el gran maestro de Dhyâna.

- Los monjes del convento del Único Dharma están desamparados y ya no saben a qué bodhisattva acogerse. Buddhabadra partió un buen día sin dar la menor explicación dejando la comunidad a merced del miedo y sumida en la aflicción. El monje usurpador, Joya de la Doctrina, no tardó en aprovecharse de esta inquietud -explicó Puñal de la Ley.

- Joya de la Doctrina sacó partido de la desgracia y del caos en los que se había sumido la samgha del Único Dharma como consecuencia de la desaparición del maestro Buddhabadra -se lamentó Santa Vía de los Ocho Miembros.

Pureza del Vacío quedó anonadado ante aquellas confidencias. ¡Si lo hubiera sabido! Era indudable que, entonces, se hubiera comportado de manera más responsable y digna.

No paraba de decirse que la lamentable maniobra que había decidido llevar a buen término con Buddhabadra sin avisar previamente a Ramahe sGampo no paraba de tener consecuencias nefastas sobre muchísimos inocentes...

Ya habían llegado al monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales, donde Pureza del Vacío los condujo de inmediato al refectorio. Un grupo de monjes y de novicios estaban terminando el cuenco de sopa que era toda su comida. El gran maestro de Dhyâna los hizo sentar y pidió al cocinero que trajera unos cuencos de arroz untuoso y perfumado, la única comida algo refinada que se permitía.

- ¿Qué te haría falta para volver a tu casa y meter en cintura a ese monje tan poco honrado? Yo estaría dispuesto a encender diez mil cirios si hiciera falta para que te hicieran justicia, ¡oh, Puñal de la Ley! -le confió Pureza del Vacío, cuya indignación no era fingida.

- Bastaría con un nuevo concilio de Lhasa para que todo volviera a sus cauces. Tan sencillo como eso -murmuró el primer acólito del convento del Único Dharma clavando sus ojos en los del gran maestro de Dhyâna.

- Tardará tiempo en celebrarse -suspiró el Superior de Luoyang con voz cansada y casi desesperada.
- Tal vez no... -dijo en tono misterioso el monje hinayanista de Peshawar.
- Ojalá que el Bienaventurado te oiga... ¡Cómo añoro la época de aquellos concilios! Entonces, por lo menos, estábamos unidos. Querría borrar las nubes que han oscurecido nuestras relaciones

-añadió Pureza del Vacío.
 Ramahe sGampo, pese a su ceguera, se secó una lágrima. Pureza del Vacío jamás se había expresado en esos términos acerca de los concilios de Lhasa. Aquel hombre no era ya aquel gran religioso cerebral, tan celoso de los intereses de su Iglesia que se le habría podido calificar de puntilloso. Ahora era un hombre de corazón. Ramahe sGampo acababa de descubrir que su colega del Mahâyâna se había convertido a su vez.

MONASTERIO DEL RECONOCIMIENTO DE LOS BENEFICIOS IMPERIALES, LUOYANG

Era un milagro que se encontrasen todos reunidos en la hora de las aclaraciones y de la desaparición de las dudas, que había sonado por fin.

Algunos estaban allí por azar y otros porque lo deseaban.

Estaban presentes aquellos que, por razones que obedecían a la desconfianza y a la tentación de actuar en beneficio propio -o de predicar para la parroquia propia- se habían ocultado mutuamente la verdad.

Pero estaban también los otros, los que nada tenían que ver con lo que había ocurrido pero habían sufrido las consecuencias, a veces con gran perjuicio para ellos.

En la gran sala de oraciones del monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales se habían reunido para la última confrontación, el desenlace tan esperado de la suma de los enigmas cuya clave sólo algunos poseían en parte y en la que había servido de hilo conductor la Ruta de la Seda.

Entre la China central, el País de las Nieves -o de Bod-, Peshawar y la India del Norte, los oasis de Dunhuang, Turfan, Hami, Kashgar y Hetian, sin olvidar Palmira y Bagdad, era poco decir que unos y otros habían recorrido en todos los sentidos aquella ruta de los caravaneros que permitía a Occidente y a Asia comerciar y sobre todo dialogar.

En el estrado de cedro que relucía como si fuera de laca a fuerza de haber sido encerado por los novicios, se enfrentaron Puñal de la Ley y Santa Vía de los Ocho Miembros, Ramahe sGampo y el lama sTod Gling con Pureza del Vacío.

En un estrecho banco de teca, ocupado habitualmente por monjas y novicios y situado al pie del estrado, se sentaban Luna de Jade y Punta de Luz, así como Umara y Cinco Prohibiciones. Detrás de ellos, el ma-ni-pa estaba al cuidado de Lapika, la perra amarilla, agazapada junto a sus piernas como si tuviera conciencia de que aquel momento era particularmente solemne e importante.

Discretamente, en un banco más retirado, estaban sentados Addai Aggai y Cargamento de Quietud. La voz gutural del gran lama ciego resonó como un tambor de lluvia en la inmensa sala de oración donde el chino y el tibetano, a cual más ascético, estaban sentados frente a frente en la postura del loto.

- Espero que hayas dormido bien, Ramahe sGampo -saludó Pureza del Vacío al viejo lama ciego a guisa de bienvenida.

- El cansancio del viaje hace necesario el reposo, especialmente a nuestra edad. La noche ha sido apacible y reparadora.

- Sólo puedo tener elogios ante tu coraje por haber realizado este periplo para llegar hasta aquí.
- Necesitaba hablar de viva voz contigo. Nos debemos algunas explicaciones. Ahora entre nosotros hay un muerto, nuestro colega Buddhabadra. Estimo, por mi parte, que esa muerte está de más -murmuró con voz lenta el viejo lama de Samyé.
- Espero de corazón que el Bienaventurado le haya permitido emigrar a una envoltura carnal que lo acerque al nirvana, sean cuales fueren sus faltas.
- Pienso lo mismo que tú. Paz a sus cenizas y que tenga buen viento su alma. No es de la muerte de Buddhabadra de lo que vamos a tratar hoy, sino de ti y de mí, de nuestras relaciones, que no brillan por su claridad, de lo que hemos dicho y de lo que hemos callado. A nosotros nos corresponde puntualizar las cosas y revelarnos mutuamente la verdad -dijo a Pureza del Vacío su viejo colega tibetano.
- Creo, en efecto, que este objetivo es el bueno. De lo contrario, la duda y la sospecha seguirían sembrando cizaña entre nosotros. Nunca te agradeceré bastante que hayas tomado la delantera -respondió con dulzura el gran maestro de Dhyâna.
- Tan sólo de ti depende restablecer la confianza que unos actos indebidos consiguieron destruir. Sabes muy bien a qué me refiero -dijo Ramahe sGampo con aquella voz suya que parecía salir de ultratumba.

Que Pureza del Vacío no respondiera demostraba su turbación. Los reproches que se hacía a sí mismo el Superior de Luoyang eran muchos y su interlocutor tenía la habilidad de poner el dedo en la llaga.

- Si quieres que comprenda tus palabras, tienes que ser más explícito, Ramahe -acabó por mascullar el Superior de Luoyang.
- Desde el principio, cuando vine por vez primera aquí para hablar contigo, tardé mucho en convencerte de la utilidad de organizar los concilios de Lhasa. Sin duda temías que tu Iglesia, la más populosa y poderosa, cediera ventajas a sus compañeras. Y sin embargo, corresponde siempre a las entidades más fuertes hacer el primer gesto hacia las más débiles. La soberbia es mala consejera. El que hoy es grande, mañana puede ser pequeño, y viceversa.
- Mentiría si negara tus palabras, Ramahe. El Gran Vehículo, en aquella época, ya estaba en plena expansión. Pero a pesar de mis reticencias, acepté el juego que me proponías -protestó el dirigente del Mahâyâna chino. Tus palabras y tu actitud me convencieron de lo bien fundado de aquellas reuniones decenales y de sus verificaciones quinquenales.
- Si quieres, entre las tres corrientes del budismo puede volver a asegurarse la paz y la concordia. Es mucho más fuerte lo que nos une que lo que nos separa -dijo el viejo lama, deseoso de pasar a los hechos.
- Tu análisis coincide con el mío. Pero sin las «prendas preciosas», nada es posible. Y no es porque no haya tratado de recuperarlas. Llegué incluso a hacer venir hasta aquí, sin pedirle parecer, aunque ahora lo lamento desde el fondo de mi corazón, a la hija de Addai Aggai. ¡Y no sirvió de nada! -dijo el gran maestro de Dhyâna.

Señaló a Umara, tan feliz de haber reencontrado a Cinco Prohibiciones que, pese a lo grave de las circunstancias, tenía su hermoso rostro y sus ojos bicolores iluminados por una sonrisa encantadora.

- Os he perdonado, maestro Pureza del Vacío. Vos creáis obrar bien, a pesar del daño que esto nos causó a Cinco Prohibiciones y a mí -respondió la joven cristiana nestoriana.
- En lo que a mí concierne, no podría guardaros rencor. Quien violó la regla monástica fui yo. Aparte de que nunca podré agradeceros bastante que me hayáis relevado de mis votos -exclamó Cinco Prohibiciones, que sostenía con mano firme la de la joven cristiana nestoriana.
- Están todas aquí, en la bolsa de viaje del lama sTod Gling -anunció, indiferente, Ramahe sGampo. Su asistente tendió al Superior de Luoyang la gran bolsa de piel de yak que llevaba colgada del hombro.
- ¿Te refieres a las «prendas preciosas» de los concilios de Lhasa? -murmuró Pureza del Vacío con voz temblorosa.
- ¡Eso digo! Son incluso la razón esencial que me ha permitido, a pesar de mi edad avanzada, venir a verte y pedir a Puñal de la Ley que estuviera presente en nombre del Pequeño Vehículo debido a

la trágica muerte del representante de esa Iglesia...

- ¡Es un verdadero milagro! -exclamó, atónito, Pureza del Vacío, que se había quedado extrañamente pálido.
- No soy yo quien lo dice, pero el Bienaventurado Buda vela por nosotros.
- ¿De modo que has recuperado la prenda del lamaísmo tibetano que el pillo de Nube Loca tenía guardada? -exclamó el gran maestro de Dhyâna, que iba de sorpresa en sorpresa.
- ...Y cuya ausencia hizo naufragar nuestra última reunión intermedia -terminó el anciano ciego.
- ¿Cómo la has conseguido?
- ¡Sin buscarla! Pero las tres «prendas preciosas» han acabado por volver a Samyé.
- ¿También el Sutra de la Lógica de la Vacuidad Pura?
- Las reliquias aparecieron al mismo tiempo, como si lo hubiera ordenado el propio Bienaventurado a quienes las retenían.
- ¿A quién te refieres?
- A Cinco Prohibiciones para el sutra que tú le pediste que fuera a buscar y a un muchacho chino llamado Bruma de Polvo para los Ojos de Buda y el mandala del Vajrayana.
- ¡Qué alegría! En cuanto a mí, es preciso que sepas, Ramahe, que mi manera de ver las cosas ha cambiado.

El más célebre maestro de Dhyâna de Luoyang y de toda la China lucía en su rostro una sonrisa de niño.

- ¡Me permito dudarlo! A fuerza de reflexionar en el inexplicable comportamiento de Buddhabadra, acabé por llegar a la conclusión de que tú y él habíais hecho un pacto a mis espaldas -concluyó con tristeza el viejo lama ciego.

- Yo tenía la extraña impresión de que Buddhabadra nos escondía algo importante y llegué a pensar que trataba de engañarnos a ti y a mí -farfulló, turbado, Pureza del Vacío.

- Es preciso dejar de enconar la herida.

- Si mi conducta no fue ejemplar en todos los aspectos, fue sólo para preservar los intereses del Gran Vehículo, que yo creía amenazados -dijo el gran maestro de Dhyâna, abrumado por los remordimientos.

- La falta de confianza es un pecado, Pureza del Vacío, porque anula toda noción de compasión.

Pero la compasión del Bienaventurado Buda lleva a perdonar a todos aquellos cuyo arrepentimiento es sincero.

- Si quieres decir con eso que no soy más que un vulgar pecador, no seré yo quien desmienta tus palabras -murmuró Pureza del Vacío, cuyos ojos se habían convertido en una fuente de lágrimas. Entre la asistencia, atónita, no había nadie que hubiera visto nunca al Superior de Luoyang en aquel estado.

- Tu llanto es un primer paso hacia el camino de la salvación, Pureza del Vacío -admitió el tibetano ciego.

- ¿No te parece que Buddhabadra nos hizo una extraña jugada?

- Es evidente.

- No tienes más que pensar en los esfuerzos que tuvimos que hacer para obligarlo a que nos trajera los Ojos de Buda cuando hasta entonces se contentaba con traernos tan sólo la Santa Pestaña del Bienaventurado...

- Verdad es que la suerte había dado por resultado que cada Iglesia tuviera su propia reliquia. De pronto, las prendas dejaron de serlo -respondió Ramahe sGampo.

La voz del viejo lama temblaba imperceptiblemente, como si la respuesta que acababa de dar a su compañero no fuera completa.

- Todo partió de ahí, en efecto, y de la ausencia inexplicada de Nube Loca... -murmuró, pensativo, Pureza del Vacío, después de lo cual continuó con sus explicaciones:- La noche misma de la reunión fallida a causa de la ausencia del vidente y del mandala sagrado, Buddhabadra y yo estábamos sentados en uno de los bancos de piedra del patio principal de tu monasterio. Me obligó entonces a tomar una decisión: me daba los inefables Ojos de Buda, lo que me permitiría guardarlos aquí mismo en un relicario, en el altar principal de esta sala de oración. No sé si te das cuenta de que,

con aquella reliquia única que ya habían venerado millones de adeptos indios, podía convertir mi monasterio en el centro de fe búdica más grande del mundo. ¿Qué habrías hecho tú de estar en mi lugar, Ramahe sGampo?

- En todo trato hay siempre una contrapartida. ¿Qué debías dar a cambio a Buddhabadra? ¿El Sutra de la Lógica de la Vacuidad Pura? -preguntó el viejo lama ciego, aunque sin responder a la pregunta que el otro le planteaba.

- Me pidió que le facilitase moreras y huevos de gusanos de la seda. Tenía intención de instalar en Peshawar una hilandería y una fábrica de tejido de seda. Consideraba que aquél era el único medio a disposición del convento del Único Dharma para ganar mucho dinero. ¡El suficiente para comprar cantidad de reliquias santas!

- Recuerdo que en vuestro despacho, cuando me enviasteis a Samyé, tuve ocasión de ver, maestro Pureza del Vacío, una morera -exclamó entonces Cinco Prohibiciones.

- Tienes buena memoria y gran talento para la observación, joven amigo.

- Pero ¿por qué estaba dispuesto a intercambiar reliquias tan preciosas como los Ojos de Buda por un medio de procurarse otras que forzosamente tenían que ser menos prestigiosas? -dejó escapar el ayudante de Pureza del Vacío, a cuyos ojos parecía contradictoria la conducta de Buddhabadra.

- Lo comprenderás en seguida -le murmuró al oído Puñal de la Ley, que bajó con presteza del estrado.

- ¡Y tú aceptaste esa increíble proposición! ¡Qué candidez la tuya! -dijo Ramahe sGampo.

- Ahora tengo, en efecto, ciertas dudas sobre la sinceridad de nuestro difunto compañero. Y tanto más porque, después de haber obtenido mi consentimiento, trató de retirar su promesa, ofreciéndome la Santa Pestaña del Bienaventurado.

- Decididamente, era una costumbre en él utilizar su divina Pestaña en lugar de sus divinos Ojos -intervino Cinco Prohibiciones.

- Supongo que tú rechazaste el cambio -prosiguió Ramahe sGampo.

- Por supuesto. ¿Acaso se pueden comparar los Ojos de Buda, que son únicos, con una de sus innumerables Pestañas, que enriquecen miles de relicarios de los monasterios búdicos a todo lo largo de la Ruta de la Seda? -exclamó el maestro de Dhyâna como si hubiera que dar por sentadas sus palabras.

En la gran sala de oración todos escuchaban devotamente las palabras que se intercambiaban los dos jefes de Iglesia.

- Ante mi negativa -prosiguió el gran maestro-, Buddhabadra prometió que él en persona me traería a Luoyang los Ojos de Buda tres meses más tarde, tiempo necesario para que yo me procurase los huevos de la oruga bómbrice y las moreras. Para cerrar el trato con más seguridad, me pidió que dejase en depósito en Samyé mi sutra precioso, a lo que me avine de buena gana pese a tratarse de una concesión importante.

- Era el precio que había que pagar para ganarse la confianza de Buddhabadra -dijo Ramahe sGampo.

- No olvides que el mandala, «prenda preciosa» de tu Iglesia, no estaba en la Triple Cesta.

¿Recuerdas que cada uno acabó por sospechar del otro que estaba en connivencia con Nube Loca? -se lamentó Pureza del Vacío, que trataba de justificarse.

- De hecho, existían razones para provocar todas las sospechas posibles -admitió tristemente Ramahe sGampo.

- En cuanto a mí, movido por mi deseo de proteger los intereses del Gran Vehículo, me faltó lealtad y transparencia contigo. Créeme si te digo que ahora lo lamento amargamente.

- Esos Ojos de Buda que le habíamos reclamado a voz en cuello al final han servido para sembrar la cizaña entre nosotros. Si lo hubiera sabido... -exclamó, no sin cierta amargura, Ramahe sGampo dejando entender con sus palabras que, en aquel asunto, tampoco él estaba libre de culpa.

- A decir verdad, esos dos diamantes inefables me subyugaron. La primera vez que Buddhabadra me los puso en la mano brillaban como llamas, hasta el punto de que temí quemarme la mano -murmuró el gran maestro de Dhyâna.

Tenía tantos remordimientos que no se había dado cuenta del cable que acababa de tenderle su

colega, deseoso como él de aligerar su conciencia.

- ¡Y sin embargo no son más que bisutería! -concluyó Puñal de la Ley en el tono más tranquilo del mundo desde el pie del estrado donde se encontraba, al lado de Cinco Prohibiciones.

- Puñal de la Ley, ¿qué dices? -preguntó, contrariado, Pureza del Vacío.

- Eso sólo me sorprende a medias. Ya estaba sospechando algo -añadió con voz cavernosa el viejo lama ciego.

- Lo sé gracias a una conversación muy útil con el artesano joyero al que Buddhabadra visitó, en la ciudad vieja de Peshawar, para hacer valorar las mencionadas piedras preciosas...

- ¿Te refieres al hombre que fue a verte al convento del Único Dharma? -le espetó Santa Vía de los Ocho Miembros.

- ¡El mismo! Ese hombre quería verme urgentemente. Me lo contó todo -explicó el monje de Peshawar.

- Por tanto, aunque fuimos recibidos como perros, nuestro periplo a Peshawar no habrá sido inútil -añadió su compañero de ruta turfanés.

En la inmensa sala de oración, los participantes en la gran sesión de explicación retenían el aliento, conscientes de que iban a enterarse del quid de la cuestión.

- Yo ya había tratado de localizar a este hombre en el barrio de los joyeros cuando volví de mi primera expedición en busca de Buddhabadra. Fui a ver al albañil que cada cuatro años se encarga de descubrir el escondrijo del gran relicario donde se guarda el cofrecillo de los Ojos de Buda para comprobar que últimamente no lo había tocado. Tras haberme jurado que, desde la última Gran Peregrinación, no había vuelto a subir a la torre de Kaniska, el albañil me dijo que había visto a Buddhabadra entrar en la tienda de un artesano joyero situada al otro lado de la calle. Por desgracia, no me fue posible ponerme en contacto con él porque se había mudado.

- Y avisado de tu paso por la casa del mencionado albañil, fue a verte para vaciar su corazón -exclamó Ramahe sGampo como si supiese ya lo que iba a revelarle Puñal de la Ley.

- El hombre, a quien la finura de sus manos así como los instrumentos que le colgaban del cinto traicionaban sin lugar a dudas su condición de tallador de piedras preciosas, me habló de la visita del maestro Buddhabadra. Añadió también que, desde aquel momento, tenía tanto miedo que vivía recluido en su pueblo natal y que, en efecto, sólo el albañil de Peshawar sabía dónde residía.

- Y quería aligerarse del pesado secreto que jamás se había atrevido a revelar a nadie, tal como Buddhabadra le había intimado que hiciera.

- Exactamente. El joyero me dijo que una noche en que, a costa de mil precauciones, terminaba de tallar un enorme rubí «sangre de paloma», recibió la visita del maestro Buddhabadra. El Superior de nuestro monasterio llevaba puesta una capucha, que sólo se retiró cuando el joyero tallador de piedras preciosas hubo cerrado la puerta. Le dijo a modo de explicación que no quería que lo reconocieran.

- Tu difunto Superior fue a ver a aquel artesano para pedirle opinión acerca de los dos diamantes llamados «Ojos de Buda» -suspiró Ramahe sGampo con voz cansada.

- Los sacó de una bolsita como si fuera un conspirador e hizo jurar por sus hijos al tallador de piedras preciosas que no revelaría a nadie su visita. Seguidamente le preguntó cuánto le parecía que podían valer aquellas dos piedras...

- El artesano me aseguró que le bastó una mirada para detectar que los Ojos de Buda no eran, en realidad, más que dos vulgares cristales de roca. Sin embargo, estaba tan cohibido que no se atrevió a revelar aquella superchería a Buddhabadra, quien se dio cuenta de su turbación y le exigió que le explicara la causa de su actitud.

- Una revelación así debió de aniquilarlo -murmuró Pureza del Vacío, pasmado ante la explicación de Puñal de la Ley.

- Según dijo el artesano joyero, al principio se enfadó y objetó que era rigurosamente imposible tratándose de reliquias de tanta importancia. Entonces, para confirmar su diagnóstico, el joyero le demostró que bastaba la punta de su cuchillo para rayar las dos piedras.

- Es un hecho que el diamante puro no se puede rayar, lo mismo que el jade, a no ser utilizando el mismo material -exclamó Pureza del Vacío.

- Lo comprobaréis ahora mismo...

El lama sTod Gling sacó de su bolsa de viaje el corazón de sándalo y, de él, las gemas. Después las hizo circular de mano en mano. En ambas aparecía, en la misma faceta, la fina y casi imperceptible raya que había dejado la punta del cuchillo del tallador de gemas de Peshawar.

- Es indudable. Las dos piedras fueron rayadas en el mismo sitio -asintieron a coro Cinco Prohibiciones y Umara.

- ¡Vaya estafador ese Buddhabadra! -exclamó, furioso, el lama sTod Gling, que no se había expresado todavía.

- O mejor dicho, qué inventiva y qué valentía por su parte. De todos modos, él no tiene la culpa de que esas piedras sean falsas. Imagino sobre todo el profundo pesar que debió de sentir cuando descubrió el secreto, teniendo en cuenta que vos le habíais encargado que llevase a Samyé los Ojos de Buda. Lamento enormemente que tuviera que guardarse esa tragedia para él solo. Después de haber sospechado lo peor en relación con él, acabé por decirme que mi antiguo Superior, enfrentado a una situación tan nueva, quiso también preservar a su manera los intereses de su monasterio -exclamó su fiel primer acólito.

- ¡Veo que te conviertes en abogado defensor de tu maestro! La lealtad es encomiable. Pero, dicho sea de paso, no estoy seguro de que la causa de este hombre sea defendible -le replicó, bastante nervioso, el tibetano.

- Hay una pregunta que sigue sin respuesta: ¿por qué razón tuvo necesidad Buddhabadra de hacer valorar los Ojos de Buda? -preguntó Cinco Prohibiciones, cuya pregunta no tenía nada de inocente.

- Es un hecho que, de no haber procedido de ese modo, nadie habría sabido nunca que los Ojos de Buda no eran más que vulgar cristal de roca -dijo Umara en tono de aprobación.

La sala de oración se sumió ahora en un silencio de muerte.

- Yo soy la causa. Me corresponde, pues, revelaros lo que no sabéis todavía... ¡Hoy hay que decirlo todo! -acabó por murmurar el viejo ciego tibetano.

- Os escuchamos, maestro Ramahe sGampo -exclamó Cinco Prohibiciones.

- Para tener la seguridad de que me traería los Ojos de Buda, quise engolosinar a Buddhabadra diciéndole que, en caso necesario, podría pagarle mucho dinero. Ésta es la verdad y no es brillante. Y creedme que lamento mi comportamiento tanto como Pureza del Vacío lamenta el suyo -dijo el Superior de Samyé, cuya voz se quebró a causa de los remordimientos tanto como la del Superior de Luoyang.

- ¡Es el colmo, maestro Ramahe sGampo! ¡También vos habéis manipulado a Buddhabadra! -gritó, indignado, Puñal de la Ley.

- Mi proposición no era más que pura táctica. Os lo puedo jurar en nombre del Bienaventurado.

- Pero debió de surtir efecto, como lo prueba su decisión de hacer valorar las piedras -concluyó Pureza del Vacío.

- Si no la hubiera hecho, seguro que no habría traído los Ojos de Buda a Samyé.

- La jugada fue buena, puesto que los trajo.

- Atormentado por los remordimientos, yo tenía intención de decirle que todo había sido pura táctica por mi parte, pero no acudió a la cita que yo le había fijado después del fracaso de la reunión intermedia. Se fue de Samyé sin que pudiéramos tener una explicación -concluyó con tristeza el viejo lama ciego.

- Recuerdo muy bien que el maestro Ramahe sGampo descansaba cuando Buddhabadra solicitó una entrevista personal y yo se la fijé para el día siguiente. ¡Pero ya se había ido de Samyé! -añadió el lama sTod Gling volando en socorro de su Superior.

- Es que entretanto él y yo habíamos pactado un acuerdo diferente -dijo Pureza del Vacío.

- No hago sino imaginar la angustia de ese hombre que cayó en su propia trampa -exclamó Cinco Prohibiciones-. Era evidente que Buddhabadra distaba mucho de sospechar que los Ojos de Buda eran unas piedras sin valor alguno. Y cuando las tuvo en su poder y pensaba que sacaría un buen dinero de Ramahe sGampo, descubrió que no eran más que cristal de roca.

- ¡Y a partir de ahí todo empezó a ir de mal en peor! -añadió Umara.

- Seguro que consideró que ya era demasiado tarde para rectificar -alegó Puñal de la Ley.

- ¡Eso no le impedía decir la verdad! Cada cosa en su sitio... -le replicó la joven cristiana.

- Debía de tener miedo de confesar al maestro Pureza del Vacío que había aceptado la proposición del maestro Ramahe sGampo -replicó el primer acólito, que había optado por defender lealmente con uñas y dientes la memoria de su Superior.

- Entonces cometió el trágico error de intentar sacar el mejor partido posible de aquella calamidad que acababa de abatirse sobre su monasterio. De ahí que recurriera al elefante blanco, el único habilitado para el transporte de las santas reliquias, para hacer el viaje a Samyé. El pobre Buddhabadra quería evitar que se despertara la más mínima sospecha, tanto en Samyé, con Ramahe sGampo, como en Peshawar, donde la comunidad del Único Dharma se encontraría completamente perdida al saber que los Ojos de Buda no eran más que unas vulgares piedras sin valor alguno -concluyó Cinco Prohibiciones.

- Mi Superior habrá sido víctima del exceso de celo de sus colegas, que hicieron pasar los intereses de sus capillas por delante del pacto del concilio de Lhasa -exclamó Puñal de la Ley, a quien no disgustaba dar su opinión a los dos Superiores.

- ¿No sería hora de recuperar el espíritu que presidía esos concilios? Entre los que creen en la Noble Verdad del Santo Buda es preciso que reine la confianza -concluyó Cinco Prohibiciones con voz firme.

- Estoy en condiciones de conocer los estragos de los cismas y de las luchas intestinas entre religiones que, al fin y al cabo, creen en el mismo Dios -murmuró Addai Aggai con voz lo bastante alta para que lo oyesen todos.

- En nombre de la memoria de mi maestro, que inmoló su vida... confirmo las palabras de mi amigo Cinco Prohibiciones. Debemos recuperar el espíritu de tolerancia y confianza que presidía los concilios de Lhasa -añadió el antiguo acólito del Inestimable Superior asesinado.

- Por mi parte, estoy dispuesto a ello. Precisamente por ese motivo he querido hacer este viaje desde Samyé -respondió Ramahe sGampo.

- ¡También yo! -exclamó como un eco Pureza del Vacío.

- Pero ¿quién va a reemplazar a Buddhabadra? -inquirió con toda ingenuidad, como era habitual en él, el monje Santa Vía de los Ocho Miembros.

Los dos superiores se acercaron mutuamente un momento como si se dispusieran a celebrar un breve conciliábulo.

- Esas pruebas han hecho de ti un interlocutor insoslayable, Puñal de la Ley. Ramahe sGampo y yo estimamos que te corresponde representar ahora al Pequeño Vehículo en el ritual del concilio de Lhasa -exclamó el Superior de Luoyang.

- Lo considero justo -dijo Cinco Prohibiciones.

- ¡Om! Yo también -añadió el ma-ni-pa.

- Cuando vuelvas a Peshawar y les des la noticia, te acogerán como un héroe. Tu rival no tendrá más remedio que desaparecer... -añadió el lama sTod Gling.

- ¿O sea, que me aceptaríais como vuestro igual? -murmuró Puñal de la Ley, a quien la emoción había puesto un nudo en la garganta, dirigiéndose a los dos compungidos Superiores.

- No será más que un acto de justicia -exclamó Ramahe sGampo.

- Pero es que yo no sé nada del ritual del concilio de Lhasa. Buddhabadra, el aficionado a los tapujos, tuvo siempre mucho cuidado de no hablarme de esas reuniones secretas.

- ¿Qué dirías si lo celebrásemos sin esperar más tiempo? -propuso entonces Pureza del Vacío.

El lama sTod Gling dejó sobre una mesa los Ojos de Buda del Pequeño Vehículo, el Sutra de la Lógica de la Vacuidad Pura del Gran Vehículo y el mandala sagrado del Vajrayana del lamaísmo riberano. Después el lama extendió con todo cuidado el pañuelo de seda del Vajrayana y colocó en su mismo centro, de modo que lo separase en dos territorios de igual superficie, el rollo del Sutra de la Lógica de la Vacuidad Pura. Para terminar, puso a cada lado del mismo en posición equidistante las santas gemas de los Ojos de Buda.

El conjunto parecía ahora una máscara: el rollo la nariz y las piedras los ojos.

- Pero si sólo son cristal de roca, ¿conserva su valor esta reliquia? -preguntó Santa Vía de los Ocho Miembros.

- Lo único que cuenta de una reliquia es su valor simbólico.
- Parece que Buddhabadra no opinaba lo mismo que vos, maestro Pureza del Vacío -objetó Cinco Prohibiciones.
- Tal vez. Pero en lo que a mí toca, estos Ojos de Buda de cristal de roca siguen siendo los Ojos de Buda.
- ¿Queréis decir que habríais cerrado el trato con Buddhabadra aunque éste os hubiera revelado que no eran puro diamante? -preguntó Umara.
- ¡Sin la menor duda!
- Se trata verdaderamente de la confianza que, lamentablemente, os faltó a los tres -corroboró Puñal de la Ley.
- Gracias a tu presencia, volveremos a tenerla y más fuerte aún que en ocasión del primer concilio -añadió Pureza del Vacío.

Ante la mirada conmovida de Puñal de la Ley, a cuyo corazón habían llegado las palabras del gran maestro de Dhyâna, las «prendas preciosas» estaban dispuestas allí donde les correspondía estar y los Ojos de Buda despedían todos sus destellos sobre el tornasol del mandala sagrado. Lo más anodino era el rollo del Mahâyâna, puesto que no dejaba entrever lo que contenía.

Pero era normal, puesto que el Mahâyâna había ensalzado siempre la primacía de lo espiritual y simbólico sobre lo ostentoso.

- De acuerdo con el ritual, hay que darse la mano -prosiguió el gran maestro de Dhyâna. Los tres religiosos obedecieron.

- El círculo que formamos representa la unión de nuestras Iglesias, que es a lo que aspiramos. El ritual del concilio de Lhasa debe empezar siempre de ese modo, es decir, con la aportación de nuestras energías mutuas -puntualizó Pureza del Vacío dirigiéndose a aquel a quien las circunstancias llevaban a recoger la antorcha que sostuviera su Inestimable Superior.

- Creo sentir que vuestro influjo se une al mío -exclamó, maravillado, Puñal de la Ley.
- Precisamente es el objetivo que perseguimos... -dijo Ramahe sGampo, que había recuperado su serenidad habitual.

Puñal de la Ley, emocionado y sin osar moverse ni un solo milímetro, continuaba apretando entre las suyas, con los brazos abiertos, las manos de sus dos compañeros. Al cerrar los ojos, experimentó una sensación extraña: pertenecía a una inmensa cadena de amor y de compasión que unía entre sí a los millones de adeptos de las tres Iglesias búdicas, cuya indefectible referencia seguía siendo el Bienaventurado Gautama.

¡Y era, además, uno de sus grandes eslabones!

De pronto notó un suave calorcillo que provenía de las manos de sus dos viejos compañeros que apretaba entre las suyas y que ya le estaba subiendo por los brazos. Le hizo pensar en un animal que quisiera refugiarse en su corazón.

- ¿Qué mano exenta de toda sospecha procederá al sorteo de las «prendas preciosas»? -preguntó entonces Ramahe sGampo.
- Propongo que se confíe esta misión a Cinco Prohibiciones. Tiene un alma pura y no favorecerá a nadie en particular -dijo sin titubeo alguno Pureza del Vacío.
- ¿Querrás hacernos ese favor? -preguntó al interesado el tibetano ciego.
- Será para mí un gran honor del que no me considero digno.
- Basta con numerar las tres prendas sin que tú estés presente. Después pondremos un número a cada una de esas piedrecitas sacadas del lecho del Lẽ y te corresponderá a ti elegir una y atribuirle de oficio a una de las tres Iglesias. A continuación lo mismo con la segunda. En cuanto a la tercera Iglesia, no tendrá más remedio que heredar la tercera. ¡Un método fácil y a la vez eficaz! -explicó Pureza del Vacío después de dejar sobre la mesa tres guijarros pulimentados por el agua.

El sorteo se hizo sin problemas.

- ¡Piedra número uno para el Pequeño Vehículo! -anunció Cinco Prohibiciones después de las manipulaciones previstas.
- Se trata del Sutra de la Lógica de la Vacuidad Pura. Te lo llevas tú a Peshawar. Esta vez la mano del Bienaventurado hace bien las cosas. ¡Habría sido el colmo que la suerte concediera de nuevo los

Ojos de Buda al Pequeño Vehículo! -exclamó el gran maestro de Dhyâna.

- Pues habría hecho de tripas corazón. Comparto el punto de vista de Pureza del Vacío sobre el valor simbólico intacto de esas dos gemas -le replicó Puñal de la Ley.

- ¡Piedra número dos para el lamaísmo del país de Bod!

- Heredará, pues, los Ojos de Buda, que volverán a Samyé. O sea, que me corresponderá a mí conservar el mandala sagrado del Vajrayana -precisó con aire de satisfacción Pureza del Vacío.

- El reparto se ha realizado de forma irreprochable. Gracias a la mano de Cinco Prohibiciones, las tres Iglesias del budismo podrán coexistir de nuevo en paz y, dentro de cinco años, cada uno tendrá el orgullo de aportar la prueba de que sigue conservando la «prenda preciosa» -murmuró sobriamente Ramahe sGampo.

- No he reflexionado. Me he contentado simplemente con dar los números tal como se me ocurrían - consideró oportuno precisar el antiguo ayudante de Pureza del Vacío.

- Lo has hecho muy bien... Para este ritual no son apropiados los cálculos ni las segundas intenciones -le respondió este último.

- Si queremos reproducir de manera idéntica el ritual del concilio de Lhasa, es preciso que ahora nos demos un abrazo los tres -añadió Ramahe sGampo.

Cuando Puñal de la Ley acogió al anciano ciego en sus brazos y percibió el incomparable perfume del país de Bod, aquel olor ligeramente rancio de manteca de yak y de plantas aromáticas, reprimió un sollozo. Se dijo que Buddhadrâ a buen seguro había experimentado la misma emoción que él cuando tomó parte en su primer concilio.

Lo que para unos sería azar y para otros el destino, para Puñal de la Ley era simplemente Buda, que lo había convertido en heredero de su Superior asesinado por Nube Loca.

El monje de Peshawar estaba tan perdido en sus pensamientos que no se había dado cuenta de que todos los participantes en la reunión de reconciliación se habían desplazado hacia la puerta de la sala de oración.

En realidad, un visitante, y no uno cualquiera, acababa de hacer su entrada. Era la emperatriz Wuzhao en persona, que llevaba cogidos de la mano a los Gemelos Celestiales.

- He venido a cerciorarme de que todo se desarrollaba bien y, como dice el proverbio, de que «cada planta ocupa su sitio bajo el sol» -anunció Wuzhao con toda sobriedad.

- Sin vos, Majestad, la mayoría de los presentes no estarían aquí -exclamó Umara, su indefectible pilar.

- Si el círculo se cierra es gracias a los Gemelos Celestiales. Si el lama sTod Gling no me hubiera confiado a esos niños, es indudable que toda esta historia habría discurrido por derroteros muy distintos.

- Resultará que los actos innobles de Nube Loca acabarán produciendo efectos positivos -murmuró Ramahe sGampo.

- Así se puede afirmar, en efecto -concluyó Cinco Prohibiciones.

- No os sigo. ¿Qué tiene que ver Nube Loca en todo este asunto? -preguntó Pureza del Vacío.

En voz baja, para evitar que lo oyeran los Gemelos Celestiales, Ramahe sGampo explicó en pocas palabras a su compañero mahayanista, cuya turbación obedecía sobre todo a la sorpresa, de qué iba el asunto.

En cuanto a la emperatriz de China, que había subido al estrado en compañía de los dos niños, estaba contemplando las tres «prendas preciosas», que seguían sobre la mesa.

- Son objetos muy hermosos -se contentó con confirmar, lejos de sospechar que Nube Blanca y Nube Loca eran una misma persona.

Pero la vida está hecha de tal manera que a menudo basta con no saber ciertas cosas para que todo ocurra como si no hubieran existido... Y de esa manera uno sigue durmiendo tranquilo.

- En efecto, Majestad. Podéis ver, a uno y otro lado del sutra, los Ojos de Buda acerca de los cuales he tenido ocasión de hablaros tan a menudo -le dijo Pureza del Vacío.

- ¡No me causan ninguna impresión! -exclamó la emperatriz de China con voz potente.

En un rincón de la sala, Luna de Jade y Punta de Luz, muy alejados de todo cuanto ocurría a su alrededor, se besaban sin recato, a semejanza de todos los enamorados, que se figuran estar solos en

el mundo.

En cuanto a Lapika, la perra amarilla, capaz de matar un oso y perseguir una manada de lobos, no paraba un momento de lamer a los Gemelos Celestiales, cuyas risas cantarinas estallaban como un haz de cohetes en la penumbra de la gran sala de oración del monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales en la que acababa de celebrarse el primer concilio de Luoyang.

EPÍLOGO

Ese 24 de septiembre de 690, pese al espantoso dolor de cabeza que la aqueja desde la víspera, Wu Zetian experimenta una extraña sensación que no esperaba.

Es una mezcla de alegría, agotamiento y casi de tristeza, como si, alcanzado el objetivo propuesto, aquel objetivo con el que soñaba desde hacía decenios, se le hubieran acabado las fuerzas y la abandonaran de pronto por haber abusado de ellas.

¿Será por la edad, que, para desesperación suya, la ha convertido en una vieja cuya imagen reflejada en el espejo de bronce pulimentado que todas las mañanas le tiende su dama de compañía le da asco mirar? ¿O se trata, quizá, de fatiga y angustia, contra las cuales no cesa de luchar desde hace lustros y que se vengan de golpe en el momento en que menos lo esperaba?

Esta mañana, sin embargo, deseosa de causar buen efecto, ha consagrado horas enteras a su cuidado personal y ha exigido a la esteticista, que conoce la más mínima arruga de su cutis, que se las borrara una por una. Después se ha revestido con una túnica de seda amarilla, el color imperial, que lleva aves fénix bordadas con hilo de plata. Se la hizo cortar especialmente de una de las piezas tejidas clandestinamente, hace treinta años, por el nestoriano Addai Aggai, con el hilo de seda que producía el maniqueo Cargamento de Quietud.

Esa es su manera de no renegar del pasado.

Ahora le están ciñendo la frente con una corona de oro en la que el mejor joyero de Chang An ha incrustado todo un bestiario de dragones y aves fénix que tienen minúsculas esmeraldas por ojos, regalo de una embajada omeya que de ese modo rindió homenaje a la corte del imperio del Centro. Su camarera la obliga a mirarse en el espejo: quiere saber si es del gusto de Wuzhao la manera como le ha colocado en la cabeza la suntuosa diadema. No puede evitarlo.

Su rostro embadurnado de blanco, con los labios pintados de carmín y ridículamente perfilados, le causa horror. Por suerte están los ojos y los ojos siguen siendo la única parte del cuerpo humano que no envejece. Los de Wuzhao son tan bellos como siempre, límpidos y diáfanos como esos lagos de montaña que abundan en el país de Bod, cerca del Techo del Mundo, junto a aquel nirvana en el que ahora aspira a entrar.

Son los ojos de una mujer que en otro tiempo fue muy hermosa y cuya vida extraordinaria reúne todo lo que un ser humano puede alcanzar en el plano de lo mejor y en el plano de lo peor...

El Gran Maestro de Ceremonias está ahora delante de ella.

- Majestad, basta que aceptéis lo que yo os diré y que lo hagáis -dice el hombre, que va peinado con una trenza impecablemente untada que le llega a las nalgas.

Ella observa también sus uñas, más largas y curvadas que las garras de un ave rapaz y que incluso le impiden servirse de las manos.

- ¡Trataré de hacer buen papel! -El humor de Wuzhao tiene la virtud de desencadenar un pánico inmediato en la mirada del chambelán porque siempre se figura que se ha equivocado. Pero Wuzhao no se lo tiene en cuenta. Tiene los pensamientos en otro sitio. Está soñadora.

De todos modos, tiene razones para ello. La coronación que va a tener lugar es única en los anales de la larga historia de la China.

En efecto, es la primera vez que una mujer se convierte en «emperador» con plenos derechos, es decir, en soberana ostentadora del poder supremo, ya que hasta entonces, como esposa o madre del

Hijo del Cielo, la mujer debía contentarse con ser emperatriz consorte o viuda.

Ha tenido que esperar a ser vieja para subir al trono de China, una realidad que acentúa su desabrimiento. Pero hay que tener buen aspecto y ofrecer una deslumbrante sonrisa al mundo porque, en caso contrario, el pueblo congregado aquí desde el alba no lo entendería y además, el pueblo está encantado porque Wuzhao ha declarado una amnistía general de los prisioneros en conmemoración de su ascensión al trono. Esa medida ha tenido una repercusión tan favorable que se promete renovarla todos los años el día del aniversario de su coronación.

Dentro de pocos instantes Wuzhao recibirá la inefable gracia celestial que la convertirá en emperador de China. No ha escatimado medios para conseguir sus fines. Deseosa de garantizar la máxima perennidad a ese improbable reinado, ha tenido buen cuidado, para la circunstancia, de adoptar el sobrenombre de «Santo y Divino Emperador» y de cambiar en Zhou el nombre de su padre y también el de una de las más ilustres dinastías del periodo arcaico, la de los Tang.

Pero ¿por qué se siente tan cansada, tan derrengada? Le ha costado mucho subir al palanquín recubierto de hojas de plata repujada que diez soldados engalanados levantan y transportan a hombros.

Hay que aguantar, no hay que dejar que nadie advierta que está perdiendo fuerzas. Ésta es su obsesión, ahora que el cortejo imperial se pone en movimiento y se dirige al sector sagrado, precedido por los músicos y los bailarines. No hay que dar pie a las críticas de aquellos que pueden ver en esa lasitud la debilidad que tantos pretenden propia de su sexo.

De pronto, ya con el triunfo tan cerca, piensa en la muerte. Tiene sesenta y ocho años y el final se acerca. Cuando sienta sobre ella el mandato del Cielo como si fuera una lluvia de estrellas, seguirá siendo la misma de siempre. Apenas si habrá dado un paso más hacia ese final último. Todos los seres vivos caminan, aun sin percatarse de ello, hacia el polvo al que deben volver.

Desde el concilio de Luoyang han pasado treinta años.

Ha tenido que esperar mucho más de lo que suponía al principio.

El declive de Gaozong no terminaba nunca, pese a que hacía más de diez años que los médicos lo habían dado por irrecuperable. Como si no se resignase a cederle el sitio. Sólo cuando murió a consecuencia de una diabetes extrema, hacía ya siete años, pudo empezar a pensar en la posibilidad de acceder al poder supremo.

Y como ocurre siempre en todos los recorridos sinuosos y difíciles, el tramo final es el que parece más largo y costoso.

Después de la muerte del padre, Wuzhao tuvo que pasar por encima de los hijos. Su descendencia legítima supuso un molesto obstáculo para ella. Los herederos del trono pretendían reinar, pero fueron demasiado estúpidos para comprender las ambiciones de su madre y la obligaron a comportarse brutalmente.

Eso hizo que prescindiera de tres hijos.

El mayor, Lihong, fue el más peligroso. Era el único verdaderamente capaz de administrar los asuntos del Estado y de oponerse, a veces con violencia, a su madre en la antecámara de los apartamentos privados de donde Gaozong, permanentemente en cama, ya no salía. Cuando no tenía más que veintidós años y su aureola no dejaba de ir en aumento, Lihong fue misteriosamente envenenado y su cuerpo, retorcido por espasmos, fue encontrado en el palacio de las Nueve Perfecciones el 25 de mayo de 675...

Wuzhao no ve entorpecidos sus pasos por los escrúpulos. Cuando lo necesita, se arma el espíritu de tal modo que evita todo remordimiento. Matar por una buena causa, matar por la gloria del Bienaventurado Buda.

Al morir su hermano mayor, fue de una manera natural que Lixian, el segundo príncipe heredero, fue llamado a sustituirlo a la edad de diecinueve años. Pero a los ojos de Wu, estaba demasiado cerca de Gaozong, que adoraba a aquel muchacho de memoria prodigiosa, capaz de trazar sin la menor vacilación cinco mil caracteres chinos.

Cuando se extinguió Gaozong, el príncipe heredero subió por breve tiempo al trono de China con el nombre de Zhongzong, pero fue depuesto casi de inmediato y reemplazado por su hermano Litan, que tenía veintidós años.

Litan, el último en el orden sucesorio dinástico, es el preferido de la emperatriz. Tras subir al trono con el nombre de Ruizong, acabó por doblegarse a abdicar en favor de su madre. Bien se lo pagó: a aquel a quien había concedido a regañadientes el título de heredero, Wuzhao no le dio siquiera derecho a ocupar los apartamentos imperiales... Litan tuvo el inteligente acierto de comprender que era mejor ceder que ser eliminado.

Wuzhao acaba de entrar en el Mingtang, ese edificio circular que al parecer representa el mundo, dentro del cual el que impetra debe recibir del Cielo el mandato que lo convierte en emperador del Centro.

Las puertas del Palacio de Luz se han cerrado y Wuzhao está sola en el interior. La entrega del mandato debe hacerse sin testigos.

Levanta los ojos para contemplar el techo de la sala. Tiene una abertura circular en el centro. La energía cósmica que irradia el mandato del Cielo penetra por ese agujero. Dentro de unos instantes, según le han explicado con pelos y señales los geománticos, sentirá caer toda esa fuerza sobre sus hombros desde el azul. Cierra los ojos y espera. Fuera, en el sector sagrado, los percusionistas golpean los tambores de lluvia con un redoble rítmico.

No hay duda, el mandato del Cielo va a manifestarse.

Pasan largos minutos, pero no ocurre nada.

Entonces se obliga a pensar en todo lo que ha vivido, en todo lo que ha tenido que soportar para llegar hasta aquí.

Lo primero las ocho rocas divinas, que ella llama sus «Ocho Aliados». Desde que las presentó al pueblo, durante la famosa Fiesta de la Primavera del monte Taishan, se ha acelerado todo. Son muchos, en efecto, los que esperaban a aquel emperador-mujer que anunciaban las piedras sagradas. Pero en todo caso, no le bastó con eso. Wuzhao tuvo que torpedear a su propia descendencia y, sobre todo, atraerse los favores del pueblo. Fue el elemento clave. Y sin el apoyo discreto pero eficaz del Gran Vehículo, que ella supo manejar hábilmente, no habría sido posible nada. El clan búdico, en cuyo primer plano hay que citar a su jefe espiritual Pureza del Vacío, la ayudó en gran manera a alcanzar sus fines. Gracias a él, los pobres y desheredados de todo el país han aclamado sus hechos de armas para conquistar el poder supremo.

El gran maestro de Dhyâna y el conjunto del clero búdico popularizaron oportunamente el Sutra del Clásico de la Nube Importante cuya tesis central es que Wuzhao es una prefiguración encarnada del Buda del Futuro Maitreya, enviada a la tierra por Yama para establecer un orden divino.

La garantía de ese texto sagrado, añadida a la de las rocas adivinatorias, fue preciosa para ella. Los devotos comenzaron a rezar por su glorioso advenimiento y ella se hizo llamar «Su Santidad la Emperatriz» al tiempo que decidía trasladar la corte de China de Chang An a Luoyang, aunque no sin castigar de paso a los altos funcionarios demasiado próximos al clan de los aristócratas del noroeste, los mismos contra los cuales no dejó nunca de luchar.

Aquel día supo que tenía las manos libres.

Entonces, con aquella actitud maníaca que le era tan propia y que consistía en poner todos los triunfos de su parte, optó por cambiar de nombre adoptando un nuevo ideograma que se pronunciaba Zetian, lo que no significa nada en concreto, mientras que su nombre originario, Zhao, significa «brillante claridad». De este modo evita penalizar a su pueblo, ya que está formalmente prohibido pronunciar el nombre del emperador a partir del momento en que sube al trono...

Después, siguiendo sus directrices, el Mingtang donde Taizong el Grande y más tarde Gaozong recibieron el mandato del Cielo fue embellecido y agrandado, al mismo tiempo que ella mandaba ejecutar por mano de los mejores artesanos suntuosos cetros gui de jade y oro.

Previó el desarrollo de aquella ceremonia hasta en sus menores detalles, regulando de antemano con toda minuciosidad el protocolo imperial, planificando las recepciones de los representantes de los pueblos sometidos a protectorado cuya venida significa, a ojos de todos los escépticos, la fidelidad al nuevo emperador Wu Zetian.

Por desgracia, sigue sin experimentar nada de particular.

El ceremonial se desarrolla, sin embargo, tal como estaba previsto, inmutable desde hace milenios, con la precisión de un metrónomo. Los tambores gigantes marcan la cadencia para indicar que los

astros y el sol se encuentran en la posición definida, tras minuciosos cálculos, por los astrólogos y geománticos de la corte imperial. Como escrupulosa budista que es, ella no cree en los astros ni en las adivinaciones, como no cree tampoco en la geomancia. Y sin embargo, está obligada a mantenerse en el lugar indicado con una marca roja en el pavimento. Ese punto es el centro donde las fuerzas negativas y positivas se entrecruzan y se anulan, justo en la cresta que corona al Gran Dragón que dormita en las entrañas del cerro donde se erigió el Palacio de Luz.

El Gran Maestro de Ceremonias, que asoma la cabeza de cuando en cuando en el edificio sagrado donde nadie tiene el derecho de penetrar salvo el Hijo del Cielo, vigila que ella no se mueva ni una pulgada. No se mueve. Sabe muy bien que si los geománticos se dan cuenta de que se ha movido, por poquísimo que sea, mientras la energía del Cielo se derrama sobre ella, corre el riesgo de que, a causa del exceso de celo que suelen observar, la obliguen a recomenzar la ceremonia desde el principio. Serán entonces los astrónomos imperiales los que se presentarán en su ayuda con sus compases celestes y sus brújulas y pretenderán que el momento no es el adecuado porque entretanto las estrellas han cambiado de lugar en el cielo.

Entonces la sutil Wuzhao comienza también a comprender lo que antes sólo barruntaba vagamente: un emperador del Centro es cualquier cosa menos una persona libre. Pero son cosas de las que uno no se da cuenta más que cuando las vive.

Ése es el gran secreto de los soberanos y monarcas lúcidos: tienen perfecta conciencia de la inanidad de sus funciones y de su impotencia comparadas con la idea que el pueblo se hace de ellas, pero están condenados al silencio.

Lo mismo ocurre con el Hijo del Cielo que con los demás reyes y de forma más paradójica aún, ya que, una vez investido con el mandato supremo, el soberano de China no es sólo prisionero de la etiqueta sino también de procedimientos forjados a lo largo de miles de años de tradición y codificados en el texto intocable del Ritual de los Zhou que todos los soberanos de China tienen el deber de aplicar al pie de la letra.

Inevitablemente entonces, Wuzhao, encerrada en el Mingtang al abrigo de las miradas de su corte, se plantea la pregunta: ¿no será tal vez el poder supremo algo así como una especie de suntuosos grilletes celestiales de los que sería imposible librarse porque os sujetan las manos y el cuello?

La Usurpadora no tiene opción.

No le queda más remedio que esperar prudentemente que el Gran Maestro de Ceremonias vaya a abrir los dos batientes de la puerta del Templo del Cielo gritando: «¡Gloria al Hijo del Cielo!».

Puesto que ésta será la señal de que ha recibido el mandato celestial.

Entonces, la multitud compacta de los invitados a la fiesta, distribuida al pie del cerro del Mingtang según sus orígenes sociales, soldados, campesinos, funcionarios y comerciantes Han -ha tenido que luchar para que pudiera estar presente esta corporación, considerada abyecta-, pero también delegaciones extranjeras cuyos territorios se benefician de un protectorado de los Tang, levantará el brazo derecho y repetirá tres veces el grito proferido por el Gran Maestro de Ceremonias.

Pero ese momento tarda en llegar y obliga a Wuzhao, a quien la edad provoca calambres, a sufrir en silencio. El dolor se hace tan agudo que le entran ganas de gritar, pero no le es posible.

De pronto se acuerda de los Gemelos Celestiales. Para muchos es a ellos a quien debe el hecho de estar donde está, en el Mingtang, mientras resuena el potente grito de la multitud congregada en la zona sagrada en el momento en que el Gran Chambelán encargado de la ceremonia de la coronación levanta con la mano derecha una larga bandera de seda constelada de atributos del emperador del Centro que se despliega al viento.

El mandato del Cielo le ha sido atribuido de forma oficial.

Ha pasado de emperatriz a emperador.

Ahora debe salir del Mingtang tal como ordena el ritual y mostrar su rostro ajado.

¡Gloria al Cielo!

- ¡Viva el emperador del Centro! ¡Larga vida al emperador de China Wu Zetian! -grita ahora, delirante, el pueblo mientras el emperador-mujer sale del templo del poder supremo para saludar a su pueblo.

Ya fuera, nota en sus mejillas pintadas la quemazón de la brisa y los rayos de sol la deslumbran. No

es más que una vieja planta de invernadero.

Es el momento en que unos soldados, ataviados con vistoso uniforme, distribuyen entre la asistencia pequeños panecillos rellenos de carne. Wuzhao lo ha querido así. Es su manera de agradecerles que estén presentes y de hacérselos suyos. Después darán testimonio de la generosidad del nuevo emperador Wu Zetian.

La gratificación provoca una cascada de hurras.

Pero advierte que aquellas aclamaciones de las que por lo general se sienten ávidos los poderosos porque les hacen olvidar su pequeñez o porque halagan su vanidad, a ella no le producen ni frío ni calor.

Es hora de pensar en aquellos que ama.

Figuran entre los primeros Umara y Cinco Prohibiciones. Para poder criar a sus ocho hijos, han ido a vivir a la orilla del mar, lejos del bullicio de la corte, pese a que Wuzhao había acariciado el sueño de hacer de aquel joven su secretario particular haciéndolo pasar por encima de todos los demás.

Pero él prefirió la felicidad a los honores. ¿Es más difícil de conseguir la felicidad que el poder? No puede evitar plantearse la pregunta todos los días.

Sus dos protegidos deben de estar presentes, seguramente en primera fila. Por nada en el mundo habrían renunciado a ser testigos de su triunfo. Pese al distanciamiento, Wuzhao mantiene una activa correspondencia con ellos en la que osa confesarles todos sus sueños de poder e incluso desvelarles los resortes más íntimos de su estrategia. Tiene confianza en ellos, sabe que no la juzgarán de forma estúpida. Ellos, a cambio, le dan noticias de su progenitura. No tardarán en ser abuelos: su hija mayor espera un hijo.

Tras decenios de enconada porfía, acaba de conseguir lo que buscaba, en tanto que ellos han alcanzado el objetivo de vivir felices tal como esperaban.

Ahora piensa en los demás protagonistas de esta historia.

Las Iglesias búdicas vuelven a estar en paz.

Aureolado con su nuevo cargo, Puñal de la Ley, desde su regreso a Peshawar, ha sido elegido Inestimable Superior de la comunidad del Único Dharma en el puesto de Joya de la Doctrina, destituido por prevaricación.

El ma-ni-pa ya no es un monje errante. Ha partido hacia Samyé con Ramahe sGampo y el lama sTod Gling, quien ha sustituido a su maestro al morir éste.

Addai Aggai y Cargamento de Quietud han muerto. Sus sucesores han proseguido su labor misionera. En Luoyang y en Chang An, nestorianos y maniqueos tienen ahora sus lugares de culto donde los nuevos convertidos pueden practicar sus ritos. Son tolerados por las autoridades. El nuevo emperador Wu Zetian se promete velar por ellos.

Punta de Luz y Luna de Jade, que han tenido tres hijos -dos niños y una niña-, se han instalado en Luoyang, donde han abierto una tienda de sedas siempre muy bien surtida. Parecen tan felices como Cinco Prohibiciones y Umara.

Wu Zetian se dirige ahora hacia la multitud. Busca con la mirada a los Gemelos Celestiales. Aquí están, tan hermosos como siempre pese a que han rebasado ya los treinta años.

Sería quedarse corto afirmar que no pasan inadvertidos, montados en el elefante blanco sagrado de Peshawar, dentro del palanquín de madera dorada, decorado con hojas y flores esculpidas, que Wuzhao ordenó construir especialmente para ellos. A los ojos de ella, nada es nunca bastante bello para los dos hermanos.

Joya, la Gemela Celestial, se ha convertido en una mujer espléndida cuyo medio rostro de piel rojiza y cubierta de pelo recuperó milagrosamente una apariencia casi normal el día en que la niña tuvo su primera regla. Le cayó el vello del rostro y la piel rojiza fue aclarándose progresivamente hasta adquirir una tonalidad sólo ligeramente más oscura que la otra mitad de la cara. El efecto es soberbio y hace pensar que una parte del rostro está iluminada por la luna mientras la otra lo está por el sol.

Son muchos los adoradores de los Gemelos Celestiales que se enamoran de Joya.

Los devotos budistas ven ahora más que nunca a la pareja de gemelos como un dúo de divinidades compasivas y hacia ellos convergen las limosnas y votos de la gente humilde que acude a

implorarles que les curen los males del cuerpo, del corazón e incluso del alma...

Cuando la mirada de Wu Zetian se cruza con la de Joya, el emperador siente que la energía celestial comienza por fin a descender sobre su cabeza y se extiende por todo su cuerpo hasta las extremidades de sus miembros.

Es en parte una sensación deliciosa, como si uno de sus innumerables amantes la acariciase, y en parte una impresión de muerte, como si su cuerpo se separase poco a poco de su espíritu.

¿Es el poder celestial el que desencadena en ella esa extraña ambivalencia de deseo y de muerte precisamente en el momento en que se convierte en emperador con todos los derechos?

El hormigueo de esas olas que la recorren de pies a cabeza, tan próximas a las que preceden al orgasmo, es tan intenso que le cuesta mucho trabajo soportarlo.

¡Por fin, gracias a Joya, experimenta una sensación que tiene algo de divino!

Verdad es que ha esperado mucho tiempo este instante. Tanto tiempo, tanto, que incluso se pregunta si no será demasiado tarde. Pero ¿acaso es momento de lamentaciones cuando el pueblo de China ya aclama a su nuevo soberano?

Wuzhao, sin casi creerlo, advierte de pronto que ya no tiene dolor de cabeza.

Ha sido gracias a Joya y a la energía que le transmiten los Gemelos Celestiales.

Está segura de ello.

Ellos lo saben, además, puesto que le sonríen.

Y es entonces cuando Wuzhao cierra los ojos mientras el canto familiar del grillo resuena en sus oídos.

Y el emperador de China, Wu Zetian, puede por fin sonreír al cielo.

PERSONAJES PRINCIPALES

Addai Aggai, obispo, dirigente de la Iglesia nestoriana de Dunhuang.

Aguja Verde, véase Torlak.

Bella Pura, primera concubina imperial, eliminada por Wuzhao.

Bruma de Polvo, huérfano chino, amigo de Umara.

Buddhabadra, Superior del monasterio del Único Dharma en Peshawai (India), jefe de la Iglesia búdica del Pequeño Vehículo, emprende un misterioso viaje a Samyé (Tíbet) y desaparece después.

Cargamento de Quietud, llamado el Maestro Perfecto, jefe de la Iglesia maniquea de Turfan.

Centro de Gravedad, superior del convento de la Salvación y de la Compasión (Dunhuang).

Cinco Prohibiciones, monje del monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales en Luoyang (China), responsable de los Gemelos Celestiales y amante de Umara.

Dama Wang, primera esposa oficial de Gaozong, destituida en beneficio de Wuzhao.

Diakonos, hombre de confianza de Addai Aggai, encargado de la hilandería clandestina.

El ma-ni-pa, monje errante, amigo de Cinco Prohibiciones.

El Mudo, esclavo turco-mongol de Wuzhao y brazo ejecutor de sus acciones nefandas.

Favor Atestiguado, Superior del convento del Gran Vehículo en Turfan.

Gaozong, llamado Lizhi mientras es príncipe heredero, hijo de Taizong, emperador de China.

Golea, llamada la Montaña, gobernanta de Umara.

Gran Medicina, médico chino que se hace monje mahayanista y es encontrado por Puñal de la Ley en las montañas indias.

Joya de la Doctrina, monje rival de Puñal de la Ley.

Lama sTod Gling, secretario del reverendo Ramahe sGampo.

Lihong, hijo de Wuzhao y de Gaozong, nombrado príncipe heredero en lugar de Lizhong.

Li Jingye, prefecto, Gran Censor Imperial.

Lizhong, hijo de Bella Pura y Gaozong.

Los Gemelos Celestiales, una niña y un niño hijos de Manakunda. La niña tiene la mitad del rostro cubierta de vello.

Luna de Jade, obrera china del Templo del Hilo Infinito, amada de Punta de Luz.

Majib, capitán de una cuadrilla de bandidos parsis.

Manakunda, joven monjita del convento de Samyé que muere en el parto de los Gemelos Celestiales.

Nube Loca, indio adepto del tantrismo, toxicómano y asesino.

Primero de los Cuatro Soles que Iluminan el Mundo, monje en Luoyang.

Punta de Luz, Oyente de la Iglesia maniquea de Turfan, encargado de la cría clandestina de gusanos de seda, esposo de Luna de Jade.

Puñal de la Ley, primer acólito de Buddhabadra, que sale de viaje para ir en su busca.

Pureza del Vacío, Superior del monasterio del Reconocimiento de los Beneficios Imperiales de Luoyang, jefe de la Iglesia búdica del Gran Vehículo.

Ramahe sGampo, Superior del convento budista de Samyé (Tíbet), ciego.

Rojo Vivo, propietario de la tienda La Mariposa de la Seda, encubridor de la fabricación clandestina de seda.

Santa Vía de los Ocho Miembros, monje budista del convento de Peshawar, nacido en Turfan.

Taizong, llamado el Grande, padre de Gaozong, emperador de China.

Torlak, apodado Aguja Verde, joven uñgur convertido al maniqueísmo y responsable de la red del Hilo Rojo.

Ulik, intérprete entre Cinco Prohibiciones y la banda de bandoleros parsis.

Umara, hija del obispo nestoriano Addai Aggai.

Virtud de Fuera, Ministro de la Seda.

Wuzhao, quinta concubina imperial y posteriormente esposa oficial del emperador Gaozong.

Yarpa, sacerdotisa bonpo del País de las Nieves.

Zhangsun Wuji, tío de Gaozong, general, comandante supremo en jefe de los ejércitos, antiguo Primer Ministro.

[1] De hecho, la emperatriz Wu tendrá su última hija, Taiping, en 664.

[2] Se trata de Confucio.

[3] El peregrino chino más famoso, Xuanzang (602-664), abandonó China en 624 para ir a la India, donde permaneció doce años y de donde volvió no ya sólo con unas memorias de viaje, sino con varios centenares de textos búdicos de cuya traducción se encargó él mismo.

[4] Kama-sutra.

[5] Ese nombre designa el palacio de luz donde el emperador recibe, el día de su coronación, el «mandato del Cielo».

[6] Este libro a la gloria de Wuzhao existió realmente y desarrolla la hipótesis según la cual la emperatriz era una reencarnación del Buda del Futuro, Maitreya.

[7] La presencia del parásito Parafilaria multipapillosa debajo de la piel de los purasangres de las estepas hacía que transpirasen sangre, que se mezclaba con el sudor.

[8] Nombre chino de la ciudad de Samarcanda, en Transoxiana.

[9] Según la cosmología budista primitiva, el universo está formado por planos superpuestos, ya en forma de monte Sumeru, ya en la de torre. Esa estructura vertical se divide en varios «planos», el de las formas y el de las no formas, cada uno de los cuales se compone de varios pisos; y en varios «dominios», el de la infinitud del espacio, el de la infinitud de la conciencia, el de la nada, aquél donde no existe la percepción y aquél donde ni siquiera hay ausencia de percepción...

[10] El profeta Mahoma murió en 632, momento en que sus discípulos comenzaban a divulgar su palabra contenida en el Corán, lo que los llevó a cruzar el Eufrates en 635 y a barrer a los sasánidas de Irán en provecho del califato omeya.

[11] Yopian, nombre chino del opio.

[12] Expresión india que hace referencia a los ascetas que recorren, totalmente desnudos, los caminos.

[13] Se trata del más antiguo repertorio de medicina china, redactado según la tradición hacia el 2000 a. C.

[14] El jambu es uno de los árboles cosmogónicos de la tradición india antigua.

[15] Yinjian, «verificación de los sellos», era la expresión utilizada en la época de los Tang para designar una inspección administrativa.

[16] Expresión china que sirve para indicar la inmortalidad.

[17] La dinastía de los Zhou cubrió los años 1122 a 722 a. C, periodo durante el cual se elaboraron los grandes textos jurídicos y rituales de los chinos.

[18] Las artes marciales externas se centran en el ataque; las internas, en la defensa.

[19] Dentro del marco de la correspondencia entre los datos constitutivos del Universo, ese sistema de inspiración taoísta asocia igualmente, por ejemplo, el fuego al color rojo, al verano, a los pulmones, al olor a quemado, al sabor amargo así como al sur; la madera a la primavera, al azul verdoso, al bazo, al olor a rancio, al sabor ácido así como al este, etc.

[20] El Luristán es una región de Asia Central conocida por sus broncees.